TONI MONTSERRAT

ISLA NEGRA

Dos asesinatos macabros en la Ibiza del siglo XIX.
Una historia inspirada en hechos reales.

PLAZA JANÉS

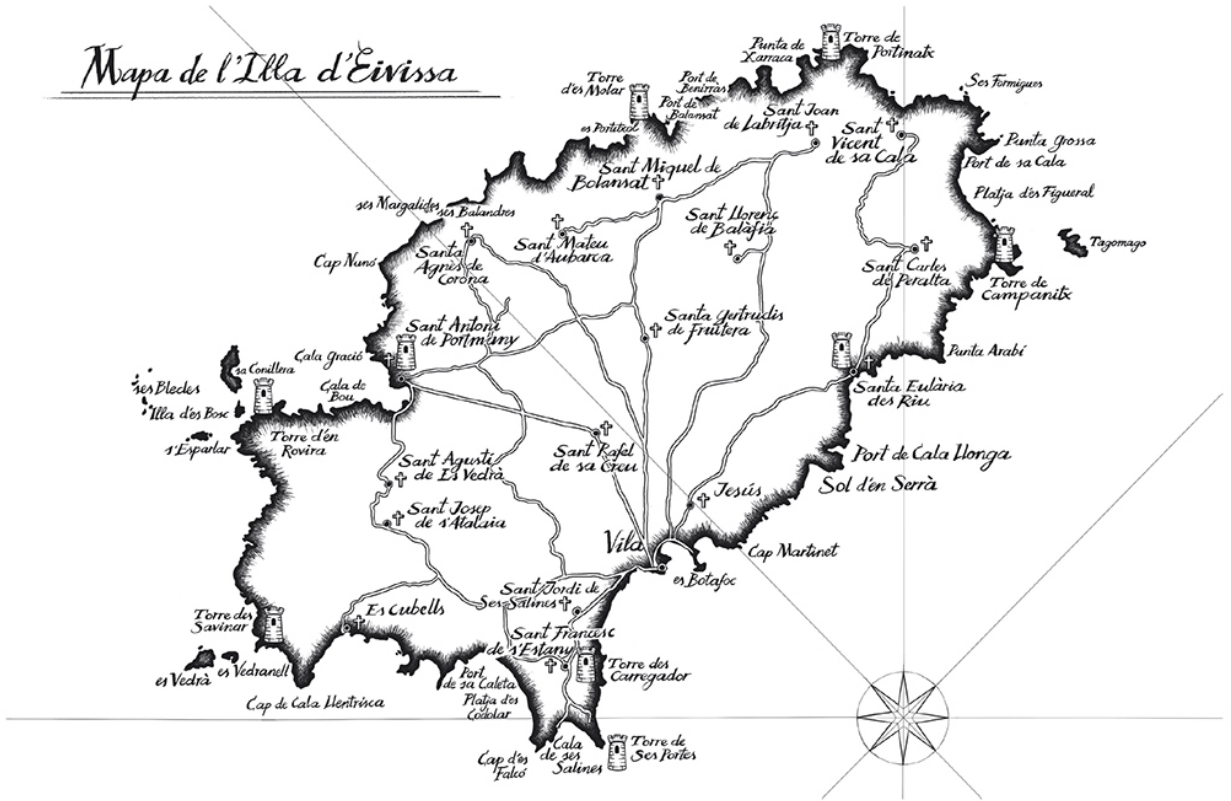
TONI MONTSERRAT

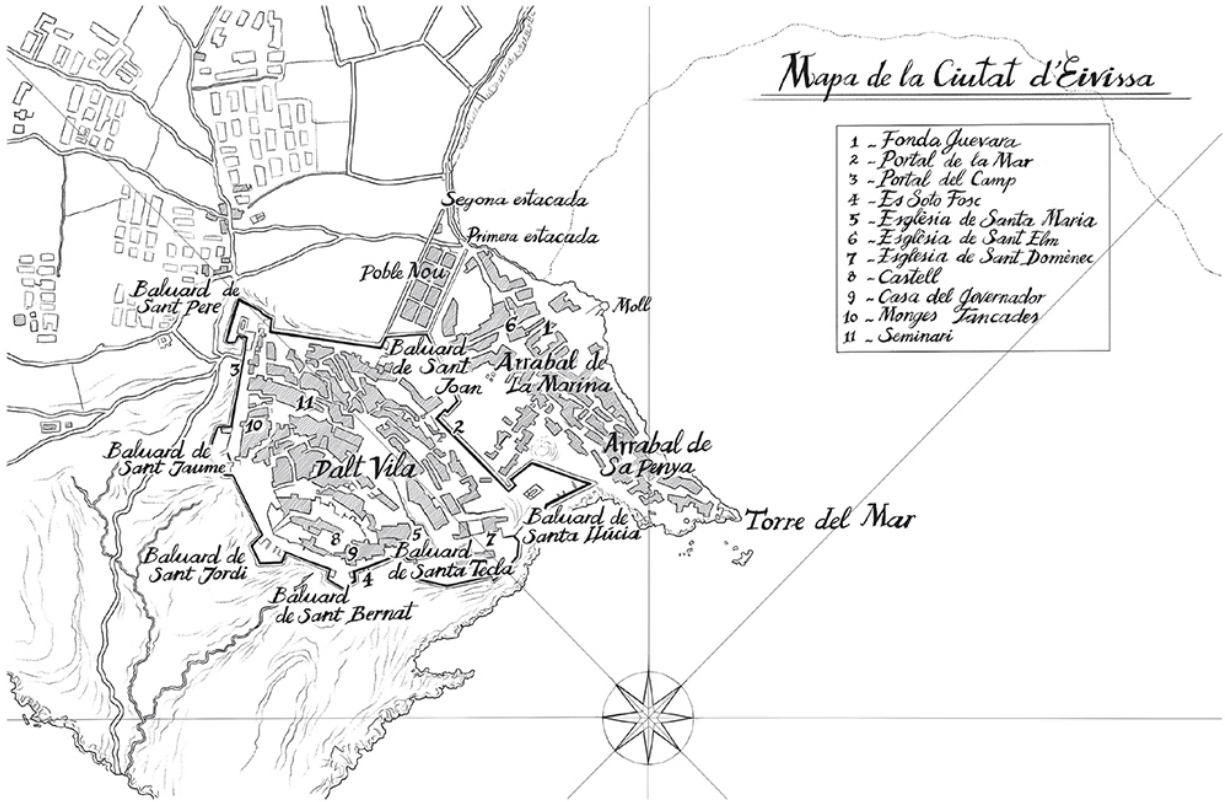
ISLA NEGRA

PLAZA JANÉS

A mi padre, por supuesto

Esta obra está inspirada en
hechos tan trágicos como reales.


Mapa de l'Illa d'Eivissa
Punta de Xamaca
Torre de Portinatx
Torre d'es Molar
Port de Benirràs
Port de Balansat
es Portitxol
Sant Joan de Labritja
Sant Vicent de sa Cala
Ses Formigues
Punta Grossa
Port de sa Cala
Platja d'es Figueral
Sant Miquel de Balansat
ses Maigalides
ses Balandres
Sant Mateu d'Albarca
Sant Llorenç de Balàfia
Cap Nunó
Santa Agnès de Corona
Sant Carles de Peralta
Torre de Campanitx
Tagomago
Sant Antoni de Portmany
Santa Gertrudis de Fruitera
Cala Gració
sa Conillera
ses Bledes
Illa d'es Bosc
Cala de Bou
Punta Arabí
Santa Eulària des Riu
Torre d'en Rovira
s'Esparlar
Sant Agustí de Es Vedrà
Sant Rafel de sa Creu
Port de Cala Llonga
Sol d'en Serrà
Jesús
Sant Josep de s'Atalaia
Vila
Cap Martinet
es Botafoc
Sant Jordi de Ses Salines
Torre des Savinar
Es Cubells
Sant Francesc de s'Estany
Torre dels Carregador
es Vedrà
es Vedranell
Port de sa Caleta
Platja des Codolar
Cap de Cala Henitrinca
Cala de ses Salines
Torre de Ses Portes
Cap d'es Falcó


Mapa de la Ciutat d'Eivissa
1 - Fonda Guevara
2 - Portal de la Mar
3 - Portal del Camp
4 - Es Soto Fosc
5 - Església de Santa Maria
6 - Església de Sant Elm
7 - Església de Sant Domènec
8 - Castell
9 - Casa del Governador
10 - Monges Jancades
11 - Seminari
Segona estacada
Primera estacada
Poble Nou
Moll
Baluard de Sant Pere
Baluard de Sant Joan
Arrabal de La Marina
Dalt Vila
Arrabal de Sa Penya
Baluard de Sant Jaume
Baluard de Santa Llúcia
Torre del Mar
Baluard de Sant Jordi
Baluard de Santa Tecla
Baluard de Sant Bernat

Prólogo

El grito

No llegaría antes del alba.

La noche sin luna ni estrellas se derretía en un manto espeso que cubría los campos y abrumaba el alma. La vieja mula mantenía impasible su andadura cansada, insensible a los azotes del niño y a sus voces de arreo.

Deberían haber preparado el otro mulo, pero no supieron reaccionar con sensatez. Su padre lo había cogido en volandas y, tras sentarlo a horcajadas sobre el lomo del animal, le había suplicado que se diera prisa. Al volverse todavía pudo ver su figura recortada sobre la tenue claridad de la puerta y cómo, con paso indeciso, se disponía a entrar de nuevo. Habría querido gritarle que no lo hiciera, que escapara con él y le acompañara a la ciudad en busca de ayuda. Pero fue incapaz.

Jaumet sentía cómo las lágrimas calientes le resbalaban por las mejillas y le empapaban las comisuras de los labios. Pese a su respiración rápida y entrecortada, el aire parecía no bastarle. Cuando dejaba el sendero de la iglesia para tomar el camino de Vila oyó sobre su cabeza el batir de alas de un búho solitario. Debió de posarse en una higuera cercana, porque al momento lo estremeció el ulular de su canto funesto, su quejido moribundo. Aterrado, apretó los talones y logró que la mula diera un arreón. El gemido del ave se rompió en un llanto que lo acompañó durante un buen trecho. Maldijo en voz alta. ¿Podía existir peor señal de mal agüero?

A mitad de trayecto un crujido lo hizo girarse. Paró la mula y sacó la cuchilla que llevaba al cinto. Aunque no era un experto, sabía manejarla con soltura, como la mayoría de niños de su edad.

Consciente del temblor de su mano, tragó saliva y aguzó el oído.

—¿Quién va?

Pero no iba nadie, o eso creyó, pues no volvió a oír sonido alguno. Un silencio denso y compacto, casi irreal, le bombeaba en los oídos hasta causarle dolor. Esperó todavía un momento para serenarse, chasqueó la lengua y el animal arrancó de nuevo.

Cabalgaba encogido e intentaba convencerse de que era a causa del frío y no del miedo. Probó a pensar en otra cosa, pero no supo hacerlo: la imagen se reproducía en su cabeza una y otra vez con total claridad. ¡Ojalá pudiera olvidarla!

Dejó atrás el tramo más pedregoso del camino y el sonido de las pisadas se hizo más limpio y claro. El desagradable olor a productos químicos le indicó que estaba cerca de la fábrica y, por tanto, del cementerio de la ciudad. La mera evocación del camposanto hizo que se estremeciera y un escalofrío trepó por su espalda y le erizó la piel. Invadido por el pánico, aguijó a la mula con fuerza.

Recordó cómo el hijo del vecino alardeaba años atrás ante la *colla* de amigos de haber encontrado el cadáver de un hombre tirado junto al camino de Ses Salines. «¿Nunca habéis visto un muerto?», había preguntado orgulloso. Los detalles, demasiado precisos, se le antojaban ahora fantasiosos e irreales, fruto de su imaginación.

Poco antes de llegar al Puig des Molins empezó a clarear; primero de manera imperceptible, con timidez; después, de forma rotunda y descarada. El día se disponía a comenzar sin remordimiento ni vergüenza, como si nada extraordinario hubiera sucedido durante la noche que ahora moría. Pero él sabía que no era así, había visto el horror con sus propios ojos. Respiró hondo y se santiguó. La luz del amanecer dibujó siluetas de palmeras altas y olivos milenarios de troncos retorcidos y perfiló, frente a él, el majestuoso e interminable contorno de las murallas de Dalt Vila. Nunca las había contemplado a aquella hora de la mañana, como si emergieran del centro de la tierra. Se esforzó por mantener la mirada fija en el muro e ignorar los espectrales molinos que acechaban a su derecha. Ya casi había llegado.

Descabalgó cerca del Portal del Camp e hizo los últimos metros a la

carrera.

Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, levantó el martillo de la aldaba y golpeó la puerta. Los tres estallidos resonaron como cañonazos que las murallas propagaron en un eco intermitente e imaginó que hasta su padre los habría oído en Sant Jordi. Confió en que los primeros feligreses ya hubieran llegado para la misa matutina y que no estuviera solo, y se obligó a alejar el temor de que algo malo le hubiese pasado.

Entonces reparó en que su padre, siempre estricto y exigente, había usado por primera vez su nombre de pila, Jaume, en lugar del diminutivo habitual, como si esa noche hubiera superado algún tipo de prueba. Jaumet comprendió que a sus ojos había dejado de ser un crío y tuvo una sensación contradictoria, una mezcla de orgullo y pavor. Si aquel era el mundo de los adultos que le iba a tocar vivir, prefería seguir siendo eternamente un niño.

Oyó ruidos al otro lado del portón, que tras un breve forcejeo y un chirrido estridente se abrió lo justo para que asomara una cara somnolienta. Medio iluminado por una lámpara, el rostro compuso una mueca de asombro. Jaumet imaginó que el vigilante podía oír los latidos desbocados de su corazón.

—Pero ¿qué…?

—¡El cura! —gritó—. ¡El cura y el criado! ¡Están muertos!

Extracto de la carta del gobernador de la provincia de las Islas Baleares a los alcaldes de la isla de Ibiza

Gobierno de las Islas Baleares
Palma de Mallorca, 2 de enero de 1864

Llama muy desagradablemente mi atención y la de todos los habitantes de Mallorca la repetición con que tienen lugar en Ibiza crímenes horrorosos que cada día dan una idea más desfavorable de esos pueblos cuyas costumbres contrastan con la sensatez y docilidad que es proverbial en los baleares.

Ha llegado ya el caso de tomar las más severas medidas para atajar un mal de tan funestas consecuencias, pues ante tales sucesos deben ceder todas las contemplaciones y desaparecer la suavidad de las medidas para quienes tan malamente saben corresponder a ellas. A este paso llegaría Ibiza a ser mirada como un país en donde se erigen altares a la barbarie y al vandalismo. Todos tenemos el deber de consagrar nuestros esfuerzos a moralizar las costumbres de esa isla.

Esa imprudente afición al uso de las armas, esa tolerancia con que se permite la existencia de algunas no registradas, esa indiferencia con que se sanciona una costumbre bajo todos conceptos reprobable, tal vez la creen de ilustración y cultura entre las clases pobres.

(…)

Dios guarde a vuecencia muchos años.

JUAN MADRAMAÑY
Gobernador de la provincia de las Islas Baleares

PRIMERA PARTE

1

La llegada

La proa del Rey Don Jaime I irrumpió vacilante en la bahía de Ibiza poco antes de la medianoche del 14 de enero. La lluvia, el viento y el oleaje habían exigido el máximo de la tripulación y convertido el viaje en una pesadilla hasta para los navegantes más avezados. El vapor había empleado una treintena de horas en completar una ruta que habitualmente hacía en la mitad de tiempo.

A Marc Guasch le sorprendió llegar sano y salvo a su destino o, al menos, más de lo que preveía cuando zarparon de Valencia en pleno temporal. El caprichoso Neptuno se había contentado con zarandearlo y jugar con él en lugar de lanzarlo por la borda y hundirlo en las profundidades del mar. La naturaleza, que tanto le había sonreído en otros aspectos, le había negado con rotundidad el don de la navegación.

Sujeto al pasamanos de cubierta y agradecido por la lluvia que caía sobre su cabeza, esperó impaciente a que el bamboleante bote terminara las maniobras de aproximación al muelle. Procuraba no mirar el agua espumosa y negra, y fijarse en un punto lejano, pero el aturdimiento y el movimiento del barco lo hacían inviable.

Observó en la penumbra el pequeño muelle de piedra y volvió a recitar las palabras que se había repetido a lo largo de todo el trayecto: iba a pisar suelo ibicenco. Siempre supo que ese día llegaría, y todavía no había decidido si se trataba de una dicha o de una maldición. Frente a él podía distinguir una colina repleta de construcciones de tamaño desigual envuelta en un extenso lienzo monocolor: las célebres murallas de Ibiza. Unos edificios bajos se desperdigaban más allá de la estructura defensiva, creando un arrabal que llegaba hasta el mar. Varios puntos insignificantes de luz en algunas ventanas sugerían la presencia de

seres humanos que, sin duda, estarían más descansados, caldeados y serenos que él.

Dos mozos lo ayudaron a descender al bote. La luna los iluminaba de modo intermitente cuando sus destellos lograban atravesar la densa capa de nubes. El frío era intenso, la guinda de una jornada para olvidar.

Apenas había puesto los pies en tierra firme cuando una figura colgada de un paraguas se materializó a su lado.

—¿Señor Guasch? —La voz sonó como un chirrido agudo y desagradable—. Bienvenido a Ibiza.

Guasch no supo si le había sorprendido más aquella súbita aparición o escuchar su apellido pronunciado correctamente. Estaba acostumbrado a oírlo de cualquier manera, añadiendo, eliminando o alterando el orden natural de las letras. Siempre había pensado que no era tan difícil de articular y que bastaba con eliminar la hache final: */guasc/*.

Miró la mano oscilante que le tendía y comprendió que el mareo le duraría bastante. Se planteó responder al saludo con alguna frase ingeniosa que relacionara los conceptos de «viaje infortunado», «llegada» y «alegría», pero su cerebro no fue capaz de ligarlos con coherencia. Tampoco estaba de humor, así que se limitó a decir:

—Yo mismo, ¿y usted es…?

—Isidro Colomar, asistente de don Eduardo Suárez, gobernador militar de la isla; puede llamarme Beia, si lo desea. Lamento que el comité de bienvenida no sea más numeroso, pero visto el retraso, las autoridades se han ido excusando hasta dejarme solo. Le ruego los disculpe.

Guasch murmuró unas palabras que el otro no llegó a entender.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Digo que no es cierto que esté usted solo o, al menos, que lo estuviera hasta hace un momento —aseguró Guasch, e indicó con la barbilla hacia un edificio cercano—. Alguien lo acompañaba bajo ese balcón, sosteniendo un farol.

Beia irguió su cuerpo menudo y resopló. Parecía más molesto que

sorprendido. Su buena predisposición se había evaporado. Con un gesto rápido que cogió a Guasch desprevenido se llevó dos dedos a la boca y ejecutó un doble silbido ascendente. ¿A qué venía aquello? Su cabeza abotargada trató de valorar la posibilidad de que aquel hombre no fuera quien decía ser y sus posibles consecuencias. Se puso alerta.

Dos individuos robustos y malcarados se aproximaron a la carrera y flanquearon a Beia. Un halo de vapor se desprendía de sus cuerpos empapados, como si sus almas hubieran decidido abandonarlos aquella desangelada noche de invierno. Guasch palpó de forma instintiva su arma, pero la capa le impediría desenfundar con rapidez. Aunque era mucho más alto y atlético y probablemente estaba mejor entrenado, ellos eran tres, debían de ir armados y se encontraban en mejores condiciones que él, que a duras penas lograba mantener el equilibrio. Cerró los puños, ladeó el cuerpo y desplazó el peso sobre la pierna trasera, dispuesto a plantarles cara.

El supuesto secretario y sus secuaces lo observaron sin articular palabra. El silencio pareció eternizarse.

—Señores —dijo Beia al fin—, ayuden al caballero con su equipaje. —Y dirigiéndose de nuevo a Guasch, añadió con visible cansancio—: Sígame, lo acompañaré a su alojamiento.

Tras girar sobre sí mismo y sin esperarlo, el secretario se encaminó hacia el arrabal.

—Excelente —dijo Guasch cuando echó un vistazo a la habitación.

Lo cierto era que la imagen resultaba poco reconfortante bajo la pálida luz del candil. El camastro, la silla y el armario parecían náufragos a la deriva tras un hundimiento, pero el dormitorio era espacioso y disponía de dos amplios ventanales. Nunca había necesitado grandes lujos y esta vez no iba a ser una excepción.

—No podría imaginar un final más apropiado para un día como este —concluyó.

Beia respiró con desahogo en el umbral de la puerta sin apreciar la burda ironía. El secretario, con su escaso pelo canoso despeinado y la

cara empapada y ojerosa, tampoco ofrecía su mejor versión y parecía haber sufrido en carne propia la interminable travesía del vapor.

—Si le disgusta el alojamiento puede trasladarse a las dependencias militares del castillo o aquí al lado, a la casa cuartel de la Guardia Civil —propuso—. Como último recurso, podríamos encontrarle alguna estancia privada.

—Se lo agradezco, pero no es necesario. Estaré bien aquí.

—En ese caso —concedió Beia con evidente alivio—, me despido hasta mañana. Un alguacil pasará a recogerlo a primera hora para acompañarlo al despacho de don Eduardo. Después iré personalmente con usted a Sant Jordi, donde nos reuniremos con el subinspector Riera, quien le pondrá al día de todos los detalles.

Y, sin añadir nada más, hizo una ligera reverencia y desapareció.

Guasch se quitó la capa empapada y se asomó a uno de los ventanales sin vislumbrar nada que no hubiera sido engullido por la noche. La escasa luz interior le devolvió el reflejo de su cara borrosa flotando en el vacío: el cabello abundante, oscuro y revuelto se fundía con las sombras; el rostro, de tez clara y labios gruesos, quedaba enmarcado entre unas cejas pobladas y un mentón anguloso de barba incipiente; los ojos pequeños y profundos y la nariz, recta y proporcionada, apenas se adivinaban en la nebulosa. Suspiró y su aliento empañó el cristal y difuminó su imagen.

Cuando los mozos dejaron su baúl en un rincón y Guasch se quedó solo eran más de las dos de la madrugada. Obviando el cansancio y el malestar, organizó sus pertenencias y guardó en su bolsa de cuero los enseres para el día siguiente.

Beia le había adelantado algún detalle práctico: el subinspector Riera sería su cicerone particular, pues poseía un perfecto conocimiento del terreno y de las gentes del campo con las que iba a lidiar. «Una raza aparte, como podrá comprobar». Para desplazarse pondrían dos mulas a su disposición.

—¿Mulas?

—Así es; tardarán entre una y tres horas en llegar a casi cualquier sitio y otras tantas en regresar. Sant Jordi no queda lejos.

—Pero ¿no disponen de caballos?

—Apenas hay un puñado en la isla y pertenecen a potentados particulares. No es un animal muy apreciado por aquí, es demasiado delicado y no trabaja bien la tierra.

—¿La Guardia Civil no tiene ninguno?

—¿Tanto le extraña?

—Son mucho más rápidos…

El secretario se encogió de hombros.

—Los guardias y los carabineros van a pie. Ya se dará cuenta de que aquí no hay urgencias y de que lo único que sobra es tiempo.

En caso de necesidad pernoctarían en el estanco del pueblo, de haberlo, o en casa de algún payés.

—La gente del campo no cuenta entre sus numerosos defectos con la falta de hospitalidad. Por regla general, suelen acoger y alimentar al huésped ocasional de manera correcta, casi cordial, como haría cualquier honrado campesino en la península.

La fonda en la que se hospedaba y que regentaba Miquel Guevara era la única que había en Vila y por ende en Ibiza y, según Beia, tenía fama de ser decente. Estaba ubicada a escasos minutos desde cualquier punto de La Marina y cerca del Portal del Mar, el acceso principal a la ciudad alta. Su propietario tenía fama de ser buen cocinero, aunque algo rácano en las raciones. Si no era muy exigente podría encontrarse a gusto, en especial teniendo en cuenta que le habían asignado la habitación más amplia. Tendría que compartir techo, eso sí, con alguno de los numerosos desterrados que pululaban por la ciudad. El secretario concluyó la perorata con una frase contundente:

—Que la isla *per se* sea considerada en Madrid una prisión ya puede darle una idea del lugar en el que vivimos.

Tumbado bajo una gruesa capa de mantas, Guasch valoró una vez más el reto que tenía por delante y sintió cómo la excitación y el nerviosismo se apoderaban de él de una manera mucho más intensa que en cualquiera de los casos anteriores. Esta vez tenía una mayor responsabilidad y muchos pares de ojos estarían pendientes de sus movimientos. Más de los habituales. Estar solo y a cargo de la

investigación hacía que su resolución fuera especialmente compleja, pero le otorgaba una independencia que iba a necesitar. Se repitió que no tenía nada que temer y que, aunque tuviera que hacer juegos malabares, todo encajaría.

Estaba deseando empezar.

2

El gobernador

Al alba ya estaba despierto. Había dormido poco y mal, si al simple hecho de cerrar los ojos podía llamársele propiamente «dormir». Los gritos del sereno, que informaban de las horas y de la meteorología, y los rebuznos de un asno inquieto tampoco lo habían ayudado a descansar. Comprobó con alivio que al menos el mareo se le había pasado.

Descendió al salón de la planta baja, una de cuyas esquinas estaba ocupada por un corral. Un puñado de gallinas campaba a sus anchas entre mesas y taburetes. Como el alguacil no había llegado todavía salió al callejón. En las aguas negras de una acequia que discurría a lo largo de la calle flotaban varios excrementos, y el hedor le golpeó la nariz.

Le llegó un rumor lejano que no supo a qué atribuir.

A ambos lados de la callejuela se abrían sendas plazoletas. Unas letras azules escritas en unos azulejos blancos indicaban la numeración de los portales, el nombre de la calle, Sant Elm, y el de ambas plazas: plaça de sa Tertúlia, en dirección al puerto, y plaça de Sant Elm, hacia la ciudad amurallada.

No eran todavía las ocho de la mañana y el movimiento de personas era incesante. Iban y venían en cualquier dirección, concentrados unos, hablando otros, bromeando y riendo la mayoría, pero todos cargados con cántaros o cestas. Los hombres vestían chalecos negros, camisas de cuello alto y unos pantalones blancos que, abombados a la altura de los muslos, se estrechaban a medida que se acercaban a los tobillos. Tocaban sus cabezas con barretinas negras o rojas, lucían fajas en el abdomen y calzaban alpargatas de esparto o de alguna otra fibra

vegetal. Muchos se protegían del frío con unos tupidos abrigos marrones con pespuntes rojos, retales multicolores y unas peculiares capuchas puntiagudas.

El alguacil, que se presentó como Bernat, apareció al trote y le pidió que lo acompañara.

—Las dependencias del gobernador están en el castillo —explicó—, detrás de la iglesia de Santa Maria, que es la del campanario que corona Dalt Vila.

Tanto la calle como la plaça de Sant Elm debían el nombre a la iglesia de Sant Salvador i Sant Elm, cuyo muro lateral, agrietado en algunos puntos, cubría uno de los lados de la plaza. Según Bernat, estaba dedicada a la gente del mar y desde hacía unos meses se encontraba cerrada al culto a causa de su inestabilidad y se empleaba como almacén.

Zigzaguearon hasta desembocar en el carrer Curt y en un espacio amplio frente al que se erguía, a un centenar de metros, el monumental lienzo amurallado. La cortina de piedra, parcialmente cubierta de alcaparras y otras plantas salvajes, era imponente. Guasch no pudo contener una exclamación.

—Son impresionantes, ¿verdad? —dijo el alguacil orgulloso—. Los visitantes suelen quedarse boquiabiertos.

Un portal encuadrado en un marco de piedra, cerca de uno de los baluartes, daba acceso al interior de las murallas. Una rampa de tierra serpenteaba hasta la entrada. Para llegar hasta ella había que cruzar una vasta explanada que recibía el nombre de plaça de la Constitució y que era, a aquella hora de la mañana, un hervidero de actividad en el que se vendían e intercambiaban tinajas de aceite, leche y vino; oropéndolas, gorriones y alondras enjaulados; gallinas y huevos; animales domésticos, útiles de labranza y otros objetos de lo más variado y singular, como unas inesperadas pieles de foca. El murmullo, antes apagado, era ahora un clamor.

Pasaron junto a unas montañas de carbón, enfilaron la pendiente a buen ritmo y adelantaron a unos aguadores acompañados de unos asnos cargados con cántaros de agua fresca. No había fuentes en Dalt

Vila y la única disponible en la ciudad se encontraba en la plaça de sa Font, al pie de la fortificación. La canalización subterránea se había construido poco tiempo atrás y proveía agua desde un manantial cercano a la iglesia de Sant Rafel. Cada mañana, al abrirse las puertas de la muralla, se generaba aquel trasiego de agua.

Hacía mucho que la fortaleza había perdido su importancia militar y el Gobierno, espoleado por las autoridades locales, valoró su demolición, descartando el proyecto por el desorbitado coste de ejecución.

—Por una vez —dijo Bernat—, me alegra que no hayan tenido recursos para nosotros.

Llegando al Portal del Mar, llamado también Portal Principal o Portal de Ses Taules, pasaron sobre un puente levadizo que, en palabras del alguacil, estaba estropeado:

—Hay que repararlo cuanto antes. Quizá algún día no muy lejano debamos protegernos de nuevo de los payeses.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—En los últimos años por suerte nada. Pero la gente del campo es reacia a pagar contribuciones e impuestos sobre los productos agrarios y cada tanto hay disturbios y revueltas. Alguna vez, cuando los ánimos han estado más exaltados, han intentado apresar al administrador de rentas e imposiciones. Existe el temor de que puedan producirse nuevas sublevaciones.

Sobre el dintel de la entrada resaltaba un gran escudo de la Corona tallado en piedra, con una dedicatoria al rey Felipe II. A ambos lados de la puerta descansaban, en sendos nichos, dos deterioradas estatuas de mármol. Una de ellas vestía de soldado romano; la otra parecía una sacerdotisa.

Se adentraron en las murallas.

El portal tenía tres arcadas que daban a la plaza de Armas, un patio cuadrangular en el que destacaban el cuerpo de guardia y unos soportales en los que se habían construido varias viviendas de reducidas dimensiones. Una esquina ennegrecida por el humo mostraba el lugar en el que los vigilantes se calentaban en las frías noches de

invierno. Un gran arco de medio punto con una verja de madera daba acceso a la plaça de ses Ferreries, rodeada de edificaciones blancas con balcones diminutos.

Ascendieron por el amplio carrer de Sant Francesc y dejaron atrás otra hornacina con una estatua todavía más corroída que las anteriores que representaba a un sacerdote romano. Varios árboles jóvenes se alzaban en el margen derecho, en un espacio abierto, y Guasch pensó en la agradable sombra que ofrecerían en los calurosos meses de verano. Detrás de ellos se elevaba un grupo de edificios de varias plantas y de aparente nueva construcción cuyas fachadas habían reemplazado el color blanco habitual por otros más alegres.

Más adelante se toparon con la iglesia de Sant Domènec, con tres cúpulas adosadas a la nave principal. La calle estaba empedrada con cantos rodados y, como las de La Marina, tenía un canal en el centro por el que discurrían las aguas sucias. Pasaron frente a la estafeta de Correos y Telégrafos y, ubicadas en el antiguo convento de los dominicos, la Casa Consistorial y la única prisión de la ciudad; dejaron atrás el antiguo Palacio Episcopal y subieron por una calle abierta que desembocaba en el carrer Major. Finalmente alcanzaron la plaça de la Catedral en la que se erigía, como un gigante dormido, una iglesia tosca y maciza que, de no ser por la alta torre del campanario, habría pasado por una fortaleza medieval. Del muro lateral sobresalían seis sólidos contrafuertes que sostenían, a modo de costillas, la nave central.

En mitad de la plaza charlaban dos hombres que miraban hacia arriba. Bernat le aclaró que eran unos técnicos llegados de Mallorca para estudiar la viabilidad de instalar un reloj en lo alto de la torre.

Desde un mirador se dominaba parte de la ciudad alta, los arrabales, el puerto y el Pla de Vila. Guasch se habría quedado gustoso saboreando la panorámica, pero el alguacil le recordó que debían apresurarse y lo siguió con cierta desgana.

El cielo azul pálido de aquella mañana era mucho más atractivo que el gris plomo de los últimos días. Los estibadores descargaban el Rey Don

Jaime I con celeridad en un intento de recuperar el tiempo perdido el día anterior. Desde sus dependencias en la cima de Dalt Vila, el gobernador militar de Ibiza, don Eduardo Suárez, observaba cómo las pequeñas figuras esquivaban los charcos mientras trajinaban grandes fardos de rafia. En el astillero del puerto, un grupo de carpinteros de ribera valoraban los desperfectos provocados por el temporal. Los portales encalados del Prat de Vila y del Prat de ses Monges, más allá de La Barra, relucían sobre el verde de las cañas y el rojo de las huertas.

—¿Y bien? —preguntó el gobernador—, ¿qué impresión le ha dado el tal Guasch?

Beia, de pie junto a la puerta, trató de enderezar su cuerpo menudo.

—Apenas intercambiamos unas pocas palabras, señor.

Don Eduardo volvió a su escritorio con pasos lentos, satisfecho tras comprobar que sus conciudadanos habían recuperado el pulso habitual de trabajo después de las fuertes lluvias: tranquilo, pero sin pausa. O, para ser precisos, demasiado tranquilo y con excesivas pausas. Pero el simple hecho de estar activos era ya positivo, porque además de generar riqueza y alimentar las siempre hambrientas arcas públicas, evitaba pensamientos y tentaciones inapropiados como propagar chismorreos sobre los horribles crímenes de Sant Jordi. Los ibicencos seguían consternados, y su obligación como máxima autoridad de la isla era brindarles una solución. Quedaba poco para la llegada de su reemplazo y tenía la firme voluntad de entregarle la casa barrida y ordenada.

—Le pido una primera impresión, no la vida y milagros de ese hombre —insistió.

Beia carraspeó y frunció el entrecejo, componiendo una imagen de concentración extrema.

—Es detallista, desconfiado y no se anda por las ramas. Piensa rápido y no tiene miedo de decir lo que se le pasa por la cabeza.

Don Eduardo cogió un pliego de hojas manuscritas que reposaban sobre su escritorio.

—Espero que además de rápido sepa pensar bien. En la carta de

Madrid lo definían…, ¿cómo era? —Buscó un fragmento en las hojas—: «Marc Guasch es el inspector con un porvenir más prometedor del Cuerpo de Investigación». ¿Qué le parece, Beia? Tenemos dos muertos todavía calientes en el foso y nos mandan a un genio del futuro. No sé si reír o llorar.

El secretario se disponía a responder cuando unos golpes discretos sonaron en la puerta.

—¡Adelante!

La voz castrense que tronó al otro lado de la puerta pertenecía a alguien acostumbrado a mandar y Guasch se imaginó a un barítono descomunal, a un sujeto formidable. Por eso se sorprendió cuando vio a aquel hombre menudo y delgado levantarse del sillón e invitarlo, con gesto amable pero firme, a tomar asiento frente al escritorio de caoba. Tanto el cabello abundante como la barba eran de un blanco inmaculado, a excepción de la parte central del bigote, amarillenta, delatora de su afición al tabaco.

Le estrechó la mano con vigor y se presentó.

—Eduardo Suárez, gobernador militar de cualquier pedazo de tierra, construcción o ser vivo que vea durante el tiempo que esté con nosotros —dijo el mandamás y se sentó de nuevo—. Le agradezco que se haya desplazado desde tan lejos hasta nuestra recóndita isla. Es reconfortante ver que, de vez en cuando, alguien en Madrid se acuerda de nosotros, aunque sea tarde y mal.

—¿Por qué tarde y mal? —inquirió Guasch, que tomó asiento al tiempo que rechazaba el cigarrillo que le ofrecía el gobernador.

Don Eduardo se arrellanó en su butaca y giró repetidamente la rueda de su mechero hasta prender la mecha; cuando encendió el cigarro, inspiró y expulsó con parsimonia el humo que acababa de llenar sus pulmones, se quitó una hebra de la lengua y solo entonces pareció recordar la existencia de Guasch. Lo examinó a través de la cortina de humo con la misma curiosidad con la que un taxidermista analizaría un animal exótico.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

—En dos meses cumpliré treinta.

—Por lo tanto, todavía tiene veintinueve años.

—Así es.

—Es usted demasiado joven —concluyó tajante—, no creo que esté preparado para resolver un caso de este calibre.

—Lamento decepcionarle…

El tono de Guasch transmitía más indiferencia que pesar, y el gobernador esbozó una sonrisa indulgente, como si concediera un punto a aquel joven de moderada insolencia.

—¿Cuánto tiempo lleva en el grupo este de investigadores o de inspectores… o como cojones se llame?

—Cuerpo de Investigación del Crimen, señor. Desde su fundación hace año y medio.

—¿Por qué ingresó ahí?

—Mi superior directo me propuso cuando supo de su creación. Me aceptaron después de realizar un curioso proceso de selección.

—Me alegro por usted, pero eso responde más al cómo que al porqué.

Era cierto. Guasch meditó bien la respuesta.

—Me pareció un reto fascinante enfrentarme a casos complejos una vez que la primera línea policial estuviera estancada. Era un desafío muy estimulante.

El gobernador asintió pensativo y dio una larga calada a su cigarro.

—Así estamos nosotros: estancados. No tenemos ninguna pista sobre quiénes han podido cometer los asesinatos. Aunque el motivo parece obvio, los culpables son un misterio… Bien, ahora dígame: ¿qué hace que sea usted mejor que sus compañeros?

Guasch enarcó una ceja.

—Me temo que esa afirmación es incorrecta, señor. Hay varios colegas del Cuerpo, no me importa reconocerlo, notablemente más brillantes que yo.

—Espero que no pretenda decir que el ilustre don Isidoro de Hoyos y Rubín de Celis, todopoderoso director general de la Guardia Civil y fundador del Cuerpo de Investigación del Crimen, es un vulgar

mentirosillo.

Guasch alzó también la otra ceja. Al parecer el gobernador, en contra de lo que había pretendido transmitir, sí sabía de qué hablaba.

—Digamos que soy una persona ordenada y persistente, y que esas virtudes me han ayudado a resolver algunos casos, y digamos también que a todo buen comerciante le interesa vender su producto y que don Isidoro demuestra no ser una excepción.

Al gobernador pareció satisfacerle la respuesta y Guasch percibió que su expresión y su pose se relajaban. Había superado la primera barrera, la más importante. Por supuesto, tener una carta de recomendación del mismísimo director general allanaba el camino.

La voz de barítono sonó ahora más cálida.

—Le seré franco, Guasch, al igual que mis antecesores y que el alcalde de la ciudad, tengo la muñeca rota de redactar cartas para solicitar mayores dotaciones de la Guardia Civil y del Cuerpo de Carabineros, ya que las actuales son insuficientes para las dimensiones y peculiaridades de la isla, que ya irá conociendo. El número de asesinatos en Ibiza es muy elevado, eso es innegable, pero lo único que recibimos desde la capital provincial y desde Madrid son recriminaciones. Muchos reproches y ninguna solución —el volumen de su voz había subido—, y eso es paradójico puesto que son ellos, y nadie más, los responsables de asignarnos los recursos. Y de denegárnoslos.

Guasch se acomodó en el sillón con discreción.

—El año pasado se cometieron ocho asesinatos en la isla —prosiguió el gobernador—. Ni más ni menos que ocho víctimas en un pedrusco en el que conviven veinte mil almas, y eso suponiendo que cada isleño posea un alma, que es algo que cada vez tengo menos claro.

Aplastó el resto del cigarrillo en un cenicero de latón.

—¿Me permite una pregunta personal? —El gobernador lo miró a los ojos y Guasch se puso alerta. Asintió—. ¿De dónde es usted? No sé si sabrá que, aunque de origen catalán, su apellido es bastante habitual por aquí.

Era una pregunta que sabía que iban a plantearle. Tenía la respuesta preparada.

—Tengo antepasados ibicencos.

Sencilla e imprecisa. No tenía por qué ocultarlo ni dar mayores explicaciones.

—Pero ¡qué me dice! ¿No será pariente del viejo notario?

—No, no tengo familia aquí —Guasch se preguntó hasta qué punto podía considerarse que eso fuera cierto—, y mucho menos en semejante estrato social. Mi abuelo era campesino y se vio forzado a emigrar en busca de mejor suerte.

—¿Y la encontró?

—Podríamos decir que sí.

—¿Ha estado antes en Ibiza?

Miró al gobernador con expresión risueña y hasta cierto punto natural. Hacía tiempo que había aprendido que las mentiras eran más verosímiles si se acompañaban de una sonrisa.

—No, nunca.

Guasch sacó su reloj de bolsillo con la discreción justa para no parecer descortés, pero con la claridad suficiente como para que el gobernador no pudiera pasarlo por alto. Lo miró de soslayo. El efecto fue inmediato.

—¿Qué sabe de las muertes? —preguntó don Eduardo tras aclararse la voz.

—Poca cosa, aunque prefiero recoger la información de primera mano antes que recibirla de manera parcial, sesgada o distorsionada por el criterio de un tercero. No sé si me explico…

—Perfectamente.

—Dos hombres asesinados con arma blanca la noche del 26 de diciembre: un párroco sexagenario, don Joan Ferrer Ferrer, y su criado, don Antonio Roig Tur, de veintitantos. Solteros ambos y naturales de la isla.

—Correcto salvo por un detalle: el rector de Sant Jordi era originario de La Mola, en Formentera. ¿Sabe cómo han muerto?

—Todavía no, pero, como le decía, prefiero que me lo expliquen *in situ*.

El gobernador se frotó las sienes y se quitó una perla de sudor de la

frente. De repente parecía estar agotado, como si cargara con el peso de los dos muertos sobre su espalda.

—¿Alguien vio o escuchó algo? —preguntó Guasch.

—En las parroquias rurales ibicencas no suele haber vecinos. La iglesia de Sant Jordi es un edificio aislado en mitad del campo. Una higuera aquí, un algarrobo allá… Descubrirá que es la estampa más habitual por estos parajes.

Guasch se pellizcó el mentón.

—Imagino que habrá alguna casa próxima.

—La más cercana es Can Mariano Palerm, pero queda lo bastante lejos como para que ni el mayoral ni nadie de su familia notara nada.

Una ráfaga de viento hizo vibrar los cristales del ventanal. Unas nubes dispersas flotaban en la lejanía.

—¿Quién descubrió los cadáveres?

—Unos campesinos, padre e hijo: Vicent y Jaume Ripoll. Vicent era próximo a don Joan y un obrero muy activo en la parroquia. Esa mañana fue a visitar al rector antes de misa.

—¿Podría hablar con ellos?

—Si no me equivoco, lo esperan esta misma mañana.

Guasch asintió satisfecho.

—¿Quién acudió al lugar del crimen una vez dado el aviso?

—La comitiva habitual: el juez, para certificar las muertes, un alguacil, una pareja de guardias, un médico cirujano y el subinspector de policía, Toni Riera.

—Necesitaría reunirme con ellos lo antes posible.

—Riera le ayudará a organizar las entrevistas que no estén todavía agendadas.

—¿El subinspector depende directamente de usted?

—Del alcalde de Ibiza, don Ignasi Llombart —el gobernador rio por lo bajo—. Verá que Riera es una persona, digamos…, peculiar, pero al mismo tiempo muy valiosa para la comunidad. Es un buen hombre.

Guasch alzó ambas manos para indicar que por el momento tenía suficiente información.

—¿Podría disponer de un mapa de la isla?

Don Eduardo chascó la lengua e hizo un gesto a Beia, que despertó de su letargo.

—Una última cosa —dijo el mandamás—, mi esposa me ha pedido que lo invite esta noche a una cena informal en nuestra residencia. Sería un honor para nosotros contar con su presencia.

—Son ustedes muy amables, don Eduardo. Será un placer.

—¡Excelente entonces! —El gobernador dio una palmada en el escritorio y miró al fondo de la sala—. Beia, coño, cada vez tiene peor cara. ¿Se puede saber qué le pasa hoy? —Y sin esperar respuesta, añadió, con tono apremiante—: ¡Haga que nos sirvan unas hierbas de anís! Al señor Guasch le sentarán bien para el camino y a mí me ayudarán a entrar en calor. Y que pongan otras para usted, por Dios, que parece necesitarlas más que nosotros.

3

Riera

Las gotas resbalaban de las hojas de los pinos y repiqueteaban con suavidad al impactar contra el suelo. Unos finos regueros de agua culebreaban entre los adoquines del carrer de Santa Maria, por el que Guasch descendía con cuidado. A su derecha se elevaba, como una nave de piedra, el baluarte de Santa Tecla. Pasada la penitenciaría y el consistorio llegó a la iglesia de Sant Domènec, cuyo portalón estaba abierto. El murmullo rítmico de una letanía indicaba que los feligreses más piadosos rezaban el rosario matutino. Bordeó la iglesia y subió una breve escalera antes de enfilar hacia el antiguo polvorín y los establos. Tres cañones inutilizados apuntaban sus ojos inocuos por las correspondientes aspilleras. Un soldado dormitaba apoyado en el dintel de una torre hexagonal ubicada en la punta oriental del baluarte. El secretario, que se había adelantado para preparar las monturas, lo esperaba sentado junto al tronco de un pino. A su lado aguardaban dos mulas de pelo gris y aspecto aburrido que masticaban unos hierbajos mientras observaban cómo Guasch se aproximaba a paso ligero. Ambas llevaban albardas de piel oscura y ronzales de cuerda trenzada.

Beia le entregó una copia del mapa de Ibiza que el coronel de ingenieros Francisco Coello había dibujado una década atrás.

El mapa mostraba un único núcleo importante de población, la ciudad de Ibiza, Vila para los lugareños, con el perfil de las murallas y los arrabales de La Marina y Sa Penya. Indicaba también las villas de Sant Antoni, en la bahía de Portinatx, y Santa Eulària junto a la desembocadura de un pequeño río. El resto de las parroquias rurales, menos la de Sant Francesc, se emplazaban en el interior y tenían nombres de santos, a excepción del antiguo convento de los dominicos,

ubicado en el Pla de Vila, que poseía la orgullosa denominación de Nuestra Señora de Jesús. La red de caminos trazada por el militar continuaba siendo válida, aunque a ella se debía añadir la carretera de Sant Antoni, en construcción desde hacía unos años y que, una vez finalizada, sería la primera vía de la isla en permitir el tránsito de carros; los senderos formaban una estructura en forma de telaraña que unía cualquier parroquia con las que la circundaban. Se llamaban *camins de ferradura* porque su estrechez solo permitía el paso de un animal. Por este motivo, la inexistencia de infraestructuras apropiadas, en Ibiza no había carros, excepto los usados en las salinas para el transporte de sal y en el puerto de Vila para mover las mercancías que llegaban o partían en los vapores. Algunos payeses habían construido carretas rudimentarias que empleaban únicamente en las labores agrarias dentro de sus fincas.

Ibiza estaba diseccionada en cinco términos municipales que correspondían, en líneas generales, a los cinco *quartons* en los que los conquistadores habían dividido y repartido la isla en el siglo XIII. El secretario le explicó que, a excepción de los ciudadanos de Vila, había una desafección total con respecto a los municipios, hasta el punto de que los campesinos desconocían el nombre de sus alcaldes. A nivel práctico, los ibicencos dividían el territorio en una especie de comarcas que llamaban *véndes* y respecto a las que tenían, esta vez sí, un fuerte sentimiento de pertenencia. También se identificaban con las parroquias.

El secretario le tendió las riendas del animal más alto.

—Tense la cuerda hacia el lado al que quiera dirigir a la mula y, para arrearla, use la voz. Las de buena raza no necesitan azotes, y estas lo son.

Guasch había montado lo suficiente en aquellos bichos como para saber que no suponía ninguna dificultad ni entrañaba riesgo alguno. El animal, acostumbrado a cargas más pesadas, no se inmutó al recibir su peso y, a la orden de Beia, se pusieron en marcha.

Bordearon la fortificación por la cara norte y bajaron por el largo lienzo que unía los baluartes de Santa Llúcia y Sant Joan. El bullicio del

mercado llegaba hasta ellos con nitidez. A lo lejos, delimitaba la llanura del Pla de Vila una cadena de colinas que, huérfana de árboles, ofrecía una imagen de desamparo. Guasch vio desde lo alto la rampa por la que había accedido a Dalt Vila. El secretario señaló la explanada negra junto a la pendiente y le explicó que en invierno la actividad de la mayor parte de los campesinos ibicencos, además de cultivar trigo y cebada, se centraba en la producción de carbón en pequeñas *sitges* para después venderlo en la plaça del Carbó o directamente a comerciantes llegados ex profeso desde la península.

En la plaça de l'Alfòndec, junto a la Porta del Camp, se cruzaron con un cerdo monumental. A su alrededor revoloteaba un grupo de gallinas blanquecinas. Amarrado a un portón, en los escalones del carrer del Portal Nou, un asno saciaba su sed en una cubeta de madera.

—¿Ese cerdo no debería estar muerto ya? —se interesó Guasch.

—En efecto, las *matances* suelen hacerse antes de Navidad, pero siempre hay quien las aplaza por algún motivo. Ese animal tiene los días contados.

Abandonaron las murallas y enfilaron el camino de Sant Josep, coincidente con el de Ses Salines en su tramo inicial. Numerosos olivos de troncos retorcidos ascendían por una colina coronada por siete molinos de viento: el Puig des Molins. A media altura, una mujer apoyada en una caña observaba cómo pacía un puñado de ovejas. Más arriba, un pastor con una chaquetilla de lana levantó un brazo a modo de saludo. Beia correspondió llevándose la mano al ala del sombrero. Su cabalgar erguido le confería un aire señorial pese a la pobreza de su montura y a su físico poco agraciado.

La bifurcación que separaba los caminos de Sant Josep y de Ses Salines se encontraba poco antes del cementerio de la ciudad. Tomaron el sendero en dirección sur. El camposanto era un espacio rectangular de notables dimensiones y muros blancos de mediana altura que levantaron unos presidiarios venidos expresamente de Mallorca cuando Beia era niño. En la parte delantera había crecido un conjunto abundante de chumberas de formas tan grotescas e insólitas que parecían pertenecer a los espíritus de los muertos enterrados en el

recinto sagrado. La panorámica era de gran belleza si miraban hacia Vila, y podía pensarse que se había escogido aquella ubicación para que quienes se sumieran en el sueño eterno pudieran ver por última vez su hermosa ciudad antes de confinarse en las entrañas de la tierra.

En el aire flotaba un ligero hedor artificial proveniente de una fábrica de productos químicos que iba a ser clausurada en breve por orden de la diputación provincial.

—Por lo menos hasta que no elimine las emanaciones tóxicas —explicó Beia—. No pasa día que no recibamos alguna queja al respecto.

Frente a ellos se abría un generoso mar azul en el que refulgían destellos de luz intermitente. Las olas sucumbían obedientes, casi con desidia, a los pies de la costa meridional. En el horizonte se perfilaba la silueta borrosa de la vecina Formentera, tímida y temblorosa. Guasch suspiró extasiado por el encanto de aquella estampa y lamentó no haber podido disfrutar de esa calma plácida durante la travesía del día anterior.

Un sinfín de senderillos nacían del camino principal y se esparcían en todas direcciones. A medida que avanzaban, higueras y almendros de reciente plantación reemplazaban progresivamente a los viejos olivos. La fresca fragancia a tierra mojada tenía el olor dulce de un sofisticado perfume. Se divisaban unas pocas edificaciones desperdigadas en el valle colindante y en algún montículo lejano.

—Es llamativa la dispersión de las alquerías —observó Guasch.

Beia dejó que su cabalgadura caminara un trecho antes de responder.

—Antes se ha extrañado cuando el gobernador ha explicado que la iglesia de Sant Jordi se encontraba aislada en medio del campo.

—Por regla general, los templos están en núcleos de población, por pequeños que sean.

—Aquí es impensable. La isla cuenta con dieciséis parroquias fuera de los límites de la ciudad y solo Santa Eulària y Sant Antoni reúnen un número significativo de viviendas a su alrededor y tienen la consideración de villas. Después encontramos —contó con los dedos— otras cinco que tienen un puñado de casuchas, a veces un estanco, y las nueve restantes están completamente aisladas. Entre estas últimas está

la de Sant Jordi. Hasta la fecha, y pese a todos los esfuerzos, las autoridades políticas y religiosas no han logrado que estos bárbaros accedan a vivir de forma agrupada y civilizada en torno a las iglesias. Prefieren continuar con su estilo de vida extraviado.

El sol proseguía su ascenso discreto, suavizando la temperatura de manera progresiva.

—Con esto quiero decir —prosiguió el secretario— que los payeses viven en casas que distan unas de otras diez, quince o incluso veinte minutos a pie, ¿y sabe qué significa eso?

—¿Que caminan mucho? —aventuró Guasch, fijando la vista al frente.

—¡Que hay mucha inseguridad! —decretó Beia sin escucharlo—. Y para protegerse llevan armas de fuego cuando pueden permitírselo y blancas cuando no. ¡Incluso los niños las reciben de sus padres! No se cruzará estos días con varón alguno que no vaya armado de una u otra manera, cuando no de ambas. Con este panorama es normal que la cifra de muertes sea tan elevada. ¿Comprende lo que le quiero decir?

—Lo que comprendo es que los payeses no le resultan particularmente simpáticos —Señaló al frente—. Beia, o estoy muy equivocado o aquella debe de ser la parroquia a la que nos dirigimos.

La iglesia de Sant Jordi era una pequeña fortaleza recubierta de cal blanca, como casi todas las construcciones ibicencas. Robusta y de planta rectangular, se diferenciaba del resto de edificaciones que Guasch había visto hasta el momento por sus vistosas almenas. En la parte frontal, sobre un pórtico de arcos, se alzaba un pequeño campanario, y en la parte posterior, allí donde se ubicaba la casa rectoral, habían construido un *porxet* cubierto a la sombra del cual, en un silloncito de cuero, como si de una plácida tarde de verano se tratara, dormitaba un hombre vestido con ropajes grises. Un sombrero le cubría la cara y apoyaba los pies en un catre. A su lado, una puerta entreabierta daba acceso a las estancias del capellán.

El tiempo parecía haberse detenido y el silencio se veía solo

perturbado por el canto atenuado de una mujer desde el interior de la vivienda. Nada daba a entender que tras esos muros se hubieran producido, un par de semanas atrás, los crímenes más espantosos que se recordaban en la isla.

—*Bon dia tengui*, subinspector —gritó Beia mientras sujetaba la caballería en una argolla empotrada en el muro.

El hombre no se movió, pero hizo oír su voz apagada bajo del sombrero.

—*Arredecony*, Beia. Pensaba que no iban a venir nunca.

—No da la impresión de tener mucha urgencia.

Riera estiró los brazos y se quitó el sombrero de la cara. Luego entornó los ojos y parpadeó varias veces hasta enfocar la vista en los recién llegados.

Guasch calculó que el subinspector, de estatura media, afeitado inmaculado y expresión vivaz, rozaría una cincuentena no demasiado bien llevada. Lucía un pelo entrecano despeinado, ojeras lilas y mejillas del mismo tono rojizo que el culebreo de venitas que poblaban su nariz. La tensión de los botones de la camisa delataba la existencia de una tripilla incipiente.

—Urgencia poca, lo que tengo es un hambre de cojones. Les esperaba para desayunar y solo mi educación exquisita ha impedido que comenzara sin ustedes. Bueno, eso y que Funolla se ha negado repetidamente a sacar la comida.

La conversación transcurría en ibicenco.

Riera se levantó con esfuerzo.

—¿Así que este es el *verro* que han enviado desde Madrid? —preguntó con sorna. El subinspector se frotó los ojos y observó con detenimiento al «gallo» al que se había referido.

Guasch, que le sacaba una cabeza, sonrió, primero con discreción y después sin disimulo, antes de responder en un ibicenco impecable:

—*M'han enviat a jo perque som més verro que es ferro.*

El subinspector miró a Beia atónito, buscando una aclaración al inconcebible hecho de que en Madrid se comprendiera, e incluso hablara, la lengua natural de la perdida isla de Ibiza. El secretario, con

idéntica expresión, apenas logró encogerse de hombros. Sus miradas convergieron en Guasch, a la espera de que este les diera una explicación.

Pero la explicación no llegó.

—Señores, ¿no íbamos a desayunar?

El subinspector Toni Riera disculpó al nuevo mossènyer, el ecónomo Ramón Gotarredona, que se había visto obligado a visitar con urgencia a unos feligreses, aunque confiaba en no tardar demasiado en regresar.

—Me ha pedido que, en la medida de lo posible, le esperemos antes de ir con los Ripoll. Quiere entregar algo en persona al responsable de la investigación.

La sirvienta resultó ser una mujer de mediana edad, alegre y de buen ver que, sin duda, daría pie a infinidad de habladurías mordaces y comentarios jocosos entre los feligreses. El subinspector, con sus insinuaciones y su sonrisa alelada, no era ajeno a sus encantos femeninos.

—Por favor, Riera, ¡contrólese! —le riñó el secretario cuando se quedaron a solas.

—No tema, por mucho que me entre apetito fuera de casa, siempre termino comiendo allí. Ya me entiende…

Beia puso los ojos en blanco.

—Las indicaciones de la Iglesia son claras al respecto —prosiguió Riera con una sonrisilla—: los párrocos pueden tener criado para el mantenimiento de la parroquia. La norma no escrita es que, si es una mujer, debe tener más de cincuenta años y, en palabras literales de los próceres eclesiásticos, para evitar suspicacias, ser «poco agradable a la vista». Suele ser una hermana soltera o incluso la propia madre del cura. Parece que Gotarredona estaba poco atento el día que dieron la lección en el seminario.

—Funolla es prima hermana de don Ramón—comentó Beia—, y por tanto familiar suyo; además, es bastante mayor que él.

—*Quan més cosins, més endins!* ¿Le suena?

El secretario resopló dando a entender que Riera era un caso perdido.

Funolla trajo una fuente con trozos de sobrasada, *botifarró* y *xulla*, queso de oveja, *cocarrois* de verdura, coca de pimientos rojos asados, aceitunas y una cesta con gruesas rebanadas de pan. Como colofón, dispuso en la mesa un porrón de vino y un frasco de aceite de oliva. Cuando la criada acabó de colocar las viandas, Riera ya tenía anudada al cuello una servilleta que por su tamaño bien hubiera pasado por un mantel y, sin más dilación que un breve deseo de buen provecho, se abalanzó sobre la sobrasada más cercana. Beia, tieso y formal en su silla, tampoco se hizo de rogar, y Guasch, aunque comedido, procedió a satisfacer los ruegos de su estómago y se sirvió una buena tajada de *botifarró*.

—Y bien, subinspector —preguntó antes de dar el primer bocado—, ¿qué hago yo aquí?

Riera le miró fijamente y se rascó una ceja sin dejar de masticar.

—*Puef* va *ustef* a *comed mejod* que la *mifmífima gueina* Isabel.

Guasch carraspeó.

—Me refería a qué hace que este caso sea tan difícil. ¿Por qué no se ha resuelto todavía?

—¡Ah! —Riera deglutió con sonoridad—. Podríamos decir que estas muertes difieren de los crímenes habituales que se cometen por estos parajes y que por lo general se solucionan solos.

—¿Solos?

—Me refiero a que el culpable es obvio. —Se limpió la boca y cogió el porrón de vino antes de sentenciar—: aquí los asesinatos se cometen por lo que yo llamo «honor o amor», cuando no ambas cosas a la vez.

—¿Honor o amor?

Era evidente que Riera esperaba aquella reacción. Seguramente exponía su teoría con frecuencia y buscaba causar ese efecto en sus interlocutores.

—Por orgullo o por celos, dicho a las claras, pero —lo señaló con un dedo manchado de grasa—, no lo negará, mucho menos poéticas.

Guasch asintió y esperó a que el poeta continuara con la explicación, pero en vez de eso, Riera alzó el porrón medio palmo por encima de la

cabeza, formó un hueco a un lado de la boca e introdujo el líquido limpiamente por la abertura. Después de unos segundos, detuvo el riego con un movimiento experto, ingirió el vino, eructó, pidió disculpas con la mano y prosiguió como si tal cosa.

—Hace años, un hombre de Fruitera mató a otro cuyo único pecado fue hablar mal de una chica a la que él había cortejado años atrás. Aunque el asesino ya estaba felizmente casado con otra, no pudo consentir que se faltara de ese modo a esa mujer, que su honor se viera manchado. Y la defendió a su manera. Ya ve usted qué tontería, pero para él la dignidad de esa joven bien justificaba quitarle la vida a un hombre y terminar con los huesos en la cárcel. Fue sencillo averiguar quién había cometido el crimen.

—El *festeig* es el origen de muchas desgracias —proclamó Beia con tono funesto.

—¿Y qué tiene que ver con esto? —terció el subinspector con buen talante—. Son unas noches muy animadas…

—¿A qué se refiere? —preguntó Guasch.

—El *festeig* —explicó el secretario— es una velada que organizan los padres de las chicas casaderas para que los pretendientes puedan cortejarlas. Los jóvenes payeses se juntan con la *colla* de amigos y van de casa en casa. El problema es que coinciden con otras pandillas y que el principal entretenimiento, al margen de cortejar a la joven, es ridiculizar a las *colles* rivales. Los chicos tienen gran predisposición al enfrentamiento, con el agravante de que, como le decía antes, van todos armados. ¡Rara es la noche que no sucede algún percance!

—¡Ay, Beia! ¡Qué bien le hubiera venido un poco más de *xacota* de joven!

El secretario se atragantó.

—Oiga, no le tolero que…

—*Deu ens guardi de s'espardenya que se torna sabata!* —espetó Riera antes de proseguir—. Los muchachos buscan llamar la atención de las chicas y para eso se hacen los gallitos. Lo cierto es que los malparidos son muy ingeniosos y terminan faltándose unos a otros… y ahí es cuando la cosa se complica. ¡Algo tiene el alma payesa que es incapaz

de digerir una ofensa!

—Esa misma noche se enfrentarán y durante los días siguientes todavía se buscarán para ajustar cuentas.

Riera obvió el comentario de Beia y prosiguió con su perorata.

—Cuando sucede algo, buscamos a la pandilla de turno y es el propio agresor quien confiesa abiertamente el crimen. Por eso decía que es una labor policial poco compleja. En caso de asesinato, si el culpable trata de escapar de la justicia huyendo a Argelia, la colaboración con las autoridades francesas hace relativamente sencilla su detención y su posterior repatriación. La cuestión es que, lo apresemos o no, sabemos con facilidad quién ha sido.

—No es que pretenda poner en duda su teoría —dijo Guasch—, pero me resulta difícil creer que en Ibiza no haya crímenes más allá de los de «honor o amor».

Riera se mostró satisfecho al escuchar su expresión en boca de un tercero.

—Hay también quien mata para robar —aclaró Beia—. Como en este caso.

—Bueno, no le diré que no —cedió el subinspector a regañadientes —, pero sí que son menos habituales y que también son de fácil resolución, con víctimas que tienen un entorno reducido en el que es sencillo escarbar y hasta encontrar al culpable. Más allá de esto, sucede poca cosa. No suelen cometerse crímenes ideológicos como los de Madrid. En este sentido no es que vivamos en una balsa de aceite, porque la gente dice lo que piensa y eso a veces escuece a los del otro bando, pero la cosa no va a más.

Funolla se asomó al umbral para preguntar si necesitaban algo y Riera le guiñó un ojo con picardía.

—Volviendo a su pregunta de antes —prosiguió después de espantar a la criada—. Estos crímenes son completamente distintos a la morralla habitual y, por mucho que las autoridades se ofendan, no tenemos ni la menor idea de quién los pudo cometer. Todo indica que fue un robo: el párroco iba a comprar una finca y guardaba una cantidad importante de dinero en casa.

—¿De qué importe estamos hablando?

—Cinco mil duros.

Guasch silbó con admiración.

—¿Cómo puede un humilde párroco reunir semejante cantidad?

—Ahorrando toda la vida. El hombre había prosperado dentro de la Iglesia. La cuestión es que en algún momento debió de hablar demasiado y la información llegó a los oídos equivocados. ¿A quién pertenecían ese par de orejas? Ni idea.

—Aparte del robo —siguió Guasch, apoyándose en el respaldo de la silla—, me pregunto si existe algún otro motivo para querer matar al cura… o al criado, que parece que solo nos centramos en el religioso. ¿Qué opina?

—Opino que los ibicencos son buena gente, pero que como en cualquier sitio, también se nos ha colado algún hijo de puta —respondió, súbitamente serio—. La cuestión es que no acierto a pensar en nadie que tenga los santos cojones para matar a un párroco inocente. Es algo que va en contra de toda lógica.

—¿Cómo los mataron?

—Toni apareció degollado, con los pies y las manos atados con una faja roja. El cura tenía las muñecas sujetas con una cuerda que habían cortado de una silla de la cocina y un tajo en el cuello. ¡No he visto nada más repulsivo en mi vida!

Comiendo a dos carrillos, el subinspector no parecía demasiado afectado por el recuerdo de los cadáveres. Beia, por el contrario, dejó a medio camino un trozo de pan que se llevaba a la boca y, con una mueca de desagrado, lo devolvió al plato.

—¿Restos de sangre?

—Del párroco no, aparte de las puñaladas, claro. Tenía magulladuras en el cuerpo, en el cuello y en la cara provocadas por los golpes; el hombre recibió lo suyo. Lo del criado fue una barbarie, se desangró por completo y a su alrededor se formó un charco grande como esta mesa.

—Ya veo —dijo Guasch, que digería la información poco a poco—. ¿Huellas?

—Había pisadas de sangre por todos lados. No puede decirse que

esos cabrones fueran discretos. Si lo hubieran hecho a propósito no lo habrían manchado más. La mesa de la cocina estaba puesta: el cura había obsequiado a los asesinos con unas tazas de *salsa de Nadal*, una bebida dulce que se toma aquí de postre en Navidad.

Guasch asintió de nuevo, pensativo. Se limpió la boca con la servilleta y se levantó despacio. Los otros dos siguieron el proceso con expectación desde sus respectivos asientos.

—Señores, ya va siendo hora de reconocer el escenario del crimen. ¿Serían tan amables de mostrármelo?

4

Sant Jordi

Guasch cruzó el umbral y paseó la mirada por el *porxo*, un espacio rectangular de tamaño medio que hacía las funciones de recibidor, sala, comedor y distribuidor. La estancia sombría disponía, sin contar la entrada, de tres puertas que daban a otras tantas dependencias. La de la izquierda accedía a una sacristía en la que asomaba una gran alacena; a la derecha quedaba la cocina; la puerta frente a ellos se encontraba cerrada y, según le explicaron, era un pequeño almacén. Junto a esta, trepando muro arriba, una escalera se adentraba en un hueco de la pared lateral y conducía a las alcobas del piso superior.

El mobiliario del *porxo* se limitaba a cuatro sillas dispuestas alrededor de una regia mesa de centro y una cómoda al lado de la entrada. En un rincón colgaba una fresquera cubierta con un tul blanco. En el techo alto destacaba una larga y gruesa jácena de sabina que cruzaba la estancia de lado a lado; sobre esta se apoyaban unas vigas más estrechas de la misma madera y unas coloridas lamas de olivo llamadas *tegell* que recubrían el techo en su totalidad.

La estancia olía a limpio, a un limpio excesivo y pese a ello insuficiente, incapaz de arrancar del todo el olor agrio de la muerte que solo el tiempo y el olvido pueden eliminar.

Riera tomó asiento en una silla. Beia se apoyó en la puerta de entrada. Ambos lo observaban con atención, como si se dispusieran a presenciar un ritual.

—Si he entendido bien —dijo Guasch—, se cree que la noche de la *mitjana festa de Nadal*, es decir, el 26 de diciembre, don Joan Ferrer Ferrer, rector de esta parroquia, invitó a entrar a dos o más personas y les ofreció algo para beber. ¿Es correcto?

Beia y Riera asintieron a la vez.

—Ahora me gustaría comprender qué pasó desde que esos visitantes entraron hasta que salieron por la puerta. Porque imagino que saldrían por aquí, ¿no?

Más gestos afirmativos.

—¿Dónde aparecieron los cadáveres?

—Toni estaba ahí —Riera señaló la base de la escalera—, con la cabeza echada hacia atrás y medio encajada en el rincón que forman la pared y el primer escalón.

—¿Y tenía las manos y los pies atados con una de las fajas del cura?

—Eso es. Estaba tumbado, tenía el cuerpo arqueado, las extremidades estiradas hacia delante y las manos a la altura de la entrepierna. El charco de sangre llegaba hasta las patas de la mesa.

—¿No había más manchas?

—Unas salpicaduras en la pared, junto al cuerpo, y las pisadas ensangrentadas.

Guasch se acercó a los escalones y tocó las baldosas con las yemas. Era imposible adivinar si allí había habido o no sangre tres semanas atrás. Lo habían limpiado a conciencia.

—¿Dónde encontraron al párroco?

—Joan des Camp estaba arriba, en su habitación.

—¿Joan des Camp?

Riera hizo una mueca.

—Vaya, pensaba que siendo tan ibicenco como parece estaría al corriente de que las personas de una misma parroquia suelen llamarse igual, y que la única manera de diferenciarse es a través del *malnom*…

—Un apodo.

—Sí, es el nombre con el que es conocida una casa o una familia, y que puede ser cualquier cosa que a un malnacido se le haya pasado por la cabeza y que ha terminado calando entre la gente. No deja de ser una putada ser reconocido de una determinada manera solo porque tu padre fuera cojo o tu abuela una enana. —Y añadió con voz apenas audible y una risita—: *Quina illa de cabrons!* —Hizo una breve pausa antes de proseguir—: De esta manera nos diferenciamos unos de otros

los que somos de la *pagesia*. Incluso la élite de Dalt Vila, detrás de su fachada de superioridad, tiene que recurrir a estos «juegos de bárbaros» para identificarse.

—Mal concepto tiene usted de quien le da de comer, Riera —refunfuñó Beia.

—Mire, no voy a…

—¡Caballeros! —cortó Guasch, que se olía una nueva disputa—. Vamos a centrarnos en esa noche, por favor. Riera, decía que Joan Ferrer, o Joan des Camp, apareció muerto en el piso superior. ¿Por qué allí?

—Imagino que debieron de utilizar al criado para forzarle a confesar dónde escondía el dinero y, al no lograrlo, lo golpearon. Hay quien considera que pegar ayuda a hacer memoria. Quizá lo hicieron subir para que les mostrara dónde lo guardaba y lo mataron para no dejar testigos. Es comprensible, sobre todo si los conocía, que es lo más probable.

—¿Y no podría ser que dejara pasar a unos desconocidos y les ofreciera una bebida a modo de cortesía?

—Quizá, pero yo diría que no. Don Joan había estado destinado en muchas parroquias y era una persona popular y accesible. Conocía a mucha gente.

—Lo dice como si ese hombre hubiera tenido tratos con toda la isla y no pudiéramos descartar a nadie.

El subinspector asintió después de pensarlo con detenimiento.

—Es exactamente así.

—¿Y en qué momento diría usted que mataron al criado?, ¿después de obtener el botín?

—Apostaría a que le rebanaron el pescuezo antes.

—¡Por Dios, Riera! ¿No puede mostrar un poco de consideración con las víctimas?

—¿Por qué? —preguntó Guasch, ignorando al secretario.

—Porque las huellas ensangrentadas están por toda la planta baja, señal de que una vez muerto el criado, todavía seguían buscando.

El razonamiento era sensato.

—Entonces, primero presionan al párroco y amenazan con matar al criado si no revela dónde está el dinero; no lo hace; matan a Toni y a él le dan una paliza, pero resiste hasta que encuentran el botín. Finalmente, lo acuchillan a él también.

—Eso es.

—¿Les plantó cara el criado?

—No había señales de lucha, ni una silla fuera de lugar. De no ser por los cadáveres y la sangre, nadie diría que aquí se había cometido un crimen. Además, no olvide que Toni estaba atado y que, por tanto, no podía oponer resistencia.

—No se dejaría maniatar sin más. No parece muy congruente.

—¿Congruente?

—Que es extraño.

Riera mostró las palmas de las manos, incapaz de aportar información más precisa.

—Tal vez no derribaran nada durante la lucha —sugirió.

—Es improbable —rechazó Guasch.

Entraron en la cocina, un espacio rectangular de menor dimensión que el *porxo* presidido por una campana de obra que se apoyaba también en una viga que atravesaba la habitación. El hogar era en extremo sencillo, casi primitivo, y estaba compuesto por dos simples hoyos excavados en el suelo, destinados al carbón y la leña, y sobre los que se disponían las ollas y los cazos. Las paredes estaban cubiertas por una capa de hollín. A un costado había una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas con los asientos y los respaldos de enea. Dos rayos de sol entraban en diagonal por un pequeño ventanal y formaban un par de líneas oblicuas de luz en las que danzaba un enjambre de motas de polvo. Unos leños se apilaban en el hueco de la escalera que subía a las habitaciones.

—¿De dónde extrajeron el cordel con el que maniataron a Joan des Camp?

Los tres hombres voltearon y revisaron las sillas. Beia encontró la que buscaban.

La cuerda del asiento estaba cortada por la parte inferior y el

extremo había sido anudado para evitar que el conjunto perdiera tensión. El corte era limpio, señal de que se había realizado con una cuchilla bien afilada.

—¿Esto es sangre? —inquirió Guasch, señalando el trenzado.

—No sabría decirle —respondió Riera asomando la nariz—. Lo parece, pero no recuerdo que estuviera manchado. Tampoco tendría mucho sentido, ¿no?

Guasch respiró profundamente y se masajeó las sienes; era apenas mediodía y ya estaba agotado. Sentía que no podía pensar con claridad. La travesía de la jornada anterior y la noche sin dormir le estaban pasando factura. El día iba a ser muy largo.

Escucharon el ruido de un mueble al ser arrastrado en el piso de arriba.

—Entendido —dijo Guasch—. ¿Subimos?

Los azulejos que decoraban los escalones bailaban bajo sus pies y provocaban unos chasquidos desagradables.

—Me gustaría hablar cuanto antes con el médico y con los guardias que se personaron la mañana posterior al crimen —pidió Guasch a Riera, que le precedía en la escalera.

—Supongo que esta noche en casa del gobernador conocerá al cirujano, don Ricardo Lequerica.

—Ya veo que todo el mundo está al corriente de la cena. ¿Usted también va?

—¿Yo? —Riera se giró y, al encontrarse dos escalones por encima, quedó a la misma altura que Guasch—. A estos actos solo acuden los más relevantes *mossons*, no un simple policía. Pregunte a Beia, tal vez él sí que vaya, ahora que casi forma parte de esa raza de prohombres.

—¿*Mossons*?

—Así llamamos a la élite de Dalt Vila. Hay que pronunciarlo con un puntito de desprecio. Ellos, a cambio, llaman *banyaculs* a los payeses. La relación es de amor sincero.

Guasch sonrió para sí y se dijo que esas diferencias eran las mismas

que en el resto de lugares que había visitado, donde los señores vivían en un mundo hecho a su medida alejados de la plebe. En épocas de carestía también podían pasar miseria, pero compartir un estómago vacío no les impedía seguir manteniendo, al menos en apariencia, un estatus superior. Hambre y orgullo no son conceptos incompatibles.

—Respecto a lo de hablar con los guardias —Riera dudó un instante —, preferiría que se entrevistara antes con Alberto Molina, el sargento mayor de la plaza y, por tanto, la segunda autoridad militar por debajo del gobernador. Él es el responsable directo de la Guardia Civil y, en consecuencia, de esta investigación, o al menos lo era hasta que llegó usted a la isla.

—¿Debo entender que hay algún problema con él?

—Digamos que no ha sido muy de su agrado que haya venido alguien de fuera a poner su labor en entredicho.

Guasch lo miró divertido.

—¿Injustamente? —preguntó.

—Es innegable que la investigación no ha dado frutos, lo que no quita que Molina sea un gallo al que no le agrada compartir corral. O que le toquen los huevos, si me permite seguir empleando términos gallináceos.

—No hay que darle más importancia. No dudo que un militar de su rango nos brindará la máxima colaboración. Hablaré con él cuando regresemos.

—El vicario capitular tiene interés en verle —dijo Beia llegando desde atrás—. Está muy alterado por todo lo ocurrido. Ya me dirá cuándo desea pasar el trámite.

—¿Vicario capitular? Creía que Ibiza era una diócesis.

—Lo era hasta hace una docena de años. Usted es joven, pero imagino que conocerá el Concordato del año 51 que se firmó con la Santa Sede por el que se suprimieron las diócesis más pequeñas. Pues bien, entre ellas estaba la nuestra.

—Y como consecuencia —intervino Riera—, aunque la sigamos llamando catedral, desde hace más de una década la iglesia de Santa Maria es una humilde colegiata y el obispo, un simple vicario capitular.

—No creo que esta entrevista sea ningún trámite —aclaró Guasch—. Me interesa verlo cuanto antes para completar la imagen de las víctimas.

El piso superior era igual de funcional que la planta baja: un pequeño distribuidor en el que se abrían las dos puertas de los dormitorios. El de la derecha pertenecía a Joan des Camp y había sido heredado por su sucesor, y el otro había pasado de Toni Roig a Funolla, «se supone», dejó caer Riera con malicia.

La criada abrió de repente la puerta de la habitación del mossènyer y Riera soltó un grito de sorpresa. Una mareante tufarada de lejía de almendras amargas les golpeó las fosas nasales y les irritó los ojos. Unos lagrimones asomaron por la comisura de los ojos del subinspector que, hábil en su galantería, aprovechó la situación adversa para piropear a Funolla:

—Lloro de felicidad al verla de nuevo.

Una sonrisa radiante se dibujó en el rostro de la mujer, que bajó la escalera balanceando las caderas con naturalidad. Riera la siguió embelesado con la mirada y Beia carraspeó incómodo.

—Así que el cuerpo del cura apareció aquí —murmuró Guasch, entrando al dormitorio.

El ajuar carecía de lujos. Un crucifijo de madera sobre la cama dominaba la estancia. Pegado a uno de los muros descansaba el baúl descerrajado. Guasch inspeccionó la cerradura forzada: habían hecho saltar las tachuelas, arrancándola de cuajo.

—Es evidente que, aunque don Joan acompañara a los asesinos hasta aquí, no les entregó la llave del arcón. No lo entiendo. ¿Por qué no hacerlo si ya estaba sentenciado?

—Precisamente por eso —respondió Riera, cabal—, ¿para qué facilitarles el trabajo si sabes que te van a ajusticiar? ¡Que se jodan!

Guasch abrió la tapa del mueble y encontró en su interior los objetos personales del nuevo párroco. No por esperado dejó de llamarle la atención la capacidad del ser humano para sobreponerse a las calamidades y continuar existiendo, pasando por encima del dolor y de la muerte. Creía recordar que fue Felipe V quien, antes de una batalla,

dijo que si moría solo debían proclamar un nuevo monarca para que nada cambiara. Los cargos están por encima de las personas, y por suerte o por desgracia todos somos prescindibles. La vida es así de cruel y así de simple.

Se oyó una voz masculina en el piso inferior y Guasch echó una ojeada rápida a la habitación del servicio para comprobar que era equiparable a la del sacerdote en mobiliario y sencillez. No advirtió nada que le llamara la atención.

Lo primero que le sorprendió del nuevo párroco fue su juventud. Parecía incluso más joven que él. De complexión mediana, era bien parecido y lucía una expresión decidida, la única, pensó Guasch, que podía tener un hombre capaz de dormir en una habitación en la que pocos días atrás habían acuchillado a su antecesor. Don Ramón actuaba de una manera natural, como si sus creencias fueran de gran ayuda ante aquella eventualidad. Guasch se había sentido siempre en desventaja con las personas religiosas, capaces de encontrar en la fe el consuelo para sobrellevar la muerte y la ausencia de un ser querido.

Tendió una mano que el religioso estrechó con calidez en un apretón que se prolongó un poco más de lo indispensable, como si el sacerdote pretendiera transmitirle su confianza o insuflarle la fuerza necesaria para no desfallecer.

—Quería entregarle algo —dijo.

La sacristía era una pequeña sala que hacía las veces de corredor entre la nave lateral de la iglesia y el *porxo* de la casa parroquial. Tenía dos grandes alacenas de madera oscura, una a cada lado, con numerosos compartimentos en los que debían de guardarse los objetos litúrgicos. Don Ramón se percató de su interés.

—La mayoría están vacíos —aclaró, como si el matiz fuera importante—: por mucho que la comunidad de Sant Jordi sea la más numerosa de la isla, no deja de ser muy humilde.

—¿Los asesinos hurgaron también por aquí?

—Estaba todo entreabierto —confirmó Riera—. No había ningún cajón sin revolver y, como le decía, el suelo estaba totalmente cubierto de pisadas de sangre.

Guasch miró hacia abajo de manera instintiva, tratando de detectar alguna huella que, por supuesto, había sido eliminada. El párroco abrió una de las portezuelas y extrajo dos cajones de los que sobresalían varias prendas.

—Esto y la mula de don Joan es todo lo que queda de ellos.

Guasch asintió y miró el contenido de las cajas con tristeza. Don Joan había dejado dos pares de pantalones desgastados, tres camisas, un sombrero de ala ancha, otro de paja, un jersey tejido con lana de oveja y varias fajas negras. También había un rosario de madera y varios libros de temática religiosa. El legado del criado era todavía más escueto: una camisa, un pantalón, dos fajas, una barretina, un abrigo y un jersey manchado. Nada más. No dejaba de ser descorazonador que, después de una vida de esfuerzo, trabajo y bondad, solo pudieran dejarse como herencia cuatro prendas viejas.

—Esto ya lo vi en su día —aclaró Riera—. Nos dijeron que faltaba una de las casullas.

—Es correcto.

—¿Ha echado en falta algo más?

Don Ramón movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué se llevaron la casulla? ¿Tenía algún valor especial?

—El mismo que cualquiera de las otras.

—Quizá la usaran para cargar con lo que robaron —sugirió Riera.

—Podría ser —convino Guasch, que miró al párroco—. ¿Qué nos quería entregar?

El sacerdote sacó la barretina de la caja y metió la mano en su interior.

—Esto.

En la mano tenía dos llaves grandes.

—No estaban ahí la otra vez —observó Riera.

—Tiene razón. Las encontré y las guardé aquí para no extraviarlas: lo he comprobado y no abren ninguna cerradura de la parroquia. Debían pertenecer a don Joan o a Toni.

Beia habló desde la retaguardia.

—O a algún feligrés despistado.

—O a los asesinos —aventuró Riera.

—No creo —rechazó el cura con expresión afable—, dudo que alguien de fuera perdiera un par de llaves dentro de uno de los calderos de la cocina.

Riera le miró extrañado y Guasch las cogió sin darle más vueltas.

—Muchas gracias, don Ramón, trataremos de averiguar de dónde son. Por cierto, imagino que oficiará usted la misa del domingo, ¿verdad?

El párroco asintió.

—En ese caso, me gustaría pedirle un favor.

5

El enfoque

Beia había regresado a la ciudad con evidente alivio, como si deseara perderlos de vista y volver a sus quehaceres habituales. Por su parte, Guasch y Riera llevaban un buen rato cabalgando.

—¿Cómo lo ve? —se interesó el subinspector.

Esperaba la pregunta. Sabía que se la iban a hacer a menudo a lo largo de los siguientes días con la esperanza de escuchar que la investigación estaba encarrilada, que había pistas claras y que en breve darían con los culpables. La gente necesitaba tener el convencimiento de que los asesinos iban a ser capturados, que pagarían por sus crímenes y que se haría justicia.

Sintió que los ojos del policía lo observaban con atención.

—Perdone, a veces me quedo absorto.

—Preguntaba por su primera impresión, pero luego he pensado que un investigador como usted, acostumbrado a trabajar solo, no compartiría sus reflexiones con un tipo al que acaba de conocer. Por eso no he insistido, no quiero que piense que soy una mosca cojonera.

Guasch miró la espalda de Riera y terminó de convencerse de que aquel hombre sería útil en la investigación.

—¿Había oído usted hablar alguna vez del Cuerpo de Investigación?

—No.

—Todavía no he encontrado a nadie que lo conozca, al margen de algunos altos mandos de la Guardia Civil. Y ahora, ¿sabe qué es?

—Pues para serle franco, no del todo.

—El Cuerpo de Investigación del Crimen es un grupo policial subordinado al director de la Guardia Civil pero que, a todos los efectos, es independiente del cuerpo militar. Nuestra función es

investigar crímenes que los estamentos locales no han podido resolver y, al contrario de lo que acaba de decir, solemos trabajar en equipo. Nos desplazamos por toda España en parejas. En mi caso, es la primera vez que se rompe la regla.

—¿Por qué?

—Porque vivimos una época convulsa, subinspector, y estamos desbordados. Estas últimas semanas la mayoría de nuestros equipos se han tenido que desdoblar para poder atender todas las solicitudes. La verdad es que no sé dónde iremos a parar.

Riera hizo que su mula se desviara en uno de los infinitos senderillos que partían de los caminos principales y anunció que llegarían en breve.

—Respecto a su pregunta —aclaró Guasch—, mi primera tentación, por sentido común, es presuponer que lo que indican todas las apariencias es cierto: que unos ladrones han decidido no dejar testigos después de efectuar un robo. Parece muy evidente.

—¿Pero…?

—Pero he visto suficientes cosas como para saber que a veces las apariencias se alinean para confundirnos y que, por poco probable que sea, no hay que dar nada por sentado. Por tanto, no descarto ningún motivo.

—¿Cómo cree que debemos plantear el caso, entonces? Le aseguro que, aunque no hayamos obtenido resultados, hemos trabajado sin descanso. El sargento mayor le pondrá al corriente.

—No lo dudo. —La sinceridad del hombre bien valía una respuesta igual de franca—. Quiero que entienda que no pretendo juzgar ni demostrar ser mejor que nadie. Esto no es una competición. Estoy aquí porque ya me he encontrado en situaciones que podrían considerarse similares. Nuestros próximos pasos deben dirigirse a abrir nuevas líneas de investigación, a encontrar algún hilo del que tirar. A nuestro favor juega que hayan transcurrido ya tres semanas.

—¿En serio? Nunca hubiera dicho que el paso del tiempo fuera positivo en una investigación en la que no se han obtenido resultados.

—Hace un año investigué un asesinato en Rueda, un pueblo cercano

a Valladolid. Se trataba de la muerte de un muchacho que había ido a vendimiar y que apareció ahorcado de la rama de un olivo. Permanecimos en la zona más de dos semanas tomando declaración a todo aquel que pudiera saber algo, atentos a cualquier detalle, contradicción o gesto delator… No conseguimos nada y regresamos con las manos vacías.

—¿Y qué pasó?

—Un moribundo con remordimiento de conciencia confesó no hace demasiado haber sido testigo de una discusión entre el chico y otro hombre, un cacique de la zona cuya hija, al parecer, había quedado prendada del muchacho. Nadie más los había visto ni los habría relacionado jamás.

—Y lo acabó matando.

—Algo así: fueron sus hijos quienes lo hicieron, los hermanos de la chica enamorada.

Riera pareció dudar.

—Al final apareció una pista de la nada, pero ¿no cree que esa confesión fue casual, que el hombre solo necesitaba liberar su conciencia? Ese testimonio podría no haberse producido y el caso habría quedado sin resolver. Es poco probable que a nosotros nos caiga la solución del cielo.

—Tiene usted parte de razón. Hay aspectos vitales para la resolución de una investigación que a veces simplemente suceden.

—Por fortuna.

Guasch negó con la cabeza.

—La suerte huele mal, Riera: la suerte no existe.

—Hum… ¿a qué se refiere?

—A que a menudo llamamos buena suerte a algo que nosotros mismos hemos forzado con nuestras acciones, y mala suerte a las consecuencias de un trabajo deficiente. La suerte es la excusa de los perdedores para exculpar los errores propios, un escudo tras el que esconderse.

Riera le miraba ensimismado.

—Habla usted muy raro, ¿sabe?

—En el caso de Rueda, habíamos interrogado al testigo en dos ocasiones; la segunda entrevista la hice yo mismo. Le apreté y le expliqué la importancia de comunicarnos cualquier tipo de información, por irrelevante que pudiera parecer. Quiero pensar que, aunque en aquel momento el hombre no dijera nada por temor a represalias, sembramos en él la semilla de su futuro arrepentimiento. Creo que nuestra labor sirvió para algo. A pesar de no descubrir a los asesinos en la primera visita, nuestro esfuerzo permitió identificar al culpable. Si pensara que mi trabajo depende tan solo de la suerte, me sentaría junto al fuego a esperar resultados.

Guasch observó los muretes de piedra que, a modo de cinturones, parcelaban en largas terrazas horizontales las faldas allanadas de unas colinas lejanas y se fijó en un payés que bregaba con una mula. El animal tenía la lengua fuera y se negaba a tirar del arado y remover una tierra pedregosa y árida. En una explanada, una carreta destartalada hecha con dos troncos desiguales avanzaba a trompicones campo a través cargada con unos cestos vacíos. La escena le resultó familiar. Los campesinos de la geografía española apenas se diferenciaban unos de otros por su vestimenta, adaptada a los usos y a la climatología local. Su vida venía marcada por la dureza de un trabajo interminable y los sinsabores y las pequeñas satisfacciones de su día a día, por las pulsaciones de la tierra y de la madre naturaleza. No había tregua ni compasión para la gente de campo.

—Nuestra labor se parece a la de un payés —concluyó Guasch—: tenemos que sembrar para luego recoger. En una investigación, algunas situaciones necesitan un tiempo de maduración, como los frutos. Por eso debemos estar atentos a lo que haya sucedido estas tres semanas y a lo que suceda de ahora en adelante, y pensar qué podemos hacer para que la cosecha madure más deprisa.

—Lo que yo decía —sentenció Riera con cara de espanto—: habla usted muy muy raro.

La luz de la tarde se filtraba entre las hojas de la palmera cuya

sombra bailaba sobre la fachada. Guasch paseó la mirada por la explanada que se abría frente a la casa y la detuvo en el habitual grupo de chumberas que ya había visto en otras fincas. Un perro famélico dormitaba junto a la puerta. De la parte trasera, donde debían de encontrarse los corrales, llegó el balido de una oveja.

Un hombre vestido de negro y con una faja roja salió a recibirlos. Era de complexión delgada y pelo oscuro y, como todos los ibicencos que había visto, de baja estatura. Su expresión neutra se intuía forzada, como si no lograra esconder del todo el mal trago que le suponía revivir el traumático descubrimiento de aquella madrugada. La figura de un niño se perfiló a su lado y el hombre le pasó una mano por la espalda en una muestra de cariño o, quizá, de protección.

Vicent Ripoll los invitó a entrar al *porxo* mientras una mujer recogía los platos y una olla de loza con restos de un líquido poco apetitoso. El contraste con su pantagruélico desayuno le hizo enrojecer. En la habitación no había más que una mesa, cuatro sillas y dos puertas que daban acceso a la cocina y al único dormitorio de la casa. De los muros colgaban aperos de campo y utensilios desportillados de madera. Cuando la mujer se retiró y los cuatro se hubieron sentado, el anfitrión tomó la palabra:

—Me alegra poder hablar con usted.

—Al contrario, gracias por recibirnos —correspondió Guasch, sacando los útiles de escritura—, soy consciente de la situación tan dura que han vivido y de lo desagradable que resulta recordarlo.

El niño tragó saliva.

—¿Qué puede contarme de don Joan? ¿Qué relación tenían con él?

—La misma que los otros feligreses. El *reptor* era un hombre muy cercano, nos ayudaba siempre que tenía ocasión… A toda la comunidad, quiero decir. Era una persona *molt sabuda* y la gente le pedía consejo sobre cualquier cosa, y también que intermediara en pequeñas disputas. Como nos conocía a todos, encontraba siempre una solución que satisfacía a unos y otros. Era un hombre justo, querido y respetado.

—¿De qué manera los ayudaba?

Vicent Ripoll bajó la vista y se miró las manos, unas manos callosas de dedos gruesos y fuertes y uñas ennegrecidas por las labores del campo.

—Con comida, ropa, útiles de labranza… Sé de alguna vez que incluso dio dinero a alguien. Él nunca prometía nada, pero un buen día aparecía de manera inesperada, «Jau, Vicent, crec que en fareu bon ús d'això», y te entregaba algo que, por supuesto, te hacía falta. Era generoso, repartía lo que conseguía entre quienes más lo necesitaban con el criterio de un buen padre. —Y con voz apenas audible, añadió—: a nosotros nos ayudó en numerosas ocasiones.

—¿Notaron algo diferente en don Joan antes de su muerte?

—¿Aparte de la muerte de Catalina?

Guasch miró a Riera sin comprender y este se disculpó con un gesto.

—¿Quién era Catalina?

—La sobrina de Joan —respondió Vicent—, hija de su hermano Pep. Tenía veinte años. Falleció unas semanas antes que él.

Guasch contuvo la respiración.

—¿De muerte violenta?

—Oh no, en absoluto. Murió en la cama junto a su madre… así, sin más. —Vicent chasqueó los dedos—. Es una desgracia que falte una persona tan joven. Don Joan la quería mucho. Nunca lo había visto llorar hasta entonces, quedó muy afectado.

—¿Hasta el punto de comportarse de manera inusual?

—No sé a qué se refiere —titubeó—, quería decir en el sentido de estar triste. Tenía la mirada sombría y, a veces, incluso, encendida, como si sintiera rabia. Con nosotros, con su comunidad quiero decir, seguía siendo la misma persona atenta y cariñosa de siempre.

—¿Rabia?

—Imagino que las personas que entregan su vida a Dios también tienen sus disputas con Él, como cualquier hijo con su padre.

—¿Solían visitar a don Joan tan temprano?

—No siempre, pero sí que iba a veces a echar una mano en la preparación de las ceremonias o en la limpieza del templo. En Navidad voy siempre, sin falta, y este año quise que Jaume me acompañara por

primera vez. En qué momento…

—¿Era necesaria su ayuda? Quiero decir, tengo entendido que los responsables de la limpieza de las parroquias son los criados, en este caso Toni Roig, ¿no?

—Era la única forma de corresponderle y de mostrarle mi agradecimiento. Él lo comprendía y nos dejaba hacer.

—¿Cómo era Toni?

—Un chico alegre. Siempre estaba bromeando.

—¿Tenía enemigos o alguien al que pudiera haber ofendido con alguna de sus bromas? Me consta que la gente de la *pagesia* se toma las cuestiones de honor muy a pecho.

—La gente es muy sensible, eso es cierto, pero me extrañaría. Toni no iba de malas.

Guasch se aclaró la voz.

—Me gustaría hablar de la madrugada en la que descubrieron los cadáveres ¿Quién y cómo fue?

Jaume miró a su padre, pidiéndole permiso para hablar. El progenitor hizo un gesto de aprobación.

—Fui yo —explicó—. Al llegar a la iglesia descabalgué rápido y corrí a cal mossènyer.

—¿La puerta estaba abierta o cerrada?

—Abierta. Había algo de luz en el interior, de un par de lámparas de aceite. Olía bien, como a flores frescas. La puerta de la cocina estaba también abierta, recuerdo que me llamó la atención el recuadro negro.

Guasch lo animó a proseguir con un gesto. El chico, con la mirada perdida, describía sensaciones y detalles interesantes.

—Entonces me fijé en un bulto en el suelo, junto a la escalera. No parecía una persona, sino un animal, un perro grande tumbado. Cuando me acerqué pude ver que no lo era. Recuerdo haber escuchado un chillido que resultó ser mío y, es muy curioso —vaciló—: tuve la sensación de verme a mí mismo desde fuera, como si estuviera flotando en lo alto y, al mismo tiempo, también allí abajo. Vi cómo mi padre corría hacia mí y se llevaba las manos a la cabeza, y escuché cómo se acercaba a Toni y después gritaba el nombre de Joan varias veces; vi

cómo cogía una lámpara y se asomaba a la cocina, cómo saltaba por encima del cuerpo y desaparecía escaleras arriba, dejándome casi a oscuras; y vi cómo la luz regresaba a trompicones y mi padre me cogía del antebrazo, me llevaba fuera, me montaba en la mula y me mandaba a Vila a dar el aviso. Lo he revivido una y otra vez como si fuera un sueño. O, mejor dicho, una pesadilla. Sucedió muy rápido.

Jaume regresó al presente y fijó sus ojos en los de Guasch, que asintió y miró a Vicent.

—¿Qué hizo usted cuando se quedó solo en la casa parroquial?

—No las tenía todas conmigo, si quiere que le diga la verdad. No sabía si los asesinos seguían ahí, escondidos. Cogí mi *catxorrillo*, el arma de fuego que siempre me acompaña, y volví a entrar, fui a la sacristía y a la iglesia, pregunté varias veces a gritos si había alguien, pero solo escuché el eco de mi propia voz. Regresé a la cocina y a las habitaciones superiores, miré incluso debajo de los camastros hasta que me convencí de que estaba solo. Pensé que era conveniente que no entrara nadie más, así que salí y cerré la puerta. Al poco tiempo llegaron un par de obreros, les expliqué lo sucedido y esperamos juntos, fuera, a la Guardia Civil, que tardó una eternidad.

A Guasch le admiró el comportamiento cabal de aquel hombre y de su hijo. Poca gente habría sabido mantener la cordura y proceder de un modo tan responsable. De hecho, conocía casos de varios supuestos héroes de la patria que habían actuado sin prudencia ni criterio en situaciones menos delicadas que aquella.

—¿Notó algo fuera de lugar, algún detalle que le llamara la atención?

—Recuerdo muchas pisadas. Aunque la primera vez no me fijé, cuando volví a entrar las vi con claridad. Me miré los pies pensando que eran mías, pero mis *espardenyes* estaban limpias.

—¿Nada más, aparte de eso?

El campesino hizo un gesto negativo con la cabeza.

Poco quedaba por preguntarles. Se levantaron y les dieron las gracias. Guasch se detuvo cuando ya se dirigía a la puerta.

—¿Por qué cree que don Joan quería comprar una finca? —preguntó.

—¿Y por qué no? Querría dejar algo más que una bolsa repleta de

monedas. —Vicent caviló un instante antes de proseguir—. No deja de ser curioso: es triste que tu labor sea la de servir al prójimo y que al final uno de esos prójimos te mate para llevarse el fruto del trabajo de toda tu vida. Da la sensación de que has vivido engañado, de que te han robado dos veces: la primera en un imperceptible goteo diario y la segunda de una cuchillada traicionera.

Guasch lo miró sin saber qué decir. Habría podido darle una réplica vaga, como que la vida era cruel e injusta, que solo Dios, si existía, podía conocer la verdad, o que las personas bondadosas eran unas víctimas igual de fáciles, si no más, que cualquier malparido o, quizá, que al menos aquel hombre vivió la vida que deseó y que tuvo la satisfacción de ayudar a la gente que le rodeaba y que, probablemente, pese al último mal trago, muriera en paz. Pero no dijo nada y, en lugar de eso, se despidió con un breve movimiento de cabeza y salió de la casa.

6

La Guardia Civil

La máxima autoridad de la fortaleza, responsable operativo de la dotación militar, de la Guardia Civil y del Cuerpo de Carabineros de la ciudad de Ibiza, el sargento mayor de plaza don Alberto Molina y Martínez, se acariciaba el cabello rubio mientras mantenía la mirada fija en Guasch. Sentado al otro lado de la mesa en un ridículo silloncito junto al subinspector Toni Riera, Guasch observaba con escaso interés una metopa repleta de armas de fuego.

—Sí, ya lo hemos hecho —dijo al fin Molina, poco acostumbrado a dar explicaciones—. También hemos interrogado y registrado las casas de los sospechosos habituales y otra gentuza de malvivir, los pelagatos a los que visitamos cuando se produce un delito. Por regla general, solemos encontrar algo. Esta vez no.

Guasch asintió con la cabeza al tiempo que Riera negaba con la suya.

—Hemos controlado la ropa de las lavanderas que trabajan en Ses Feixes en busca de manchas de sangre e interrogado al entorno de don Juan y al círculo de amistades de su criado, y no hemos encontrado nada destacable salvo la conocida mala relación que tenía el primero con su hermano Pep. El problema parece ser de este último, a quien todo el mundo define como un imbécil.

Don Juan. Cada uno llamaba al difunto cura a su manera.

Guasch se fijó en los movimientos circulares que le hacía Riera con el dedo y que interpretó como que luego le explicaría la relación entre los dos hermanos.

—¿Y las alpargatas? —preguntó.

—Hicimos dibujos de las huellas halladas en el suelo de la casa parroquial para compararlas con las que pudieran aparecer, y por ahora

—Molina remarcó las dos últimas palabras—, no hemos encontrado ninguna.

Guasch tuvo que admitir que la idea de hacer un molde de las pisadas era buena. Punto positivo para el sargento. No se le habría ocurrido a cualquiera.

—¿Algo más? —Hizo la pregunta de un modo natural, quitándole importancia, pero a Molina pareció sentarle mal de nuevo, como si cuestionara su labor. El gallo que había descrito Riera estaba sensible y se sentía atacado en su gallinero.

—No —contestó tajante—, nada más.

Alberto Molina se lo estaba tomando como una afrenta personal. No era infrecuente que los altos mandos locales con los que lidiaba en el transcurso de sus investigaciones reaccionaran así. Era el comportamiento natural de determinados hombres que acumulaban mucho poder y, a la vez, importantes limitaciones profesionales y personales. En el día a día, esas carencias podían camuflarse bajo la sempiterna fórmula castrense de impartir órdenes con determinación. Sin embargo, un asesinato inexplicable y la llegada de un miembro del Cuerpo con una autoridad superior en la investigación hacían que las costuras se tensasen y que la ineptitud y las inseguridades se escurriesen entre los pespuntes. Los altos mandos se sentían cuestionados, cuando no directamente señalados, y se indignaban e irritaban con facilidad, al menos hasta que digerían la nueva realidad. Guasch sabía que no valía la pena enfrentarse a ellos durante el proceso de asimilación a no ser que fuera necesario. Y ese todavía no era el caso.

—Me gustaría entrevistar a los guardias que acudieron al lugar de los hechos.

Molina fingió sorprenderse.

—No se preocupe —respondió escurridizo—, yo mismo puedo explicarle lo que necesite.

—No me preocupo —atajó Guasch—, solo quiero hablar con ellos.

—Le garantizo que estoy al corriente de todos los detalles de lo sucedido y que…

—Estoy seguro —le cortó Guasch de nuevo—, y agradezco su predisposición, pero prefiero que me lo cuenten ellos en primera persona. Cuanto antes.

El aire se espesó de repente, hasta el punto de que Riera empezó a toser y el sargento mayor pareció sufrir dificultades respiratorias, a juzgar por el llamativo tono azulado de su cara.

Cuando Molina se recuperó, levantó su atlético cuerpo del asiento y, murmurando por lo bajo, cruzó el despacho con dos ágiles zancadas.

Guasch sintió cómo Riera lo miraba de soslayo y esbozaba una sonrisilla de complicidad.

El cabo Manuel Sardina y el guardia Rodrigo Calavera, vestidos con el pomposo uniforme azul y rojo de la Guardia Civil, esperaban en posición de firmes junto al escritorio del sargento mayor. Los dos hombres no podían tener físicos más dispares. El primero era un hombrecillo de espalda estrecha y cabeza ovalada en la que destacaban unos ojos saltones y una boca de labios finos y alargados que parecían, en conjunto, el vivo reflejo de su apellido; el segundo era alto y cuadrado, un armario ropero sevillano sin cuello cuyo brazo era más grueso que la cintura de Sardina, mandíbula ancha, cejas espesas y mirada de pocos amigos.

Guasch preguntó al cabo, que por rango llevaba la voz cantante, si habían visto algo que les hubiera llamado la atención. El guardia respondió de forma instantánea.

—Sin duda —respondió con voz nasal y un fuerte acento gallego—, me pareció muy curioso el reguero de pisadas ensangrentadas de la planta baja.

—Todo el mundo ha reparado en lo mismo.

—Es comprensible. En condiciones normales, un criminal evitaría dejar huellas y pasar desapercibido. No es el caso: a los culpables no les importó dejarlas por todos lados. Era sencillo adivinar el camino que recorrieron. Los pasos eran cortos y la distancia entre ellos, constante, no había zancadas ni resbalones. Mi sensación es que iban andando y

no corriendo, como si no tuvieran prisa. Debían de sentirse muy seguros o ser unos inconscientes.

La reflexión era interesante.

—Las pisadas eran de dos tamaños diferentes —continuó el cabo— y se correspondían con las alpargatas que emplea la gente del campo por estos lares. No llevaban puntera metálica.

—¿Puntera metálica?

—Muchos campesinos —aclaró Riera— refuerzan las alpargatas clavándoles unos apliques metálicos en las puntas o en los talones para evitar el desgaste y que les duren más. Es algo bastante habitual.

Sardina prosiguió con la explicación.

—La persona de pie más pequeño pasó dos veces por el charco de sangre que se formó bajo el cuerpo del criado. Las pisadas rodeaban la mesa y se dirigían hacia la sacristía, donde se entretuvo en abrir puertas y cajones. Luego regresaban al cuerpo de Toni, y eso es lo que más me llamó la atención.

Molina sonreía, orgulloso de su subordinado, como si pretendiera atribuirse el mérito de aquellas observaciones. Mentalmente le quitó el punto positivo que le había concedido antes y se lo anotó al cabo. Muy perspicaz, el tal Sardina.

—¿El qué, en concreto? —preguntó Riera.

—Pues que uno de los asesinos volviera a acercarse al cadáver, fuera después a la cocina y de ahí saliera al exterior.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—Que para ir de la sacristía a la cocina no es necesario pasar de nuevo por donde estaba el cuerpo del criado. Quiero decir que podía haber ido en línea recta sin rodear la mesa. Eso solo puede significar que se acercó al cadáver con algún propósito, quizá para buscar algo entre sus ropas.

—Para subir a las habitaciones deberían pasar por el charco de sangre, ¿verdad? —preguntó Guasch, recordando la distribución del *porxo* de la casa rectoral.

Sardina asintió, pero fue la voz atronadora de Calavera la que respondió.

—No había pisadas ensangrentadas en los escalones.

Punto. Entendido. Silencio en la sala.

—¿Y las otras huellas?

—A partir del momento en que pisa la sangre del criado —explicó Sardina—, el segundo hombre se acerca a la sacristía y sale por la puerta. No hay más huellas, quizá porque se encontraba arriba con el cura: baja, busca a su compañero y se marchan.

—¿Sabemos hacia dónde se dirigieron al abandonar la casa?

—No, señor. No había llovido los días anteriores y la tierra estaba firme y seca, por lo que el rastro se perdía a los pocos pasos.

—¿Sabemos cuántas personas había con exactitud?

Esta vez fue Molina quien habló:

—Había dos tazas con *salsa de Nadal* y dos tipos de pisadas diferentes: eran dos.

Guasch miró a Sardina y este asintió para respaldar las palabras de su superior.

—No hay nada que nos haga sospechar que hubiera alguien más.

—¿Qué más se llevaron, aparte del dinero, cabo?

—Que nos conste, un pequeño cáliz y una bandeja de plata de difícil venta, una casulla y un crucifijo. Tampoco se encontraron armas de ningún tipo.

—¿Armas? ¿Un siervo de Dios armado? —se extrañó Guasch—. No sería el primer caso, desde luego, pero no deja de resultar llamativo en un sexagenario altruista.

—Se sabe que el cura tenía una pequeña navaja o, como le llaman por aquí, un *raor* —respondió la voz cavernosa de Calavera—, aunque no podía considerarse un arma de verdad. Toni Roig disponía al menos de un cuchillo y probablemente también de un arma de fuego. Aquí, en cuanto echas a andar te regalan un cuchillo y con el primer diente, una pistola. Tuvieran lo que tuvieran, no había nada.

Las miradas convergieron en Guasch, a la espera de la siguiente pregunta. Cuando dejó de tomar notas, ojeó sus apuntes, replegó las hojas y fijó la vista en Molina. Tenía la ligera sensación de que tampoco le gustaría lo que iba a decir a continuación.

—Vamos a formar un equipo de trabajo. Nos reuniremos cada mañana antes de empezar la jornada para ponernos al corriente de los avances del día anterior y planificar los próximos pasos. Si alguna mañana me encuentro fuera, pospondremos la reunión.

El sargento abrió los ojos de par en par.

—¿Y quién integrará ese equipo?

—Los aquí presentes y algún otro guardia que sea espabilado.

Sardina se adelantó a su superior, que ya abría la boca para formular la consabida queja.

—Usechi encaja con ese perfil, señor.

—Pues convóquelo para mañana.

Molina hizo un último intento antes de que el asunto se le fuera de las manos.

—¿Es necesario trabajar de esta manera?

Guasch envolvió su pluma en un paño de algodón y tapó el frasco de tinta sin premura. Solo al terminar de recoger los bártulos se dignó dirigirse al guardia.

—Sargento —dijo lacónico—, nos vemos mañana a primera hora.

7

La élite

Se limpió a conciencia con el agua fresca que le habían dejado junto a la jofaina y se tumbó en la cama. Aunque el efecto había sido reparador, se sentía agotado y dolorido. Lo que menos le apetecía en aquel momento era asistir a la cena del gobernador. Sabía cómo eran ese tipo de encuentros con la élite local: damas emperifolladas con ínfulas que le preguntaban por los detalles escabrosos de algún crimen, alarmándose y relamiéndose a partes iguales, comerciantes interesados en las últimas novedades que habían visto sus ojos viajeros y autoridades marginales preocupadas por los vaivenes de la inestable corte de Madrid. Una visita como la suya era, además de una fuente de entretenimiento, casi el único modo de obtener información fresca del exterior.

Guasch oyó pisadas en la escalera, seguidas de unos golpecillos en la puerta. Se levantó, cogió la capa y abrió con decisión. La chica dio un respingo. No tendría más de catorce o quince años, el cabello azabache recogido en un moño, la piel blanca y la belleza de una mujer en ciernes. Iba vestida como las mujeres de la ciudad, diferente de las que trabajaban en el campo: falda oscura, blusa de manga ancha abotonada hasta el cuello y un mantón recogido en los brazos. Sujetaba un quinqué cuyo resplandor producía sombras irregulares en sus facciones inmaculadas.

—Lamento haberte asustado —dijo Guasch con una sonrisa.

—Mi padre me manda para hacerle saber que han venido a buscarlo. —Hizo una graciosa reverencia y empezó a retirarse, como si tuviera prisa.

—Así que tú eres Margalida, la hija de Miquel…

La chica asintió de espaldas y descendió los escalones de dos en dos dejándolo en penumbra y con la palabra en la boca.

Guasch bajó a la sala que hacía las veces de recibidor y de cantina. No vio a Margalida, pero sí a su padre: Miquel Guevara, propietario de la posada y al que había tenido ocasión de saludar aquella misma tarde. La historia de los Guevara era, según le había contado, idéntica a la de otras familias como los Tuells o los Riquer: descendientes directos de un militar que siglos atrás había desembarcado en Ibiza y que terminó echando raíces. Miquel obtuvo permiso de la alcaldía para gestionar la primera y hasta la fecha única fonda de la isla. Junto a su mujer y su hija la regentaba con esmero y dedicación, aunque según sus propias palabras apenas le daba para sobrevivir. Guevara lucía en ese momento un semblante grave mientras hablaba con un hombre esquelético y desaliñado que se sentaba frente a una copa rebosante y una botella vacía. Al verlo, le hizo un gesto con la mano.

—Señor Guasch, me gustaría presentarle a don Onofre Ulecia de León, antiguo teniente coronel y hombre de confianza del excelentísimo señor don Leopoldo O'Donnell…

—Y actualmente exiliado en esta tierra por orden del malvadísimo señor don Manuel Pando —completó el esqueleto con voz pastosa.

Después de levantarse no sin dificultad, tendió su mano huesuda y clavó en Guasch una mirada vidriosa. Guasch la fue a estrechar con temor a hacerle daño y se vio sorprendido por la firmeza del apretón.

—Puede invitarme a un trago cuando guste, caballero; me comprometo a no aburrirle con mis derrotas personales: estoy capacitado para beber con la boca cerrada… Bueno, ya me entiende.

Onofre echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada, pero se tambaleó y solo alcanzó a emitir un ligero graznido. Guasch comprobó que su mano seguía aprisionada por la garra del esqueleto y tiró de ella hasta liberarla. Aunque tenía pocas ganas de ir a la cena del gobernador, todavía tenía menos de quedarse con aquel espantajo con aliento a alcohol y fracaso.

Reconoció en la puerta a Bernat.

—Por supuesto —dijo Guasch limpiándose la mano húmeda en la

pechera mientras caminaba hacia la salida—, un día de estos…

Precedido por el alguacil, cruzó el umbral y se sumergió en la oscuridad de la noche.

—¡Pensaba que no llegaría nunca, Marc! —le regañó la sonriente mujer que abrió la puerta y le tendió una mano enguantada antes incluso de tocar el picaporte—. ¿Le parece correcto hacer esperar a una dama impaciente?

Un criado de uniforme impecable y expresión angustiada acudió raudo a recoger la capa de Guasch y a cepillarle las hombreras de la americana; otro le puso en la mano una copa de champán helado y un tercero cerró la puerta. La mujer, que por edad habría podido ser su madre, lo miraba con ojos chispeantes y hacía caso omiso a la frenética actividad del servicio.

—Halaga usted a este humilde forastero viniéndolo a recibir en persona —respondió Guasch, que sostuvo los dedos regordetes que le ofrecía la anfitriona e hizo una genuflexión—. Le ruego que disculpe mi falta de tacto.

Doña Dolores Ortiz de Zárate rio con ganas, lo tomó del brazo y lo guio con parsimonia hacia el salón.

—En mi casa, estimado Marc, hago lo que me viene en gana —y añadió, tirando de él y bajando la voz—, y fuera la verdad es que también.

El bullicio que provenía del salón era un batiburrillo de música, murmullos, risas y tintineo de copas. En casa del gobernador se había reunido una pequeña multitud aquella fría noche de invierno. La temperatura en el recibidor era agradable y el olor a aceite de las lámparas se entremezclaba con el perfume azucarado de la gobernadora y el aroma de alguna delicia a medio cocinar. Su estómago gruñó para recordarle que llevaba demasiado tiempo sin prestarle atención.

Los invitados se repartían en parejas o pequeños grupos. Absortos en sus conversaciones, sostenían copas, daban cuenta del refrigerio y

prestaban poca atención a un cuarteto de cuerda ubicado en un rincón. En el centro del salón había una mesa con bandejas repletas de manjares y, al fondo, una gran chimenea en la que crepitaba un fuego animoso. Dos jovencitas los observaron sin disimulo antes de ponerse a cuchichear. Una figura uniformada de pelo y barba canosos se desgajó de unos caballeros y se dirigió hacia ellos con paso decidido.

—Guasch —saludó el gobernador, tendiéndole la mano—, le agradezco que haya venido, mi esposa necesitaba conocerlo de inmediato o le habría dado un síncope. Espero que sea benévola con usted y no lo atosigue demasiado con sus atenciones.

—Querido —respondió doña Dolores, divertida—, no seas grosero o nuestro invitado nos tomará por unos provincianos incultos.

El gobernador lo miró con atención y se puso serio.

—Este no es momento ni lugar, relájese y mañana ya me cuenta sus…

—¡Exacto! Nada de trabajo esta noche. —Doña Dolores agarró de nuevo a Guasch del brazo y lo arrastró hacia los invitados—. Venga conmigo, yo lo protegeré de esta manada de leones.

Guasch trató de valorar entre tirones si la leona mayor hablaba o no en serio. Parecía que sí.

Doña Dolores le explicó que, además de la flor y nata de la sociedad local, estaban presentes las principales autoridades políticas, religiosas y militares, junto a lo más granado del funcionariado destinado en la isla: desde el juez y el promotor fiscal hasta el jefe de telégrafos o el director de carreteras vecinales, pasando por los administradores de correos, el de rentas e imposiciones y el de propiedad y derechos del estado. Tampoco faltaban el director de las salinas, el responsable del Registro de la Propiedad, los médicos cirujanos o los boticarios.

—Nadie querría perderse una noche como esta —concluyó la mujer, ufana.

Un sacerdote de porte aristocrático dejó con la palabra en la boca a un caballero de cabello encerado y se interpuso en su camino. La anfitriona, que ya debía esperar la emboscada, concedió la audiencia e hizo los honores:

—Inspector Guasch, permítame presentarle al ilustrísimo señor don Rafel Oliver Ribes, vicario capitular y gobernador eclesiástico de Ibiza y Formentera, sin duda una de las personas más afectadas por los funestos acontecimientos que le han traído a nuestra desventurada isla.

—Estos crímenes nos han sumido en la mayor de las tristezas —confirmó el religioso con voz aterciopelada—. La comunidad está muy preocupada y teme que puedan repetirse otros casos similares.

—Todo apunta a que se trata de un hecho aislado, ilustrísima. Por ahora no encuentro elementos que vaticinen el inicio de una oleada de violencia contra el clero ibicenco. Desde ese punto de vista, yo estaría tranquilo.

—Agradezco sus palabras, pero mientras los culpables de esa barbarie permanezcan en libertad no podremos dormir en paz. Rezaremos para que Dios le ilumine y le permita descubrirlos cuanto antes.

Guasch notó unas sacudidas en el brazo; le convenía empezar a despedirse.

—Me gustaría que habláramos en otro momento. Querría saber cómo era don Joan: las parroquias anteriores en las que estuvo destinado, con quién se relacionaba, conflictos destacables… Doy por hecho que pocas personas tenían tanto trato con él como usted.

—Don Joan era un sacerdote veterano que, como bien dice, estuvo de ecónomo en varias parroquias antes de presentarse a las oposiciones y ganar la plaza de…

—No, no, no —cortó la gobernadora mirando en dirección a los músicos—, ahora no, ilustrísima. Si no le importa, como ha dicho Marc, ya lo hablarán «en otro momento».

—Oh, sí, naturalmente. Hum… Pase por mis dependencias cuando quiera.

Guasch agradeció su disponibilidad con un gesto, aunque fue la esposa del gobernador quien respondió por él retomando la marcha.

—Así lo hará, ¿verdad, Marc?

El cuarteto ejecutó los últimos acordes de la pieza y unos aplausos desapasionados resonaron en diferentes puntos del salón. Bach no había

conquistado el corazón de la audiencia, más interesada en dar buena cuenta de las viandas y cotorrear con sus allegados. Guasch miró de reojo los apetitosos entrantes, pero la anfitriona lo guiaba con mano de hierro entre los comensales impidiendo cualquier aproximación. Al parecer, su objetivo era llegar hasta los músicos cuanto antes. Los invitados se apartaban a su paso como las aguas del mar Rojo ante Moisés en su travesía hacia la tierra prometida. Unos y otros saludaban con inclinaciones de cabeza a las que doña Dolores correspondía mostrando una mano ensortijada y una sonrisa distante. Cuando llegaron a las sillas, la anfitriona alzó la voz y se dirigió a la concurrencia dando unas palmaditas al aire.

—¡Damas y caballeros! Si son tan amables, tomen asiento para disfrutar de esta primicia. Después serviremos la cena. ¡Vamos, vamos!

Los invitados obedecieron y, mientras las mujeres y los hombres de edad se sentaban a su alrededor, los más jóvenes optaban por permanecer de pie.

—Mi hija Elvira es la primera violinista —susurró doña Dolores señalando a la joven de facciones delicadas que ojeaba concentrada una partitura—. El violonchelista es Germán Lang, su prometido. Contraerán matrimonio en unos meses.

El futuro yerno se levantó cuando la asistencia terminó de ubicarse. Los rasgos del hombre eran excesivos vistos de forma aislada, pero en conjunto gozaban de franca armonía. Emitió una ligera tosecilla, suficiente para captar la atención de la audiencia, y sonrió de esa manera confiada que solo las personas plenamente conscientes de su atractivo son capaces de lograr. La concurrencia permanecía expectante.

—Esta velada es importante para nosotros —empezó, mirando a la gobernadora con complicidad—. Después de mucho tiempo ensayando nos sentimos por fin preparados para presentarles *La muerte y la doncella.* Lo lamento, pero son ustedes un público cautivo gentileza de doña Dolores, no tienen escapatoria.

Se escucharon aplausos y algunas risas espontáneas. La anfitriona guiñó un ojo a Germán Lang e hizo que Guasch se acercara.

—¿Le gusta la música? —cuchicheó.

—Desde luego, aunque tengo el oído de madera.

—No es necesario ser un experto para sentirla. ¿Ha escuchado alguna vez esta obra?

—Nunca, que yo recuerde.

—Oh, la recordaría, es desgarradora —le aseguró mientras le daba unos golpecitos en la rodilla—. Ahora verá.

El yerno continuaba con su alocución.

—… es, en definitiva, una de esas partituras exigentes que marca la calidad de un cuarteto. Esperemos estar a la altura.

—¡Vamos, Lang, no sea modesto! —clamó una potente voz masculina desde el corrillo trasero—. ¡Seguro que consigue usted rescatar a esa pobre doncella!

Lang sonrió al hombre y Guasch se giró para descubrir a un apuesto caballero que alzaba una copa de champán a modo de brindis. A su lado, una joven de vestido azul sonreía coqueta y lo miraba embelesada. Más allá, ataviado con el uniforme de gala de la Guardia Civil, estaba el sargento mayor Molina, en quien Guasch no había reparado hasta ese momento. El guardia pasó la mirada por encima de él, fingiendo no verle.

—Doctor Lequerica —respondió Lang, siguiéndole el juego—, me temo que solo un cirujano de su nivel podría obrar el milagro de prolongar la vida de esta joven moribunda.

Más risas y aplausos en la sala.

Así que aquel era el médico cirujano. Guasch se sorprendió de que fuera un hombre con tan buena prestancia que apenas rebasaba la cincuentena en lugar del venerable anciano que había imaginado.

—*La muerte y la doncella* es una obra maestra —continuó Lang recuperando la compostura—. En unas semanas se cumplirá el cuadragésimo aniversario de su composición, por lo que podemos decir que esta noche le rendiremos un humilde homenaje. Por esas fechas, Schubert no solo estaba arruinado, sino que acababa de enterarse de que tenía una enfermedad mortal y le quedaba poco tiempo de vida. Los fuertes contrastes de la obra reflejan los sentimientos

contradictorios de un hombre joven que es consciente de que está acabado y que pronto morirá. La pieza trata, por tanto, de la aceptación de la propia muerte y del fin de la vida tal y como la concebía una persona en plenitud de facultades.

El yerno se detuvo para que el público asimilara la profundidad de sus palabras. Guasch sintió cómo el silencio le retumbaba en los oídos.

—La obra comienza con las súplicas que una doncella desesperada hace a la muerte, que ha venido para llevarla consigo. No quiere morir. Alega que todavía es joven y le detalla todo lo bueno que la ata a la vida: los placeres, los éxitos, el amor… La muerte le explica que solo es un sueño dulce y que debe aceptarla como una parte inevitable del juego de la vida. La mujer termina asumiendo que no tiene escapatoria y que nada puede evitar su partida. Resignada, acabará interpretando un alegre baile: la danza de la muerte.

Sin añadir nada más, Lang tomó asiento y colocó el chelo entre sus rodillas. El resto de los músicos se llevaron los instrumentos al hombro y llenaron los pulmones de aire. Elvira se santiguó y los criados bajaron la intensidad de las lámparas. El único sonido, apenas audible, era el crepitar comedido de las llamas. El público contenía la respiración.

Los primeros acordes rompieron el silencio en un arranque violento y Guasch sintió cómo se le erizaba la piel. Pasada la introducción, contundente, las melodías empezaron a entrelazarse entre sí, uniéndose y separándose con asombrosa naturalidad. El cuarteto alternaba momentos en los que peleaban con sus instrumentos con otros en que los acariciaban con ternura maternal. Estaban en éxtasis, enfrascados en su universo de corcheas y trinos, *pianissimos* y *fortissimos*, ajenos al mundo terrenal que los rodeaba, guiando al público en aquel viaje por la tristeza, la desesperación y, finalmente, la resignación de aquella mujer que quería seguir viviendo.

Cuando llegó la fúnebre nota final, el público tardó un instante en asimilar que la interpretación había concluido y regresar al mundo de los vivos. Vítores y aplausos retumbaron en la sala y se incrementaron todavía más cuando los músicos, exhaustos, se levantaron en señal de agradecimiento, con la satisfacción que solo siente quien supera un reto

mayúsculo. Los tres hombres hicieron unas rápidas reverencias y se sumaron a la ovación mirando con reconocimiento a una exultante Elvira.

Un torrente de lágrimas surcaba el rostro de la gobernadora, que aplaudía con entusiasmo. De algún lugar apareció un voluminoso ramo de flores que acabó en sus manos y que entregó a su hija con dos sonoros besos. La chica aceptaba con naturalidad los excesos de su madre.

Guasch se acercó a felicitar a Lang y comprobó con sorpresa que el violonchelista tenía casi su misma estatura.

—Me ha engañado —dijo Guasch, tendiendo una mano que el otro apretó con evidente desconcierto—. Al escuchar su presentación he pensado que serían unos meros aficionados y no unos intérpretes tan talentosos. Enhorabuena. Soy Marc Guasch.

—Germán Lang. Agradezco el halago, aunque le aseguro que, de los cuatro, solo Elvira puede ser considerada con propiedad una violinista virtuosa y que el menos dotado del conjunto soy yo.

—Pues tiene mucho mérito si es capaz de ejecutar esta obra a su nivel.

Lang se secó el sudor de la frente con un pañuelo azul que, una vez usado, plegó con delicadeza.

—Imagino que es usted el investigador que ha venido a resolver el crimen del sacerdote.

—Esa era fácil.

Lang asintió divertido, apoyó una mano en su hombro y susurró, a modo de confidencia:

—Lo que es difícil es que mi futura suegra le haya desatendido. ¿Qué le parece si aprovechamos su recién estrenada libertad para comer algo? No sé usted, pero yo estoy hambriento.

—Me parecen las palabras más sensatas que he escuchado en toda la velada.

Lang miró de reojo a doña Dolores, que les daba la espalda.

—Deberíamos movernos rápido.

Después de degustar las exquisiteces y de que el violonchelista hubiera agradecido las felicitaciones de sus admiradores y, sobre todo, admiradoras, los dos hombres pudieron por fin relajarse.

—¿Y bien? —preguntó Lang, mirándole con curiosidad—, ¿cómo ha ido su primer día? Si me permite la confianza, parece usted agotado.

—No le negaré que la jornada se está haciendo larga, pero reconozco que ha ido bien: estoy intentando hacerme una primera composición de los hechos. Ya puede imaginarse cómo son estas cosas.

—Pues lo cierto es que no. —El hombre rio con discreción, como si se avergonzara de reconocer su ignorancia—. Me parece una tarea sobrenatural.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no logro imaginar cómo podrá dar con unos criminales que hemos buscado durante casi un mes. Yo no sabría por dónde empezar. Si los descubre, será algo mágico.

Guasch lo observó con interés.

—¿A qué se dedica usted, aparte de a tocar el chelo?

—Soy farmacéutico, el subdelegado de Farmacia de la isla.

—¿De verdad? No entiendo estas dudas en alguien capaz de aliviar el dolor de los enfermos e incluso sanarlos. Eso sí es magia. Su ciencia posee un carácter mucho más esotérico que la mía. Yo no tengo poder alguno salvo mi limitada capacidad de observación. Le aseguro que los investigadores somos simples mortales, y que los criminales son tan humanos como usted y yo. Y luego están los testigos, que son los más humanos de todos.

—¿Por qué? ¿Qué tienen ellos de especial?

Guasch se fijó en Molina, que departía tieso y animado con el gobernador y con dos hombres vestidos con el uniforme de los carabineros. Le llamó la atención descubrir que el sargento fuera capaz de reír, aunque ello obedeciera a una simple actitud servil.

—Una investigación de este tipo viene a ser una especie de duelo entre el investigador y el asesino, un juego del bien contra el mal: el criminal juega a ocultarse y nosotros a descubrirlo. No hay medias

tintas. Si el bien es blanco y el mal es negro, entonces los testigos son grises: pueden temer represalias o ser relacionados con los criminales, pueden tener vínculos con los implicados… En definitiva, son los únicos que tienen motivos para dudar y debatirse entre cooperar o no. Su realidad va ligada a la complejidad del ser humano.

—¿Y si los culpables han huido?

—Primero, identifiquémoslos; después ya pensaremos en apresarlos.

Guasch observó cómo Lang sonreía mientras miraba ensimismado a su prometida. Para tranquilidad de unos y otros, no había ni rastro de doña Dolores, que probablemente estaría en la cocina dando instrucciones al servicio.

Cuando Lang se volvió de nuevo hacia Guasch demostró que no había perdido el hilo de la conversación.

—Descubrir a un asesino y no capturarlo debe ser muy frustrante.

Guasch no podía estar más de acuerdo, aunque hasta la fecha nunca se había encontrado en esa situación.

—¿De dónde es usted? —preguntó Guasch, después de una breve pausa.

—¿Lo dice por el apellido? Tengo entendido que es oriundo de Francia y los Países Bajos, pero nuestra familia proviene de Blankenloch, en la Confederación Germánica. Mi abuelo tuvo que desplazarse a Madrid por temas laborales y decidió quedarse por cuestiones sentimentales. Cambiar trabajo por amor es siempre una buena decisión, en especial si este viene acompañado de buen clima y buena comida. Mi padre y mis tíos nacieron en territorio español y yo, aquí donde me ve, soy manchego. Por cierto, ¿ha conocido ya a don Ricardo? —preguntó al tiempo que se levantaba y hacía un gesto al aire —. Es el médico que acudió al levantamiento de los cadáveres y que realizó las autopsias.

—Todavía no he tenido ocasión.

—Pues vamos a solucionarlo.

De cerca, el médico confirmaba su aspecto inmejorable.

—Le presento a don Ricardo Lequerica —dijo Lang, dirigiéndose a Guasch—. Una eminencia en el campo de la medicina que, solo Dios y él saben por qué, ha escogido vivir en esta isla en vez de trabajar junto a los cirujanos más reputados de Europa. Siempre he pensado que los ibicencos no son conscientes de las manos tan extraordinarias en las que se encuentra su salud.

—Exagera, como siempre —replicó el galeno mientras aprisionaba y trituraba su mano—. Además, mi labor es mucho más sencilla con colaboradores tan cualificados como usted.

Cuando por fin consiguió liberar sus maltrechas falanges de la tenaza del doctor, las masajeó procurando mantener una expresión neutra.

—Este caballero es Marc Guasch, el hombre que iluminará la oscuridad criminal ibicenca.

—Así lo espero —repuso Lequerica, serio—. Se ha armado un buen revuelo, no solo aquí, sino también en Mallorca. Imagino que don Eduardo ya se lo habrá explicado.

La voz satinada del mandamás lo confirmó a sus espaldas.

—Por supuesto —dijo haciendo un gesto afectuoso a Lang—. Prosigan, por favor, no quiero interrumpirlos.

Guasch miró a Lequerica.

—Cuando pueda, me encantaría conocer los detalles de las autopsias.

—Estoy a su disposición —dijo el doctor—. El crimen fue una salvajada, las cuchilladas eran muy profundas: un niño no podría asestarlas, y muy difícilmente una mujer.

—¿Muy difícilmente? —El gobernador miró a su alrededor y bajó el tono de voz—. ¿Quiere decir que no queda completamente descartado que una mujer haya podido participar en esta carnicería? ¿Tenemos también que incluir féminas en la lista de sospechosos?

—¡Ojalá tuviéramos esa lista! —lamentó Lang.

—Es complicado saberlo, don Eduardo —respondió Guasch con cautela—. Por regla general los crímenes de sangre los perpetran hombres hechos y derechos. Cuando una mujer pretende dar muerte a otro congénere opta por métodos más sutiles, como el agua tofana que sin duda conocerán. Por supuesto, conozco crímenes espeluznantes

cometidos por mujeres, pero son una excepción. En cualquier caso, de acuerdo con las explicaciones del doctor, creo que no tiene mucho sentido considerar que los causantes de estas muertes pertenezcan al sexo femenino.

—Es increíble que maten a dos personas solo para robar unos reales —comentó Lang con cara de circunstancias.

—Eran muchos reales —matizó Guasch—, suficientes para solucionarle la vida a alguien.

—Caballeros —intervino el farmacéutico levantando la vista—, me temo que vamos a tener que aplazar esta conversación.

Se oyó un taconeo lejano.

—¡Doctooor! —gritó doña Dolores, haciendo gestos con una mano—. ¡Doctor Lequericaaa!

En esta ocasión su presa era una mujer joven y delgada de cabello oscuro y ondulado, rasgos harmoniosos y expresión decidida. Tan decidida que casi podía dudarse de quién llevaba en volandas a quién. La joven vestía de manera informal, poco apropiada para una cena como aquella. Sin embargo, no se mostraba preocupada por ello ni, curiosamente, estaba fuera de lugar, como si su porte elegante compensara su falta de ornamentación.

—Doctor, me temo que Lucía quiere privarnos de su compañía esta noche —se quejó doña Dolores respirando con dificultad. La mujer parecía haber sido forzada a ir a la carrera.

—Padre —dijo la joven, inclinando la cabeza a modo de saludo—, convendría que asistieras al alumbramiento de doña Gertrudis, la partera ha hecho todo lo que estaba en su mano, pero creo que se necesita tu intervención.

A Guasch le llamó la atención la poca diferencia de edad que, en apariencia, había entre ambos. El doctor no había perdido el tiempo a la hora de tener descendencia.

—¿Lo ha pedido la comadrona?

—Ella nunca lo haría, ya lo sabes. La decisión es mía.

—Entonces no hay nada más que añadir —dijo, abrochándose el botón de la americana.

Lucía le cedió el paso.

—¡Oh no! No es necesario que vengas. Me haría más feliz que te quedaras a cenar y te distrajeras un poco… si nuestra anfitriona no tiene inconveniente.

—¡Por supuesto que no! —confirmó doña Dolores al instante.

Lucía miró a su padre con sorpresa.

—¡Claro que voy contigo! Tengo interés en ver cómo lo resuelves.

—Pues como tantas otras veces, Lucía.

—No voy vestida para la ocasión…

Aquello sonaba más a excusa que a preocupación real.

—Pero querida, tú siempre estás estupenda —aduló la gobernadora, zalamera.

La joven enrojeció y Guasch supuso que se debía más al hecho de verse forzada a hacer algo en contra de su voluntad que a un recato que advirtió que no sentía.

—Si me lo permite, me ofrezco a acompañarla a su casa cuando finalice la velada —propuso Guasch.

Lucía Lequerica posó por primera vez en él sus ojos color almendra. Su expresión no era de agradecimiento.

—No se hable más —concluyó la gobernadora con una sonrisa triunfal.

El doctor se despidió de todos con un escueto «Señores» y una mueca de pesar que intuyó que debía de tener ensayada para esas ocasiones.

—Si le parece —añadió Lequerica cuando ya se ponía en marcha—, venga mañana a comer a casa.

Guasch percibió la mirada interrogativa de Lucía y aceptó el ofrecimiento de buena gana.

Guasch aguantó estoico a la anfitriona durante el primer plato regando las insustanciales anécdotas de la gobernadora con un buen vino. En un momento determinado, una señora de pelo canoso y alta densidad joyera logró entretener lo suficiente a doña Dolores como para permitirle tomarse un respiro y prestar atención a la conversación

de los caballeros sentados a su izquierda.

—… es innegable que Lluc de s'Hort es un tipo peligroso —le decía un hombre de frondosa barba negra a un caballero con bigote que resultó ser el alcalde de la ciudad, don Ignasi Llombart.

—¿Y le extraña? —terció otro con monóculo—. ¿Acaso no es lo habitual entre los *banyaculs*?

—El problema de fondo —confirmó el alcalde entre las risas de los acompañantes— es el de siempre: la falta de educación. No hay voluntad política para implementar la Ley de Instrucción Pública de Moyano. Nunca hay recursos. —El dirigente se percató de la atención de Guasch y lo integró en la conversación—. Señor Guasch, ¿qué puede contarnos de la enseñanza en el resto del país? Confío en que la situación no sea tan deprimente como en estos lares.

—Le aseguro que Ibiza no es el único lugar de España con bajos niveles de escolarización.

Don Ignasi suspiró con expresión grave.

—Ojalá fueran bajos aquí, pero la triste realidad es que son nulos, si obviamos el seminario y la veintena de alumnos de la única escuela de educación primaria de la ciudad. Nuestras peticiones caen siempre en saco roto. Nos quejamos de los payeses, cuando lo que necesitan para revertir su situación es acceder a una formación que no les podemos brindar. Y gracias a que los párrocos rurales enseñan cuatro letras y números a algunos niños.

—Saber leer y escribir no es suficiente —apuntó el barbudo—: los payeses son una raza diferente, sin más.

—¿Peores que los moros?

—Bueno… tal vez aquella noche estuviera un poco exaltado, pero ya saben a qué me refiero. Es como lo de La Marina: con la segunda estacada el arrabal crecerá todavía más, cuando lo que deberíamos hacer es precisamente lo contrario: ¡devolver de nuevo a los payeses al campo! —El hombre se estaba acalorando y apuntó con una croqueta trinchada hacia el político—. ¡Basta de payeses mendigando por las calles, don Ignasi! Debería ser usted más estricto con esa chusma.

Se hizo un silencio en el grupo en el momento en el que el vicario

capitular tomaba la palabra.

—Nuestras plegarias están siendo escuchadas —dijo don Rafel con solemnidad—. El obispo de Mallorca asegura estar dispuesto a renunciar a los derechos que le concede el Concordato sobre la Diócesis de Ibiza para que se restablezca el Obispado. Voy a organizar una comitiva para enviar una nueva petición que, confío, sea la definitiva. Don Eduardo, ¿cree que es posible que el gobierno de Pando interceda de algún modo por nosotros ante la reina?

El gobernador escudriñó el techo en busca de inspiración antes de empezar un tira y afloja con el religioso que captó la atención de los comensales. Guasch aprovechó para centrarse en su plato y disfrutar de la pausa que le brindaban en ambas trincheras. Estaba agotado.

Buscó a Lucía con la mirada. La hija del médico conversaba distendida con Elvira y Germán Lang en el extremo opuesto de la mesa y Guasch sintió una envidia inesperada ante el hecho de que el farmacéutico y su prometida disfrutaran de su compañía. Le extrañó aquel cosquilleo y le recordó a Aurora. ¿Cuánto tiempo había pasado? No demasiado y, sin embargo, parecía una eternidad. Todo resulta lejano cuando se logra superar. Lucía prestó atención a un comensal y, de forma inesperada, se giró hacia él y lo miró fijamente. Guasch, cogido en falta, alzó la copa y las cejas a modo de saludo. Ella sonrió divertida e hizo un gesto que Guasch no supo interpretar. Entonces reparó en que Elvira también lo miraba expectante, y Lang… Y por fin comprendió que toda la mesa estaba pendiente de él, esperando que respondiera una pregunta que no había escuchado. Optó por carraspear y dejar la copa en la mesa mientras buscaba una forma de salir de aquella situación embarazosa. Aparentando normalidad plegó la servilleta sin mirar a nadie en particular:

—Perdón, ¿cómo dice?

Tomó la palabra uno de los carabineros que antes departía con el gobernador.

—Decía que llegan rumores de un nuevo cambio en la presidencia del Consejo de Ministros. Se cuenta que Pando se está planteando ceder el mando a Arrazola o a Mon y Menéndez. ¿Qué se comenta por

Madrid?

—Lamento decepcionarle, pero no estoy muy al día de los entresijos de las Cortes. Me temo que mi rutina transcurre más en el mundo de los muertos que en el de los vivos.

Se oyeron unas risas moderadas y por compromiso; era justo reconocer que la broma no había resultado muy graciosa.

—¿Captura usted siempre a los malos, Marc? —preguntó de repente una anciana.

—No siempre, señora, pero sí con frecuencia.

Guasch percibió cierto desánimo. La abuela se recompuso enseguida y volvió a la carga.

—Cuéntenos los detalles de algún caso interesante que haya resuelto.

—Defina «interesante».

—Digamos «jugoso», que tenga contenido. ¿Me entiende?

—Con claridad meridiana, señora. Dígame, ¿prefiere la historia de la niña ahorcada o la de los ancianos apuñalados?

Se oyó un «oh» a coro en la mesa. Lucía abrió los ojos y Guasch vio que se esforzaba por no reír. La abuela mantuvo el pulso, impasible.

—La que prefiera. Las dos parecen muy entretenidas.

Guasch suspiró con disimulo y se dispuso a contar, una vez más, su repertorio de anécdotas habituales.

8

La pionera

Cuando Guasch logró liberarse de las garras de la gobernadora y del resto de invitadas, Lucía Lequerica hacía ya tiempo que aguardaba junto a la puerta de entrada. La hija del médico había mostrado mayor habilidad que él para deshacerse de la concurrencia.

—Yo las conozco —se justificó Lucía mientras un criado envarado ayudaba a Guasch con la capa—, juego con ventaja. Además, es usted una valiosa fuente de información, es comprensible que estas damas ávidas de novedades se resistan a prescindir de su presencia.

—¿Ávidas de novedades? ¡Sedientas de sangre! Nunca dejará de sorprenderme la atracción que siente el ser humano por los sucesos trágicos y sangrientos. ¡Es como si el olor de la sangre ajena exaltara la propia!

—Por supuesto. Lo cruel atrae cuando no nos afecta de manera directa, y a estas señoras les resulta exótico hablar con usted. Ahora ya tienen tema de conversación para las próximas tertulias, ¿o espera que debatan sobre Balzac y Rossini?

—Vaya —dijo observándola de reojo—, veo que además de la medicina también le atraen las artes.

La joven se encogió de hombros y sonrió.

—Solo soy una mujer inquieta.

Cruzaron el patio del castillo a paso lento, saludaron a los dos militares apostados junto al portón y salieron para recibir el golpe frío del viento de *migjorn*. Empezaron a descender por el sendero que bordeaba la cortina que unía los baluartes de Sant Bernat y Sant Jordi. La oscuridad era menos profunda que la noche anterior y la tímida luz de la luna dibujaba con sutileza el contorno de la muralla. Vistos de

lejos debían parecer dos fantasmas suspendidos en la nada. La chica no tenía prisa y Guasch, cuyo cansancio anterior había desaparecido, tampoco.

—Es una pena que no haya escuchado el cuarteto de Schubert. Ha sido impresionante.

—Elvira es una violinista asombrosa. —Miró a Guasch con detenimiento—. Pero ella o Germán son solo una excepción.

—¿A qué se refiere?

—A que la mayoría de las personas viven de espaldas a la belleza, bien sea por falta de instrucción, de sensibilidad o de inquietud personal.

Siguieron caminando en silencio durante un rato. A su izquierda, en la lejanía, apenas se podía intuir a qué pertenecían los diferentes tonos de oscuridad: el negro moteado del cielo, el chispeante del mar y el uniforme de la tierra firme. A su derecha se erguían viviendas señoriales cuyos propietarios estarían disfrutando de la agradable velada en casa del gobernador.

—Son ustedes del norte, ¿verdad? —acertó a preguntar Guasch.

—Se nota, ¿verdad? Mi familia paterna es de Bilbao. Mi madre era de San Sebastián.

—¿Era…?

Lucía cruzó los brazos, como si de repente sintiera frío, y Guasch le ofreció la capa que ella rechazó con un gesto amable.

Volvió a hablar con voz apagada.

—Falleció hace dos años.

—Lo lamento.

—Si mi padre no pudo salvarla es que era imposible. —Hizo una pequeña pausa—. Yo estaba en París por entonces…

—¡En París! ¿Y qué hacía allí?

—Estudiaba en la Academia.

—¿Perdón? —Guasch se detuvo—. ¿En la Academia de París? ¿En la universidad?

—Resulta asombroso que una mujer se desvíe de la sagrada misión para la que fue concebida pero, Marc, la vida es mucho más que ser

piadosa, hacer feliz a un marido y llenar una casa de niños.

—No me malinterprete: es asombroso conocer a una mujer que estudie en la universidad, habida cuenta que en nuestro país no está permitido.

—Por eso tuve que ir a Francia a estudiar medicina —contestó ella, que se cogió de su brazo.

—¡Una mujer universitaria! ¡Es usted una pionera!

Retomaron su deambular lento y poco a poco dejaron atrás el baluarte de Sant Jaume. Giraron a la derecha y se adentraron en uno de los callejones de la ciudad dormida. Un gato maulló a lo lejos.

—Mi madre era una mujer curiosa e inteligente. Mi abuelo adoraba la lectura y le enseñó a leer siendo muy pequeña. Creció entre libros. Era todo cuanto necesitaba, como solía decir, «para respirar, volar y ser libre». Un buen día apareció mi padre, con su presencia y su elegancia natural y, como el resto de pretendientes, cayó rendido a sus pies. Ella descubrió en él a un hombre culto, comprensivo, atractivo… ¡y con una biblioteca aún más surtida que la de mi abuelo! Mis padres, además de quererse, se admiraban y se respetaban. No es extraño que, viendo mis inquietudes y mi predisposición, me animaran a estudiar una carrera, aunque para ello tuviera que salir del país: ellos me mostraron el camino. Pero no me mire con esa cara, por favor, ¡me hace sentir como un bicho raro!

—Al contrario —dijo Guasch sin preocuparse en ocultar su fascinación—, ¿y qué ha pasado? ¿Ha terminado sus estudios?

—Todavía no…

—¿Y no se ha planteado proseguir con ellos? Quiero decir…, es obvio que sí lo ha valorado y ha decidido no hacerlo, por tanto, la pregunta correcta es: ¿por qué ha descartado seguir estudiando?

Pese a las tinieblas, Guasch sintió cómo Lucía se tensaba. Quizá pensara que ya le había contado demasiadas intimidades a aquel desconocido.

—¿Por qué escogieron Ibiza? —preguntó Guasch, para cambiar de tema.

—Porque era lo más parecido al fin del mundo. Fue una manera de

escapar del dolor, un intento de renacer. No sé cómo explicarlo. Es triste, pero a veces es necesario empezar de nuevo. Llegamos aquí sin saber muy bien adónde íbamos. Nunca imaginamos que fuéramos a vivir en un pequeño paraíso. —Lucía apretó ligeramente su brazo antes de soltarlo y se paró frente a un portal. Muy a su pesar, habían llegado —. Le agradezco mucho que me haya acompañado esta noche.

—En absoluto. Soy yo quien le da las gracias por haber compartido conmigo cuestiones tan personales. Sé por experiencia que no resulta sencillo hablar de uno mismo.

—Hay veces que las conversaciones fluyen, y eso es mérito suyo por haber creado el clima apropiado: saber escuchar es una virtud poco frecuente entre los varones, más dados a alardear de sus hazañas que a interesarse por la vida de una pobre mujer. El próximo día espero conocer más cosas de usted: esta noche solo he hablado yo.

¿Había dicho el próximo día?

—Me temo que mi vida no es tan fascinante como la suya.

—Eso, si no le importa, déjeme decidirlo a mí.

Guasch claudicó con gusto.

—Nos vemos mañana a la hora de comer —Lucía entró en el portal —. No se retrase.

Cuando se quedó solo, envuelto en la noche, dirigió sus pasos hacia el Portal de Mar con la inesperada sensación de caminar flotando un palmo por encima del suelo.

9

Puesta en marcha

El agua estaba fría. Como siempre.

No se encontraba a demasiada profundidad, la suficiente como para casi alcanzar la superficie con las yemas de los dedos. Tenía las piernecitas amarradas al fondo y, por más que tironeaba, no conseguía liberarlas. Veía el resplandor de la luz del día, la mancha azul del cielo y las formas borrosas de los otros niños que corrían alrededor de la alberca. Podía oír sus risas apagadas. ¿No se daban cuenta de que estaba ahí abajo? ¿Acaso lo ignoraban a propósito? Quiso gritar, pero solo consiguió vaciar sus pulmones. Las burbujas cobardes huyeron por su boca y ascendieron hacia la superficie, abandonándolo a su suerte. Como siempre.

Pataleó. Desesperado, tanteó el fondo para soltarse de las plantas que lo sujetaban, y descubrió que en realidad lo retenían dos manos cadavéricas. Una maraña de pelo enmarcaba un rostro desfigurado que en otro tiempo, mil años atrás, debió de pertenecer a una mujer. Las cuencas de los ojos y la boca eran tres agujeros negros. Sintió un escalofrío. Se encogió e intentó soltar uno de los dedos que lo aprisionaban, pero fue incapaz. No comprendía por qué no lo dejaba marchar. Necesitaba respirar. No quería ahogarse ni volver a sentir el dolor punzante del agua inundando sus pulmones. No quería morir otra vez.

Entonces escuchó la voz metálica.

—Tú me mataste, bastardo, y ahora vas a venir conmigo.

El niño chilló con todas sus fuerzas, expulsando la última reserva de aire y sintiendo cómo el agua helada desgarraba su pequeña garganta y se introducía a borbotones en su interior.

Guasch gritó y se incorporó en la cama de golpe, empapado en sudor.

Como siempre.

El cabo Usechi se había unido al sargento mayor Molina, al cabo Sardina, al guardia Calavera, al subinspector Riera y al propio Guasch. Estaban sentados alrededor de una mesa de pino macizo en una de las dependencias del castillo. En un lateral había una gran chimenea en la que ardían con intensidad unos troncos de algarrobo. Los guardias prestaban la máxima atención. Guasch hablaba de manera pausada, procurando que los conceptos quedaran claros. Por momentos los miraba directamente a los ojos, para que asumieran que se dirigía de manera individual a cada uno de ellos y asimilaran que el éxito o el fracaso de la investigación dependía de la calidad de su trabajo.

—Necesitamos encontrar nuevos frentes de investigación que nos permitan avanzar. Tenemos que ser creativos y exhaustivos.

—¿Y qué acciones considera que debemos llevar a cabo, inspector? —preguntó el sargento con suficiencia.

Guasch sacó las llaves que le había entregado Gotarredona y las aplastó contra la mesa.

—Para empezar, necesitamos averiguar qué abren estas llaves.

El círculo de miradas se centró en los dos objetos metálicos.

Usechi levantó la mano.

—No es necesario que pida permiso para hablar, cabo. Hablen con libertad.

Molina puso los ojos en blanco.

—Dudo que un criado tuviera propiedades —aventuró Usechi—, serían del cura.

—Ni uno ni otro las tenían, que yo sepa —apuntó Riera.

—No tienen por qué ser propietarios de nada —planteó Sardina con su cantinela gallega—, pueden abrir la vivienda de un familiar o de un conocido, por ejemplo.

—Exacto —reconoció Guasch—: pueden abrir cualquier cosa, por eso quiero que descartemos posibilidades. En primer lugar, hay que ir al

Registro de la Propiedad para comprobar si las víctimas tenían algún inmueble a su nombre. ¿Quién puede acercarse?

Sardina levantó la mano al instante.

—Perfecto. Nos consta que don Joan había hecho testamento ante un notario de Vila.

—Pere Jasso Sala —señaló Riera, atento—, el mismo que intervino en el testamento de su padre. Tenemos cita con él a primera hora de la tarde.

—El subinspector y yo nos dirigiremos ahora a Sant Jordi y mañana, después de misa, visitaremos a sus familiares más cercanos.

—¿Y nosotros? —el tono de Molina era de reproche.

—Me gustaría que buscaran información sobre los difuntos en los registros de los ayuntamientos y de las parroquias. Quiero que lo revisen todo: impuestos y contribuciones, multas y amonestaciones de cualquier tipo.

—Puedo seleccionar varios guardias y repartirlos —propuso Usechi.

—Si no hay suficientes que sepan leer y escribir, apóyese en los carabineros y en la dotación militar —sugirió Guasch, tachando el punto de la lista—. Me gustaría disponer de una relación de las personas que hayan abandonado la isla durante las últimas semanas.

Sardina tomó la palabra.

—Tenemos el detalle de los pasajeros que han salido de manera legal utilizando los vapores y pasando por la aduana para recoger sus pasaportes y presentar sus tarjetas sanitarias.

—Estudiemos quiénes son y, también, si alguien puede haber salido de modo menos oficial. Interroguemos a los capitanes de barco y a los pescadores.

—Dudo que vayan a darnos esa información —dijo Molina al instante.

—Intentémoslo.

Sardina hizo un gesto indicando que asumía también esa responsabilidad. Guasch se fijó en cómo el voluntarioso cabo lo anotaba todo a pesar de escribir con evidente dificultad. Admiraba a los que se esforzaban, a aquellos que necesitaban un poquito más para llegar

donde los demás, porque a la larga solían superarlos.

—¿Quién podría estar al corriente de que don Joan disponía de semejante cantidad de dinero? A decir de todo el mundo era un hombre discreto, por tanto, es probable que el número de personas que lo sabía fuera reducido. Podríamos seguir ese rastro.

—Creo —Sardina apartó los ojos saltones de los papeles—, que deberíamos interrogar a los vendedores de la finca. Es posible que no fueran tan comedidos.

El gallego tenía razón.

—¿Se encarga también usted?

Sardina asintió solícito. Guasch miró a Molina.

—Respecto al grueso de sus hombres, quiero que los que no estén asignados en alguna de las tareas anteriores vayan puerta a puerta por Sant Jordi y registren todas las alquerías, sin excepción. Ya sé que han inspeccionado las viviendas de los sospechosos habituales, pero ahora quiero que inspeccionen las de la gente de bien. Empezaremos por las más cercanas a la iglesia y ampliaremos el círculo progresivamente. A ver si encontramos algo.

—¿Algo como qué? —preguntó Calavera, apoyándose en el respaldo y haciendo crujir la silla.

—Algo como los objetos desaparecidos. Me gustaría que aprovecháramos estas visitas para averiguar si hay rumores sobre la compra de alguna propiedad o la cancelación de alguna deuda. En definitiva, si hay dinero que haya cambiado o vaya a cambiar de manos en breve. Sardina, cuando vaya al Registro compruebe qué compraventas se han inscrito en las últimas semanas.

Guasch repasó sus notas.

—Deberíamos mapear las casas que visitemos —añadió—, me temo que con un simple listado no será suficiente.

—Con mapear —interrumpió Usechi—, ¿quiere decir que las numeremos y las ubiquemos en un mapa?

—Eso es. Así podremos ver con más facilidad de quién hablamos y la zona a la que nos referimos. ¿Podemos conseguir un mapa de gran tamaño para colgar en la sala?

Todas las miradas convergieron en el sargento, que emitió un gruñido que Guasch supuso que era de aprobación.

—Necesitamos testigos —prosiguió—. No me creo que nadie haya visto ni oído nada. Pregunten a todo el mundo, sobre todo a las mujeres, que suelen ser más sensibles; y a los niños, más inocentes.

—No espere mucho de los pequeños —explicó Calavera con su voz de trueno—. Aquí los niños son idénticos a los adultos, pero en bajito: cabezotas, cerrados y…

—¡Peligrosos! —certificó Usechi.

Guasch esperaba que los guardias rieran la ocurrencia, pero sus expresiones graves le hicieron ver que el comentario iba en serio y que la opinión era generalizada.

—… y, como ha dicho usted antes —concluyó Calavera—, aquí nunca nadie sabe nada.

—¿Porque somos la autoridad y nos consideran el enemigo?

Los guardias asintieron y Sardina dio la explicación oportuna.

—No sé si tanto como el enemigo o, simplemente, unos forasteros que hablan una lengua que les es ajena y les imponen unas normas que ni entienden ni comparten.

—Comprendo que no colaboren en los casos habituales para no ser tachados de delatores, pero hemos de hacerles entender que esta vez es diferente. Tenemos que estar unidos contra estos criminales. No son unas muertes al uso, no se trata de un ajuste de cuentas entre dos conocidos o de una venganza personal; no es una cuestión de honor o un calentón por un lío de faldas. Es un crimen brutal contra dos personas inocentes y queridas, contra uno de sus líderes. ¡Háganselo ver!

—¡Por Dios! —estalló Molina—. Ya lo hemos hecho, ya hemos preguntado, ya hemos…

—¿A todo el mundo? —cortó Guasch con brusquedad.

—No pretenderá que interroguemos a toda la maldita isla…

—Quiero justo eso, sargento, me alegra que por fin nos vayamos entendiendo.

Los hombres se retiraron. Guasch ordenó y guardó sus notas sin prisa mientras Molina seguía sentado con expresión avinagrada y tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Sargento, si tarda tanto, cuando se decida a soltarlo ya estaré en Sant Jordi.

El militar le lanzó una mirada envenenada y Guasch no hizo nada por ocultar su buen humor. Se sentía bien.

—No comparto su manera de trabajar —escupió sin rodeos.

—No me había dado cuenta…

—Los hombres necesitan una disciplina férrea y seguir unas órdenes precisas. Si van a su libre albedrío, esto será un desastre.

Guasch terminó de introducir sus pertenencias en la bolsa y se la echó al hombro.

—Molina, es usted un hombre afortunado: tiene un grupo de hombres espabilados, capaces de realizar por sí mismos cualquier tarea que se les asigne. Si surgen contratiempos, sabrán encontrar soluciones.

El sargento se levantó como si así fuera a explicarse mejor.

—Perdemos el tiempo hurgando en los archivos, husmeando en las casas y buscando en el pasado de un párroco cuya única desgracia fue acumular un dinero por el que ha sido asesinado. Es un trabajo inútil.

—De acuerdo, Molina, soy todo oídos: ¿qué propone hacer que no haya hecho usted mismo hasta ahora?

El sargento mayor se lo quedó mirando con la boca entreabierta sin responder. Guasch prolongó la situación unos segundos.

—Bien. Veo que no contesta. Piénselo y me lo cuenta. Estaré encantado de abrir cualquier otra línea de investigación que tenga sentido, pero por el momento trabajaremos como hemos definido hoy, ¿queda claro?

Y sin esperar a la réplica ni despedirse salió de la habitación.

Sí, definitivamente se sentía bien.

10

El *reptor*

—Daba por supuesto que no le gustaría que viniera alguien de fuera a hacer su trabajo —Riera expulsaba nubes de vaho al hablar—, pero no pensaba que llegara a este punto de ridiculez.

El subinspector alzó el dedo índice y el tono de voz.

—Recuerde bien lo que le digo, Guasch. Solo hay dos tipos de hombres: los que dan problemas y los que los resuelven, y Molina es de los primeros. No le quepa duda.

Guasch y Riera habían partido hacia Sant Jordi apenas terminada la reunión. El horizonte empezaba a clarear. Las mulas avanzaban a buen ritmo hacia el extremo oeste del camino de Quatre Cantons; Guasch se sentía más familiarizado con el Portal del Camp, el Puig des Molins y las fincas y los molinos del Pla de Vila que lindaban con el camino de Sant Jordi.

—No sea extremista, Riera, aunque es innegable que su actitud por ahora es poco colaborativa. Hay que saber jugar las cartas que te tocan, ya llegarán manos mejores. No comprendo cómo un hombre de la talla de Molina no ve que así no va a ningún lado. Confío en que reflexione y cambie de comportamiento.

Hacía un frío húmedo y difícil de combatir que calaba hasta los huesos. Según Riera, llevaban años sin padecer un invierno tan largo y duro como aquel:

—*Tot està destirotat aquest hivern de merda!* —sentenció.

Guasch decidió centrarse de nuevo en el trabajo.

—¿Qué sucedió entre Joan y Pep? ¿Dejaron de hablarse por la herencia?

—Para nada, hacía años que no se dirigían la palabra. Nunca se

llevaron bien.

—Resulta extraño que un religioso desprendido y generoso como Joan llegue al extremo de romper el vínculo con su hermano, por muy rudo que este sea.

—Mañana conocerá a Pep y comprenderá que es bastante más que rudo: en él se juntan mucho orgullo, poca paciencia y demasiado alcohol. La combinación no es buena, y por eso la gente prefiere evitarlo. Es raro verle con alguien que no sea uno de sus escasos amigos. Ha tenido un buen número de reyertas y ha pasado con frecuencia por el calabozo. A su favor hay que decir que nunca ha hecho nada excesivamente grave…

—Defina «excesivamente».

—A grandes rasgos, que no ha matado a nadie.

Guasch giró sobre su montura para saborear la explosión de luz anaranjada en la que se estaba transformando el cielo a sus espaldas y se fijó en los baluartes por los que había paseado con Lucía unas horas atrás. Se preguntó si estaría todavía dormida y se sorprendió deseando que llegara la hora de almorzar para verla de nuevo. No se reconocía.

—Pep está casado, ¿verdad? ¿Han interrogado a su mujer?

—Maria no habla demasiado, Pep no le da mucho margen. —Riera extendió la palma de la mano e hizo unos movimientos bruscos simulando unos golpes—. Antes de casarse era una chica alegre, pero el matrimonio la transformó. Ahora es una persona callada, introvertida y muy devota, desde antes incluso de la muerte de su hija. —Entonces pareció caer en la cuenta de algo—. Como apuntó ayer Ripoll, don Joan tenía mucho trato con ella, me refiero a su sobrina Catalina. Era encantadora. No me extraña que Joan se viniera abajo cuando ella murió. Coincidían en las celebraciones religiosas, a las que la chica nunca faltaba. Ya sabrá que los payeses son extremadamente rigurosos a la hora de cumplir con sus compromisos con la Iglesia.

—¿Qué quiere decir?

Guasch se sentía cómodo con el subinspector, un compañero didáctico, una joya para el que desea aprender. Como él.

—¿Sabe lo que es la *llei pagesa*? Es la justicia propia de la gente del

campo, la *pagesia*, que se resume en un único mandamiento: «el que la hace, la paga», según el criterio de cada cual, eso sí, pudiéndose cometer cualquier barbaridad para corresponder a una ofensa. Por ejemplo: un payés con mala idea puede dar una cuchillada a alguien por la noche para impartir su justicia y a la mañana siguiente, si es domingo o fiesta de guardar, asistir a misa engalanado con la muda de vestir como si tal cosa. Naturalmente, este es un caso extremo, no todo el mundo se toma la justicia de manera tan radical, por mucho que insistan Beia y sus amigos *mossons*. Resumiendo: un ibicenco jamás se perdería un acto religioso, por mucho que su fe sea, digamos, flexible. La misa es, ante todo, un acontecimiento social.

—¿También Pep des Camp es religioso a su manera?

—Pep no sigue normas humanas ni divinas. Muestra la misma actitud desafiante con un vecino, con la Guardia Civil o con el Papa de Roma. Pronto lo averiguará.

No tardarían en llegar a Sant Jordi.

—¿A quién vamos a entrevistar ahora? —preguntó Guasch.

—A Conxita Basora, una anciana *fadrina*, una solterona muy beata. Podría decirse que vive en uno de los confesionarios de la iglesia. Estaba muy unida a don Joan. Ella nos pondrá al corriente de los dimes y diretes de la parroquia y del pasado familiar del mossènyer. Es la última persona que lo vio con vida, aparte de los asesinos, por supuesto. Si lo que quiere es conocer detalles personales de las víctimas, su testimonio nos será de mucha utilidad.

—Pero ¿qué está haciendo este hombre? —exclamó Conxita Basora espantada.

Guasch frenó en el aire la mano en la que blandía la pluma.

—*Perdoni, Conxita, pero no veig quin problema hi ha* —dijo Riera con voz cariñosa.

La mujer miró a uno y a otro y señaló los papeles de Guasch.

—¡Siempre que un forastero se pone a *fer puntacions* pasan calamidades! ¡No pienso hablar con él!

La vieja se levantó con dificultad y se encaminó hacia la puerta cojeando.

—Tranquilícese —la calmó Guasch—. Le aseguro que no…

—¡No, no y no! ¡Ya los conozco! Siempre dicen lo mismo: que vienen a arreglar esto o aquello… ¡y a los dos días nos suben las contribuciones!

—Conxita, espere. Usted sabe que yo jamás le mentiría. Le aseguro que se confunde. El señor Guasch es un policía honesto además de… ¡de un buen cristiano! —Las últimas palabras consiguieron que Basora dejara de arrugar el entrecejo y le prestara atención—. ¡Pero eso no es todo! Ahí donde lo ve, el señor Guasch conoce en persona a la mismísima Bernadette Soubirous, con quien comparte rezos en Lourdes.

A la anciana se le iluminó el rostro como si acabara de tener una aparición mariana. Sus ojos centellearon, acumulando lágrimas de emoción, y se santiguó por partida doble. Guasch no daba crédito a lo que escuchaba.

—Además, el señor Guasch viaja a menudo a Roma, donde se codea con el Santo Padre, que le tiene en alta estima y le ha pedido que descubra cuanto antes a los asesinos de don Joan y, también, que le…

Guasch carraspeó con fuerza antes de que Riera lo canonizara en vida.

—Subinspector, hum… ya sabe que no me gusta alardear de mi… de mis actos de fe. Le agradecería que me permitiera continuar hablando con la señora Basora, siempre que ella esté de acuerdo, por supuesto.

La beata regresó al trote, tomó asiento y mostró su dentadura mellada.

—¿De verdad conoce a Bernadette?

—Uña y carne, Conxita —subrayó Riera, pletórico.

—Cuando terminemos de hablar de don Joan se lo contaré todo —claudicó Guasch mirando al subinspector con rencor.

—¿Me lo promete?

Guasch cerró los ojos y asintió confiando en encontrar alguna escapatoria.

Una vez que la muralla había sido derribada y el castillo

conquistado, bastó una simple pregunta para que Conxita Basora les detallara la historia familiar del párroco fallecido.

—Su padre, tocayo de nuestro adorado mossènyer, era de La Mola de Formentera. Tenía una finca grande y sus hijos le ayudaban en las faenas cotidianas. También don Joan, *que al Cel sigui*, hasta que sintió su vocación. Por suerte, el hombre consideró, con buen criterio cristiano, que era una bendición para la familia entregar un hijo al Señor y dio su aprobación para que ingresara en el seminario de Ibiza. Eso no gustó al envidioso de Pep, que tuvo que trabajar un poquito más para compensar la ausencia del hermano. Pep tenía por aquel entonces fama de ser hosco e introvertido; vamos, como ahora pero en joven, y me consta que no había riña en Formentera en la que no estuviera metido. También tenía mala relación con los otros hermanos, a los que dicen que les hacía la vida imposible. El tiempo pasó, los hermanos crecieron y el padre hizo un testamento que fue una sorpresa para todos.

—¿Por qué?

—Porque siempre había dicho que no nombraría *hereu*, es decir, que ninguno de sus hijos heredaría la finca en exclusiva y que repartiría sus posesiones entre todos ellos.

—Y sin embargo, la heredó Pep —aclaró Riera—. Al final sí hubo *hereu*.

—¡No comprendo cómo Pep no está en prisión! —exclamó la mujer.

—¿Por qué dice eso?

—Es mala gente. Se porta mal con su familia y con todo el mundo. ¡No me gusta ese hombre!

—Ya me voy dando cuenta, Conxita. ¿Y qué pasó con los otros hermanos?

—Se marcharon. El pequeño emigró a América, ahora no recuerdo si a Cuba, a Argentina o a Albacete, y el otro no lo tengo tan claro, pero también muy lejos. Oí contar a don Joan que los dos se casaron y tuvieron hijos.

La mujer calló y Guasch aprovechó para completar sus notas.

—¿Por qué tiene Pep una finca en Ibiza si la que heredó estaba en

Formentera?

Fue Riera quien habló.

—Le propusieron una permuta mucho tiempo atrás. Salía ganando con el cambio y aceptó. Sin sentimentalismos.

—Después —continuó Conxita—, supo convencer a su nuevo vecino y futuro suegro, quién sabe con qué artimañas, para que le concediera la mano de su única hija y así unir las dos fincas. *Diga-li ase!*

—Entiendo que las diferencias entre Pep y Joan venían de lejos…

—Sí. Don Joan nunca me habló de ello y tampoco le escuché comentarlo con nadie, ¿eh? No vaya a pensarse. Yo nunca escucharía una conversación ajena…

Riera desvió la vista hacia al techo y se mordió el labio.

—¿Hay alguien que pudiera querer mal a don Joan?

—¡Por Dios bendito, claro que no, era un santo varón!

—¿Y a Toni Roig?

A la anciana le centellearon los ojos.

—*No, no! En Toni era molt bon al·lot!* —dijo con dulzura—. El muchacho siempre estaba de buen humor y me hacía reír. A mí y a todos.

—¿Por qué cree usted que los mataron? ¿Diría que fue un simple robo?

Conxita bajó la vista y se miró las alpargatas desgastadas. Llevaba los dedos meñiques por fuera de las capelladas.

—No se me ocurre qué otra cosa podría ser. Lo siento, ojalá pudiera decirle algo más.

Guasch apoyó una mano en el brazo de la mujer, que sonrió con tristeza.

—¿Cómo describiría a don Joan los días previos a su muerte? ¿Cree que hubo algo al margen de la muerte de su sobrina que le hubiera podido afectar?

La anciana se cubrió la boca con la mano.

—Qué pena lo de Catalina. Toda la comunidad se sintió muy apenada por él, y por la niña, claro. Don Joan era otro, la verdad…

—Lo imagino, señora, pero ¿cree que podía haber algo más? Vio algo

en él que le llamara la atención.

Conxita Basora se concentró y pareció hurgar trabajosamente entre sus recuerdos.

—Hubo un día… Yo rezaba al fondo de la iglesia, en penumbra. Don Joan entró y no me vio. Se sentó delante y no consideré oportuno interrumpir su oración. Permaneció en silencio un buen rato hasta que, de repente, golpeó el banco tres o cuatro veces con una furia impropia de él. Luego se puso de pie y se marchó.

—¿Le oyó decir algo?

La mujer negó con seguridad.

—Imagino que no sabrá adónde fue… —preguntó Riera, con pocas esperanzas.

—No. Me quedé en la iglesia varias horas, pidiendo al *bon* Jesús que aliviara su dolor. Cuando me marché él todavía no había regresado.

—Bien, señora —concluyó Guasch, que se levantó con decisión—, agradecemos mucho su ayuda.

Conxita Basora lo miró radiante, como una niña que recibe un halago o quizá, temió Guasch, como la que espera que se cumpla una anhelada promesa.

—Señor Guaaasch —canturreó la devota dando unas palmaditas en la silla—. Siéntese aquí a mi lado. Ahora le toca hablar a usted, y ya le adelanto que quiero muchos detalles.

A Guasch se le heló la sonrisa. Riera desapareció con sigilo.

—Dígame, ¿es cierto que Bernadette levita cuando reza?

11

Cas Metge

Se sentía inesperadamente nervioso cuando llamó a la puerta de los Lequerica.

—Bienvenido, señor Guasch —saludó el ama de llaves—. El doctor se encuentra en casa y Lucía llegará en cualquier momento. Soy Fructuosa, a su disposición.

La mujer hablaba con una naturalidad alejada del pomposo servicio burgués y tenía un deje que Guasch asoció a la forma de hablar de los Lequerica. Saltaba a la vista que los había acompañado desde el norte.

Lo guio hasta un salón de techo alto y ventanales amplios que tenía una chimenea encendida. Presidía la habitación una mesa de centro con cuatro sillas y un par de cuadros con sendos retratos: un hombre de porte aristocrático, bigote frondoso y mirada severa, y una bella mujer rubia de ojos azules casi transparentes, aspecto delicado y, pese a ello, expresión decidida. Guasch notó la similitud de sus rasgos con los de Lucía y supuso que debía de tratarse de su madre. Fructuosa lo confirmó.

—Es doña Eleonora, esposa del doctor y una gran mujer. Lucía ha heredado su carácter.

—¿Y el caballero?

—Es el padre del doctor Lequerica, don Augusto. También es médico. Ha sido una gran influencia para él. —Guasch sintió cómo la mujer apoyaba una mano en su brazo—. Si me disculpa, tengo que regresar a la cocina. Lucía me pidió que lo hiciera pasar si llegaba con antelación. Acompáñeme, por favor.

—¿Y el doctor? Había entendido que estaba aquí.

—Se encuentra en sus aposentos, se reunirá con usted en breve.

El ama de llaves abrió unas puertas correderas y dejó a la vista una acogedora salita que hacía las veces de despacho y, sobre todo, de biblioteca. Las paredes estaban cubiertas de estantes rebosantes de libros de todos los tamaños, géneros y autores: clásicos griegos, tomos de historia antigua y de filosofía, tratados de medicina, partituras de música, la correspondencia entre Mozart y Nannerl y un catálogo con la obra completa del compositor austríaco; volúmenes de autores españoles y franceses contemporáneos como Victor Hugo o Alejandro Dumas, *El Quijote*, la Biblia o *El manifiesto comunista*… Los había en castellano, francés, alemán, latín e inglés, e incluso en idiomas que no supo identificar. Calculó que habría centenares de ejemplares, dispuestos en cualquier posición, rellenando todos los huecos imaginables. Un sillón orejero y dos butacas, una a cada lado de un elegante escritorio de caoba, componían el resto de mobiliario.

Guasch cogió un libro que descansaba en la mesa, se sentó en el sillón y empezó a hojearlo. Ni el título, *Cinq semaines en ballon*, ni el autor, Jules Verne, le resultaban familiares.

No sabía el tiempo que llevaba leyendo, absorto, cuando escuchó la voz del médico junto a él.

—Me alegra ver que maneja los libros con cariño. —El doctor Lequerica le tendió la mano—. Siempre he pensado que la mejor vara para medir la categoría de una persona es observando cómo trata un libro, a un subordinado o a un animal. Acaba de superar usted la primera de las tres pruebas.

Don Ricardo vestía un impecable traje negro de lana de tres piezas con chaleco de seis botones, camisa blanca con cuello francés y corbata oscura. El pelo entrecano y encerado lucía una raya inmaculada. Guasch se levantó para estrecharle la mano y este, para su sorpresa, se la trituró sin esfuerzo ni compasión. Quiso pensar que también sin voluntariedad. Era la segunda vez. Se acarició las falanges, forzó una sonrisa y se prometió que no habría una tercera. Levantó el ejemplar que tenía entre manos.

—La historia me ha absorbido.

—Es una de mis últimas adquisiciones. Me lo ha enviado un amigo

librero desde París. Muy ingenioso, Verne.

Guasch lo devolvió al escritorio y admiró los estantes. Lequerica se colocó a su lado.

—Un buen libro nos transporta a cualquier lugar —dijo.

—Y eso, viviendo en una isla, debe de ser una gran ayuda.

El doctor sonrió con nostalgia.

—Tengo la fortuna de viajar con frecuencia, por lo que no puede decirse que viva completamente retirado del mundo. No interprete esto como una queja, más bien al contrario. Nunca habría pensado que estaría tan a gusto en este lugar. Escogimos Ibiza porque no era tan grande como para perder la sensación de estar en una isla, ni tan pequeña como para sentirnos encarcelados. Acertamos.

Un aroma delicioso llegó de la cocina. El anfitrión indicó a Guasch que tomara asiento y él hizo lo propio.

—¿Cómo han ido sus primeras averiguaciones? Siento que ayer no pudiéramos hablar.

—Descuide, no era el momento apropiado.

Guasch le explicó el estado de la investigación sin entrar en demasiados detalles. El médico guardó silencio y se miró las manos, unas manos que luchaban por salvar vidas como la del mossènyer o la de su propia esposa y que a menudo se sentirían impotentes ante la implacabilidad del destino o la crueldad del ser humano.

—No conocía mucho a don Joan —comentó—, pero sí puedo decirle que la imagen que se ha formado de él se aproxima mucho a la que yo tengo. Era un buen hombre. Lo vi por última vez poco antes de morir, cuando vino a visitarme a mi consulta.

Guasch alzó una ceja.

—No es tan extraño —aclaró Lequerica—, ya sabrá que los párrocos rurales cumplen una importante función pedagógica en sus comunidades. Son los ilustrados en un entorno iletrado, los que *saben de lletra*, como dicen por aquí. No es extraño que vengan a hablar con nosotros, los médicos, para plantearnos dudas que les surgen o que les exponen los feligreses. Es de agradecer que quieran informarse para después aconsejar con conocimiento de causa.

—¿Le había visitado con anterioridad?

—En varias ocasiones.

—¿Y sobre qué le consultó esta vez?

—Se interesó por los efectos de algunos remedios caseros que se emplean en el campo. Lo habitual. Hay creencias populares sobre la capacidad curativa de determinadas hierbas o mezclas que son auténticas aberraciones. Del mismo modo, no le negaré que existen otras que, para según qué dolencias, dan un resultado extraordinario. Precisamente por eso hay que estar alerta y ser cuidadoso con esos remedios.

—¿Hablaron de algo en concreto?

—No, que yo recuerde.

—¿Notó algo raro en él?

—Nada especial. Tal vez se mostró menos jovial que las veces anteriores, pero estaba de luto por su sobrina, como supongo que ya sabrá.

Guasch asintió mientras observaba el baile desenfadado de las llamas.

—¿Qué puede decirme de las muertes?

—Lo del criado fue una carnicería. Murió desangrado por disección de la arteria aorta y de la tráquea. Me llamó la atención el ángulo de inclinación del corte.

—¿Por qué?

—Porque formaba una diagonal perfecta, como si se hubiera hecho desde una altura muy superior.

—Es que fue así, ¿no? —confirmó Guasch—. Toni tenía los pies y las manos atados de tal manera que no podía tener el cuerpo extendido ni estar sentado. Estaba maniatado en el suelo, y allí es donde le cortaron el cuello.

—Ya…

—Había manchas de sangre en la pared junto al cuerpo, ¿verdad?

—Así es. Cuando le seccionaron la arteria, la sangre manó al suelo, pero antes salpicó en la pared. El corte del cuello se hizo de izquierda a derecha y, por las marcas, el asesino se encontraba detrás.

—Lo que nos permite deducir que era diestro. ¿Y don Joan?

—El asesino también se encontraba a la espalda del párroco. Le asestó tres puñaladas en el corazón, y todas dieron en el blanco. Por la inclinación de las perforaciones puede deducirse que también era diestro. Tenemos por tanto dos asesinos que emplean el cuchillo con la mano derecha, algo que, me temo, le resultará de poca utilidad.

—¿Cree que pudo matarlos la misma persona?

—No es descartable, pero tampoco puedo asegurarlo.

—¿Y el arma?

—En ambos casos se trataba de un cuchillo con una hoja de entre catorce y quince centímetros de largo por alrededor de dos y medio de ancho. Las marcas eran similares en ambos casos.

—Voy a hacerle una pregunta peculiar, pero me gustaría que meditara bien la respuesta. Si tuviera que describir de alguna manera la personalidad de los asesinos en base a lo que vio en Sant Jordi, ¿cómo los definiría?

El galeno arrugó los labios. La puerta de entrada se abrió y se escucharon unos pasos ligeros. Guasch tragó saliva.

—En una sola palabra —Lequerica levantó la mirada y lo observó fijamente—, diría que los asesinos fueron «contundentes» o, quizá mejor, «implacables».

—Vaya —admitió Guasch—, no es una palabra menor.

—Es que, créame, la imagen era macabra.

Lucía se asomó por la puerta de la biblioteca.

—Ha llegado temprano —dijo, sonriendo y tendiéndole una mano que Guasch apenas rozó con los labios.

La joven se acercó a su padre y le besó la mejilla.

—Mi tesoro más valioso —dijo el médico, cariñoso—. Ella es la sensibilidad, la belleza y la inteligencia de esta casa. Sin su ayuda, mi trabajo y mi vida serían un auténtico caos. Imagínese que incluso me sustituye de manera extraoficial cuando estoy de viaje. Como supondrá, debe representar el papel de ser poco más que una enfermera y hacer meras observaciones a modo de sugerencias. Sus diagnósticos, sin embargo, son siempre acertados.

—Ayer me contó lo de sus estudios en París. Es impresionante.

—¿De verdad? —El doctor arqueó las cejas—. No sueles hacer estas confidencias.

Guasch temió haber cometido una indiscreción, pero la serenidad de Lucía diluyó sus temores.

—Así es —continuó don Ricardo, con la vista todavía fija en su hija —. Hay otras estudiantes españolas en el extranjero, aunque pueden contarse con los dedos de una mano. En su día escribí una solicitud a la reina Isabel para que concediera a Lucía una autorización especial para matricularse en alguna facultad de medicina española. Habría sido la primera mujer en lograrlo. La respuesta nunca llegó. Obvia decir que hubiera sido una sorpresa recibirla, habida cuenta de la influencia que tiene la Iglesia sobre nuestra monarca y su posición respecto a la figura de la mujer, pero me sentía en la necesidad de intentarlo. —Sus ojos rebosaban orgullo—. No nos engañemos, más allá de una mayor sensibilidad, las mujeres tienen las mismas capacidades intelectuales que nosotros, si no más, y seguramente por eso nos dan miedo. El día que dejemos atrás nuestros temores, el mundo cambiará. La paradoja es que se les prohíba el acceso a los estudios superiores en un país en cuyo trono reposan las nalgas de una dama. Sin duda son las posaderas equivocadas, y no queda otra que esperar tiempos mejores. Aunque en Francia tienen todavía muchas barreras por derribar, al menos ya han superado las de la monarquía y la religión.

—Perdone la indiscreción, pero ¿por qué no se van los dos a París para que, sin dejar de estar juntos, Lucía pueda retomar sus estudios?

Una sombra cruzó la mirada del doctor.

—Eso tendría que responderlo mi hija…

—Mi padre dejó en mis manos la decisión sobre nuestro futuro y, como le dije ayer, considero que todavía no ha llegado el momento.

La chica no añadió nada más y Guasch optó por no insistir. El doctor, que miraba a su hija de reojo, compuso una sonrisa cortés y se incorporó en la butaca.

—Y usted, Marc, ¿qué nos cuenta de su emocionante vida?

—Me temo que desde fuera mi trabajo puede parecer más excitante

de lo que es. Les decepcionaría averiguar que la mayoría de las veces, por no decir siempre, se resume en hurgar en las miserias de la gente.

—Sé de lo que habla —dijo don Ricardo, asintiendo—: no olvide que mientras usted persigue a los criminales yo peleo con las consecuencias de sus actos.

Lucía se giró hacia Guasch y sonrió.

—¿Por qué se hizo policía?

—¿Qué versión quiere? ¿La larga o la corta?

—¿La buena?

La joven lo miró fijamente. Guasch se acomodó en su sillón y entrelazó los dedos.

—No me tentaba seguir con el negocio familiar ni tampoco emprender uno por mi cuenta, me temo que carezco de espíritu comerciante. Quería andar mi propio camino, y como no tenía vocación religiosa ni interés en la carrera militar, valoré la Guardia Civil, pero tampoco me sedujo. En ese momento surgió la oportunidad de ingresar en un pequeño cuerpo policial local al que me incorporé después de superar las reticencias familiares…

—Que no debieron ser pocas —observó el doctor.

—¿Por qué lo dice?

—Porque los padres que tienen negocios suelen dar por supuesto que sus descendientes les darán continuidad, y cualquier alteración de sus planes suele resultarles difícil de asumir. Supongo que tendrá usted más hermanos que puedan relevar a su padre del cargo.

—En efecto, dos de ellos se dedican a las empresas familiares desde hace tiempo.

—¿En qué se centran esos negocios?

—Más bien se caracterizan por todo lo contrario. Están muy diversificados: algodón, cereales, acero, materias primas… y muchas más cosas que soy incapaz de recordar.

—Entonces ¿es policía por descarte? —El tono de Lucía apenas ocultaba la desilusión.

—Si sirve de consuelo le diré que el resultado final ha sido sorprendente. —Guasch la observó fijamente a los ojos y ella le

mantuvo la mirada—. A veces se llega al lugar apropiado por casualidad, como ustedes a Ibiza. Al principio mis tareas eran rutinarias, hasta que un día colaboré en la investigación del crimen de una pareja de ancianos y conseguí dar con los culpables. Para ser sincero, no fue complejo, pero me permitió ganar cierto reconocimiento interno y labrarme fama de que resolvía casos. Después de un par de aciertos más me propusieron para este cuerpo policial de nueva creación. Y aquí estoy. Si me permiten una confesión, les diré que me encanta lo que hago. —Guasch sonrió resuelto—. ¿Era esta la respuesta buena?

La chica le devolvió la sonrisa.

—Eso solo puede saberlo usted; a mí me ha parecido convincente.

—Debe de viajar constantemente —dijo el doctor.

—A este ritmo, en un par de años conoceré hasta el último rincón del país.

—Recorriendo España de muerto en muerto —apuntó Lucía. Al parecer, entre sus virtudes también estaba la de tener una pizca de humor negro.

La voz queda de Fructuosa llegó desde la cocina: la comida estaba servida. El doctor Lequerica lo señaló con el dedo:

—¿Ha probado alguna vez el marmitako? —Guasch asintió con la cabeza—. No sería como este. Ahora verá, va a quedar fascinado.

Guasch miró a Lucía de refilón.

—No tengo ninguna duda.

«Ha sido un placer verlo de nuevo». Las últimas palabras de Lucía seguían resonando en sus oídos cuando caminaba sin premura hacia la plaça de Ses Ferreries. Llegaba con retraso a su cita con el notario, pero no le preocupaba. No escuchaba el ulular del viento ni sentía el frío que, pese a los guantes, le amorataba las manos.

Había quedado fascinado, el doctor Lequerica había acertado, y no solo por el delicioso marmitako o por el hecho de haber disfrutado de la compañía de aquella cautivadora mujer del norte, sino también por

la inesperada sensación de haberse sentido como en casa. Sin entrar en cuestiones personales, habían hablado de los temas más variados con una confianza y una espontaneidad a las que no estaba acostumbrado. Los nervios previos habían desaparecido y dado paso a una especie de paz interior que hacía tiempo que no experimentaba.

«Ha sido un placer verlo de nuevo». Lo había dicho sonriendo.

Cruzó la plaça de Ses Ferreries y subió un tramo del carrer Sant Francesc hasta encontrar, a su derecha, el callejón que le había indicado Riera. Apenas se había cruzado con un par de gallinas por el camino. Era la hora posterior a la comida y los *mossons*, sin obligaciones que atender, descansaban plácidamente en sus viviendas. El humo de los hogares salía por las chimeneas y el viento racheado lo inclinaba e impulsaba en cualquier dirección.

Lucía lo había acompañado a la puerta y habían conversado un momento a solas.

—¿Cuánto se quedará con nosotros? —preguntó ella sin ocultar su… ¿interés?

—Hasta que resolvamos los crímenes, siempre y cuando la investigación no se prolongue en exceso. Solemos emplear alrededor de tres semanas. No sé cuánto nos llevará esta.

—¿Tan difícil lo ve? —Durante la comida habían hablado del hecho atípico que suponía para Guasch investigar un caso sin ningún compañero del Cuerpo—. ¿Es por trabajar solo?

Lucía había demostrado tener la inquietante cualidad de intuir y expresar sensaciones que ni él mismo percibía con claridad.

—No puede decirse que esté solo: cuento con la colaboración de las autoridades locales, un equipo capaz y un compañero, el subinspector Riera, desenvuelto y perspicaz.

Lucía no desvió la mirada y se acrecentó la sofocante sensación de que ella podía leerle el pensamiento. Se sintió expuesto. Cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna. No hizo falta que ella añadiera nada para invitarlo a continuar y desvelar un poco más de la verdad.

—Por supuesto que es un reto no tener a ninguno de mis compañeros más veteranos conmigo. Para mí es una presión añadida a la dificultad

de resolver el crimen.

Entonces Lucía sonrió y estiró el brazo para alcanzar el pomo de la puerta. La mano pasó junto a él y Guasch pudo sentir su aroma afrutado.

—No quiero entretenerlo más. Me temo que ya llega con retraso a su cita con Jasso.

Era cierto.

—Para nada.

—Ha sido un placer verlo de nuevo. —Lucía cruzó los brazos sobre el regazo y ensanchó su sonrisa.

No. No podían ser imaginaciones suyas. Había complicidad en su mirada. Respiró hondo y saboreó por última vez el momento de intimidad.

—Lo mismo digo —farfulló Guasch con una torpe inclinación de cabeza.

También eso era completamente cierto.

12

Jasso

Oculto tras las tupidas cortinas moradas era imposible que repararan en él; eso era cuanto necesitaba: pasar desapercibido, ver sin ser visto.

Observó cómo Riera, el viejo policía, caminaba arriba y abajo con pasos lentos y las manos hundidas en los bolsillos del *caputxó*. Cabizbajo, sumido en sus pensamientos, movía los labios siguiendo alguna tonadilla y pateaba un guijarro cada vez que giraba para volver sobre sus pasos. Esperaba a alguien, que no podía ser más que la persona que había venido de fuera para investigar los crímenes. Una contrariedad ahora que todo estaba tranquilo. Contaba con que aquella visita podía llegar tarde o temprano, pero eso no le restaba un ápice de preocupación. Se dijo que no había razón, que nadie sabía nada ni tenía modo de averiguarlo. Se repitió por enésima vez que debía mantener la calma, y tanto se lo repetía que cada vez estaba más nervioso.

Finalmente, el investigador apareció al fondo de la calle: era muy alto, su capa ondeaba al viento, tenía el pelo despeinado y lucía una sonrisa de satisfacción que no supo cómo interpretar para sus intereses. Bueno no sería. Riera dio un último puntapié a la piedra y fue a su encuentro. El recién llegado apoyó una mano en su hombro en un gesto de camaradería e intercambiaron unas pocas palabras. Entonces el subinspector señaló hacia su ventana y apenas pudo ver cómo dirigían la vista hacia él antes de hacerse a un lado de un salto.

Sintió la presión de su corazón bombeando en el ojo. Confiaba en que no lo hubieran visto. Respiró hondo y se dijo que tenía que serenarse de una maldita vez.

Pere Jasso Sala compuso una sonrisa postiza cuando su secretario anunció la visita a voz en grito. El hombrecillo rodeó la interminable mesa de roble tendiendo una mano que a Guasch se le antojó fría y húmeda, y que le recordó al tacto de una anguila. El secretario cerró la puerta tras ellos, recogió sus abrigos y el notario los invitó a tomar asiento.

—Ustedes dirán —dijo, forzando un poco más la sonrisa—. No sé de qué manera puedo serles de ayuda, no es muy habitual recibir visitas de este estilo.

—Tampoco estos crímenes lo son —respondió Riera, que se había repantingado en la butaca.

—Necesitamos que nos explique cualquier cosa que considere relevante.

Pere Jasso entrecruzó los dedos de las manos y empezó a girar los pulgares sobre sí mismos, como si les invitara a que le preguntaran. O como si estuviera nervioso.

—¿Qué puede contarnos de Joan Ferrer?

—Hace años que lo conozco, hum… que lo conocía. Ya en su momento me encargué de hacer el testamento de su padre y después, como imagino que ya saben, el suyo propio. No es que le viera con frecuencia, ni mucho menos, pero me visitaba de vez en cuando para hablar de la posible compra de alguna propiedad. Nuestro último contacto tuvo lugar hace unas semanas a raíz de su interés por adquirir la finca de Can Puig a los herederos de Miguel Morales. Esta vez parecía ser la buena.

—¿Qué quiere decir con una «posible compra»?

—Don Joan había visto con los años varias fincas que, por un motivo u otro, al final no le terminaron de convencer. No tenía prisa, lo cual es buena cosa para comprar bien, y era prudente, cabal y disciplinado con el dinero. No gastaba en banalidades y, con su manutención y la del criado generalmente cubiertas por la feligresía, apenas tenía gastos y podía ahorrar casi toda su paga.

—Si fue ahorrando poco a poco e intentó realizar alguna compra con anterioridad, ¿por qué cree que le robaron ahora?

El notario se encogió de hombros.

—¿Todo su dinero provenía de la paga del Estado por su condición de sacerdote?

—Prácticamente todo. El resto procedía de la legítima que se vio obligado a pagarle su hermano Pep cuando heredó la finca familiar y que, a diferencia de sus hermanos, por lo que tengo entendido, él sí cobró.

—En contra de lo que había sostenido siempre, el padre nombró *hereu* a Pep.

—Fue una sorpresa para ellos. Doy fe. Se armó un buen revuelo durante la lectura del testamento. Las hijas lloraban y los varones se encararon con Pep al conocer las últimas voluntades. Tuve que pedir calma en más de una ocasión. No creo equivocarme si digo que Pep disfrutó con todo aquello.

—Como si fuera una venganza —murmuró Riera.

—¿Cree que urdió alguna artimaña para que su padre le cediera la finca?

—Recuerdo bien la visita de Pep con su padre para redactar el testamento, y yo no tuve esa sensación: el viejo no parecía ser forzado a nada. No discutieron y, en mi presencia, no se mostró tenso ni fue coaccionado para actuar de una determinada manera.

—Tal vez esa parte del trabajo la traía ya hecha de casa —planteó Riera.

El notario hizo un gesto vago.

—Tan solo puedo decirles lo que vi en persona, y no percibí ninguna tensión entre ellos. Si la hubiera visto, mi deber como fedatario público habría sido asegurarme de que el padre actuara libremente, pero no lo consideré necesario.

—¿Y qué pasó con las legítimas?

—El *hereu* está obligado a pagar la legítima a cada uno de sus hermanos. Para ello puede pagarles con dinero o con una porción de terreno. Pep decía no poder compensarles económicamente y no se pronunciaba con respecto a las tierras. Estuvieron mucho tiempo sin resolverlo y los hermanos dejaron de hablarle. Los más pequeños se

fueron de la isla y, como les decía, no estoy seguro de que acabaran cobrando lo que por ley les correspondía. Me atrevería a decir que no.

Aquello encajaba con las explicaciones de Conxita Basora.

—Pero aún hay más. El *hereu* está también obligado a mantener a las hermanas *fadrines* procurándoles alimento y una habitación en la casa, y ahí también hubo polémica con sus dos hermanas solteras, que se quejaban de no tener acceso a la *casa des vi* ni al alimento que les correspondía, y que dependían en todo momento de que Pep estuviera en casa y se aviniera a abrirles la puerta.

—¿Y cómo lo solucionaron?

—Una de ellas se casó y se llevó a la otra consigo.

—Problema resuelto y un dolor de cabeza menos para Pep, que siempre se sale con la suya —concluyó Riera.

Guasch se dijo que la avaricia rompe más familias que las plagas, las enfermedades o las guerras: el dinero es más nocivo que las balas.

—¿Y don Joan postuló a favor de sus hermanos?

—Desde luego. Era una de las partes perjudicadas y quien llevaba la voz cantante; sin embargo, Pep no se amilanó. Sus hermanos veneraban a Joan, a quien Pep mostraba el mismo respeto que a los demás: ninguno. Los lazos de sangre desnudan a las personas.

—¿Perdón?

—Quiero decir que pese a ser un párroco querido y respetado por la comunidad, Pep tenía otra visión de él. Supongo que lo seguiría viendo como el niño con el que había crecido y con el que había tenido sus más y sus menos. En otras palabras, que no se dejaba amedrentar por su mayor nivel cultural, por su cargo o por su oratoria. Para él, Joan era solo eso: su hermano pequeño.

Guasch recordó las llaves que guardaba en el morral.

—¿Tenía alguna propiedad a su nombre?

—No. Como le decía, nunca llegó a comprar nada.

—¿Y Toni?

—¿El criado? —Jasso puso cara de extrañeza—. Por definición, los criados no poseen propiedades. Le aseguro que quien las tiene no suele servir a un párroco rural.

Guasch le habló de las llaves escondidas. El notario deslizó la mirada por el suelo ajedrezado y la detuvo en un punto indeterminado por encima del hombro de Riera.

—Lo lamento. No los puedo ayudar en eso.

Las palabras se diluyeron en el aire.

—¿Y qué nos puede contar del testamento de don Joan? —preguntó Guasch.

—Dejaba todos sus bienes a sus dos hermanas.

—Un par de prendas usadas —murmuró Riera.

—Ahora sí —confirmó Jasso—: desaparecido el dinero, su patrimonio se reduce a eso.

Guasch hizo un gesto para indicar que eso era todo. Pere Jasso se levantó con agilidad, les dio una mano que había ganado en templanza y los acompañó hasta la puerta.

—¡Costa, por favor! —vociferó el notario—. ¡Los señores ya se van!

El secretario salió de un cuartito con las prendas de abrigo y cara de apuro. Jasso miró a Guasch a los ojos.

—Espero que capturen lo antes posible a esos malnacidos.

13

Viento

Miquel Guevara se ofreció a prepararle algo para cenar antes de sumergirse en las entrañas de la cocina. Guasch tomó asiento en una esquina. Había un par de mesas ocupadas por varios desconocidos que dormitaban sobre unas copas y unas botellas medio vacías. Las gallinas clocaban en su corralito. Guevara se había lamentado por la inusual escasez de parroquianos, achacable al mal tiempo, y presagiaba que ya no tendría más clientela. Del exterior llegaba el ruido de una persiana mal cerrada golpeando al ritmo caprichoso de las ráfagas de viento. El aire silbaba al deslizarse bajo la rendija del portón.

La tarde había sido provechosa. Al salir de la notaría se habían acercado a la residencia del vicario capitular, que les había recibido con la prosopopeya propia del cargo. El cabecilla espiritual les refirió con todo detalle el periplo que había seguido don Joan desde su ordenación cuarenta años atrás hasta el día de su muerte: cura ecónomo en distintas parroquias de Ibiza, después vicario de Sant Elm, junto a la fonda, y luego de nuevo ecónomo en Sant Francesc Xavier, en Formentera. Finalmente se había presentado a las oposiciones del año 57 y había obtenido la plaza vitalicia de rector en la parroquia de Sant Jordi. Un cargo perpetuo que, para su desgracia, le había durado menos de siete años. Guasch no conocía en detalle la estructura eclesiástica, pero sí tenía la suficiente perspectiva como para comprender que un economato era un cargo más goloso que una vicaría. Así se lo hizo ver a don Rafel.

—¿Pasar de ecónomo a vicario en Sant Elm no fue un retroceso en su carrera sacerdotal, una pérdida de sueldo y de prestigio?

Don Rafel lo miró con afecto.

—La vida de un cura rural no es confortable, y un párroco de edad puede preferir la tranquilidad de la ciudad a verse obligado a realizar numerosos desplazamientos cada semana, en mula o a pie, a cualquier hora intempestiva, con todo tipo de clima y a cualquier punto de la parroquia. Aunque su paga y grado fueran menores, que es cierto, le aseguro que, durante esos años, su vida fue mucho más cómoda de lo que había sido nunca desde su ordenación.

—En ese caso, es curioso que regresara a una parroquia rural —observó Riera.

—Se le presentó la oportunidad de volver a Formentera, su casa, donde permaneció hasta obtener la plaza definitiva en Sant Jordi.

Don Rafel les había explicado que Toni Roig era hijo de unos conocidos de don Joan y que había estado a su servicio desde que se incorporó como nuevo mossènyer a su última parroquia.

—Don Joan era como un segundo padre para él, lo cual es normal si tenemos en cuenta el tiempo que llevaban conviviendo y la diferencia de edad.

El vicario capitular no había sido capaz de señalar ningún posible motivo para las muertes más allá del robo, ni tampoco, como era lógico, sospechoso alguno.

La puerta de la fonda se abrió para dar paso a una figura desgarbada. El hombre vestía un andrajoso *caputxó* de hombros caídos que algún alma caritativa debía de haberle entregado para pasar el invierno. La silueta se giró hacia él y Guasch creyó identificar, entre las sombras, los rasgos del exiliado que la noche anterior hablaba con Guevara. ¿Cómo se llamaba? Su nombre le recordaba a un conquistador español. ¿Ulecia? Sí, eso era: Onofre Ulecia de León. El suelo de madera crujió cuando el exmilitar se acercó hasta él y Guasch vislumbró las bolsas que lucían bajo sus ojos rojizos y la nariz hinchada y violácea que transformaban al hipotético descubridor de tierras ignotas en un vulgar borrachuzo. No era la compañía que tenía en mente para esa velada.

—Buenas noches —se despidió Guasch, arrastrando el taburete y agarrando la capa—, yo ya me iba.

—No es necesario que se marche —dijo Onofre con voz

inesperadamente clara—. Solo quería saludar, no era mi intención importunarlo.

El hombre parecía ofendido y Guasch comprendió que había distado mucho de ser cortés. Tampoco había pretendido serlo. Entonces Guevara abrió la puerta de la cocina de un puntapié y apareció cargado con un puchero de loza lleno de un guiso que olía a carne de cerdo y a verduras condimentadas.

—Pero ¿qué hace con eso en la mano? —La mirada extrañada del posadero pasó del abrigo de Guasch al rostro lastimoso de Onofre—. Vamos, siéntense a cenar, que esto está caliente. Hay comida para los dos.

Guasch descartó huir e hizo un gesto que pretendía ser cordial para que el exmilitar se uniera a él. Guevara trajo una jarra de vino y cubiertos para ambos y el recién llegado se abalanzó sobre el estofado sin dilación: saltaba a la vista que el hombre no comía de manera decente con regularidad.

Como no podía ser de otra manera, Onofre le habló, entre tragos, bocados y muchos más tragos, de su pasado militar y de todos los puestos destacados que había ocupado. De ser verdad la mitad de lo que decía, ciertamente el hombre había tenido un papel destacado en la estructura castrense española. También le detalló cómo, por un cúmulo de fatalidades y mala suerte, a raíz de unos «rumores infundados», unos y otros le habían ido dando la espalda y había pasado de ser una persona respetada y admirada a caer en la mayor de las desgracias. Incluso su familia lo había despreciado. Llevaba más de un año exiliado en Ibiza y debía su supervivencia a las almas caritativas que poblaban la isla. El hombre hizo un gesto que daba a entender que debían de haberse olvidado de él.

—¿Y no se ha planteado fugarse? —propuso Guasch, que escuchaba a medias.

—Curioso consejo viniendo de un policía —respondió entre risas—. Míreme bien: vivo en la indigencia y de la caridad. ¿Qué espera? Hace treinta años, tres distinguidos exiliados, entre los que había un exministro, lograron fugarse de la isla en barca: ellos sí tenían intereses,

contactos y medios para huir, pero ¿yo? —Dio un largo trago a su copa hasta agotar el líquido—. ¿Quién soy yo?

Onofre la rellenó con premura, derramando parte de la bebida, y Guasch sintió lástima por él.

—¿No debería beber un poco menos? —preguntó, mirando la botella con desagrado.

—¿Y estar sobrio? Créame: para vivir así, es mejor hacerlo en la inconsciencia.

Y sin añadir nada más, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y apuró de nuevo el contenido del vaso.

Sintió el golpe en el rostro nada más abrir la puerta. Lo cogió desprevenido. Pese al estruendo, Guasch no esperaba que el viento fuera tan violento. Se sentía pesado y mareado. Por un momento reconsideró la idea de salir a despejarse, pero al comprobar que no llovía optó por seguir adelante para digerir la comida y, sobre todo, la bebida. Se había despedido en buenos términos de Onofre, que hizo caso omiso de sus sugerencias y quedó acodado en la mesa en compañía de una nueva botella de licor.

Abandonó la fonda con paso vacilante y giró en dirección al puerto, a la Drassana y al destartalado edificio de la Capitanía del Puerto. El vendaval lo obligaba a inclinarse para no verse arrastrado hacia atrás. Consiguió acercarse a trompicones a la orilla, donde la espuma impulsada por la ventolera le empapó la cara y le despabiló. Junto a él se alzaba la estructura majestuosa de un barco en reparación que, pese a su eslora mediana, le pareció gigantesco. No se sentía cómodo observándolo desde esa posición; se alejó unos pasos y, al tomar perspectiva, vislumbró el nombre escrito en la proa: Abel.

Se fijó en el pequeño dique que quedaba a su izquierda. Riera le había explicado que ese lado de la riba era impracticable para barcos de casi cualquier calado y que nunca parecía haber dinero o voluntad política para dragarlo. La retirada de materiales y la limpieza del fondo se habían limitado a la parte de la bahía imprescindible para permitir

el paso a los buques que amarraban en el espigón. Las condiciones distaban por tanto de ser las apropiadas para un puerto refugio como se suponía que era aquel. Los habitantes del arrabal habían aprovechado para clavar estacas en el fondo e instalar tablones que les permitían acceder a sus pequeñas embarcaciones, que ahora subían y bajaban al ritmo del oleaje. En aquel momento apenas había rastro de las pasarelas que o bien estaban cubiertas por el agua, o bien habían sido arrancadas y arrastradas a cualquier punto de la bahía. El recientemente inaugurado faro de Botafoc guiñaba su ojo luminoso al compás, ajeno al temporal.

Guasch contempló el agua oscura y se preguntó si algún día superaría su fobia. Alzó la vista hacia el extremo sur, donde se encontraban la Casa de Sanitat y la Torre del Mar, y descartó ir hasta allí. Una cosa era estirar las piernas y otra vagar sin rumbo con aquella climatología. No había otro ser viviente a la vista aparte de él.

Consideró que ya se había despejado lo suficiente y se dispuso a volver sobre sus pasos cuando le pareció captar un movimiento junto a la popa del Abel. Al fijar la vista, sin embargo, no vio nada. ¿Habría sido un animal? No sabría decir. No tendría que haberle dado mayor importancia, pero aun así decidió acercarse. Lo hizo con dificultad, luchando para imponerse al vendaval. Se agachó para mirar por debajo de la quilla y no vio más que los pilones de madera que sostenían la nave.

Al asomar por la popa descubrió, sin embargo, una sombra que huía a la carrera en dirección a las estacadas; le sacaría una veintena de metros. Tardó un instante en reaccionar.

—¡Eh, alto! —gritó—. ¡Deténgase!

Arrancó a correr tras el prófugo asaltado por las dudas. ¿Qué hacía alguien en la calle con aquel tiempo de perros? ¿Espiarle? ¿Por qué huía? La única respuesta con sentido era que fuera uno de los asesinos o alguien confabulado con ellos: ¿quién si no se ocultaría para acecharlo y escaparía al ser descubierto?

Sacó la pistola de debajo de la capa e intentó acelerar el ritmo. El viento racheado lo empujaba con fuerza y le impedía correr en línea

recta y mantener la posición vertical; en aquellas condiciones le resultaría complicado reducir la desventaja. El individuo se movía rápido y le pareció que torcía a la derecha para dirigirse hacia la Capitanía. Cuando llegó a la entrada del callejón, una cabeza oteaba en la esquina opuesta, junto al muelle, para comprobar si le seguía. Guasch le dio el alto de nuevo y la figura del fugitivo se desvaneció. Pegó la espalda a la pared, apuntó el arma hacia el espacio ahora vacío y avanzó con pasos laterales cortos y ligeros. Cuando alcanzó el final del muro llenó los pulmones de aire y levantó la pistola.

El efecto adormecedor del vino había sido reemplazado por la tensión.

Sintió el golpe en el rostro nada más doblar la esquina. Esta vez no era el viento. Cayó de espaldas y dio con el cogote contra el suelo. Le palpitó el ojo y sintió ganas de vomitar cuando el agujero negro del cañón de un arma se acercó a su entrecejo para, al cabo de un momento infinito, retirarse y desaparecer.

Solo las estrellas que lo vieron pasear la noche anterior en compañía de Lucía, tan lejanas en la distancia como en el tiempo, fueron testigos de cómo la oscuridad lo envolvía y perdía el conocimiento. El último pensamiento del que tuvo conciencia fue la nitidez con la que escuchó el sonido de unas pisadas que se alejaban a la carrera.

14

Un domingo diferente

La claridad de la mañana se filtraba por el pequeño rosetón multicolor. El humo de los innumerables cirios flotaba en el aire turbio. El templo olía a cera quemada y a flores frescas en un ambiente que invitaba al recogimiento y a la oración.

La iglesia de Sant Jordi estaba abarrotada. La veintena de hileras de sillas dispuestas a ambos lados del estrecho pasillo central era insuficiente para acoger a todos los feligreses. Los asientos habían sido ocupados por mujeres, niños y ancianos; los pasillos laterales y las dos pequeñas capillas anexas se encontraban repletas de hombres silenciosos que, de pie, procuraban no apoyarse en los muros, como si hacerlo fuera una muestra de debilidad. Los campesinos prestaban atención a don Ramón, que procedía con la liturgia habitual: se arrodillaban, sentaban o levantaban y respondían, todos a una, las consabidas pautas de la ceremonia. A Guasch le vino una palabra a la mente: respeto. Respeto por el templo, por el rito y por el pastor, su líder. Resultaba paradójico que quien hasta hacía unas semanas había guiado sus almas por el valle de lágrimas de la vida yaciera ahora bajo tierra tras esos muros.

Guasch permanecía de pie en la parte delantera del templo, cerca del altar. Tenía la cara entumecida, la ceja partida y el ánimo resentido. Le dolía todo el cuerpo. No sabía cuánto tiempo había estado la noche anterior tirado en el muelle, empapándose del agua de mar que le escupía el viento intermitente. Seguramente fue esa misma agua la que terminó haciéndole recuperar la consciencia. Guevara lo miró espantado cuando regresó ensangrentado a la fonda vacía y le hizo una cura rápida para salir del paso. Pese a la oscuridad de la mañana,

también Riera se había asustado al verlo.

—*Però qué cony ha fet aquesta nit?* ¡No puedo dejarlo solo!

Ahora Guasch escudriñaba a los feligreses con un ojo entreabierto en busca de mensajes ocultos en sus rostros, plegados por arrugas profundas como surcos de tierra labrada. Se preguntaba si su agresor sería alguno de ellos. Conxita Basora estaba sentada en primera fila, no muy lejos de donde él se encontraba. Podía oír sus letanías fuertes y seguras por encima de los demás feligreses, como si pretendiera que Dios la escuchara primero a ella y le diera prioridad sobre el resto del rebaño. O como si buscara quizá algo más mundano, como exhibir la magnitud de su devoción frente al nuevo rector. En cualquier caso, la gesta no le iba a resultar sencilla, pues varias beatas rivalizaban con ella en fervor religioso y capacidad pulmonar.

Riera, Calavera y varios guardias más se habían dispersado por la iglesia, por si los asesinos asistían a la ceremonia. Guasch quería que sus hombres se fijaran en cualquier detalle que les resultara llamativo y, sobre todo, que observaran a parejas o grupos de payeses que mostraran una actitud sospechosa.

—¿Sospechosa en qué sentido?

—No sabría decirle, Riera. Mantengan los ojos abiertos.

El subinspector observó la ceja partida y el párpado amoratado.

—Más que usted seguro que los abriremos.

Guasch percibía las miradas fugaces de la gente. A esas alturas, todos los presentes ya sabrían quién era aquel forastero alto y para qué había ido a la iglesia, pero seguro que se preguntarían qué demonios le había pasado en la cara.

Antes de dar por concluida la misa, tal y como habían acordado, don Ramón pidió a los fieles que prestaran atención e hizo una señal a Guasch para que subiera al atril mientras él lo presentaba.

Guasch agradeció al párroco la oportunidad de dirigirse a sus feligreses y se tomó la libertad de permanecer un momento en silencio. Los rostros que antes lo miraban de soslayo ahora tenían la vista fija en él y lo estudiaban sin disimulo. Vio sonrisas, posiblemente a raíz de alguna observación ingeniosa acerca de su ojo morado, y se dijo que ya

debían de haberlo apodado el Tuerto o algo por el estilo. Le hizo gracia.

Cuando cesaron los murmullos Guasch repitió los mismos mensajes que había transmitido a los guardias la mañana anterior, les indicó que quien quisiera contarles algo podía acudir a la casa del mossènyer al finalizar la ceremonia y les advirtió que no se alarmaran si en los próximos días recibían la visita de la Guardia Civil en sus hogares, quizá en más de una ocasión. Algunas cabezadas afirmativas le bastaron para convencerse de que el discurso había calado entre los feligreses. O eso quiso pensar.

Se volvió hacia el altar e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza que bien podía interpretarse como de respeto al sagrario. Tanto daba. Mientras bajaba los escalones, el párroco se incorporó y alzó los brazos para bendecir a los asistentes.

El cubo encalado que señalaba Riera, Can Pep des Camp, se alzaba en lo alto de una colina sobre una llanura perfectamente labrada. Además de paredes de piedra seca y pinos, la casa estaba rodeada de palmeras datileras, adelfas, granados y el imprescindible conjunto de chumberas. Las *partions*, los muros de piedra que bordeaban la finca, daban fe de su notable dimensión. Todo cuanto les rodeaba se veía cuidado y ordenado.

La vivienda no era grande ni particularmente agraciada. Disponía de una única planta con un *porxo* de dos arcos y unas discretas ventanas a ambos lados. Del muro lateral sobresalía un horno de formas redondeadas. En el costado opuesto, separados de la casa, se hallaban los corrales. Eran de piedra seca sin encalar y tenían dos burdas portezuelas hechas con ramas de pino.

A cierta distancia de la casa habían colocado tres sillas de madera y cuerda trenzada que ponían de manifiesto que no eran bienvenidos en el interior. Junto a ellas los esperaba de pie un hombre de brazos cruzados, semblante serio y expresión de hastío. De facciones envejecidas, era bastante alto para la media de los isleños y tenía una cabeza grande y alargada de la que sobresalían un pelo frondoso, una

nariz imponente y un cigarrillo de pota. Vestía de manera impoluta.

—Le sugeriría que lleváramos la entrevista con mano izquierda —aconsejó Riera sin despegar los labios—. Si caemos en su juego y nos mostramos agresivos, se negará a hablar. No sería la primera vez.

Pep no hizo ni el amago de saludarlos. Sin mediar palabra ni apartar la mirada de Riera, tomó asiento en la única de las tres sillas orientada hacia la casa. Su expresión mostraba a las claras que la conversación con los policías era una molestia. Guasch decidió seguir la senda de mesura sugerida por el subinspector.

—Ante todo, quiero agradecerle que nos atienda en estos momentos tan difíciles —empezó mientras tomaban asiento—, siento mucho la muerte de su hija y de su hermano.

Pep des Camp inclinó la cabeza una sola vez en un gesto que tanto podía ser de agradecimiento como una invitación a no irse por las ramas. Los ojos del hombre atravesaron a Guasch. Parecía que sus pensamientos se habían alejado de aquel momento y de aquel lugar. Cruzó las piernas y apoyó en el muslo la mano en la que sostenía el cigarrillo.

—¿Y bien? —dijo con voz ronca de fumador—. ¿Qué quieren?

—Para empezar, que nos hable sobre su hermano Joan, cómo fueron sus últimos días y qué cree que pudo suceder para llegar a ese trágico final.

—Supongo que habrá hablado con alguien más antes de venir aquí.

—Naturalmente, hemos…

—Imagino entonces —interrumpió Pep— que ya sabrá que mi hermano y yo no manteníamos ninguna relación.

—¿Era así? —Hizo un gesto que pretendía restar importancia a los chismorreos.

—Pues sí, por una vez los rumores son ciertos.

—¿Puedo preguntarle por qué no se trataban?

—Desde luego que puede preguntar, de la misma manera que yo puedo no responder… Y de hecho no lo voy a hacer.

—*Collons, Pep, no siguis ase* —saltó Riera, a quien la mesura le había durado poco—. *No veus que venim amb sa millor voluntat?*

Pep des Camp miró fijamente al subinspector y dejó escapar una risa arrastrada sin mostrar sonrisa alguna. A Guasch le recordó el chirrido de un cuchillo al afilarse.

—*No trobes que seria millor que callassis?*

—¿Por qué se niega a responder? —insistió Guasch.

—Porque son asuntos personales que no tienen relación con su muerte, ni con sus últimos días de vida ni, por supuesto, con usted. En otras palabras, que no son de su incumbencia.

—¿Y su hija Catalina?

—¿Qué pasa con ella? —Esta vez Pep no pudo disimular la sorpresa.

—¿Le molestaba la buena relación que mantenía con Joan?

El hombre negó con la cabeza muy despacio.

—¿En serio le han enviado de Madrid para hacer estas preguntas?

—Sabe cómo murió su hermano, ¿no? —continuó Guasch, buscando el modo de abrir una grieta.

—¿Hay alguien en la isla que no lo sepa?

—¿Quién podría tener motivos para matarlo?

—¿Alguien que quería robarle? ¿Qué se llevaron exactamente?

—Además del dinero, varios objetos litúrgicos de difícil venta y escaso valor —respondió Guasch, mirando a Riera de soslayo—; y también sus armas.

Pep des Camp alzó un hombro y asintió, dio otra calada a su cigarrillo, movió la cabeza hacia atrás y exhaló el humo con un fuerte soplido.

—¿Podría haberse relacionado su hermano con personas sospechosas o poco recomendables?

—Por supuesto —respondió esbozando una mueca socarrona—: ¡toda la vida estuvo rodeado de almas pecadoras!

Pep rio su propia ocurrencia. Riera repicaba el pie contra el suelo y respiraba cada vez con mayor dificultad. Se estaba conteniendo a duras penas. Guasch trató de serenarse, levantó la vista y observó la llanura labrada y, a lo lejos, una casa blanca impoluta, una mota aislada rodeada del mar ocre de los cereales que cubrían el campo.

—¿Qué cree entonces que pasó en Sant Jordi?

El payés se limitó a fruncir los labios.

—¿Sabías que tu hermano iba a comprar la finca de Can Puig? —probó Riera.

—Lo supe cuando murió. —Silbó—. Parece mentira el dineral que maneja la Iglesia para que un simple párroco pueda comprar una finca como esa, ¿no?

—Tenía su paga del Estado, como todos los mossènyers.

—¿A ti te salen las cuentas, Riera?

—¿Estás insinuando que tu hermano metía mano en el dinero de la Iglesia a espaldas del vicario capitular?

—¿Te parezco un hombre espiritual o, cuando menos, una persona piadosa, preocupada por cómo gestiona su dinero la Santa Madre Iglesia?

—No, pero sí alguien que conocía a Joan lo suficiente como para saber si puede ser cierto o no.

Pep se golpeó las rodillas con las palmas de las manos.

—Pues no: no creo que fuera un ladrón. Solo pretendía decir lo que he dicho, que se trata de mucho dinero. ¿De dónde provenía? Y yo qué sé. Imagino que lo averiguaréis vosotros, por la cuenta que os trae.

Guasch se decidió a hacer la pregunta que le rondaba por la cabeza.

—Ha dicho que ignoraba que Joan poseyera esa cifra antes de su muerte, ¿es así?

Pep arrugó las cejas.

—¿Está insinuando que lo maté para quitárselo? —Le señaló con el dedo—. Estuve en mi casa toda la noche, policía, no me toque los huevos.

Guasch enseñó las palmas de las manos.

—Yo solo preguntaba…

—Pues esto ya lo sabían: nos interrogaron hace unas semanas.

—¿Entonces…?

El campesino entrecerró los ojos, dio una larga calada al cigarrillo, tiró los restos al suelo y los aplastó con el pie.

—Entonces ya es hora de que se larguen —bufó, se puso de pie entre una nube de humo y se encaminó a su casa.

Guasch y Riera se levantaron y se miraron desconcertados. Al volverse, Guasch notó movimiento en el umbral de la puerta.

—Entiendo —Guasch se dirigió a la espalda que se alejaba—, que en su opinión los que mataron a Joan no eran más que vulgares ladrones.

—¡No tengo ni puta idea! Tal vez lo mató alguien que no lo conocía de nada… o alguien que lo conocía a la perfección.

—Creo que nos está ocultando información. ¿Qué quiere decir con eso?

Pep se paró y se dio la vuelta.

—Todo el mundo oculta algo, todos guardan algún secreto. Quizá mi hermano también tuviera alguno, ¿no cree?

Guasch miró a Riera y esperó a que Pep continuase hablando, pero en vez de eso volvió sobre sus pasos con grandes zancadas y se detuvo frente a ellos. Riera dio un paso atrás. El payés parecía molesto y, al mismo tiempo, divertido. Se acercó a Guasch, que le sacaba media cabeza. Su aliento olía a tabaco rancio y a ajos crudos.

—¿Acaso usted no tiene secretos, policía?

La pregunta fue un susurro apenas audible, pero suficiente para que Guasch sintiera cómo un escalofrío le trepaba por la columna. ¿Quién era aquel hombre y qué sabía de él? Se dijo que no podía haber descubierto nada. No era posible. Aunque se esforzó por mantener la mente en blanco y aguantar su actitud desafiante, comprendió que Pep des Camp lo había visto dudar y que, aquella desangelada tarde de invierno, ese payés malcarado le había ganado el duelo.

Pep mostró de nuevo la sonrisa amarillenta y arrogante que había lucido la mayor parte del interrogatorio.

—Quizá mi hermano no era la persona que todos creen. Descubra sus secretos y tal vez consiga dar con sus asesinos.

—¿Qué secretos?

Pep des Camp se encogió de hombros y, de un modo teatral, buscó zanjar la entrevista con una frase lapidaria.

—Despierte, nada es lo que parece.

Guasch no podía permitir que aquello terminara así.

—¡María des Camp! —vociferó, y echó a andar volcando una de las

sillas.

—Mi mujer no está.

—Miente. Y ya me he cansado de sus embustes, de sus acertijos y de sus fanfarronadas. Sé que está ahí y saldrá ahora mismo a hablar conmigo. ¿O también ella tiene cosas que ocultar? —Guasch se plantó frente a Pep—. Usted decide: o hablo con Maria aquí y ahora o me la llevo al cuartel en lo que tarde en bajar a Vila y regresar con una patrulla de la Guardia Civil.

Pep des Camp le clavó una mirada gélida y se mostró, por primera vez, dubitativo. Guasch aprovechó la fisura.

—¿De verdad necesita pensarlo? Daba la impresión de ser un tipo con agallas, uno que se hace el duro pero con la inteligencia suficiente para conocer dónde están los límites. No me decepcione ahora, Pep. —Recapacitó un instante—. O mejor, sí. Haga una estupidez, me gusta la idea de encerrarlo una temporada y poder interrogar con calma a su esposa. Se quedará sin saliva de tanto hablar conmigo.

Pep des Camp escupió al suelo, masculló una blasfemia y se volvió hacia la casa. Una orden airada bastó para que una sombra saliera del *porxo*. La mujer, que vestía la indumentaria de faena de las payesas, no era una anciana por mucho que sus facciones lucieran avejentadas. Tampoco aparentaba gozar de buena salud. Se acercó despacio hasta colocarse junto a su esposo, que le puso una mano de dedos gruesos sobre el hombro.

—Lamento mucho la pérdida de su hija —dijo Guasch, sincero.

—*Molts anys de vida* —añadió Riera.

La mujer se santiguó.

—Soy Marc Guasch, la persona a cargo de la investigación de las muertes de su cuñado Joan y de Toni Roig, su criado.

—Apenas teníamos relación, no creo que le podamos ayudar.

La voz gutural de Maria parecía repetir las palabras de su marido. Estaba rígida y a Guasch no le pasó por alto cómo la miraba Pep.

—En realidad, quería que me contara lo que hizo usted la noche del crimen.

—¿Lo que hice yo? Dormir…

—Hace unas semanas declaró a la Guardia Civil que su marido estuvo con usted toda la noche, ¿corrobora su declaración?

María des Camp miró a su esposo y después, con expresión neutra, a Guasch.

—Lo siento mucho, pero no le entiendo, señor.

—Le preguntaba si es cierto que estuvieron juntos en casa y que Pep no salió.

Guasch se fijó instintivamente en la mano de Pep por si trataba de transmitirle algún tipo de recordatorio. Si fue ese el caso, no lo notó.

—Sí, ya se lo dije a los guardias.

Pep des Camp lo miró con desdén.

—¿Cree que puede existir algún motivo, aparte del robo, que explique los asesinatos?

—No lo sé, señor.

—¿Y sospecha quién pudo hacerlo?

—¿Yo? ¿Cómo quiere que yo sepa eso?

Guasch dio unas cabezaditas.

—Debe saber que mentir a la autoridad es algo muy serio y que puede tener consecuencias muy graves. ¿Hay algo que me quiera contar?

La mujer miró a Guasch a los ojos de un modo extraño, como si quisiera transmitirle algún mensaje.

—No, señor.

Guasch asintió y agradeció su colaboración. La mujer dio media vuelta y se deslizó hacia el *porxet*. No tenía sentido forzarla delante de un marido que, de nuevo, parecía fastidiado y complacido a la vez.

—Míreme, Pep —dijo Guasch apretando los dientes—. Esto no va a quedar así. Ambos sabemos que antes o después acabaré descubriendo lo que no me ha contado hoy. Hablará, ¿me ha comprendido?

Había conseguido borrarle la sonrisa de los labios, pero Pep des Camp todavía tuvo tiempo de murmurar una última frase de despedida:

—Adiós, policía; váyase de una puta vez a hacer su trabajo.

Llevaban un buen rato cabalgando en dirección a Vila. La temperatura había descendido de manera palpable y seguiría bajando tras el ocaso. El ritmo de las mulas era lento y regular; nada los esperaba en la ciudad y las bestias avanzaban pausadas, a su aire.

—No debería estar tan disgustado, hombre —dijo Riera con desenfado.

—¿Y cómo se supone que debo estar? Pep des Camp ha contado y ha callado lo que le ha venido en gana sin que yo haya sido capaz de impedirlo. Me ha tomado el pelo.

—Algo de razón sí tiene, la verdad, no ha estado… no hemos estado muy finos.

—Gracias al menos por no negar lo evidente.

—Negar una obviedad solo sirve para hacer el ridículo y perder la credibilidad. —El policía tosió varias veces antes de proseguir—. No se lo tome como algo personal, ya le había advertido que este hombre es así. Si le sirve de consuelo, ha ido mejor de lo que esperaba y al final ha sabido darle la vuelta y apretarlo un poco. Yo diría que lo ha hecho francamente bien.

—¿Francamente… bien?

Cabalgaron un tramo sin hablar hasta que el subinspector retomó la palabra.

—Aunque no me crea, en comparación con otras ocasiones, Pep ha estado bastante colaborativo.

—Tiene razón: no le creo.

—Yo daba por supuesto que nos enviaría a *pendre fresca* apenas nos viera llegar.

—Por favor, Riera, no pretenderá decirme que ha colaborado…

—Centrémonos en lo que ha dicho en vez de hacer cábalas respecto a lo que ha callado: Joan des Camp guardaba un secreto que nadie conoce.

—Menos él, según parece.

—Tal vez solo lo intuye.

—O quizá mintiera.

—¿Y si busca ensuciar el nombre de su hermano? —planteó Riera.

—No sé si tiene mucho sentido. Si solo nos lo comenta a nosotros, poco mal podrá hacerle. Además, por muy insalvables que fueran sus diferencias, Joan ya está muerto y no representa ninguna molestia para él. ¿Qué beneficio obtendría?

—Ninguno. Quizá solo sea resentimiento, puro y simple rencor.

—No lo veo claro… Para serle sincero, no veo nada claro.

Los hombres callaron de nuevo un buen rato, hasta que Guasch decidió compartir una idea que le rondaba por la cabeza.

—Me estoy planteando vigilar a Pep.

—Es imposible que una patrulla pase desapercibida en un entorno rural como este.

—¿Quién ha dicho que tengamos que ser discretos? Pondremos una pareja de guardias frente a su casa, sin más.

Riera lo observó con detenimiento.

—¿Lo dice en serio?

—Desde luego. Creemos que tiene información útil y hemos comprobado que no nos la quiere facilitar ni por las buenas ni, por lo que entiendo, por las malas. ¿Qué podemos perder? Será interesante ver cómo reacciona ante el hecho de estar vigilado de manera permanente, además de saber qué hace y a quién ve.

—Daría buena parte de mi magra paga por verle la cara cuando descubra a sus institutrices.

—Por cierto, ¿no le ha parecido extraño que después de misa no se haya acercado nadie a hablar con nosotros? Pensaba que les había sabido transmitir confianza.

—Y creo que lo ha hecho.

—¿Entonces?

—A lo mejor no tienen nada que decir.

—Me extrañaría. Siempre hay alguien que sabe algo.

Llegaron al camino de Quatre Cantons cuando la noche se cernía sobre ellos. La tímida luz de la luna hacía resaltar, al fondo, el coloso amurallado. Una sombra difusa y un ruido de cascotes les advirtió de la llegada de un jinete nocturno y Guasch visualizó al típico campesino arropado con aquella peculiar capucha puntiaguda. Al cruzarse con la

mula, sin embargo, descubrieron que andaba sola.

—¿Le habrá pasado alguna desgracia a ese hombre? —preguntó Guasch, extrañado.

—Bah, será un payés que pernocta en Vila y que envía el animal a casa. No es tan extraño: desandará un camino que conoce de memoria y, al llegar, golpeará la puerta de la vivienda para que la mujer le abra el establo y pasará la noche bajo techo.

—Sabía que tenían buena memoria, pero no podía imaginar algo así.

—Una mula rehace el camino andado durante el día de la misma manera que lo hizo en la ida, repitiendo en sentido inverso las mismas vueltas y giros que hubiera realizado anteriormente, cualesquiera que fuesen.

—Entonces ¿pueden recordar una ruta habitual?

—Desde luego, basta con encaminarlas.

Tras pasar el Portal del Mar y dejar las bestias en los corrales de Santa Llúcia, Guasch se despidió de su compañero.

—Prepárese, Riera, mañana haremos una prueba.

15

Un paseo por el campo

Riera acercó la silla al fuego y se frotó las manos. Guasch permanecía sentado en un extremo de la mesa. Detrás de él colgaba un gran mapa de Ibiza en el que, además de la ciudad amurallada, de las consabidas parroquias y de los caminos principales, estaban marcados dos docenas de números alrededor de la parroquia de Sant Jordi.

Calavera tendió a Guasch una relación de las viviendas visitadas.

—Por ahora no hay novedades —dijo el armario ropero—. Los registros son muy lentos.

—Es la única manera. —Guasch se acercó al mapa y trazó con el dedo un círculo que incluía la zona de Ses Salines y buena parte del Pla de Vila—. Amplíen el área de rastreo, hay que alejarse de la parroquia.

Molina cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nos llevará mucho tiempo —dijo—. Además, a estas alturas toda la isla sabe que estamos registrando las casas de la zona. Si alguien ocultaba algo, ya lo habrá tirado al fondo de algún barranco.

—No le diré que no, pero aun así quiero que continuemos. Me gustaría que los asesinos vieran que seguimos el camino marcado sin desviarnos, que somos exhaustivos.

El cabo Usechi explicó que había seis guardias buscando en los archivos y que, por el momento, tampoco habían encontrado nada relevante.

—Y usted, Sardina, ¿tenemos algún sospechoso que haya abandonado la isla en las últimas semanas?

—Hemos entrevistado a los familiares de los embarcados en el vapor para averiguar los motivos de sus viajes. Casi todos lo hacen con regularidad: muleros, comerciantes, militares… Dos hombres han

abandonado la isla con carácter permanente: un estudiante hijo de una familia *vilera* bien posicionada y un joven payés que quiere buscar fortuna en América con el dinero de la legítima. No hay nada sospechoso con respecto al último: siempre sostuvo que abandonaría la isla en cuanto heredara. El dinero es lícito.

—¿Qué sabemos de los pescadores y los marineros?

—Todavía no los hemos interrogado.

—Hágalo cuanto antes —Guasch repasó su lista—. ¿Ha podido visitar a los vendedores de la finca?

—Ayer hablé con José Morales —dijo Sardina—. Él y sus cinco hermanos son los propietarios de Can Puig, al sur de la iglesia de Sant Jordi. Su padre murió hace unos años sin nombrar *hereu* y se planteaban venderla. Habían llegado a un acuerdo con Joan Ferrer e iban a firmar pasadas las fiestas. Confirmó que era «muy probable» que uno u otro se hubiera referido a la venta con algún conocido, que no era ningún secreto.

—Y estos conocidos a su vez pueden haberlo comentado con cualquiera. —Guasch chasqueó la lengua—. ¿Hemos averiguado algo en el Registro de la Propiedad o de los notarios?

—Se han producido dos compras importantes estas últimas semanas: Can Prats i Sa Fontanella en Santa Eulària, y Can Tanqueta en Sant Miquel. Los notarios que autorizaron ambas operaciones afirman que no detectaron nada sospechoso. En uno y otro caso los compradores parecen de fiar. Mañana los visitaremos para indagar acerca del origen del dinero.

—¿Hay adquisiciones de menor cuantía?

—Varias.

—¿Las han investigado?

—Todavía no, señor.

—Pues háganlo, ya las descartaremos si procede. —Guasch repasó sus apuntes—. ¿Ha aparecido alguna propiedad a nombre de las víctimas?

Tal y como esperaba, Sardina hizo un gesto negativo.

—¿Algún rumor que merezca la pena comentar?

—Sí, señor —tronó Calavera—. En una zona que llaman Es Fornàs, una viuda que vende su finca nos informó de que un vecino ha mostrado mucho interés en adquirirla. Lo peculiar es que el hombre tiene fama de no ir nunca sobrado de cuartos.

Hubo un cruce de miradas.

—Excelente —felicitó Guasch, y añadió para el resto y en especial para Molina—. Este es el tipo de informaciones a las que me refería cuando decía que teníamos que encontrar pistas de la nada. ¿Ha hablado con ese hombre?

—Todavía no, no pudimos localizarlo ayer en su casa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Riera desde la chimenea.

—Multons. Xicu Multons.

El subinspector hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Preguntaré por ahí…

—Siga así, Calavera. Ya sabe lo que tiene que hacer.

Los guardias destensaron el gesto y se miraron unos a otros, dispuestos a reincorporarse a sus tareas.

—Una cosa más —dijo Guasch, que había empezado a recoger los bártulos—. Quiero que se realice un seguimiento personal a Pep des Camp. Quiero que tenga una pareja de guardias encima de manera permanente, día y noche. Quiero saber a quién visita, con quién habla, incluso qué hace cuando no hace nada. Quiero saberlo todo. También me interesa conocer la rutina de su esposa para hablar con ella a solas en cuanto sea posible. Sería conveniente que el guardia Calavera y sus músculos formaran parte del primer contingente, por si a Pep le entran ganas de presentar alguna reclamación. —Calavera torció la sonrisa y crujió los dedos—. Eso es todo, caballeros.

Guasch arrastró su silla al levantarse y los guardias comenzaron a hablar entre ellos.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Molina, rígido todavía en su asiento.

Guasch se fijó en Riera y en su expresión de interrogación.

—El subinspector y yo daremos hoy un paseo por el campo.

La mula movía el rabo en los establos de la parroquia de Sant Jordi. Unos hierbajos verdes sobresalían de sus fauces, que se movían arriba y abajo al ritmo de su rumiar parsimonioso. Un puñado de moscas revoloteaban a su alrededor emitiendo destellos azulados.

—Esta es la *somera* de don Joan —anunció Riera, como si la presentara en sociedad.

Guasch estudió al animal con suspicacia: lo que había concebido como una excelente idea empezaba ahora a deshincharse hasta el punto de pensar que quizá fuera una grandísima estupidez. Para infundirse ánimos se dijo que no perdían nada por intentarlo, sobre todo considerando que nadie más conocía sus intenciones y que, por tanto, la posibilidad de hacer el ridículo era nula.

—Bien —carraspeó—, creo que podemos aprovechar la memoria de la mula. Confío en que sepa repetir alguno de los recorridos que hasta hace poco realizaba de manera habitual. A ver adónde nos lleva: quizá nos guíe a alguno de los lugares que abren estas llaves.

—Ajá…

Riera no parecía muy convencido, pero al menos no lo había tratado de loco ni se había reído.

—¿Lo ve viable? —inquirió Guasch.

—No sabría decirle, nunca me había planteado algo así. Hace tres semanas que el bicho no se mueve de aquí…

—¿Y eso es malo?

—Al contrario, es bueno que no haya adoptado ningún hábito diferente a los anteriores. Pero no sabemos si obedecerá nuestras instrucciones ni si nos guiará al lugar que nos interesa.

—Solo tenemos que ponerla a andar como debió hacer el dueño del mulo que vimos anoche y ver qué sucede.

—Ya, pero aquel era su animal, que estaba familiarizado con su voz y su manera de impartir las órdenes.

Se miraron.

—Solo hay una manera de salir de dudas —insistió Guasch.

Riera ensilló el animal y lo llevó hasta la puerta de la casa

parroquial, repitiendo la rutina que supusieron seguiría el criado cuando preparaba la montura para el mossènyer. Tampoco sabían si eso era importante. Iban a ciegas.

Riera empezó a hacer gorgoritos.

—*Arri!* —gritó, de repente.

El animal balanceó la cola a un lado y a otro, espantando las moscas. Al margen de eso, ni se inmutó. Don Ramón salió a curiosear y, cruzando los brazos, se apoyó en el umbral con una sonrisa. Riera tosió un par de veces para aclararse la voz.

—*Au!*

La arenga tampoco obtuvo ninguna reacción y el subinspector probó a chasquear la lengua varias veces, con diferentes cadencias y combinaciones. La mula giró la cabeza en busca del origen de aquellos sonidos, pero no se movió. Riera dio palmas y pisotones en el suelo, como si marcara el ritmo de alguna canción. Probó a darle palmadas en el costado y en la grupa. Sin éxito. No había manera.

—*Me cago amb el món!*

Guasch miró al joven párroco, que se lo estaba pasando en grande. Riera volvió a la carga.

—*Vinga! Dali! Puta somera des collons!*

Nada.

De repente, Guasch se sobresaltó ante una especie de graznido que sonó a su espalda.

—*Chec, chec!*

El cura había dado dos voces secas y agudas que, de manera inmediata, hicieron que la bestia se pusiera en marcha con un andar lastimero. Los dos hombres observaron boquiabiertos al mossènyer, que devolvió al subinspector una mirada divertida.

—Lamento haber estropeado el espectáculo, Riera, estaba usted de lo más gracioso.

El subinspector se metió las manos en los bolsillos rezongando y echó a andar en pos del animal.

—¿Cómo lo ha sabido? —se interesó Guasch.

—Coincidí con Joan muchas veces. Solo he hecho un sonido parecido

al que le recordaba. Eso es todo. Podía no haber funcionado. —Se despidió con la mano antes de entrar de nuevo en la casa rectoral—. *Salut i bon temps!*

Iban a pie detrás de la mula en dirección oeste, temerosos de despistarla. El ritmo era lento. A Riera se le había pasado el malhumor y canturreaba canciones de letras picantes mientras caminaba apoyándose en una rama de olivo que empleaba a modo de bastón. Cada vez que se acercaban a alguna casa contenían la respiración, y cuando el animal continuaba sin desviarse, vaciaban sus pulmones sin saber si se trataba de alivio o decepción.

Llevarían algo más de una hora caminando cuando, pasados los estanques de las salinas, llegaron a la costa sudoeste de la isla. Frente a ellos se extendía una playa larga y estrecha de cantos rodados. La mula bordeó la costa en dirección norte sin detenerse. Después de un buen trecho llegaron a una modesta península tras la cual se emplazaba un minúsculo puerto natural que era utilizado como embarcadero por los pescadores de la zona.

—Aunque no son propiamente pescadores —aclaró Riera—, sino payeses que viven cerca de la costa y poseen un pequeño *llaüt* para salir a pescar.

Continuaron todavía más de media hora en dirección noroeste y se alejaron un poco del mar cuando el animal se desvió por un pequeño sendero que no se distinguía a simple vista. Guasch miró a Riera sin articular palabra. Notaba el bombeo acelerado de su corazón. Al poco, llegaron a una alquería de piedra viva y argamasa medio oculta por la vegetación. El hecho de no estar encalada contribuía a que, de lejos, pasara desapercibida. La construcción tenía una única planta y una fachada en la que destacaban un par de ventanas sobre las que habían dibujado con cal sendas cruces blancas. Una gran puerta de doble hoja se alzaba en mitad del muro. Estaba cerrada. La mula se detuvo frente a unas hierbas y las empezó a mordisquear.

—Parece que hemos llegado a nuestro destino —susurró Riera,

mirando a su alrededor.

Los dos hombres se separaron y vagaron por los alrededores para dar la vuelta a la edificación. A un lado se levantaba un horno, y a pocos metros unos corrales medio derruidos. En la parte trasera, a los pies de una colina, había una pared de piedra viva y, encastrada en ella, una cisterna o *aljub*, como decían por esas tierras. Matojos salvajes se extendían por doquier, incluso en la fachada, reforzando la idea de que la casa estaba abandonada. Compartió su impresión con Riera cuando se reencontraron en la puerta principal.

—Es posible —confirmó el subinspector—. En la isla hay centenares de propiedades vacías. Tal vez los dueños se hayan marchado a Vila o abandonado la isla en busca de fortuna.

Riera le tendió la mano. Guasch hurgó en la bolsa y le entregó las llaves.

—*A vora qué cony hi ha aquí dins!* —exclamó el subinspector.

Introdujo una en la cerradura oxidada y se esforzó para hacerla girar. Lo intentó varias veces sin conseguir resultado alguno. No debía ser la adecuada. Guasch no quería ni plantearse que, después de llegar hasta allí, su plan no funcionara. Se dijo que tiraría la puerta abajo si no la conseguía abrir con ninguna de las llaves.

—Pruebe la otra.

Riera la cogió y forcejeó un buen rato. Dio dos patadas a la puerta y blasfemó a voz en grito, pero la cerradura no cedió.

—Déjeme a mí.

Guasch volvió a insertarla, la sacó de nuevo y volvió a probar. Después de varios intentos tampoco consiguió moverla. Parecía atrancada.

—¿Ha visto otra cerradura? En los corrales, en el pozo, en algún sitio…

—Yo no, ¿y usted?

—Tampoco. Deme la primera llave, por favor.

Guasch insufló aire cálido en sus manos y las frotó con fuerza. Cogió la llave que le tendía Riera y la introdujo con delicadeza. A medida que lo hacía, procuraba hacerla girar con cuidado primero y con

movimientos rápidos de muñeca, después. Nada. La movió arriba y abajo, apretó a un lado y al otro. Empujó la puerta y tiró del pomo.

¡Clic!

Guasch levantó las cejas. Riera le miró atónito.

Sin hacer ningún esfuerzo, el pestillo llegó hasta el final y la puerta se abrió con un chirrido delicioso. El olor a cerrado le pateó la nariz con una contundencia que le supo a gloria.

El suelo estaba cubierto por una alfombra de polvo sobre la que estaban marcados varios regueros de pisadas. No eran recientes. El subinspector corrió el pasador de la segunda hoja y abrió la puerta de par en par.

—Hace tiempo que no entra nadie —dijo el policía, leyendo sus pensamientos.

El *porxo* tenía cuatro puertas. Como de costumbre, la cocina estaba a la derecha y el resto daba a otras tantas habitaciones. Desperdigadas por la sala se repartían varias sillas *de corda* y una mesa polvorienta con dos quinqués.

—No da la sensación de que vayamos a hacer ningún descubrimiento sensacional —comentó Riera asomándose al cuarto de la izquierda—. Aquí solo hay una ventana atrancada.

Guasch comprobó los otros dos dormitorios, también vacíos, mientras Riera entraba en la cocina.

—¡Venga a ver esto!

La estancia era alargada y tenía una gran campana. La mitad inferior de los muros estaba pintada con cal blanca, la superior con almánguena rojiza. En una esquina se amontonaban unos troncos y varios catres de cuerda. En el suelo yacía una larga escalera hecha con ramas de sabina. Mediría no menos de cinco o seis metros.

—No comprendo qué pintan cuatro personas durmiendo en una cocina —dijo Riera—. En las habitaciones no hay camas.

Guasch no respondió y dejó que el subinspector disertara y extrajera sus propias conclusiones.

—Pienso en cazadores o… —Riera se detuvo.

—¿O…?

—Contrabandistas —añadió en voz baja.

—Ya —Guasch se acuclilló—. ¿Y qué opina de esto?

—Nunca había visto una escalera tan larga.

Los dos hombres permanecieron en silencio un instante, hasta que Guasch se incorporó con decisión y miró a Riera desafiante.

—¡Pensemos! Yo descartaría que perteneciera a un cazador, no veo para qué podría servirle ni dónde ha de encaramarse para cazar. Supongamos que la emplearan unos contrabandistas, ¿adónde podrían acceder?

—En esta zona no hay cuevas, que yo sepa. ¿Para subir al techo?

—Bastaría una escalera de tres metros, no de seis.

—Ya. Hum… quizá podrían trepar a las cubiertas de los barcos en los que transportan la mercancía.

—Lo dudo. Imagino que tirarán los fardos a las barcas y que no tendrán que subir a bordo y, de necesitarlo, seguramente empleen escalas de cuerda del propio barco. —Guasch caminaba arriba y abajo —. Quizá nos estamos equivocando en lo más básico. A ver, ¿para qué sirve una escalera?

—Pues para subir a algún sitio.

Guasch dio una palmada y lo señaló con un dedo.

—¡Exacto! ¡Ahí está el error! —Riera se apoyó en una de las paredes desconcertado—. La cuestión no es adónde se puede subir, si no lo opuesto: ¿adónde se puede bajar?

Riera se golpeó la frente con la palma de la mano.

—*Cony, és ve!* ¿Cómo no lo he pensado antes?

—¿El qué?

—Hasta hace unas décadas, cuando los franceses colonizaron Argelia, la isla estaba permanentemente acosada por piratas norteafricanos que buscaban hacer prisioneros para después venderlos como esclavos. Los isleños necesitábamos protegernos de las razias, y por eso la ciudad de Ibiza está amurallada; la costa tiene una red de torres de vigilancia; las iglesias son fortalezas y existen torres prediales repartidas por el interior de la isla. Por si esto no fuera suficiente, y le aseguro que a menudo no lo era, muchos payeses, sobre todo los que vivían cerca del

mar, habilitaron escondites para ocultarse en caso de…

—¿Puede abreviar por favor?

—Perdón, quería decir que muchos de estos escondites estaban en cuevas, agujeros excavados en las paredes, habitaciones secretas bajo casas, corrales, molinos o incluso en algún *aljub*.

—¿Dentro de una cisterna de verdad? —El subinspector asintió con ojos relucientes—. Y cuando tenía agua, que es lo lógico, ¿cómo hacían?

—Se dejaban huecos laterales por encima del nivel freático invisibles desde el exterior.

Guasch se encaminó hacia la escalera.

—Vamos a revisar el *aljub*. ¡Agarre usted el otro extremo!

Marc Guasch y Toni Riera examinaban el ventanuco de la cisterna, lo bastante amplio como para que una persona de estatura media entrara sin complicaciones. Guasch tendría alguna dificultad. Riera abrió la portezuela de madera y se asomó.

—Está muy llena —dijo una voz estentórea—. Las últimas lluvias han hecho que el nivel esté alto, a unos palmos del ventanal. A ver, calculo que desde la base de la ventana hasta el fondo puede haber, hum… seis o siete metros.

—Es decir, que la escalera puede servir, ¿no? ¿Me permite?

Riera se hizo a un lado. Guasch introdujo la cabeza y encogió los hombros para asomarse mejor. Estaba completamente oscuro, con la excepción de un recuadro de luz que se reflejaba en el espejo de agua. Su figura se recortaba en el rectángulo luminoso. Intentó en vano ver el fondo de la cisterna. Tragó saliva y procuró no pensar en las imágenes que estallaban en su cabeza.

—Preferiría no acabar sumergido ahí dentro —masculló.

Se empezaba a encontrar mareado. Notó un sudor frío en la espalda.

Riera debió de captar algo en su voz.

—¿También le tiene miedo al agua? Mi padre era incapaz de sumergirse en el mar por la noche o nadar junto a un barco.

—A mí me pasa lo mismo —murmuró, apoyándose en la pared.

—¿Alguna mala experiencia?

Guasch asintió y esbozó una sonrisa nerviosa.

—¿Quiere que entre yo? Por mí no hay problema, lo peor que puede suceder es que acabe empapado y coja un resfriado. Sobreviviré.

Guasch miró al subinspector, un hombre de mediana edad que seguramente no estaría para esos trotes. Habría aceptado gustoso, pero no le pareció correcto.

—No se preocupe. Usted sujete la escalera. —Guasch dio unas palmadas nerviosas en la espalda del policía.

No tenía sentido seguir de pie como un pasmarote dándole vueltas. Se dirigió hacia la escalera y la levantó con un único impulso, introdujo un extremo por la ventana y la enderezó hasta ponerla casi vertical. Entonces la dejó caer hasta oír un chasquido y el tenue chapoteo de las ondas al impactar contra las paredes circulares de la cisterna. La empujó todavía más, se metió hasta la cintura y la asió con una única mano para evitar que cayera.

—¡Quizá sea corta!

Su voz resonó en el interior, provocando un eco que le castigó los oídos. El recuadro de luz bailaba y se deformaba con el movimiento del agua.

Por fin, la escalera tocó fondo. El extremo superior quedó a algo más de un metro de la ventana. Guasch revisó la pared y descubrió una pieza oscura que sobresalía del muro, a la altura del primer escalón. Se trataba de una pequeña argolla de la que colgaba una cadena metálica. En el extremo encontró un listón; no le costó comprender cuál era su función. Pasó el hierro alrededor de la barra superior de la escalera, lo introdujo en la argolla y confirmó que había quedado bien amarrada.

Sacó la cabeza y se enderezó. Estaba sudando.

—No es necesario que la sostenga, hay un gancho para fijarla y mi propio peso la empujará hacia abajo —anunció Guasch mientras le entregaba al policía la capa, la chaqueta y la corbata. Se arremangó la camisa y se encaramó en la ventana. Se giró con dificultad y extendió la pierna con cuidado hasta apoyarla en el primer escalón. Tal y como

había supuesto, las estacas de madera se hundieron lentamente hasta tocar el suelo y la escalera quedó inmovilizada.

Tragó saliva e intentó obviar la gran masa de agua oscura que parecía querer engullirlo. Se esforzó por no recordar su niñez, ni aquella alberca, ni las algas en las que se enredaron sus piernas, ni la pérdida de consciencia o el dolor punzante al tragar agua, ni su regreso milagroso al mundo de los vivos, pero como sucede siempre, el esfuerzo por no pensar en algo solo consigue hacerlo más presente. Debía mantener la mente fija en sus movimientos y no ir más allá. Estiró la otra pierna e introdujo el resto del cuerpo.

—¡Riera, voy a bajar!

—*Arredefotri!* —exclamó el subinspector junto a su oreja—. ¿Quiere dejarme sordo? ¿No ve que estoy a su lado? No hace falta que grite.

Guasch tuvo que sonreír. Dejó que la vista se adaptara a la oscuridad y solo en ese momento, asiéndose con fuerza, se atrevió a examinar lo que tenía bajo los pies.

—Hay cuatro escalones por encima del agua, el quinto ya está sumergido. —Necesitaba más luz—. ¿Puede traer las dos lámparas que hay sobre la mesa del *porxo*?

Uno a uno, fue descendiendo hasta llegar al cuarto escalón. Tenía los pies prácticamente a la altura del agua negra. Podía oír con claridad el bombeo de la sangre galopando en sus oídos. Soltó una de las manos y palpó la pared de la cisterna. Estaba fría. Después hizo lo propio por el otro lado y, procurando no perder el equilibrio, repitió el mismo ejercicio con el pie, cerca del agua. Para su sorpresa, no encontró pared alguna. Desconcertado, se agachó y buscó con la mano para asegurarse: estaba vacío. Probó al otro lado y descubrió que también estaba hueco. Oyó las pisadas rápidas de Riera en el exterior y vio cómo un brazo con una lumbre asomaba por la apertura.

—Solo he podido encender una, la otra está inservible.

Guasch agarró la lámpara como un náufrago un madero.

—Riera, creo que tenía usted razón —dijo, volviendo a agacharse.

—¿Qué ha encontrado?

—Hay un agujero.

La negrura fue tomando poco a poco forma hasta que pudo identificar cuanto le rodeaba: la cisterna tenía la forma de una gran pera con las paredes curvas recubiertas, como la cocina, de una capa roja de almánguena. Bajo la ventana, detrás de la escalera en la que estaba encaramado, se abría un hueco irregular de alrededor de un metro de alto por dos y medio de ancho. La cavidad tenía un par de brazos de profundidad y la pared del fondo estaba recubierta con unos tablones. Guasch descubrió una varilla en la que colgó la lámpara. Se giró hasta apoyar un pie en la roca e impulsarse. Se golpeó la cabeza en el intento, pero consiguió tomar asiento sin desequilibrarse. Jadeaba. Palpó con las manos la roca fría que tenía sobre su cabeza y los muros laterales. Golpeó los tablones a su espalda con los nudillos y el sonido retumbó y se propagó. Estaba hueco, la cavidad continuaba por detrás. Las maderas no recubrían ninguna pared, sino que formaban un tabique. Aplicó ambas manos y empujó sin éxito. Inspeccionó las separaciones entre los tablones.

—Riera, estoy sentado debajo de usted. Hay una separación de madera que parece una puerta y, detrás, la cueva se prolonga.

Entonces sus dedos dieron con algo oculto en una de las esquinas, en un punto que permanecía sumido en la penumbra pese a la luz de la lámpara.

—¡Hay una cerradura! —exclamó, sacando la segunda llave con cuidado.

Repitió el ritual que había seguido en la alquería hasta que consiguió hacerla girar. Las bisagras emitieron un sonido estridente que se propagó hacia el interior. Guasch descolgó la lámpara e iluminó la entrada de la cavidad sin poder determinar su profundidad. El aire olía a humedad condensada.

—¡He entrado, Riera! ¡Es una gruta natural!

—¿Ve algo más?

La voz del policía se escuchaba ahora lejana.

—No. ¡Parece muy grande!

Gateó con cuidado para no golpearse la cabeza de nuevo o romper la lámpara. Un poco más adelante la gruta se bifurcaba y el suelo

descendía hasta crear un espacio de mayor altura y amplitud. Siguió avanzando hacia la derecha hasta que se encontró en mitad de una cueva de mediana dimensión con gruesas estalactitas y estalagmitas. Las gotas de agua resonaban al impactar contra el suelo. Descubrió que había media docena de quinqués colgados en las paredes y encendió un par para iluminar la caverna.

—¿Se encuentra bien? —oyó que gritaba Riera desde otro mundo—. ¡Voy a bajar!

Lo que creía un saliente de la cueva era, en realidad, un montón de fardos apilados que llegaban hasta el techo. Habría una docena. Hizo cálculos sobre cuántos cabrían en ese espacio y se dijo que no menos de un centenar. Pasó la palma de la mano por encima de uno de los paquetes y comprobó que no estaba mojado. Los habían colocado en una zona seca. En el suelo, a su lado, había varias cajas de madera con un sencillo pestillo de hierro.

Apoyó la lámpara en el suelo, sacó su navaja y cortó la tela que envolvía uno de los fardos. El olor conocido le impregnó las fosas nasales: tabaco. Lo que esperaba.

Cuando se ponía de cuclillas para abrir una de las cajas de madera escuchó la voz alterada de Riera detrás de él:

—*Cony d'home!* ¿No me oía gritar? ¡Temía que le hubiera pasado algo!

Entonces el policía tomó consciencia de lo que tenía a su alrededor y emitió un largo silbido.

Guasch corrió el pestillo y levantó la tapa de la caja, expectante. Miró el interior y después a Riera, con los ojos muy abiertos. Aquello sí que no se lo esperaba.

16

Contrabando

—¡Silencio, por favor!

El alboroto en la sala era ensordecedor. Todo el equipo hablaba a la vez. El descubrimiento del día anterior había causado un gran revuelo. Incluso el gobernador se había incorporado esa mañana a la reunión y escuchaba boquiabierto a un Molina que narraba la hazaña con grandes aspavientos, como si la hubiera vivido en primera persona. Guasch se preguntó qué giros estaría dando al relato para atribuirse algún mérito. Riera se había sentado una vez más junto al fuego y sonreía satisfecho.

—¡Silencio! —repitió Guasch.

Las conversaciones se fueron por fin apagando y los asistentes volvieron su atención hacia Guasch y la caja que mantenía frente él. Tamborileó la tapa con las yemas de los dedos.

—Además del tabaco, encontramos esto…

Inclinó la caja y la abrió para que todos pudieran ver su contenido. Unos levantaron las cejas, otros arrugaron la nariz. Molina frunció el entrecejo, pero fue el gobernador quien tomó la palabra sin molestarse en ocultar su estupor.

—¡Me cago en mi calavera! ¿Pistolas de contrabando?

El mandamás resopló y volvió a formarse una algarabía.

—¿Puede alguien aportar alguna información? —preguntó Guasch alzando la voz y repartiendo varias armas entre los guardias.

Las miradas convergieron de manera natural en Usechi, que estudiaba con detenimiento una de las pistolas. El guardia se tomó un tiempo antes de responder.

—Están bien elaboradas, diría que son valencianas. Fíjense en cómo han tratado el hierro, y el trabajo de ebanistería… Estas piezas no están

al alcance de cualquier muerto de hambre. Dudo que llegaran a vender muchas. El precio será muy elevado. —El guardia levantó con delicadeza la que tenía entre las manos—. No había visto nunca pistolas de estas por aquí. No hemos incautado ninguna hasta la fecha y le aseguro que llevamos unos cuantos registros. El motivo es obvio: este comprador no se corresponde con la calaña que solemos tratar. Nuestros clientes son más de *catxorrillos*.

—El *catxorrillo* local —explicó Riera— es un arma rudimentaria. Por regla general se trata de un cilindro de hierro sin mayores florituras. Algunos pueden estar algo más elaborados y tener la caja y el mango de madera. Excepcionalmente he visto alguno con embellecedores básicos de bronce. Los compran las gentes humildes que buscan un arma poco costosa con la que defenderse. Solo unos pocos herreros, por la *vénda d'Atzaró*, los fabrican de manera legal.

Guasch agradeció las explicaciones con un gesto.

—Pues bien, estas son las novedades. ¿Qué opinan?

Fue Riera quien habló de nuevo desde la chimenea.

—Como le comentaba ayer, este descubrimiento señala a Toni Roig. No creo que un párroco de sesenta años tenga relación con contrabandistas. Sería el primer caso en el que un religioso colaborase activamente con una banda. —Miró a unos y a otros buscando su aprobación—. Hace años se dio la circunstancia de un mossènyer que permitió a un familiar almacenar fardos de tabaco en recinto sagrado. Fue un caso puntual y de poca gravedad. Ni don Joan era un ágil jovenzuelo que pudiera introducirse en grutas escondidas ni tenía necesidad de andar metido en esos fregados. El hombre llevaba una vida cómoda y contaba con una reputación intachable. ¿Para qué arriesgarlo todo? No tiene ni pies ni cabeza.

—Puede ser —rebatió Molina mirando al gobernador—, pero su labor no sería cargar fardos o meterse en cisternas. Creo que a todos se nos ha pasado por la cabeza que parte de su pequeña fortuna podía proceder de una colaboración con los contrabandistas. Además, no lo olvidemos, su mula no conocía el camino por casualidad.

Un coro de murmullos se alzó entre los guardias y el gobernador dio

su bendición con unas cabezadas afirmativas. Riera no se amilanó:

—Quizá Toni empleaba el animal para sus menesteres y don Joan le dejaba hacer. Con todos los respetos, ustedes no lo conocían. Yo sí, y les aseguro que no era el tipo de persona que cometería fechorías las noches de luna nueva. Tal vez pensara que el contrabando es inofensivo y aprobara los deslices de su criado, que le dejara hacer, sin más.

—Mucho empeño debería poner el cura para convencerse de que unas armas de fuego son inofensivas.

El razonamiento de Riera era lógico, pero la reflexión del sargento también era sensata y no debía ser descartada sin más. Guasch levantó ambas manos y trató de parecer neutral.

—Los dos pueden estar en lo cierto, pero por ahora no estamos en disposición de concluir nada —resolvió, antes de dirigirse al subinspector—. ¿Empleaba Toni Roig la mula de don Joan?

—No me consta que él tuviera ninguna —aclaró Riera—, por lo que es muy probable que usara la del párroco.

—¿Consideran que, al margen de quién sea la persona involucrada, podría tratarse de un ajuste de cuentas entre bandas?

—Para hablar de contrabando deberíamos llamar a Picornell —sugirió el gobernador—. Don Augusto es el responsable de los carabineros y, por tanto, quien mejor conoce el tema.

—Calavera, vaya a buscarlo de inmediato —ordenó Molina.

—Un momento —pidió Guasch sintiendo la mirada afilada del sargento—, antes de marcharse coméntenos brevemente cómo le fue ayer a Pep des Camp.

El sargento se inclinó hacia el gobernador y le cuchicheó unas palabras que no le costó interpretar: «Dos guardias vigilando a un payés: ¡así malgastamos nuestros recursos!».

—Imagino que bien, señor.

—¿Imagina?

Calavera se encogió de hombros.

—Apenas llegamos, Pep se nos encaró. Le informé de que lo vigilaríamos día y noche hasta nueva orden. Quiso saber la razón y le respondí que le convenía colaborar en vez de callar lo que sabe.

Entonces nos preguntó si de verdad íbamos a estar «todo el puto día» siguiéndole y añadió que nos podíamos ir preparando.

—¿En qué sentido?

—Dijo que íbamos a aburrirnos mucho, se giró y se marchó.

—¿Qué hizo durante el día?

—Trabajar. No recibió visitas y solo paró para comer. Al principio nos miraba constantemente, pero llegó un punto en que dejó de prestarnos atención. Al anochecer nos saludó con la mano y se metió en su casa. Apenas lleguen los compañeros del turno de noche me informaré de las novedades.

—¿Y su mujer?

—Una niña la ayuda con los animales y con las tareas más sencillas.

—¿Quién es? —dijo mirando a Riera, que frunció los labios.

Calavera tampoco lo sabía.

—¿Salió Maria para algo?

—Fue a la misa matutina. Dos mujeres pasaron a buscarla a primera hora y, más tarde, la acompañaron de regreso a casa.

Guasch fue a preguntar, pero el guardia se adelantó.

—Desconozco quiénes son, señor. Lo averiguaré.

—Gracias, Calavera. Ahora sí, vaya a buscar a los carabineros, si es tan amable. Mientras, repasaremos el resto de los puntos. —Guasch miró al cabo Usechi—. Me consta que fue usted a hablar con el tal… Multons, el hombre interesado en la finca de Sant Llorenç. ¿Es correcto?

—Sí, señor —confirmó el cabo—. Vive en una casa destartalada. Desde luego, no da la sensación de poder comprar la propiedad colindante.

—¿Y qué dijo él al respecto?

—Que siempre había querido juntar las fincas y que le iban a prestar un dinero.

—Qué tontería. El dinero prestado hay que devolverlo, todavía no he conocido a nadie que esté dispuesto a regalarlo. ¿Registraron su casa?

—Por supuesto, señor: no encontramos nada.

—No me cuadra, me gustaría interrogarlo en serio. Quizá deberíamos

traerlo al cuartel para crear el ambiente apropiado. ¿Qué más?

—Hemos visitado a los compradores de las dos fincas que comentamos ayer. El nuevo propietario de Can Tanqueta dijo poder demostrar que había vendido tiempo atrás una pequeña finca en Santa Agnès, además de disponer del dinero de la legítima de su esposa. Se puso a nuestra disposición para cualquier ayuda que precisáramos.

—¿Y la de Santa Eulària?

—Can Prats i Sa Fontanella, deshabitada desde hace tiempo y adquirida por Juan Juan Juan —Murmullos y sonrisas en la sala—, un joven recién casado que buscaba una finca con una vivienda ya construida. Su padre, que corroboró la versión, le prestó el dinero y él se lo restituirá en la medida de sus posibilidades. Como adelantaron los notarios, no da la sensación de que haya nada extraño. También hemos revisado las compraventas de menor cuantía y no hemos visto nada sospechoso.

Guasch asintió, satisfecho. Descartar opciones también es una manera de avanzar.

Molina, en ausencia de Calavera, declaró que no se había hecho ningún descubrimiento en los registros puerta a puerta y procuró dejar constancia de que, en su opinión, se estaba perdiendo el tiempo. El sargento contó varias anécdotas irrelevantes mientras Usechi dibujaba en el mapa las ubicaciones de las nuevas casas visitadas. La mancha de números se desparramó por el Pla de Vila hacia el noreste en dirección a Fruitera.

Guasch los exhortaba a no desfallecer cuando unos golpes amenazaron con derribar la puerta. Primero entró un caballero de pelo negro encerado y peinado hacia atrás que vestía a la manera de los carabineros. Lucía tres estrellas de capitán. Guasch lo reconoció como el hombre que durante la cena del gobernador le había preguntado sobre el cambio en la presidencia del Consejo de Ministros. A él le siguió otro caballero de entradas pronunciadas, nariz aguileña y sonrisa confiada vestido con idéntico uniforme y galones de teniente. Su menor rango no restaba un ápice de seguridad a sus movimientos desenvueltos y confiados.

—Caballeros —dijo el capitán Picornell—, el guardia nos ha puesto en antecedentes. Espero que podamos ser de ayuda.

El teniente narigudo que acompañaba a Picornell respondía al nombre de Emilio Listo, y Usechi cuchicheó a Guasch que tenía fama de ser el azote de los contrabandistas desde que un hermano suyo, también carabinero, muriera en una escaramuza.

Listo se dirigió a Guasch como si se encontraran a

solas.

—¿Qué sabe usted del mundo del contrabando?

Guasch tenía claro lo que debía responder.

—Poca cosa.

—En ese caso, permítame que se lo explique con dos pinceladas —proclamó con el tono de quien imparte una lección magistral—. Hay dos tipos de contrabando: por un lado, la venta de productos de primera necesidad en entornos de escasez, como el azúcar o el café en tiempos de guerra, que pasan a ser bienes de lujo y su precio se dispara una barbaridad. Los márgenes son escandalosos para los suministradores que son capaces de proveerse y comercializar la mercancía. Dicho esto, olvídese de esta variante. La que nos mantiene a nosotros ocupados es la otra, el fraude cotidiano, mucho más vulgar, que busca sortear la lícita recaudación tributaria por parte de la Hacienda pública y que ofrece un producto ya existente a un precio más económico que el oficial. ¿Por qué más barato? Porque el contrabandista cede al comprador parte del ahorro de los impuestos eludidos. Los márgenes son más ajustados y el negocio de verdad radica en conseguir un volumen de venta significativo. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Hay que tener mucho dinero y capacidad para organizar la fabricación, el transporte y la comercialización del producto, y eso solo está al alcance de pequeñas fortunas.

Guasch se removió incómodo y formuló la pregunta con tono neutro:

—¿Cuántas bandas operan en Ibiza?

—Conviene aclarar que en todo momento hablamos de suposiciones. Me explico. Todo esto se sabe, pero nunca se ha podido demostrar. El

destacamento militar de la isla es de poco menos de cien soldados, diez de los cuales son carabineros. —Listo le miró fijamente—. Como lo oye: en la isla hay diez personas persiguiendo contrabandistas y, para más inri, se desplazan a pie. El chiste se cuenta solo. Para llevar a cabo nuestro cometido con un mínimo de dignidad deberíamos ser no menos de un centenar. —El carabinero calló para coger aire y continuar con mayor vehemencia—. Imagino que ya le habrán informado de que la gente de esta tierra es reacia a hablar con la autoridad, pues le aseguro que en lo relativo al contrabando el mutismo es todavía mayor: son verdaderas tumbas. La mayoría tiene algún familiar o conocido relacionado con alguna banda y callan por lealtad, por interés, por temor o por todo lo anterior. ¡Figúrese que ni siquiera se delatan unas bandas a otras! Se rigen por sus propias normas y códigos de honor. Ellos se lo guisan y ellos se lo comen.

Listo hizo una pausa para encender otro cigarrillo y exhaló sin prisa el humo por la nariz. Guasch no quiso interrumpir el ritual y contuvo la curiosidad como si fuera un miembro más del auditorio.

—Dos bandas se reparten el mercado, aunque una de ellas es, de largo, la más fuerte. Es la de Gaspar Tur, Picaflor. —Guasch se esforzó por permanecer impasible—. Picaflor es ese Picaflor: el hombre de negocios, el diputado en las cortes de Madrid. Por mucho que no le interese la política, es imposible que no haya oído hablar de él. Por supuesto, como decía el teniente, aunque es *vox populi* y se rumorea que fueron la base de su imperio, nunca se ha podido demostrar su vinculación con estos negocios turbios.

—¿Cómo se puede esquivar durante tanto tiempo a la justicia cuando se trata de algo tan notorio? —acertó a preguntar Guasch.

—Siendo astuto, estando bien organizado y teniendo bajo control a las personas apropiadas. Su hombre fuerte y persona de confianza aquí es Valentí Formiga, amigo suyo desde antes de abandonar la isla.

—¿Qué quiere decir? —Guasch se percató de que tenía las palmas de las manos sudadas y las frotó en el pantalón de forma mecánica.

—Que el Gran Picaflor también es natural de Ibiza.

Guasch se fijó en que Riera lo observaba con interés.

—Entonces ¿el tal Formiga controla el mercado ibicenco?

—Exacto —confirmó Picornell—. Es un tipo reservado, casi un anacoreta. Vive solo y apenas tiene relación con nadie aparte de sus hijos, que le ayudan a gestionar el negocio.

Listo retomó la palabra.

—La segunda banda cuenta con una estructura y una organización mucho menores. La lidera Lluc de s'Hort, un payés carismático y con don de gentes que se ha convertido en un auténtico cacique. Mientras la banda de Picaflor cubre toda la costa mediterránea española, desde Cataluña hasta Gibraltar, incluyendo las islas; la de Lluc de s'Hort se centra única y exclusivamente en el norte de Ibiza. No son, por tanto, comparables, si bien estimamos que Lluc mueve un volumen significativo.

El teniente dio una última calada a su cigarrillo antes de machacar los restos contra el cenicero rebosante.

—Los últimos años han surgido un par de pequeñas bandas que por ahora se nos escurren. Confío en que terminen cayendo pronto.

—¿A quién pertenece el escondite que descubrimos ayer?

—Por la ubicación, cerca de Sa Caleta, ha de ser de Formiga.

—Bien, entonces parece evidente que una de las víctimas estaba relacionada con esta banda —añadió Guasch—. Estábamos cavilando sobre quién sería: si el párroco, un sexagenario de vida acomodada e imagen respetable, o el criado joven e impetuoso.

Listo sonrió.

—Dicho así la respuesta parece obvia, ¿no?

—En efecto —Guasch se encogió de hombros—, lo parece, pero no lo sabemos a ciencia cierta. ¿Creen que pudo tratarse de un ajuste de cuentas entre bandas?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque, curiosamente, en un lugar de gatillo fácil como Ibiza los contrabandistas suelen resolver sus diferencias de un modo civilizado: no tenemos constancia de asesinatos entre bandas. El negocio es el negocio.

—*Canis caninam non est?*

Los guardias dirigieron miradas interrogativas a Guasch, que hizo un gesto vago:

—Un latinajo que viene a decir que «los perros no se comen entre ellos».

—Pues sí —convino Listo—. Muy apropiado.

—Siempre hay una primera vez —advirtió Picornell—. Creo que es necesario visitar a estos señores, sobre todo a Formiga.

—Ya nos coordinaremos para ir cuanto antes —dijo Guasch, que señaló las pistolas que descansaban sobre la mesa—. ¿Y esto?

Listo no necesitó acercarse ni inspeccionarlas para emitir un veredicto:

—Producto valenciano de alta calidad. Es extraño, esta gente no suele mover armas.

—¿Quizá hicieran una prueba?

—O quizá la víctima realizara negocios por su cuenta, al margen de la organización.

—Las armas estaban con el tabaco —aclaró Sardina.

—Sí, lo he comprendido —dijo el carabinero—. Miren, lo habitual es que la llave esté oculta cerca del escondite y que las personas oportunas conozcan su paradero. Que la tuviera una de las víctimas significa que gozaba de la confianza de Formiga y de mucha libertad. Este hombre hacía y deshacía a su antojo.

Guasch apoyó los codos en la mesa y se pasó las manos por la cara. Le escocía la herida del ojo. Contempló a los guardias y a los carabineros, que cuchicheaban entre sí. Suspiró. Era un buen equipo, pero por mucho que quisiera evitarlo tendría que actuar por su cuenta. No podía retrasarlo más.

Guasch se disponía a abandonar la sala de reuniones cuando Sardina le salió al paso.

—Me gustaría que me acompañara a hacer unas preguntas a alguien que tal vez nos dé alguna información.

Guasch miró con curiosidad al hombre de apellido y facciones de pescado que permanecía rígido en posición de firmes.

—¿Y puedo preguntar por qué no lo ha comentado en la reunión?

—No quería ponerlo en un compromiso, señor.

Guasch dio un respingo y miró a su alrededor. ¿Qué habría descubierto el cabo?

—No es nada grave, no se preocupe. Solo quería evitar que Molina lo pusiera en evidencia delante del gobernador y del resto del equipo.

Ahora Guasch sí sentía verdadero interés.

—Usted dirá.

—Anoche fui con unos compañeros a tomar un trago a la fonda de Guevara. El salón estaba tranquilo y nos relajamos un rato recordando tiempos mejores en destinos menos desamparados. Nos atendía una chica joven a la que ya conocerá, la hija del propietario.

—Margalida —apuntó Guasch.

—Eso mismo. Nos trataba de un modo arisco, como si tuviera prisa por servirnos y alejarse de nosotros…

—La chica también es así conmigo, Sardina, no creo que deba darle más importancia.

—La cuestión es que me separé del grupo para hablar con ella. La pobre se llevó un buen susto cuando me encontró de brazos cruzados junto a la puerta de la cocina.

—No me extraña.

Saltaba a la vista que al menos el gallego le había escuchado cuando les exhortó a hablar con mujeres y niños.

—Le pregunté si tenía algo que contarnos.

—¿Y?

—No dijo nada: bajó la vista, me esquivó y fue a atender otra de las mesas.

—Entiendo, Sardina, ¿y qué conclusión saca de todo esto?

—Que, o mucho me equivoco, o esa chica oculta algo.

17

Un hilo del que tirar

Pese al gesto de concentración, Miquel Guevara no parecía comprender lo que le estaban pidiendo.

—Pero si Margalida no ha hecho nada, ni siquiera conocía a don Joan. ¿Qué puede saber la niña de esas muertes?

—Creemos que podría decirnos algo. No tiene por qué alarmarse, Miquel, solo intercambiaremos unas palabras con ella. Estamos entrevistando a mucha gente, Margalida es una más. Será rápido.

—No es por el tiempo, como comprenderá. Es tan solo una niña…

—Serán unas preguntas rutinarias.

Guevara inspeccionó receloso la sala semivacía, como si temiera que hablar oficialmente con la Guardia Civil dañara su reputación. Quizá fue eso lo que terminó de convencerle de que no valía la pena prolongar lo inevitable y acabar cuanto antes. Se levantó y arrastró sus pasos hasta la parte trasera de la fonda.

Sardina permanecía atento a todo cuanto sucedía a su alrededor. Era un tipo avispado, el gallego. Le gustaba. La puerta se abrió para dar paso a una Margalida temblorosa y más pálida de lo habitual. Mantenía los ojos bajos y ocultaba las manos en el bolsillo delantero de un delantal manchado. El padre salió tras ella y apoyó la mano en su hombro para insuflarle la fuerza que necesitaba. Guasch saludó a la chica con amabilidad y los invitó a tomar asiento.

—Buenos días, Margalida. Te estarás preguntando por qué queremos hablar contigo.

La hija de Guevara murmuró unas palabras ininteligibles.

—¿Podrías hablar más alto, por favor?

—Digo que supongo que quieren que les cuente lo de los dos

hombres.

Guasch intercambió una mirada con Sardina y ambos examinaron a Guevara, que estaba tan desorientado como ellos. El posadero oteó la sala por encima del hombro para asegurarse de que nadie les prestaba atención y tragó saliva antes de dirigirse a su hija:

—*De quins homens parles, Margalida?*

La chica se quitó un mechón de la frente, miró al padre y luego a Guasch.

—Intenté decírselo un par de veces, pero cuando lo tenía enfrente… —Dudó un momento y el padre la animó a continuar con un gesto cariñoso—. Me daba vergüenza. Pensaba que eran imaginaciones mías y que usted creería que no soy más que una niña tonta.

—No tienes que pensar eso, lo estás haciendo muy bien. ¿A qué hombres te refieres?

El relato de la chica se remontaba al día previo a la Navidad, dos días antes de los asesinatos.

—Lo recuerdo bien porque era una fecha especial, ese día cerrábamos antes para ir a la misa de *matines*. Había mucha gente. Los clientes tomaban las copas que no iban a beber más tarde, por ser una noche de recogimiento. Había dos hombres sentados en aquella mesa. —Señaló el centro del salón, cerca de la entrada—. Eran muy distintos de los demás, no por su aspecto, sino por su comportamiento: mientras el resto reían y estaban alegres, ellos hablaban en voz baja y miraban a su alrededor con los ceños fruncidos. Me llamó la atención que callaran cuando alguien se les acercaba. Era como si escondieran algo.

—Pero tú los escuchaste —aventuró Guasch.

—Un par de frases. Muchas veces soy invisible para los adultos. —Guasch tuvo que admirar su inocencia y se sorprendió de que todavía no fuera consciente del poder que atesoraba su belleza. Tardaría poco en conseguir que hombres y mujeres dejaran de mostrarse indiferentes en su presencia, bien fuera por admiración, por deseo o por envidia.

—¿Y qué dijeron? —preguntó el padre, impaciente.

—Escuché a uno de ellos decir que algo «era una fortuna», a lo que el otro respondió que «tenían que darse prisa». Fui a atenderlos varias

veces más, pero o bien bebían pensativos o bien dejaban de hablar cuando me acercaba.

—¿No escuchaste nada más? —preguntó Sardina.

—¿Sabes quiénes son o cómo se llaman? —prosiguió Guasch cuando la chica negó con la cabeza.

—Un cliente se acercó a saludar y oí que llamaba a uno Serra.

—¿Escuchaste su nombre de pila?

Margalida negó de nuevo.

—En la isla puede haber un millar de personas apellidadas así —apuntó Guevara.

—Los dos se apellidan Serra —matizó la chica—: se parecían demasiado como para no ser hermanos.

Eso facilitaría la búsqueda.

—¿Cómo eran? —preguntó el gallego.

—No muy viejos, tenían el pelo oscuro, no llevaban barba ni bigote y vestían al estilo de la *pagesia*. Estaban sentados y no los vi cuando se marcharon, pero no me parecieron altos. Tampoco sabría decirles de qué parte de la isla provenían, no pude identificar su acento ni escuchar ninguna palabra peculiar.

—¿Algún detalle físico que te llamara la atención? ¿Alguna marca?

La chica negó con la cabeza. La descripción era muy genérica. Sería de poca utilidad. Guasch miró a Guevara.

—¿Los recuerda usted?

El propietario de la fonda se limitó a arrugar los labios.

—¿Conoces al hombre que se acercó a hablar con ellos?

—No, tampoco lo había visto nunca. —Margalida se inclinó un poco y bajó la voz—. Esos señores no se enterarán de que les he contado esto, ¿verdad?

—No tienes nada que temer —dijo Guasch—, te lo prometo.

La hija del posadero sonrió sin separar los labios. Sus ojos tristes le trajeron a la memoria los de Jaume Ripoll y le hicieron pensar que los niños perdían la inocencia en el momento en que las circunstancias los obligaban a asomarse tras el telón de la vida y descubrían los engranajes macabros de los adultos, egoístas y carentes a menudo de

escrúpulos y de compasión.

—Margalida —Guasch esperó a que la chica fijara en él su mirada volátil y le sonrió con afecto—: muchas gracias.

—¿Qué opina? —preguntó Sardina apenas salieron—. ¿Cree que puedan ser ellos?

—No tengo la menor idea —Guasch terminó de abrocharse los botones de la capa y se puso los guantes—, pero por ahora es la única pista que tenemos, el único hilo del que tirar, por lo que hemos de localizarlos para salir de dudas.

—Mañana preguntaremos al subinspector Riera. Tal vez los identifique.

Guasch asintió y observó al guardia con detenimiento.

—Ha demostrado tener buena intuición, Sardina, mucho mejor que la mía. Buen trabajo —dijo sin disimular su respeto—. También quería darle las gracias por la consideración que ha tenido conmigo al actuar con discreción frente al grupo. Sin embargo, me gustaría pedirle que si vuelve a encontrarse en una disyuntiva similar, no dude en hablar delante de todos. No me avergüenza reconocer mis errores ni me supone ningún trauma felicitar a quien demuestra actuar de manera más acertada que yo, como usted en esta ocasión. Tampoco me preocupa lo que puedan decir o pensar Molina o el gobernador, para serle sincero. En cualquier caso, repito, agradezco su gesto.

—Usted manda —concedió el cabo y, con un golpe seco de talones, se giró y se encaminó hacia la casa cuartel.

Por primera vez desde que lo había conocido, Guasch creyó vislumbrar algo parecido a una sonrisa en su rostro alargado de pez.

18

Cuatro pasos

—¿Qué le ha pasado en el ojo? —La expresión de sorpresa de Lucía al encontrarlo en la puerta de su casa dio paso a otra de preocupación cuando reparó en la ceja partida y el ojo abollado—. Mi padre ha salido a hacer una visita, si quiere yo misma puedo revisarle el corte y hacerle una cura.

Guasch le explicó que acababan de atenderlo en el cuartel y que no era necesario. Ella lo miró con perspicacia y debió de intuir que no había ido hasta allí para hablar con su progenitor. Guasch dudó por un instante si había hecho bien en visitarla. Tal vez no fuera lo más apropiado, pero se dijo que hasta el guerrero más temerario debía reponer fuerzas antes de una gran batalla, y él se disponía a librar la contienda más importante de su vida.

—Lamento presentarme sin previo aviso. Tal vez está ocupada.

—Solo leía…

La frase a medias parecía una invitación a continuar.

—El tiempo no es el más apacible, pero me preguntaba si se arriesgaría a dar un paseo conmigo.

Miró al cielo con recelo: la capa de nubes era compacta y amenazaba con descargar en cualquier momento. Hacía frío y el viento era incómodo. El panorama no podía ser más desalentador y, sin embargo, nada podía importarle menos. Ella lo observó con curiosidad y Guasch pensó que los silencios, con las mujeres, nunca le quedaban del todo claros. Lucía, por fortuna, no prolongó la tortura en exceso y, sin pedir más explicaciones, se dirigió hacia el interior:

—Voy a abrigarme.

Se acercaron hasta la plaça del Alfòndec, junto a la Porta del Camp, y

subieron por unas escaleras empinadas al final de las cuales se encontraba, junto a unos muros derruidos, la *Carnisseria Vella*, el viejo matadero municipal. Daba la sensación de que había transcurrido una eternidad desde que Guasch y Beia se cruzaran con aquel cerdo colosal y pensó que, a esas alturas, el animal estaría ya colgando en forma de embutidos en las despensas de medio Dalt Vila.

Lucía le contó que desde hacía un tiempo, por simple entretenimiento, había empezado a recopilar las historias que le narraban los payeses cuando acompañaba a su padre en las visitas. La mayoría eran picantes y jugaban con los dobles sentidos de infinidad de objetos y verbos que metafóricamente obtenían un significado sexual, dijo sin rubor, pero había otras muy interesantes que hacían referencia a curiosas supersticiones de duendes y otros seres fabulosos: *fullets*, *fameliars*, *barruguets*, *dimonis* o *mals esperits*. La isla estaba bien surtida de creencias populares y leyendas. Guasch recordó las cruces que había visto pintadas con cal sobre las ventanas de algunas casas de campo, como la que ocultaba el escondrijo de los contrabandistas.

—En efecto, las *creus de bruixa* pretenden evitar la entrada de brujas y otros malos espíritus en los hogares —explicó Lucía—. Es un buen ejemplo de esas creencias, aunque esta en concreto no sea una práctica exclusiva de la isla. En otros lugares de España se utilizan recursos similares para defenderse de los espectros. Son curiosos los temores que podemos llegar a sentir, ¿no cree?

Casi sin darse cuenta habían llegado a la pequeña capilla del Hospitalet, frente a la que se alzaba un imponente edificio de tres plantas, quizá el más grande de Dalt Vila. Era la antigua residencia de los jesuitas y actual seminario. En un extremo habían construido una torre que dotaba al conjunto de un aire militar y que, como la mayoría de las edificaciones de la isla, desprendía una imagen de fortaleza inexpugnable. Subieron sin prisa las escaleras que bordeaban el seminario hasta llegar al modesto convento de las hermanas agustinas, las *monges tancades*.

—Está hoy muy pensativo, Marc.

—Lo siento. Le daba vueltas a lo que ha comentado acerca de los

temores. Creo que a menudo son mucho más cercanos y que no es necesario recurrir a espíritus o a seres imaginarios para sentir inquietud o incluso miedo.

—Así es, se puede tener miedo a infinidad de cosas: a morir, a perder a un ser amado…

—O a afrontar una situación.

Lucía había abierto la boca para hacer algún comentario, pero optó por callar.

—Hablaba por experiencia propia —se apresuró a aclarar Guasch.

—No imaginaba que un hombre como usted pudiera sentir miedo.

—¿Hay alguien que esté libre de ello? —Guasch se detuvo para observarla con detenimiento. Tal y como le había visto hacer los días anteriores, tenía los brazos cruzados sobre el regazo, como si estuviera a la defensiva. Decidió aventurarse—. ¿Tal vez usted sea la excepción? Da la impresión de ser una mujer fuerte que no teme a nada ni a nadie, que está por encima de las rigideces sociales o del qué dirán.

—Admito que quizá pueda dar esa imagen, pero le aseguro que no es así. Como bien dice, todos tenemos miedo a algo. Yo también. ¿Sabe qué convierte a un héroe invencible en un ser vulnerable? —Guasch negó con la cabeza—. Los sentimientos. Parece mentira que algo tan sutil, tan intangible, tenga el poder de volverse en nuestra contra. Pero así son: mezquinos y traicioneros. Y lo más triste es que, aunque lo sepamos, no podemos hacer nada para combatirlos, porque tienen sus propias reglas y siguen su camino al margen de nuestra voluntad. Somos lo que sentimos, no lo que queremos ni creemos ser. Es así de simple y así de cruel.

¿Cómo lo hacía para referirse siempre a él? Lucía puso cara de no comprender por qué la contemplaba de aquella manera y quizá fue eso lo que la alentó a formularle la pregunta decisiva, la que apuntaba al origen de todo:

—¿A qué tiene miedo, Marc?

Guasch sintió cómo una gota de lluvia, la primera, impactaba en su sien. ¿Qué podía responder a eso? Tenía muchos miedos e inseguridades, pero en ese momento uno se imponía al resto. Lucía

sonrió con afecto y Guasch comprendió que ella, sin ser consciente, le transmitía la confianza que tanto necesitaba, la que había ido a buscar cuando tocó a su puerta.

—Tengo miedo —contestó, casi en un susurro— a no saber perdonar.

Guasch mantenía la mente en blanco desde que hacía ya un buen rato había decidido que le convenía dejar de darle vueltas a la cabeza. El cielo había consumado su amenaza y, pese a la capa y la capucha, estaba empapado. No le importaba. Su única preocupación era llegar a su destino de una vez por todas. Estaba exhausto de vagar por el mismo camino desde hacía treinta años.

Era noche cerrada cuando se detuvo. Había tenido que pedir varias indicaciones y las reacciones de los payeses, cuando no de recelo, habían sido de temor: «¿Está seguro, sabe usted adónde va?». Miró la fachada borrosa a través de la cortina de agua. La vivienda tenía dos pisos y, por lo que alcanzaba a ver, una dimensión considerable. Las persianas estaban atrancadas, lo que impedía deducir si había alguien dentro. Tampoco conseguía distinguir si la casa tenía chimeneas ni si, de haberlas, salía humo de ellas. Un relámpago estalló cerca, acompañado de un trueno ensordecedor. La lluvia repicaba con rabia, las gotas le resbalaban por la cara y caían en su montura. El olor a tierra mojada se entremezclaba con el embriagador aroma de los pinos, como si el contacto con el agua liberara unas esencias que de otro modo permanecían ocultas, escondidas bajo las piedras, agazapadas entre los matorrales.

El *porxet* que protegía la entrada de la casa tenía tres arcos. Guasch descabalgó, ató la mula a una clavija, se acercó a la puerta, que estaba claveteada con tachas, y la golpeó con determinación. Arrimó la oreja, pero no oyó sonido alguno. Tal vez no había nadie. Ni siquiera había valorado antes esa posibilidad. Volvió a golpear más fuerte y, por fin, distinguió el chirrido de una llave girando en la cerradura oxidada. La puerta se abrió lo justo para mostrar una exigua rendija de negrura insondable.

—Entra y cierra —ordenó una voz masculina por encima de la lluvia.

Guasch obedeció sin rechistar y se vio absorbido por una especie de niebla negra y densa que le llenó los oídos y los orificios de la nariz, la boca y la garganta, las entrañas y el corazón. Se sintió mareado y se figuró que así debía de sentirse un alma pecadora en el preciso instante de desligarse de la vida y exhalar su último suspiro.

—Da cuatro pasos.

Guasch acató de nuevo sin pensar, en un ejercicio de confianza ciega, hasta que tocó un mueble con el muslo.

—Rodea la mesa.

Guasch palpó el tablero, buscó la esquina y le dio la vuelta muy despacio en sentido contrario a las agujas del reloj.

—Sobre la mesa encontrarás un quinqué y, junto a él, una mecha para encenderlo. Hazlo. Espero que no seas tan torpe como para tirar algo al suelo.

La voz se había desplazado. Sonó cerca de la entrada.

Guasch escudriñó en la oscuridad y tanteó con las dos manos hasta que encontró el objeto que buscaba, metálico y frío. Tras varios intentos, consiguió que el mechero generara una chispa que prendió una tenue llama. La lumbre se reflejó en el cristal de la lámpara cercana. No consiguió ver más allá. Tampoco lo consideró necesario. Se sentía en paz, como si reviviera un viejo sueño conocido. Y en realidad así era: muy viejo y muy conocido. Con la mano izquierda levantó la burbuja de vidrio y aplicó la pequeña llama a la mecha, que estaba bañada en un líquido negruzco. Sus movimientos se sucedían con lentitud, como si estuviera sumergido a gran profundidad. Su otra pesadilla. El olor a petróleo inundó sus fosas nasales al tiempo que la luz iba aumentando y bosquejaba formas danzantes y difusas. Había un hombre frente a él. Tenía los brazos estirados y le apuntaba con un objeto alargado que no podía ser otra cosa que una escopeta. La punta del cañón se encontraba apenas a metro y medio de su cabeza, tan cerca que creyó percibir el olor del aceite con el que la había engrasado. Desde aquella distancia era imposible errar.

—Levanta la lámpara y acércatela a la cara.

Guasch volvió a obedecer y sintió el calor agradable de la lumbre en el rostro.

El hombre se aproximó y lo observó con detenimiento.

—¿Quién eres?

Guasch intentó despegar los labios para hablar, pero sintió que los tenía cosidos. Tuvo que esforzarse para separarlos.

—Tú eres Valentí Formiga…

Unos chasquidos con la lengua le indicaron que la respuesta era incorrecta. El hombre elevó el tono de voz:

—Yo ya sé quién soy, imbécil. Limítate a responder a lo que te pregunto. Te concedo una segunda y última oportunidad antes de reventarte la puta cabeza y esparcir tus sesos por la habitación, así que presta atención, son solo tres palabras y la pregunta no puede ser más sencilla: ¿quién coño eres?

Guasch expulsó el aire que llenaba sus pulmones y verbalizó las palabras que toda la vida había luchado por no pronunciar:

—Soy Marc, tu hijo.

SEGUNDA PARTE

19

Marc Guasch

Valentí Formiga apoyó la escopeta en el marco de la entrada, atrancó el portón y aferró el mango de la lámpara con un movimiento brusco. Su figura, de espalda estrecha, era alta y espigada. Sobre la frente destacaba un matojo de pelo blanco que relucía como una aureola atravesada por los rayos del quinqué. Guasch siguió el caminar arrastrado de su padre hacia una de las puertas que se abrían en el *porxo*.

La cocina olía a humo viejo y a humedad. Formiga se agachó con dificultad y con un puñado de hojarasca y varias piñas encendió un pequeño fuego al que fue agregando ramas de distinto grosor. El hombre permanecía en silencio y realizaba los movimientos de modo inconsciente. Cuando el fuego tomó cuerpo, añadió leña más gruesa y se incorporó despacio.

—Espérame aquí.

El anciano atravesó la puerta y fue absorbido por la oscuridad. Guasch soltó aire muy despacio, hincó los codos en las rodillas, se masajeó las sienes y calibró sus sensaciones. Le parecía irreal encontrarse entre aquellas paredes, en su casa. Había recreado ese encuentro infinidad de veces. Recordaba el regusto amargo de la sensación de rechazo, de la vida que le habían arrebatado. En aquel momento, sin embargo, no experimentaba tristeza ni nostalgia por esa existencia que le habían negado. Paseó la vista por la cocina y reparó en la humildad de la estancia, que hubiera pasado antes por la de un modesto campesino que por la del hombre probablemente más acaudalado de la isla y, sin duda, el más poderoso. Sonrió ante la paradoja de sentirse un extraño en el lugar en el que había venido al

mundo, aunque bien pensado, ¿cuánto tiempo había permanecido entre esos muros? Apenas un par de meses.

La lluvia repiqueteaba en el tejado. El fuego chispeaba con mayor intensidad.

Formiga regresó con unas prendas de vestir y unas alpargatas secas, las colocó sobre la mesa y acercó otra silla junto a la hoguera. Haciendo caso omiso de Guasch, tomó asiento y fijó la mirada en las llamas. Guasch se despojó de la ropa mojada y se puso la muda seca, que le sentaba razonablemente bien.

Contempló la espalda de Formiga recortada en el resplandor y trató de valorar si su actitud distante podía deberse a algún tipo de remordimiento por estar por primera vez cara a cara con el hijo que había entregado en adopción. No sabía bien qué pensar, pero descartó tomar la iniciativa y facilitarle el mal trago que pudiera suponer para él aquel encuentro. Supuso que estaría recreando lo sucedido en esa misma casa tres décadas atrás. No tardó demasiado en averiguarlo, pues el anciano rompió el silencio con unas palabras tan contundentes como inesperadas:

—Tú no sabes nada —sentenció.

Un reproche para empezar. Guasch decidió mantener las distancias y no tutearle.

—Sé que mi madre murió durante el parto, sé que usted me culpó de su muerte y sé que me entregó a su mejor amigo: así se desprendía del hijo que acabó con la vida de su mujer y él, su amigo Gaspar, el Gran Picaflor, obtenía un descendiente que su esposa no podía concebir. —Hizo una pausa—. Sé que ese día se despidió de mí para siempre y que jamás me ha vuelto a ver. Nunca más, hasta hoy. En treinta años. Eso es lo que sé, ¿le parece poco?

—No te debo ninguna explicación, ni tú estás en posición de exigírmela. ¿Sabes cuántos niños son acogidos por otras familias, sin ir más lejos, en esta isla? ¿Crees que eres un caso único? —El viejo sonrió con desdén—. La diferencia entre tú y el resto es que ellos son unos miserables cuya máxima aspiración es llenar el estómago mientras que tú has crecido en un palacio lujoso rodeado de privilegios. En aquella

época Picaflor no era el prohombre que es hoy en día, desde luego, pero tenía una posición pudiente y la posibilidad de ofrecerte muchas más oportunidades que yo. Además, gozaba de mi máxima confianza, yo lo quería como si fuese mi propio hermano, si no más, puesto que la familia nos viene dada y los amigos se pueden escoger. Pues bien, yo lo escogí para ti. —Hizo una pausa en la que valoró la expresión inquisitiva de Guasch—. ¿Con esa cara pretendes decirme que hubieras preferido quedarte aquí? ¡Pero si eres uno de los sucesores del mismísimo Picaflor, uno de los hombres más ricos e influyentes de España! Algún día heredarás su imperio y serás un hombre acaudalado, si no lo eres ya. ¿Me estás reprochando eso? —Formiga soltó una risa ronca que derivó en una sonora carcajada y, esta, en una tos profunda y seca. Cuando consiguió serenarse, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y prosiguió—. Por el amor de Dios, Marc. Es ridículo. Deberías estarme eternamente agradecido. Cualquiera de mis hijos se hubiera intercambiado contigo con los ojos cerrados, y eso que aquí, como puedes imaginar, tienen una posición envidiable. ¿Quién en su sano juicio no lo haría?

—Es una decisión que yo no tomé…

—¡Por supuesto que no! ¿Qué tontería es esa? ¿Desde cuándo deciden las criaturas? Los padres disponen y los hijos acatan, respetan y callan. Las cosas funcionan así y no hay nada más que añadir.

Guasch observó al hombre que le había dado la vida y se había deshecho de él. Desde un punto de vista práctico, Guasch comprendía que lo que decía era cierto. ¿Podía culparlo de algo más allá de haberse mantenido alejado y de no haberle prestado ninguna atención?

Formiga mantenía la mirada fija en las llamas mientras giraba de forma inconsciente un anillo que emitía destellos dorados. El fuego dibujaba luces y sombras que alteraban sus facciones y lo transformaban en un hombre de mil rostros. Guasch quiso pensar que tal vez evitaba mirarlo adrede, como si tras esa fachada impenetrable su corazón escondiera un pequeño sentimiento de culpa. Se equivocaba.

—Estudiaste comercio y terminaste haciéndote policía —continuó Formiga con tono hosco—. Se suponía que ibas a responsabilizarte de

alguno de los negocios de Picaflor, como vienen haciendo desde hace años tus hermanos Diego y Hugo; incluso Claudio, aunque él esté más centrado en su carrera política.

A Guasch le pareció normal que Formiga conociera detalles de su vida; al fin y al cabo estaba ligado a Picaflor y tuvo que seguir sus progresos por mucho que hubiera querido mantenerse al margen. Se sintió ridículo por haber esperado alguna muestra de cariño. Debía asumir aquella indiferencia de una vez y pasar página: el amor no se mendiga ni se exige.

—Quería hacer mi propio camino —se limitó a decir.

—Ese trabajo tuyo puede hacerlo cualquiera. Tenemos dinero para sobornar y manipular a quien haga falta. No hay nada más sencillo que hacer que la autoridad mire hacia otro lado. Era innecesario sacrificar a alguien de tu peso.

—Su discurso llega tarde —Guasch no se ahorró el tono recriminatorio—, esta conversación la mantuve hace tiempo con Picaflor y sobra decir que mi interlocutor es él, no usted. Además, ¿sabe qué? Disfruto con lo que hago.

—¿Que disfrutas con…? —Formiga iba a descargar una nueva salva cuando un trueno estalló con violencia y lo dejó paralizado por un instante con la boca entreabierta. Entonces esbozó una sonrisa de condescendencia—. Hace años que no lo veo, pero mucho tiene que haber cambiado si ha permitido que te desviaras del camino que te había asignado. Me temo que el viejo está demasiado entretenido con sus tejemanejes políticos.

—En absoluto. La política no es para él más que un pasatiempo o, como suele repetir, un «mal necesario» para poder centrarse en lo que de verdad le divierte, que son los negocios. Ahora está inmerso en la expansión del ferrocarril y no hay tramo en construcción en el que no tenga la nariz metida, ¡y hay más de un centenar!

Formiga soltó una risa afónica.

—Siempre he dicho que cuando Picaflor llegue al infierno engatusará al mismísimo diablo con algún trato irrechazable. —El anciano miró por primera vez a Guasch a los ojos—. Entonces, o siente debilidad por

ti, que me consta, o se le ha templado el carácter, que también puede ser. Maldita sea, nos hemos hecho mayores…

El tono ácido había dado paso a otro menos tenso, casi de confidencia, y Guasch constató que siempre es más sencillo hablar de lo que une que de lo que separa. Y más agradable. Él también sintió que por primera vez podía relajarse un poco.

Formiga se levantó con esfuerzo para agarrar un grueso tronco de algarrobo. Guasch se incorporó para ayudarlo, pero el contrabandista lo rechazó con un gesto escueto y optó por no insistir. No merece la pena discutir banalidades con hombres acostumbrados a mandar.

El tamborileo de la lluvia se intensificó todavía más.

—¿Cómo es que has venido tú? —preguntó Formiga tomando asiento de nuevo.

—¿A Ibiza? No ha sido necesario mover ningún hilo, si se refiere a eso: me ofrecí voluntario argumentando que domino la lengua local y que la investigación en la que colaboraba estaba prácticamente resuelta. Lo aprobaron sin más.

—Imagino que hablaste con Picaflor y con Diego antes de venir.

—Por supuesto. Fue Diego quien me puso sobre aviso de que uno de nuestros hombres había sido asesinado junto con un sacerdote. Los crímenes habían generado mucho revuelo e iban a requerir los servicios de mi cuerpo policial. Cuando me asignaron el caso, me reuní con Picaflor.

—¿Y…?

—Me dijo que conocía personalmente a la familia de Toni Roig y que esperaba que encontrara a los culpables. Me dio carta blanca y me aseguró que le traían sin cuidado los sacrificios materiales que tuviéramos que realizar siempre que estuvieran justificados.

—Diego me dijo que no moviera nada de lo relacionado con Toni durante un tiempo.

Guasch asintió.

—Se lo pedí a Picaflor. En la medida de lo posible, quería que todo estuviera tal y como él lo había dejado.

—¿Sabes qué ha pasado en un *aljub*? Me han comentado que esta

tarde había guardias custodiándolo y todavía no he podido hablar con nuestro contacto en los carabineros. Espero no tener que rebanarle los huevos a nadie.

Guasch le refirió el episodio de la mula del día anterior.

—¿Y eso se te ocurrió a ti? —exclamó Formiga con recelo—. ¿A partir de ahora vamos a tener que ir a pie para que las putas mulas no nos delaten? ¿Era necesario montar este espectáculo y sacrificar un escondite valioso?, ¿no podías haberme preguntado primero?

—No sabía qué íbamos a encontrar, ni siquiera si iba a servir para algo. Era una posibilidad que teníamos que probar. Además, es importante que la investigación fluya de manera natural, y estos pequeños éxitos motivan al equipo. Respecto al *amagatall*, imagino que tendremos una docena más en la zona, ¿me equivoco?

Formiga asintió a regañadientes. El fuego crepitaba con furia y Guasch consideró que había llegado el momento de abordar el asunto que le había llevado hasta allí.

—¿Qué papel tenía Toni en la organización?

—¿No te lo han explicado?

—Prefiero que me lo cuente usted.

El viejo juntó las palmas de las manos, como si asumiera la responsabilidad de lo que iba a decir.

—Toni estaba al mando de una cuadrilla desde hacía un par de años. Era el responsable de la descarga del producto que llegaba a poniente y de transportarlo a los correspondientes escondites. No se encargaba de la venta y, por tanto, no manejaba dinero; él se limitaba a mover fardos y a llevarse lo suyo.

—¿Mucho?

—Una buena ayuda para cualquiera en estos tiempos de mierda, incluso para él, que tenía una posición cómoda, sin responsabilidades familiares y vivía bajo el ala protectora de la Iglesia. Toni era un privilegiado.

—¿Qué hacía con el dinero que ganaba? Encontramos armas junto al tabaco que debían de ser suyas.

—A los que deciden montar algo y se lo merecen, que son pocos, les

pongo dos únicas condiciones: que sean discretos y que lo que muevan no compita con lo nuestro. Toni cumplía los dos requisitos, era buen chico y tenía ambición. Cada cual que haga con su dinero lo que le venga en gana.

—Pero empleaba el escondite para guardar sus armas.

El contrabandista hizo un gesto vago para quitarle importancia y Guasch pensó que Picaflor habría sido mucho más estricto con cualquier otro. ¿Cómo podía no tener manga ancha con su amigo de la infancia, su lugarteniente fiel, el hombre que le había entregado, como una ofrenda, a uno de sus propios hijos? Trató de centrarse. Se recordó que no estaba allí para juzgar ni, mucho menos, para inmiscuirse en la gestión de los negocios familiares; para eso ya estaban sus hermanos.

—¿Tenía algún socio con el que pudieran haber surgido desavenencias?

—No, estaba solo. No sé mucho más, solo que organizaba el suministro a través de un pescador valenciano.

—¿Quién?

—Lo desconozco.

—¿Y alguna disputa con el proveedor?

—Me extrañaría. Llevaba poco tiempo y me dijo que eran gente seria.

—¿Podría haber sido alguien de otra banda?

Formiga se tomó un tiempo antes de responder.

—Con Lluc de s'Hort hay buen entendimiento. Es un tipo extravagante, pero no tiene motivos para hacer algo así y, aunque los tuviera, es inteligente y sabe que no le convendría. Por nuestra parte tampoco hay interés en estar a malas con él. —Formiga reparó en la expresión inquisitiva de Guasch—. Ya veo que no estás muy puesto en el negocio. ¿No sabes que Picaflor es también proveedor de Lluc?

—No tenía la menor idea.

—Hace años me llegaron rumores de que un tipo pretendía hacerse un hueco en el mercado. Tenía ganas y contaba con el respaldo de algún *mosson* acomodado, no sé quién ni me importa. Lo hablé con Picaflor y comprendimos que podía llegar a ser un dolor de muelas, sobre todo si se asociaba con alguien de la costa valenciana o con algún

mallorquín potente. Picaflor decidió adelantarse y, por medio de un hombre de paja, acordó crear en Argelia un producto específico para que Lluc pudiera trabajar en Ibiza. De esta manera bloqueó la entrada a forasteros y se aseguró el dominio total del mercado sin revelar su identidad. Una jugada maestra. Otra más.

—¿Y las bandas nuevas?

Formiga dio un manotazo al aire.

—Caerán cuando nos convenga. Créeme, no son una preocupación.

Le creía. Nada se escapaba al control de Picaflor, por mucho que viviera a cientos de kilómetros y que en estos momentos estuviera centrado en sembrar España de vías de ferrocarril. Formiga era un buen lugarteniente y Diego, que aprendía rápido, un digno sucesor.

Guasch carraspeó. La pregunta era incómoda, pero tenía que hacerla. Miró de refilón la expresión de Formiga en busca de alguna reacción.

—¿Y alguno de los nuestros?

—¿Matando de paso a un religioso? —Chasqueó la lengua—. Imposible. Me atrevería a decir que Toni no tenía diferencias significativas con nadie.

—Entonces, si *a priori* descartamos que las muertes vengan de parte de Toni, tienen que haberse producido por parte del cura, ¿qué opina usted?

—Que el mossènyer incumplió el primer mandamiento.

—¿Que es…?

—Que en lo relativo al dinero, hay que ser discreto y mantener la boca cerrada.

Guasch suspiró. Albergaba la esperanza de que Formiga pudiera darle alguna pista.

—¿Lo conocía bien?

—¿Al cura? No demasiado. Sé lo que me contaba Toni: que era buen tipo y que no se metía en sus asuntos. El único requisito que le impuso fue no hacer «nada raro» en la casa de Dios y Toni lo respetó, por supuesto. Por mucho que predicara las virtudes del reino de los cielos, el mossènyer tenía los pies bien plantados en la tierra.

Formiga venía a confirmar el planteamiento de Riera.

—Por cierto, ¿conoce a unos hermanos apellidados Serra? Payeses, alrededor de treinta años… Nos han llegado rumores de que planeaban un golpe hace unas semanas y sospechamos que podrían tener relación con el crimen.

Formiga levantó ambas cejas.

—Aquí pateas una piedra y aparecen una docena de Serras, ¿no sabes nada más?

—No.

—Preguntaré por ahí —El viejo contrabandista apretó los dientes y se levantó con dificultad—. *Vaig a jeure.* Imagino que a esta hora y con este temporal dormirás aquí ¿no? Sígueme.

20

Familia

Guasch durmió todo lo mal que puede dormir quien regresa al lugar en el que su madre se sacrificó para regalarle la vida. Su presencia cubría hasta el último rincón. Los sonidos, extraños en casa ajena, escondían acusaciones veladas que no hacían sino acrecentar una desazón que la tormenta no ayudó a mitigar. Su mente trató de refugiarse con escaso éxito en el recuerdo de Lucía, y se sintió agradecido por el ánimo que ella le había sabido transmitir. El alba lo encontró con los ojos entreabiertos y el ánimo decaído. Se levantó exhausto para comprobar que, al menos, su ropa se había secado durante la noche.

Formiga le esperaba sentado con la mirada perdida entre las llamas, como si hubiera permanecido en aquella misma posición toda la noche, sumido en sus pensamientos. El anciano le ofreció un porrón de vino y pan con sobrasada que comieron en silencio, dando a entender que la noche anterior habían agotado los respectivos discursos.

Al salir, sintió el frío en la cara. Aspiró con fuerza. Había dejado de llover.

—Visitaré a los padres de Toni Roig antes de regresar a Vila.

—No creo que puedan aportar nada nuevo.

Guasch lo observó con curiosidad. No entendía por qué la gente, incluso los que pasaban por ser muy inteligentes, tenían la mala costumbre de dar por sentado cosas que eran probables, pero no seguras. Y el matiz era crucial, porque la estrecha rendija entre uno y otro escondía a menudo las pistas que permitían resolver muchos de los enigmas a los que se enfrentaba. Guasch era consciente de que carecía de la brillantez de algunos de sus compañeros del Cuerpo, pero había aprendido que la aptitud a menudo podía suplirse con la actitud

apropiada, aunque esta exigiera un mayor esfuerzo. Su secreto, si podía llamarse así, no era otro que no dar nada por sentado, seguir una metodología clara y tener la disciplina para implantarla.

—Querría el nombre de algún contacto al que acudir en caso de necesidad.

—No conviene que muestres tu verdadera identidad.

—No tengo intención de hacerlo. Solo quiero saber en quién podría apoyarme. Ya encontraría los argumentos para no hacer revelaciones.

Guasch pensó en Molina como el posible infiltrado, la oveja descarriada, el hombre que trababa cualquier iniciativa. Solo él había intentado, aunque de forma torpe y superficial, entorpecer el avance de la investigación. Quizá aquel era su modo de defender los intereses de la organización.

—Podrías acudir al teniente de los carabineros, Emilio Listo.

Vaya. Al parecer, el «azote de contrabandistas» que despreciaba en público a los guardias corruptos era solo fachada. El oficial había conseguido una coartada convincente que le permitía estar a la vez en misa y repicando.

Guasch hizo un gesto afirmativo mientras se subía a la mula. Vio de refilón cómo Formiga los miraba a él y a su montura y, por primera vez aquella mañana, hacía una mueca que podía pasar por una sonrisa sincera.

Sin añadir una palabra más, el temible Valentí Formiga metió las manos en los bolsillos, dio media vuelta y se dirigió hacia la casa arrastrando unas *espardenyes* que a Guasch se le antojaron llenas de tristeza y soledad.

Guasch encontró la pequeña finca de la familia Roig con mayor facilidad de la esperada. Los payeses estaban más predispuestos a darle indicaciones que la tarde anterior, cuando preguntaba por Can Formiga. Esa mañana sus expresiones no transmitían temor, ni tartamudeaban o sufrían picores reiterados en el cogote y los antebrazos.

Un joven descamisado, con el torso y la cara ennegrecidos por el hollín, le confirmó que había llegado a su destino sin levantar la vista de su tarea.

—Aquí es, efectivamente. Yo soy Josep.

Josep estaba encaramado sobre un montículo de tierra humeante en la cima del cual se abría un agujero por el que había introducido una rama de sabina que manejaba con ambas manos. Se trataba de una *sitja rodona*. La familia Roig también fabricaba carbón para obtener unos ingresos que les ayudaran a sobrevivir en los periodos de escasa actividad agrícola. El proceso de producción de carbón, que podía llegar a prolongarse entre una y dos semanas, consistía en erigir una montaña de troncos gruesos con un hueco en el centro para encender y dirigir el fuego; esa pila se cubría después con matojos y tierra o barro, de manera que mantuviera el calor en el interior y transformara poco a poco la leña en carbón sin que las llamas la consumieran. Para ello se requería la vigilancia constante, día y noche, de los carboneros, que se iban turnando en su labor.

—El hermano de Toni —añadió Guasch—, asesinado hace unas semanas.

Esta vez Josep sí levantó la cabeza. No le costó identificarlo:

—Usted es el forastero que ha venido para dar con esos hijos de puta, ¿verdad?

Guasch asintió mientras bajaba de su triste montura.

—Querría hablar con tus padres.

—Mi madre debería volver en breve. Mi padre se ha acercado a Can Cabrit y tardará bastante en regresar. Enseguida estoy con usted, ya casi he terminado.

Josep descendió por una escalera de madera apoyada sobre la *sitja* y abrió un pequeño respiradero en uno de los laterales para avivar el fuego. Después volvió a trepar hasta la cima para comprobar, satisfecho, que las llamas habían alcanzado la intensidad deseada. Tapó la abertura con un tablón, volvió a descender con agilidad y se dirigió hacia Guasch.

—Disculpe si no le saludo como Dios manda —dijo mostrando las

manos manchadas—. Si me acompaña, podemos esperarles en casa y así aprovecho para limpiarme.

—Creo que tendré que conformarme con hablar con tu madre y contigo, si no tienes inconveniente.

Josep hizo un gesto afirmativo, cogió una camisa sucia que colgaba de una rama y, sin ponérsela, se encaminó hacia la vivienda.

—¿Tienen alguna pista?

—Varias, y confío en que alguna nos permita dar con los asesinos. —Josep asintió ligeramente—. Hemos averiguado que Toni colaboraba con un grupo contrabandista y que, también, compraba y vendía armas por su cuenta y riesgo. ¿Qué puedes contarme de eso?

La expresión de asombro de Josep parecía casi sincera.

—No sé de qué habla, le puedo asegurar que…

—No vayas por ese camino, por favor. Y no te confundas con respecto a mí: no he venido a juzgar a tu hermano por lo que hizo o dejó de hacer en vida, esa tarea corresponde, en todo caso, a Dios. Ni la Guardia Civil, ni los carabineros ni ningún juez pueden acusarlo de nada a estas alturas, ¿no crees? —El payés asintió despacio, mostrando sus reservas—. Estoy aquí, como has dicho, para averiguar quiénes lo han matado, y el mundo del contrabando solo me interesa en la medida en que me ayude a descubrirlos. Por eso necesito que me digas todo lo que consideres que pueda ayudarme en la investigación, esté o no relacionado con el contrabando.

Mientras caminaban hacia la casa, Josep parecía valorar qué debía confiarle a aquel policía, cuando menos, atípico. Guasch pensó que no podría haber sido más transparente y el payés debió de entenderlo así, porque cuando vertía agua en una palangana habló de un modo más cercano.

—Mi hermano era buena gente, nadie que lo conociera podría desearle ningún mal.

—Te aseguro que todo el mundo coincide en eso.

Josep agradeció el reconocimiento con una sonrisa distante, agarró una pastilla de jabón grisácea y empezó a frotarse las manos y el torso con vigor. El agua de la jofaina fue adquiriendo un tono negruzco a

medida que su piel recuperaba el color habitual.

—¿Qué sabes de las armas? —preguntó Guasch cuando Josep se ponía la camisa.

El payés se apoyó en el lavamanos y suspiró como si, pese a todo, sintiera que desvelando esa información fuera desleal a su hermano.

—Hizo un primer pedido de prueba hará más o menos un año. Se las compraron varios *mossons* y vio que podía vender bastantes más. Era, en palabras suyas, «una manera sencilla de ganar unos buenos reales».

—Y adquirió más.

—Dos o tres cajas a la vez, una docena de pistolas.

—¿Su contacto no podía proporcionarle más?

—No quería arriesgarse más de lo debido. Toni era muy precavido.

Guasch asintió. Aquel era el único tipo de persona que podía prosperar a las órdenes de Picaflor. Alguien menos cuidadoso no habría sido reclutado ni, por supuesto, obtenido el beneplácito de Formiga para llevar a cabo sus propios negocios en paralelo.

—¿Qué armas tenía él?

—Una pistola valenciana, un *catxorrillo* y un par de *raors*.

Guasch se rascó el mentón.

—Tengo entendido que no tenía ningún socio, ¿no?

Josep negó, categórico.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Pareces estar al corriente de todo: ¿no le ayudabas?

El joven lo miró extrañado e hizo un gesto con la mano mostrando a su alrededor para dar a entender que él ya tenía bastante con lo suyo.

—Sucedió algo que lo tuvo preocupado un tiempo y que, según me dijo, quedó solucionado.

Guasch hizo un gesto invitándolo a seguir.

—Fue a finales de septiembre, después del Día Gran de Sant Mateu. Toni vino a casa angustiado, algo poco habitual en él. Pensé que estaría relacionado con lo de las armas, pero no se trataba de eso. ¿Ha oído hablar de Xereca? —Guasch hizo un gesto negativo con la cabeza—. No vive lejos del pueblo. Trabaja para un tipo muy especial, una especie de

cacique que…

—¿Lluc de s'Hort?

Esta vez el asombro era genuino.

—¿Lo conoce?

—De oídas.

—Bien. Toni estaba con su *colla* en una *ballada*, bromeando, cuando el hermano de Xereca pasó junto a él, escuchó un comentario y se le encaró.

—¿Qué tipo de comentario?

—Hablaban de chicas en general, no de ninguna en particular, y el hermano entendió, o quiso entender, que se refería a su cuñada. Al momento se le unieron un par de hombres y Toni y sus amigos se las apañaron para desaparecer antes de que la cosa fuera a mayores.

Guasch recordó la teoría de «honor o amor» de Riera.

—Toni temía que el malentendido llegara a oídos de Xereca e, incluso, de Lluc de s'Hort, y no las tenía todas consigo; pensaba que, como pasa a menudo con estas cosas, los hechos se desvirtuarían hasta convertirse en un disparate.

—¿Y cómo lo solucionó?

—No lo sé, solo me dijo que ya estaba aclarado.

—Parece que os teníais mucha confianza.

Un soplo de brisa trajo un balido lejano, anunciando la llegada de Catalina Tur.

—Estábamos muy unidos —confirmó Josep—. Nuestra finca es pequeña, la legítima que heredó mi padre, el menor de cinco hermanos. En vez de venderla decidió vivir aquí y trabajarla. Hace años nos reunió para informarnos de que no iba a nombrar *hereu*. Toni apenas lo dejó terminar y rechazó la proposición diciendo que, pese a estar muy agradecido, tenía asumido que me correspondía a mí heredar las tierras por ser el mayor. Él sabía que mi ilusión era quedarme… y se marchó.

—¿Así sin más, sin pedir nada a cambio?

—Nada. Ni la legítima.

—¿Fue entonces cuando empezó a trabajar para don Joan?

—Poco tiempo después.

Una cabra blanquecina asomó por un lateral de la casa y los miró con curiosidad. Al poco apareció una segunda y Josep se disculpó para ir a ayudar a su madre y anunciarle su visita.

Cuando Guasch se encontró cara a cara con Catalina Tur descubrió a una mujer de ojos afables y mirada vacía, de aquellas que ya nunca más volverán a transmitir una alegría plena.

—*Molts anys de vida* —dijo Guasch—. Lamento mucho la muerte de su hijo. Quiero que sepa que haré todo cuanto esté en mi mano para encontrar a los culpables y hacer que paguen por este crimen.

La mujer tomó asiento y cruzó las manos sobre el regazo. Guasch pensó que, seguramente, nunca un representante de la ley se había dirigido a ella de manera tan afectuosa. Ni tan sincera.

—Gracias. Agradezco sus palabras de corazón.

—Aunque ya he podido aclarar algunas dudas con Josep, me gustaría hacerle unas preguntas. No le robaré mucho tiempo.

Guasch apoyó la mano en el antebrazo de la mujer.

—¿Cree que Toni tenía enemigos?

—Si quiere decir hasta el punto de querer matarlo, le diré que no. Por supuesto que no.

—¿Y que fueran menos violentos?

—De esos tampoco, que yo sepa.

—¿Por qué cree usted que murió?

—Quizá porque tenía un sentido de la justicia demasiado estricto.

—¿A qué se refiere?

—A que ya de pequeño protegía a los niños que eran objeto de burla y que no podían defenderse por sí mismos. Se encaraba con cualquiera, incluso cuando estaba en desventaja.

—¿Quiere decir que Toni defendió a don Joan durante el robo?

—Estoy segura de que trató de impedirlo y que se enfrentó a los ladrones. —La mujer bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. A veces hay que saber callar y mirar para otro lado.

Su tono destilaba una pena indeleble.

—¿Recuerda algún suceso reciente que pudiera sernos de utilidad?

—No veía a Toni tanto como me hubiera gustado, ya ve usted lo lejos

que vivimos de Sant Jordi. La última vez que estuvo aquí fue unas semanas antes de su muerte.

—¿Notó algo diferente?

La mujer negó con la cabeza sin esforzarse en ocultar su tristeza y Guasch consideró que no valía la pena seguir hurgando en la herida.

—¿Cree que podríamos retirar ya las pertenencias de Toni? —preguntó Catalina, dudosa.

—Desde luego. El nuevo párroco las tiene a buen recaudo en la sacristía.

—*M'aproparé a buscar-les aviat* —terció Josep.

Catalina lo miró con una ternura que le hizo pensar que, independientemente de la edad, las madres ven siempre a sus hijos como las criaturas inocentes que fueron en su niñez. Guasch se levantó con discreción y supo que, en cuanto se diera la vuelta, Catalina Tur rompería a llorar.

21

Muchos frentes abiertos

El cabo Manuel Sardina contemplaba absorto cómo un bote con una pareja de guardias se acercaba vacilante a una goleta fondeada en la bahía. El oleaje dificultaba la maniobra y el viento izaba una espuma blanca que escupía contra los sufridos navegantes. Guasch se situó detrás del cabo sin hacer ruido.

—No sabía que ese lado estuviera también dragado.

Sardina se cuadró presuroso.

—¡A sus órdenes, señor!

—Si no afloja un poco, va a romperse el espinazo.

Guasch era consciente de que el respeto al escalafón de mando era el pilar fundamental de la vida castrense. ¿De qué otro modo podrían convivir grupos ingentes de hombres de diferente origen, calaña y condición sin rebanarse el pescuezo unos a otros? Los miembros del Cuerpo gozaban, en el ámbito de sus investigaciones, de libertad para hacer y deshacer a su antojo, y tenían potestad sobre cualquiera de sus interlocutores, con independencia de su rango. Sin embargo, él era partidario de que sus equipos se sintieran cómodos y el trato no fuera rígido ni encorsetado. Si se podía llegar al mismo resultado por distintas vías, prefería la más amable. El cabo Sardina, ajeno al margen de flexibilidad que le concedían, permanecía tieso como el mástil de un bergantín.

—¿Cómo van las pesquisas? —preguntó Guasch.

—Hemos interrogado a todos los pescadores y marineros del arrabal y ninguno ha visto pasajeros sospechosos o posibles polizones en las últimas fechas. También indagamos entre los capitanes de los barcos que vienen con regularidad a la isla, como aquel —Sardina dirigió los

ojos a la cubierta de la embarcación a la que subía, finalmente, uno de los guardias—, pero por ahora tampoco tenemos nada.

—¿Y en las villas?

—Sin novedades en Santa Eulària ni en Sant Antoni. Los propietarios de los botes grandes solo han salido para la pesca cotidiana, cerca de la costa. Me atrevería a descartar que los asesinos hayan salido de Ibiza.

—Muchos payeses tienen barcas de pesca —señaló Guasch.

—Demasiado pequeñas para adentrarse en el mar con el temporal de estas últimas semanas. Habría sido una temeridad.

Sardina explicó que un hombre apellidado Serra había embarcado en el vapor unos días después de Año Nuevo, aunque su avanzada edad y el aspecto físico de sus familiares, rubios y de ojos claros, permitían descartar cualquier vinculación con los sospechosos que describió Margalida. Usechi y los guardias letrados estaban rastreando a los hermanos en los censos parroquiales e indagando entre los párrocos.

Guasch asintió satisfecho por aquella iniciativa.

—¿Algo más?

—Ayer Usechi interrogó a Multons, que se puso nervioso y se contradijo. Ahora afirma que solo había preguntado «por curiosidad». Tal y como sugirió usted ayer, he dado orden de traerlo a la ciudad para conversar con él. Es todo suyo, aunque si lo prefiere puedo apretarlo yo mismo. No tardarán en llegar.

Guasch consultó el reloj de bolsillo: pasaba de mediodía. Tendría que valorar con Riera si tenían tiempo para el interrogatorio o si la tarea tendría que recaer en los estrechos hombros de Sardina.

El cabo le informó de que el subinspector no había regresado todavía.

—¿Sabemos algo de Calavera?

—Sin novedades.

—¿Y eso qué significa? ¿Que no lo ha visto y es usted quien no tiene noticias o que sí lo ha hecho y es él quien no las tiene?

Sardina sonrió.

—Lo segundo, señor. Lo vi anoche en el cuartel y me confirmó que no ha encontrado nada. Dice que los vecinos del Pla de Vila se han avisado unos a otros y que cuando llegan a una vivienda ya los están

esperando, a veces incluso con una jarra de agua o de vino de bienvenida.

Era previsible, Molina ya lo había adelantado. Sin embargo, no tenía intención de cambiar de estrategia, seguirían buscando.

Guasch observó que el guardia asomaba por la cubierta de la goleta y se disponía a descender de nuevo a la barca. Desde esa distancia no alcanzaba a ver su expresión, pero algo en su porte sugería que tampoco esta vez habían averiguado nada relevante. Se interesó por Pep des Camp.

—Sigue sin alterar su rutina de trabajo.

—¿Hemos averiguado algo de su mujer?

—Que va a cada mañana a la iglesia de Sant Josep con sus primas.

Guasch asintió mientras contemplaba el vaivén del bote en el que regresaban los dos guardias. Tocaría ir de nuevo a misa.

Cuando Guasch abandonaba la fonda se topó con Riera. El hombre tenía las mejillas sonrojadas y respiraba con dificultad.

—Me ha comentado Sardina que iba ahora al archivo —dijo Riera.

—Quería pedirles que busquen todo lo relacionado con Pep des Camp. Me gustaría leer los informes de los altercados en los que haya estado involucrado.

—¿Pep? ¿Por qué?

—Porque querría comprender a qué juega este hombre. Por cierto, ¿le ha explicado Sardina lo que nos contó la hija de Guevara?

—Nada más verme, pero no tengo la menor idea de quiénes son esos Serra. Cuando esté terminada la lista de candidatos haré una primera criba.

Riera bufaba ahora de manera menos aparatosa.

Guasch se aclaró la voz. Por más que conociera la respuesta, estaba obligado a preguntar.

—¿Y a usted cómo le ha ido? ¿Ha sacado algo en claro de los pequeños contrabandistas?

—Los viejos de ambas familias se han negado a hablar delante de los

carabineros y he tenido que pedirles que nos dejaran a solas. Incluso conmigo han sido extremadamente prudentes. Hasta se referían a ellos mismos en tercera persona, como si me confiaran rumores.

—¿Y…?

—Dicen que les «extrañaría» que la gente de «ese mundo» resolviera sus diferencias a cuchilladas y que, en su opinión, unos recién llegados no se buscarían ese tipo de problemas.

—Ya. Es lógico si consideramos que operan en un área marginal con el beneplácito de las dos grandes. ¿Cree que puedan tener algo que ver?

—No. Yo los descartaría.

—Valentí Formiga también considera que no se trata de un ajuste entre bandas.

Riera arrugó el entrecejo.

—¿Ya han hablado con él? Me sorprende que contara algo, especialmente yendo con carabinas.

—Al final fui solo.

—Ah, ¿sí?

El subinspector lo contempló todavía con mayor atención.

—Lo apreté para que corroborara que el producto incautado era suyo y que Toni Roig trabajaba para él.

—¿Toni Roig?

—Soy de su misma opinión, Riera, dudo que don Joan tuviera tratos con una banda contrabandista.

—Ya…, ¿y qué dijo Formiga?

—También pude leer solo entre líneas, como usted, e interpreté que, en efecto, el criado trabajaba para él.

Riera seguía pensativo y se hizo un silencio incómodo. Guasch iba a dar un giro a la conversación cuando la llegada al trote de un guardia le procuró una salida.

—¡La persona que esperaba acaba de llegar, señor!

—¿Quién es? —preguntó Riera, que regresó de su letargo.

—Xicu Multons. Sardina lo ha hecho venir. Imagino que podemos interrogarlo antes de visitar a Lluc de s'Hort, ¿no?

Riera consultó la posición del sol, cuyo resplandor se adivinaba a

través de las nubes.

—Un poco justo, quizá. Me gustaría pasar por casa…

Guasch comprendió que el inspector estaba cansado y que le sentaría bien un poco de reposo. Él también lo habría preferido, pero no había tiempo para remolonear.

—Entonces veámoslo cuanto antes.

Xicu Multons esperaba sentado en un banco de madera al fondo del pasillo. A su lado, de pie, un guardia bostezaba mientras se examinaba las puntas de los zapatos. El payés mantenía la espalda erguida y se mordisqueaba las uñas. Al percatarse de que Guasch y Riera se acercaban, se levantó y se alisó el *capuchó* deshilachado. A medida que se aproximaban, su rostro iba adquiriendo un tono grisáceo. El guardia se cuadró y Multons abrió la boca para decir algo que Riera, sonriente, abortó al posar una mano sobre su hombro.

—Xicu, Xicu, Xicu… ¡Nos tienes en ascuas! —Multons lo miró ojiplático—. Venga, vamos a hablar, a ver si aclaramos un par de cosillas.

El guardia les franqueó el paso a una estancia fría y desangelada que, salvo por un escritorio desportillado y unas sillas, estaba vacía. Por la ventana entraba una luz mortecina que invitaba a la melancolía. Riera acercó tres sillas a la mesa y tomaron asiento.

—A ver, Xicu. —El subinspector parecía querer llevar la iniciativa y Guasch lo dejó hacer—. Semanas atrás, como bien sabes, el mossènyer de Sant Jordi y su criado fueron asesinados por unos desconocidos. El caballero aquí presente —Riera dirigió el índice hacia Guasch— es la encarnación de la sabiduría criminal de este país y ha venido para dar con esos *fills de puta*. Hasta aquí las generalidades, ahora vamos a lo que te incumbe: nos han llegado rumores de que querías comprar la parcela de tu vecina y, de ser cierto, significa que tienes dinero fresco en el bolsillo, y mucho, lo cual no deja de ser llamativo en un tipo como tú, que dicho sea sin ánimo de ofender, eres un puto muerto de hambre. La pregunta que nos hacemos es tan sencilla como misteriosa:

¿cómo puedes siquiera plantearte comprarla?

La mirada de Multons pasaba alternativamente del subinspector a Guasch.

—Pero…, Riera, si nos conocemos de toda la vida —acertó a decir, como si aquello lo explicara todo.

—Eso no tiene nada que ver con que queramos averiguar de dónde sale el dinero, Xicu. Necesitamos entender cómo has conseguido esa fortuna, porque nosotros no tenemos la menor idea. ¿Me explico?

Multons observó pasmado a Riera y tardó unos segundos en reaccionar.

—Hum… ¿no puedo sentir curiosidad? —preguntó cuando recuperó el habla.

—Pues no lo sé, ¿qué tal si me cuentas de qué va esto?

—Supe que la viuda vendía su finca y me interesé por el precio. Ya está.

—¿Y por qué, si no tenías con qué comprarla?

—Que yo sepa, preguntar no es delito.

—No empecemos con esas. Yo no me interesaría por las tarifas de una pelandusca si no quisiera contratar sus servicios.

—Pues yo sí…

—¡Xicu, *cony*! Estoy convencido de que no tienes nada que ver con las muertes de Sant Jordi, ¿por qué no colaboras un poquito y me ayudas a convencer a los demás?

Guasch miró a Riera extrañado. Multons suspiró rendido.

—Quería hacerme una idea de cuánto podía valer mi finca. Me planteé hasta proponerle que las vendiéramos juntos, pero no tuve tiempo; la Guardia Civil se abalanzó sobre mí.

—Pero le dijo a un compañero que quizá le concedieran un préstamo —recordó Guasch, que habló por primera vez.

—Pensé muchas cosas —confirmó Multons después de un titubeo.

—¿Y por qué no se lo explicó a los guardias?

—No mostraron mucha predisposición a escucharme, y mucho menos a creerme. Se mofaron de mí cuando les conté que solo sentía curiosidad. ¿Para qué seguir dando explicaciones?

—Quizá para hacer lo correcto —respondió Riera.

—¿Por qué quiere usted vender sus tierras?

—Dinero fácil —respondió Multons lacónico.

—Y después ¿qué habrías hecho? —se interesó Riera.

—¿Gastármelo?

—No te duraría mucho.

El payés se limitó a encogerse de hombros.

Guasch fijó la mirada en el subinspector, que se la devolvió. Parecía satisfecho. No sabía bien qué pensar de aquel individuo, pero ver a Riera conforme le hizo rebajar la tensión con la que afrontaba siempre un interrogatorio.

—Creo que no tenemos nada más que preguntarte —tanteó Riera en busca de la aprobación de Guasch, que asintió.

—¿Ya está? ¿Para esto me habéis levantado de la cama antes del alba y me habéis hecho cruzar toda la isla?

—¿Prefieres que te meta en el calabozo y te mantenga en la lista de sospechosos?

Multons puso cara de espanto y salió de la habitación sin despedirse siquiera.

Cuando los pasos del payés se perdieron en el pasillo, Guasch escudriñó a Riera.

—No sabía que fueran ustedes amigos.

—«Amigos» es una palabra un poco excesiva.

—Ya me entiende, que se conocieran tanto.

—Aquí nos conocemos todos…

—Cuando oyó su nombre hace unos días no estaba seguro de quién era, y tampoco ha mencionado nada de Multons las otras veces que hemos hablado de él.

El policía hizo un mohín.

—No caí en la cuenta.

—Ya veo…, ¿y sería tan amable de explicarme qué ha pasado ahora? No he entendido nada. ¡Ni siquiera le hemos preguntado por la noche de los crímenes!

—Este hombre no es el responsable de nuestros muertos.

—¿Por qué está tan seguro?

—¿No ha visto que es un *mitjamerda*?

—¿Y eso qué tiene que ver? A menudo el carácter compensa el físico.

—No es el caso, es un cobarde.

—Podría tener conocidos que le hicieran el trabajo.

—También es un donnadie.

Guasch miró a Riera con curiosidad.

—Ya veo que tiene clarísimo que es incapaz de hacer algo así.

—Es que, por encima de todo, Xicu Multons es un gandul, y para organizar esto debería poseer una fuerza de voluntad que no tiene. Es demasiado complejo para su capacidad, y demasiado trabajo. Tampoco lo veo cometiendo una atrocidad como esta, todo sea dicho.

—Entonces no entiendo por qué hemos perdido el tiempo con una pista falsa, podría habernos ahorrado todo este paripé.

—Tiene razón, debí haberlo pensado antes. Lo siento.

Guasch fue a sacar el reloj, pero el subinspector se adelantó a sus pensamientos:

—Es tarde, vamos justos y estoy hambriento. ¿Comemos y nos ponemos en marcha?

El subinspector parecía ahora estar pletórico. Ver para creer.

22

Nit de festeig

El sonido distante de la música se entrelazaba con una algarabía de cantos, gritos y risotadas. La luna convexa iluminaba con timidez el último tramo del camino que los separaba de Can Lluc de s'Hort.

—Recuerde que no venimos a juzgar lo que hacen ni cómo se divierte esta gente —advirtió Riera—. Somos meros visitantes que buscan parlamentar amistosamente con el jefe de la manada.

—¿A qué venimos, si no?

—Lo digo por lo que podamos ver esta noche. Sea lo que sea, no debemos inmiscuirnos.

Guasch observó las siluetas de la imponente casa de dos pisos y de la torre que se adivinaban en medio de la llanura. A su alrededor, como si flotaran en el aire, se distinguían las copas grisáceas de un puñado de palmeras cuyos troncos se había tragado la oscuridad.

—Habla como si fuéramos a presenciar un asesinato.

—Puf… ¡Quién sabe lo que vamos a ver!

—Me decepciona usted. Al final les está dando la razón a Beia y a los *mossons* cuando critican sin compasión a sus queridos payeses.

—No diga tonterías. —Saltaba a la vista que había herido su amor propio—. Estos chicos solo vienen a divertirse, lo que pasa es que, a veces, la jarana se les va de las manos.

Frente a la casa pululaban varios grupos de jóvenes que hablaban con entusiasmo y que apenas les dedicaron alguna mirada curiosa. Un tambor y un llamativo sonido metálico marcaban un ritmo endiablado a una flauta que entonaba una melodía festiva. En el portón principal, abierto de par en par, se cruzaron con dos muchachos que se empujaban entre risas.

—Seamos prudentes —musitó Riera—, eso es todo.

En el interior del *porxo* el bullicio era ensordecedor. La luz de varios candiles danzaba al son que marcaban los músicos. Uno de ellos, alto y delgado, sujetaba con unos cordeles una hoja de espada, denominada *espasí*, que hacía sonar fustigándola con una vara de hierro; el otro, un hombre rollizo vestido con ropa de sacerdote, tocaba una flauta alargada con una única mano de cuya muñeca pendía un pequeño tambor que percutía con un bastoncillo de madera. Uno y otro balanceaban sus cuerpos al compás de la alegre melodía. Una joven, flanqueada por dos muchachos, cuchicheaba risueña junto a un corro de mujeres que cotorreaban animosas sin quitarles el ojo de encima. Varios hombres expulsaban el humo pestilente de sus cigarrillos de pota, que formaba una nube densa sobre sus cabezas. Al reparar en su presencia, el que hablaba, que a todas luces era Lluc de s'Hort, movió la cabeza para dispersar a su audiencia. El cacique, de frente amplia, cabello ralo y ojos vivos, hizo un gesto para que se acercaran.

—No parece sorprendido de vernos —observó Guasch.

—¿Y qué esperaba? —murmuró Riera sin apartar los ojos del contrabandista.

—No he visto a nadie apostado en el camino.

—Señal de que ese nadie ha hecho bien su trabajo. Además, si no nos hubieran reconocido, hace rato que nos habrían ahuyentado a pedradas.

—¿Y eso?

—A los pretendientes de una *vénda* no les hace mucha gracia que vengan de fuera a *festejar* a sus chicas. Lluc y sus hombres han debido de advertirles de que no nos apedrearan.

Lluc de s'Hort se levantó y les tendió la mano.

—El ilustre inspector Marc Guasch y el afamado subinspector Toni Riera —proclamó estrechándoles las manos—, es un honor acogerlos en mi humilde morada.

—El placer es nuestro —respondió Guasch, curioso por conocer a aquel hombre que, aunque enredado en las tramas de Picaflor, había sido capaz de crear una organización eficiente y lucrativa. Formiga lo

había definido como un excéntrico y se adivinaba que Riera lo consideraba peligroso. Guasch, de primeras, veía a un tipo comedido de mirada astuta.

—Y bien, díganme, ¿qué les trae por aquí a estas horas? Imagino que no querrán ustedes hacer la corte a mi hija… No los veo en edad casadera.

Guasch le contó que estaba en Ibiza para investigar las muertes de Sant Jordi, que habían registrado todas las casas de la zona sin éxito, comprobado que los asesinos no habían salido de la isla y descubierto el escondite de una organización dedicada al contrabando.

—Así que han encontrado tabaco en el *amagatall* de unos contrabandistas, ¿eh? —repitió Lluc de s'Hort afirmando con la cabeza —. Enhorabuena. Hoy la isla es un lugar mucho más seguro gracias a su labor. Es bueno que estrechen el cerco alrededor de los malhechores. Imagínense, ¿en qué cabeza cabe importar tabaco sin pasar por el estanco oficial? Aunque no veo qué relación guarda eso conmigo ni el motivo de su visita…

—Precisamente este hallazgo orienta la investigación hacia el mundo del contrabando en el que usted, según fuentes fiables, desempeña un papel importante.

Riera lanzó a Guasch una mirada de advertencia.

—¿Yo? —Lluc de s'Hort esbozó una sonrisa cándida mientras sus ojos no perdían detalle de las andanzas de los jóvenes que revoloteaban alrededor de su hija—. Esa canción es vieja y la letra muy aburrida. Siento decepcionarle, pero me temo que no es más que la invención de una mente trastornada. La realidad es siempre más insípida que las fábulas, y yo solo soy un humilde campesino que ha conseguido cierta estabilidad gracias al fruto de sus tierras.

—Si los carabineros no han podido probar nunca nada, no seré yo quien se lo discuta. En lo referente a sus fincas, me consta que las adquiriere a un ritmo vertiginoso. ¿Tantos beneficios le reportan sus propiedades?

Un par de jóvenes entraron y lanzaron unas piedrecillas a los pies de los pretendientes, que hicieron caso omiso y siguieron hablando

animados con la hija.

—No son pocos los que me ofrecen sus fincas para procurarse una oportunidad lejos de aquí. Yo me limito a escucharlos, hacerles una oferta a la baja y esperar una respuesta que acostumbra a ser positiva. ¿Y sabe por qué? Porque no tienen alternativa: yo soy su única esperanza de conseguir algo de dinero rápido con el que escapar de esta isla.

—Le felicito, pero no estamos aquí para pedirle explicaciones sobre su buena fortuna en los negocios, sino para hablar de los crímenes de hace unas semanas.

—¿Significa eso que descarta que yo matara al cura y a Toni para robarle y comprar otra *finquita*?

El planteamiento cogió a Guasch a contrapié. También a Riera, que se rascó la coronilla.

—¿Honestamente?

—Si no es mucho pedir…

—No creo que necesite usted asesinar a personas inocentes para ampliar su patrimonio, más bien tiendo a pensar que dispone de suficientes ingresos, sean lícitos o no, me es indiferente, para comprar lo que le venga en gana.

Lluc de s'Hort aprobó con un movimiento de cabeza.

—Me alegra escucharlo. Aclarado este punto, ¿qué puedo hacer por ustedes aparte de ofrecerles algo para comer?

El cacique hizo un gesto al grupo de mujeres y un par de chicas risueñas se pusieron de pie y desaparecieron por una de las puertas. El subinspector lucía una expresión beatífica y a Guasch le pareció escuchar el rugido de sus tripas por encima del alboroto.

—Hemos oído que Toni Roig tuvo un malentendido con uno de sus colaboradores.

—Han oído bien.

—¿Qué puede contarnos al respecto?

—Que la cosa no fue a mayores.

—¿Y dicho de otro modo?

—Que el cura y el criado no murieron por eso. No fue más que una

confusión que quedó aclarada a tiempo. Toni vino hasta aquí y me explicó lo que había sucedido. Le creí. Fin de la historia. El muchacho supo cortar el problema de raíz y demostró tenerlos bien puestos.

—¿Y por qué se lo contó a usted si la persona involucrada era uno de sus hombres?

Los chicos que cortejaban a la hija de Lluc de s'Hort alzaron la voz y empezaron a gritarse el uno al otro. Ella trató de separarlos más divertida que preocupada. La música cesó, las conversaciones se diluyeron y los asistentes prestaron atención al trío. Los amigos de ambos pretendientes dejaron las chanzas y entraron con miradas desafiantes mientras se sacudían las camisas. Alguno hizo amago de llevarse la mano a la faja. Un hombre fornido con cara de pocos amigos emergió de las sombras, cerca de donde estaba la joven. Tenía los ojos clavados en Lluc, que asintió de manera sutil. El hombre se aproximó a los jóvenes cuando empezaban a empujarse, los cogió por la pechera de los chaquetones y los alzó hasta que sus talones dejaron de tocar el suelo. Los dos levantaron los brazos en señal de rendición mientras los amigos reían y se burlaban del enamorado de la *colla* rival. Como si siguieran un antiguo ritual, un chico de cada grupo reemplazó a su malhumorado compañero, que se retiraba con el orgullo herido mientras retaba a su contrincante. Los nuevos *festejadors* tomaron a la hija de Lluc de s'Hort por el brazo y el matón se sumergió de nuevo en las catacumbas. El tambor del sacerdote marcó el ritmo pausado de una nueva canción y la flauta inició una melodía melancólica. Las jóvenes reaparecieron con una cesta de mimbre surtida con pan y embutidos y Riera se relamió sin reservas.

—¿Quiere saber por qué vino a hablar conmigo? —Lluc de s'Hort retomó la conversación como si no hubiera mediado interrupción alguna, se giró y lo miró directamente a los ojos—. Porque aquí mando yo.

Guasch no se amedrentó.

—¿El ogro este que acaba de salir de ultratumba también le obedece en todo?

—Tanto como cualquiera de los demás.

—¿Y no pudo él, Xereca, o algún otro tomarse la justicia por su mano?

Lluc de s'Hort negó con la cabeza.

—Lo veo muy convencido —dijo Guasch desafiante.

—No se engañe, no soy el cabecilla de esta gente porque yo lo diga. Acatan mis órdenes por el simple hecho de que quieren hacerlo, porque me respetan. El buen líder surge del reconocimiento de quienes lo rodean, son ellos quienes me dan la autoridad.

—Muy inspirador, Lluc, tomo nota de la frase, pero eso no despeja mis dudas.

—¿De que alguno de mis hombres ajustara cuentas con Toni y de paso matara a un religioso? Pero ¿cuentas de qué? ¿De lo de la mujer de Xereca? Ya le he dicho que aquello quedó zanjado. El chico me caía bien y se ganó mi reconocimiento. Mire, yo no sé qué pasó en Sant Jordi, pero estoy convencido de que fue algo fuera de lo normal.

—¿Qué quiere decir?

—*A que no ef mu nofmal* —quiso aclarar Riera con la boca llena.

—Los mayores de por aquí hablan todavía del *any de sa fam*, a principios de los años veinte. Los campos estaban llenos de animales muertos. Las familias más pobres solo podían comer hierbas silvestres y hojas de *figueres de pic*. Varias personas fallecieron. No a causa de una guerra o de una pandemia, no: murieron de hambre. Hace dos décadas también tuvimos *s'any dolent* por la falta de lluvia. Fue otro año de miseria y de hambrunas… Hoy en día la situación no es tan dramática, pero las penurias campan a sus anchas por nuestra tierra; una tierra que, como ya habrá comprendido, no es capaz de generar alimento para todos sus habitantes. Unos padres que no pueden alimentar a sus hijos solo tienen dos opciones: marcharse o morir, y suelen preferir lo primero. Por eso la gente emigra y me regala sus fincas. Mire, yo no justifico una muerte, pero sí puedo llegar a comprender que alguien desesperado robe para sobrevivir. Dicho esto, ¿era necesario hacer una escabechina para apropiarse del dinero del mossènyer? En absoluto. Se me ocurren infinidad de maneras de robarlo sin organizar una carnicería; sin sangre y sin víctimas. No le veo sentido. Me extrañaría si

se confirmara que fue un simple robo. —Lluc de s'Hort mostró las palmas de ambas manos—. Se enfrenta usted a un auténtico desafío y, créame, le deseo mucha suerte.

Guasch agradeció las palabras de aliento y se sintió arrollado por una tristeza inesperada. Quizá fuera la tonada de los músicos, o la conversación con Lluc. Quizá el recuerdo de su padre insensible. Trató de componer los rasgos borrosos de su madre. Se preguntó cuánto debió sufrir en el momento de apagarse y si llegó a tener tiempo de amarlo, aunque fuera un instante. Se sintió minúsculo e indefenso. Pese a su tamaño. Pese a su estirpe. Pese a su poder. Recordó de nuevo a Lucía y echó de menos su compañía. Miró a Riera, que seguía concentrado en la comida, y a Lluc de s'Hort, que fumaba con parsimonia reclinado en el trono de su efímero imperio de humo. Los hombres se ofrecían mutuamente tabaco y tiras de papel que extraían de sus petacas; el grupo de mujeres comenzó a reír y fuera se inició otra trifulca. Se dijo que su madre no estaría enterrada lejos y comprendió que allí era donde se encontraban sus raíces, en esa tierra dura, desconocida y hostil que, sin embargo, empezaba a sentir un poco suya.

23

Extremaunción

De camino a la iglesia, mientras la oscuridad se resquebrajaba en el horizonte, valoraron las diferentes maniobras de aproximación y concluyeron que lo más oportuno era que Guasch, que ya había hablado del crimen con Maria des Camp, la abordara durante la misa y que Riera distrajera a las primas. Querían evitar que esa conversación llegara a oídos de Pep y que Maria acabara pagando las consecuencias.

Los goznes de la puerta de la iglesia de Sant Josep gruñeron al entrar. Se apostaron en la parte trasera.

El mossènyer recitaba unas plegarias en tono mortecino. La liturgia se encontraba en sus ritos iniciales. El templo estaba escasamente iluminado y una veintena de sombras se repartían en un océano de sillas vacías. La disposición de los asientos dejaba un pasillo central y otros dos a ambos lados de la nave. Varias capillas pequeñas se abrían en los muros laterales.

—Son todo mujeres —susurró Guasch.

—¡Siempre más devotas que los varones, hijos del pecado!

—¡Baje la voz! —exclamó Guasch, tapándose la boca—. Recuerde que debemos pasar desapercibidos.

—¿Y cómo lo haremos si somos los dos únicos hombres y usted saca medio cuerpo de altura a cualquiera? ¡Mire, ahí está!

Las mujeres cubrían sus cabezas y sus espaldas con unos *abrigalls*. Vistas desde atrás era imposible diferenciarlas.

—¿Cómo la ha reconocido?

Riera soltó una risita por lo bajo y Guasch comprendió que le tomaba el pelo.

—Se ha despertado muy ocurrente hoy, ¿eh? ¿Qué tal si se deja de

gracietas y nos ponemos en marcha? Aún llegaremos tarde a la reunión matutina. Ocultémonos en una de las capillas delanteras. Desde allí podremos verles las caras.

Aprovecharon un momento en que las feligresas se ponían de pie para avanzar por uno de los pasillos laterales. Guasch reparó entonces en el sacerdote.

—¿Este no es uno de los músicos del *festeig*?

—¿Mossènyer Pallarés? —Riera soltó otra risita mientras escudriñaba en la penumbra—. Una institución. Anoche aún se moderó y no se puso a bailar. Vaya, ¡mire allí!

Maria des Camp estaba arrodillada cerca del pasillo central en compañía de sus primas.

—Hum… ¿está seguro de que es buena idea? —inquirió Riera.

—¿Se refiere a hablar con ella?

—Ya le dije que después de casarse se volvió introvertida y triste. Maria es… no sé cómo decirlo, misteriosa, y religiosa hasta el extremo.

—Lo dice como si fuera algo negativo.

—¿Es usted religioso?

—No demasiado, pero sí creo que la fe ayuda a Maria a sobrellevar lo de su hija. ¿Qué quiere que le diga? Ojalá los creyentes estén en lo cierto.

Riera se frotó las manos, como si necesitara infundirse ánimos. Mossènyer Pallarés oraba con los ojos cerrados y alzaba el pan y el vino para realizar el milagro de la Transustanciación. En breve repartiría el cuerpo y la sangre de Cristo entre la feligresía.

—Cuando regresen de comulgar pasarán por delante de nosotros —predijo Guasch.

—Estoy de acuerdo. Están en las primeras filas. El resto de feligresas irá detrás y bloqueará el pasillo central, por lo que volverán por aquí —Riera trazó la ruta con un dedo y continuó con sus cábalas—. Maria está junto al pasillo y liderará la comitiva. ¿Cuánto tiempo necesita?

El párroco se dispuso a administrar la eucaristía y se escucharon los primeros sonidos de sillas arrastradas.

—Un par de minutos. Vaya usted, yo la esperaré aquí y, por favor,

sea…

—… discreto. Sí, sí, lo sé, confíe en mí: no sé hacer las cosas de otra manera.

Riera se deslizó con celeridad entre las sillas rumbo al corredor central. Las mujeres se levantaban poco a poco para formar una única fila. La vista baja, el silencio sepulcral. Maria des Camp salió al pasillo pero, inesperadamente, se hizo a un lado para dejar pasar a sus acompañantes. Riera reaccionó rápido, cedió el paso a las primas y, al llegar el turno de Maria, alzó ambas manos para detenerla y situarse delante de ella. La mujer, sumisa, le dejó hacer. Las carabinas tomaron la eucaristía y fluyeron frente a Guasch como las aguas turbias de un torrente nocturno. Después pasó Riera, que hizo indicaciones a la payesa para que se detuviera, y continuó detrás de las dos mujeres.

—Maria —dijo Guasch mientras la acompañaba hacia el interior de la capilla. Ella alzó unos ojos inexpresivos. No le reconoció. Guasch pensó que, pese a estar cara a cara, ni siquiera lo veía—. Hablé con usted y con su marido hace unos días. Soy Marc Guasch.

—¿Quién?

—¿No me recuerda? Estoy investigando la muerte de Joan, el hermano de Pep. El otro día dijo que su marido había pasado toda la noche en su casa.

—¿Cómo dice que se llama?

—Marc Guasch —repitió, esforzándose por dominar los nervios.

La mujer sufrió una sacudida.

—¿Qué está haciendo aquí? ¡No pueden vernos juntos!

—Maria, por favor. ¿Qué puede decirme de aquella noche? Sé que Pep oculta algo y que el otro día la obligó a mentir.

La mujer hizo amago de irse.

Riera se giró alarmado. Algo pasaba. Las primas debían de haberse extrañado de que Maria no hubiera regresado con ellas. Guasch iba a dejarla marchar. Miró hacia Riera con resignación y se dijo que no habían perdido nada por intentarlo.

Entonces se desató el caos.

Guasch solo recordaría imágenes sueltas de ese momento: Riera

arrojándose al pasillo; un estallido; sillas desperdigadas en todas direcciones; gritos de pánico; una letanía de alaridos: «¡Aaay!», «¡Dios mío!», «¡Me muero!»; un corro de sombras que se arremolinaba a su alrededor.

—¿¡Qué le pasa a ese hombre!? —exclamó Maria en medio del barullo—. ¿Va a morirse?

—¡Olvídese de él! —Guasch la agarró por los hombros—. ¡Dígame lo que sabe!

Ella lo miró abrumada, pero esta vez lo vio de verdad: estaba allí con él y sabía quién era, qué le había preguntado y qué debía responder.

—Hable con Pere Fang, es amigo de Pep. Él le contará.

—¿Qué me contará?

—Él sabe cosas de mi marido. En realidad, yo no sé nada.

—¿Cómo que no sabe nada? ¿Qué tiene que explicar Pere Fang?

Maria des Camp negó con la cabeza.

Riera seguía con el espectáculo:

—¡Me muero!

—¿Estuvo Pep en su casa esa noche? Él no sabrá que hemos hablado, se lo prometo.

Una de las primas se incorporó y oteó a su alrededor.

Maria se puso rígida, se soltó y volvió a clavar en él una mirada líquida. Guasch no supo discernir si seguía allí o se había disipado de nuevo.

—Usted y yo no hemos hablado.

Y se marchó.

Guasch tardó un momento en reaccionar. Sin prisa, se fue acercando al corro, recogiendo sillas y transmitiendo palabras de consuelo a las mujeres conmocionadas. Mossènyer Pallarés salió apresurado de la sacristía ataviado con una estola. Portaba un cuenco metálico y parecía dispuesto a darle la extremaunción al moribundo. Guasch se asomó por encima de las cabezas lo justo para ver a Riera con las manos en el pecho, la boca abierta y los ojos desorbitados; entonces el subinspector lo miró de reojo, parpadeó, se palpó la cara, se examinó las manos y gritó:

—¡Milagro! ¡Gracias, Dios mío todopoderoso! ¡He resucitado!
Una mujer se desvaneció a su lado.
Pura discreción.

24

Un pobre pajarillo

—Buenos días, Marc.

La voz suave de la mujer se impuso al jaleo matutino de la plaça de la Constitució y de la plaça del Carbó. Guasch y Riera se encontraban en mitad de la rampa de acceso al Portal Principal. Guasch dio unas instrucciones rápidas al subinspector para que dejara las mulas en los establos y se encontraran en la sala de reuniones.

—Buenos días, Fructuosa. ¿A hacer la compra?

La mujer asintió con una sonrisa afable.

—¿Qué tal se encuentra Lucía? —preguntó Guasch, directo.

—¡Muy bien! Hoy ha preferido quedarse en la biblioteca en vez de acompañar a su padre; estos días anda un poco ensimismada.

—¿Cómo es eso?

La mujer ensanchó la sonrisa e inclinó ligeramente la cabeza.

—Cosas de jóvenes…, ya sabe.

Pero Guasch no sabía, aunque creía imaginarlo. O eso deseaba.

Un aguador acompañado de varios asnos voceó pidiendo paso y Guasch tomó a la mujer por el brazo y la acompañó a un lateral.

—¿Quiere que le eche una mano? Puedo acompañarla si lo desea.

—Es usted muy gentil, pero seguro que tiene temas urgentes que atender. No se preocupe por mí, ya encontraré algún muchacho que me ayude a cambio de una moneda. Nunca faltan candidatos.

Guasch se interesó por el doctor, y el ama de llaves le contó que había salido temprano para asistir a varios pacientes *foravila*.

—¡Últimamente está muy ocupado!

Intercambiaron unas frases de cortesía y Guasch hizo ademán de proseguir su camino.

—No tarde en visitarnos —rogó Fructuosa—: a Lucía le alegrará volver a verlo.

Guasch trató de adivinar cuánto de aquella frase podía ser verdadero deseo de la joven y cuánto una aportación propia del ama de llaves. Deseó que fuera sincera.

—Por favor, hágale llegar mis mejores deseos y dígale que pasaré hoy mismo a ser posible.

Se despidió de la mujer y reemprendió el camino con ánimos renovados.

Los hombres cuchicheaban por lo bajo mientras observaban a Riera, repantingado en su habitual butaca junto al fuego. Hablaban de Pep des Camp, del que no tenían novedades. Molina carraspeó en su asiento, anunciando un nuevo reproche:

—¿Todavía cree que mantener apostada una pareja en casa de ese hombre va a sernos de algún provecho? Se me ocurren tareas más útiles que tenerlos pasando frío día y noche bajo un olivo. Igual que con las docenas de guardias y soldados que pierden el tiempo registrando corrales y despensas vacías de casa en casa.

—Comprendo sus dudas, sargento, pero tengo la firme intención de mantenerlos a todos en sus respectivas tareas por dos sencillos motivos: el primero, porque hoy hemos podido hablar con Maria des Camp y, aunque creo que nadie ha reparado en nosotros, quiero cubrirme las espaldas por si llega a oídos de Pep. La segunda razón no es tan objetiva…

—¿Y es…?

—Porque soy yo quien dirige esta investigación y aquí se hace lo que me viene en gana. Punto. Si quiero que los hombres pierdan el tiempo registrando casas, lo perderán de esa manera, y si en cambio prefiero que lo dediquen a drenar el puerto a cucharadas, también lo harán. ¿Me he expresado con claridad, sargento?

Riera abrió un ojo y no se molestó en contener una risita.

—No le oigo. ¿Ha quedado claro?

Guasch hundió los ojos en los de Molina, que apenas le mantuvo la mirada un instante antes de claudicar. Los guardias carraspearon y se irguieron en sus sillas. El sargento recompuso su orgullo herido y recuperó el habla para cambiar de conversación.

—Sí, señor… ¿Y qué les ha contado la mujer? —preguntó, dócil—. Parece que esta mañana han vivido un episodio algo… peculiar.

Guasch evitó referirse al espectáculo de aquella mañana, que ya era *vox populi*.

—Maria ha hecho alusión a Pere Fang, un amigo de Pep que puede saber algo. Lo interrogaremos. Sospecho que Pep estuvo fuera de casa la noche del crimen. Me gustaría comprender si tiene alguna relación con los hermanos Serra, de los que, por cierto, imagino que no tenemos novedades, ¿me equivoco?

Usechi respondió sin titubear.

—Tenemos medio centenar de parejas de hermanos identificadas. Todos parecen estar emparentados entre sí, como los eslabones de una cadena infinita en la que unos son siempre primos de otros y no…

Se escuchó el estruendo de una silla al caer.

Las miradas convergieron en Riera, que se levantó de un salto. Su butaca estaba volcada en el suelo. Tenía los ojos abiertos de par en par y se frotaba la cara con ambas manos. Guasch aguantó la respiración, a la espera de otro bochorno.

—Son, son… —balbuceó el subinspector—, son…

—¿Quiénes son, Riera? —preguntó Guasch con tono paternal.

—Son los hijos de la prima…

—¿La prima de quién?

—Vicent y Miqueleta…

Sin añadir nada más, brincó hacia la puerta y se abalanzó sobre el pomo dispuesto a marcharse.

—¡Deténgase! —ordenó Guasch. El subinspector se paró obediente—. ¿Puede explicarnos adónde va con tanta prisa?

—Vicent y Pepa Serra son hermanos, él bastante mayor. Vicent se casó con Fracisqueta Colomar y Pepa con Pep Costa. Vicent tuvo una hija, Miqueleta, que se casó con Joan, también Serra, y tuvieron dos

hijos: Vicentet y Mateuet. Sí, Serra Serra. Pepa y Pep tuvieron un hijo, Josep, que es *fadrí*. Josep Costa… Serra.

Guasch levantó una ceja.

—No ha entendido nada, ¿verdad?

—Ni una palabra.

—Normal. ¡Yo tampoco los había relacionado!

—¡Pero el qué, Riera! ¿No puede explicarlo de manera comprensible?

—Resulta que la madre de Vicentet y Mateuet Serra es prima hermana de Josep Costa. A estos dos chicos, que van siempre juntos, se les conoce como los Tets. ¿Lo entiende ahora?

—No. ¿Por qué cree que son los hermanos que buscamos?

—Porque son unos crápulas.

—Como tantos otros, pero ¿por qué está seguro de que son ellos?

—Porque son medio primos de Josep Costa, ¿se acuerda? El secretario de Pere Jasso que nos acompañó a la puerta el día que le visitamos.

—¿Perdón? ¿Está insinuando que unos hermanos apellidados Serra, que por lo que dice son unos piezas, son familia del secretario del notario que iba a oficializar la compraventa del terreno que quería comprar don Joan?

—Es complicado decirlo así sin respirar, pero sí.

Guasch se giró hacia los guardias, que los miraban atónitos.

—¿Se puede saber qué hacen ahí pasmados? ¡Vamos a la notaría!

—Caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes? —saludó Pere Jasso con una sonrisa postiza.

No era extraño que un guardia conociera a una ibicenca, se casara con ella y pasaran por la notaría para formalizar la compra de alguna vivienda o la aceptación de una legítima. Lo verdaderamente inusual y preocupante para Pere Jasso debía ser recibir a un regimiento completo y sin compañía femenina en edad casadera.

—¿Está su secretario? —preguntó Guasch sin florituras.

Su semblante serio no ayudó a serenar el ánimo del notario.

—¿Jo… Josep? Ahora mismo no, ¿por qué?

—Josep Costa Serra, ¿no? ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Ha salido a hacer unos recados. Imagino que ahora estará en el registro y que no tardará mucho, pero… —El notario tragó saliva con dificultad—. ¿Me pueden explicar qué sucede? Tal vez yo podría ayudarles…

Guasch dio instrucciones a la patrulla para que registraran las oficinas.

—Oiga, ¿qué es esto? ¡Ya le he dicho que Josep no está!

—Entonces no tendrá inconveniente en que lo comprobemos. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para usted?

Una explosión de gotas perló la frente de Jasso, como si el ejercicio de hurgar en su memoria le provocara algún tipo de condensación.

—Diez años, once tal vez.

—¿Se fía de él?

—¿Que si me fío? ¡Por supuesto! ¿A qué viene eso?

—Si no le importa, permita que las preguntas las haga yo —respondió Guasch—. Imagino que Josep estaba al corriente del interés de don Joan en comprar Can Puig, ¿no?

—Naturalmente. Entre sus tareas se encuentra la de recopilar la información de las distintas operaciones y preparar los borradores de los protocolos que después yo reviso y firmo.

—¿Conoce usted a…? —Guasch chasqueó los dedos tratando de recordar el nombre.

—¿Miqueleta Serra? —completó el subinspector.

—No tengo el gusto.

—¿Y a sus hijos, Vicent y Mateu Serra Serra? ¿Cómo los llamó antes, Riera?

—Los Tets.

—En mi vida había oído nombrar a esos caballeros.

Los guardias regresaron al recibidor para confirmar que el despacho estaba vacío.

—Ya se lo había dicho. Miren, no sé de qué manera creen que puede estar implicado mi secretario en todo esto. Me cuesta relacionarlo con

cualquier hecho delictivo, no le digo ya con un doble asesinato. En cualquier caso, les rogaría que —Jasso adoptó un tono de confidencia —, en la medida de lo posible, gestionaran el tema con la máxima reserva.

—¿Qué insinúa? —Riera parecía indignado—. ¡La discreción es nuestra bandera!

En el portal se oyó un grito y el ruido de unos pasos atropellados que subían la escalera.

Guasch se asomó por la ventana lo justo para ver cómo unos pies desaparecían a la carrera por una esquina. El rostro de Sardina asomó en el despacho.

—¡El sospechoso se escapa!

Guasch ordenó a sus hombres que lo siguieran y dio unas instrucciones rápidas mientras bajaban.

—Buscamos a un varón de unos cuarenta; bajo, delgado, bigote fino, vestido *de Vila* y con cara de susto. No ha bajado a la plaça de Ses Ferreries, por lo que no abandonará Dalt Vila de inmediato. O eso quiere hacernos creer. Usechi, Calavera y Sardina, parapétense en las entradas de la muralla; Riera, conmigo. El resto ¡dispérsense!

La tropa se desperdigó en todas direcciones.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó Riera—. ¿No lo buscamos?

—¿Sabe dónde vive?

—No creo que lo encontremos en su casa.

—¿Porque es demasiado obvio?

—Claro.

—Costa acaba de descubrir que vamos detrás de él. Buscará por instinto un espacio conocido, aunque sea para ocultarse unos minutos y pensar en los próximos pasos. Quizá quiera cambiarse de ropa o disfrazarse. Lo que sea. Si estamos cerca, no nos cuesta nada comprobarlo. ¿Sabe dónde vive o no?

Los ojos de Riera apuntaron a la ventana desde la que el notario los observaba cariacontecido.

—No tengo ni idea, pero ahora mismo lo averiguo.

Un minuto después, el subinspector estaba de vuelta con expresión

satisfecha.

—Sígame.

Salieron al carrer Sant Francesc, donde les llegó un delicado aroma a pan recién hecho. El trajín de gente era el habitual a esa hora de la mañana: aguadores con mulas cargadas con jarras de agua fresca, mujeres con hogazas de pan bajo un brazo y niños pequeños en el otro y exiliados deambulando sin rumbo aparente. Guasch vio un guardia que corría hacia el baluarte de Santa Llúcia, otro que buscaba detrás de unos arbustos y un tercero que giraba por un callejón. Ni rastro del secretario. Maldijo en voz alta. No podía escapar.

El subinspector se desvió a la derecha y lo guio por un laberinto de callejones empinados y mal empedrados, cubiertos de charcos negros y de barro. El olor a pan viró a un hedor agrio y putrefacto. Los balcones sobresalían a ambos lados de las callejas estrechas y descubrían el cielo de manera irregular, como los huecos de una dentadura mellada.

Después de unos minutos se detuvieron frente a un edificio de dos plantas sin ningún distintivo. A su espalda, al otro lado del pasaje, se apilaban los restos de una edificación medio derruida; de entre los cascotes sobresalían plantas y maleza de distinta altura.

Los envolvía un silencio expectante.

—¿Qué piso es?

Riera mostró dos dedos y entraron en el portal con decisión. Al llegar al primer rellano oyeron el ruido de unas piedras que rodaban y un golpe seco procedente del exterior. Se miraron el uno al otro.

—¿Eso ha sido un gato? —aventuró Riera.

—Qué gato tan grande, ¿no?

Guasch se lanzó escaleras abajo y salió de nuevo al callejón para darse de bruces con un hombrecillo tembloroso de cabello alborotado, bigotillo sudoroso y mirada desorbitada que se ponía en pie. Tenía hojas verdes enredadas en el pelo. Sus pantalones lucían manchas negruzcas a la altura de las rodillas y el bajo de la americana estaba rasgado. Apretaba contra el pecho un legajo atado con un cordel como si su vida dependiera de ello.

—¡Hombre, Josep! —exclamó Riera cuando los alcanzó—. Justo

hablábamos de ti…

Guasch miraba abstraído cómo Josep Costa se sorbía la nariz. El antaño pulcro *vestit de Vila* era un montón de harapos; el rostro antes cuidado lucía ahora sucio y magullado; el honorable secretario de Pere Jasso se había convertido en el compinche infame de un crimen brutal. Su mente divagó hacia los conceptos de bondad y maldad y se dijo que el *aurea mediocritas* de Aristóteles era poco menos que una quimera tabernaria. La triste realidad era que el ser humano tenía aversión al punto medio, a la supuesta virtud, y se regodeaba en los extremos perniciosos: liberal o carlista, *mosson* o *banyacul*, bueno o malo, conmigo o contra mí. Lo sobrecogió la rapidez con la que una persona podía pasar de los altares de la respetabilidad al infierno de la sospecha. Hasta el héroe más admirado podía ser dilapidado en un abrir y cerrar de ojos. La rumorología se extendería y el populacho juzgaría al secretario, que quedaría señalado para siempre, hubiera o no una base real para acusarlo. El problema para Josep Costa, sin embargo, no eran los rumores del futuro, sino que esa base, en ese momento, era rabiosamente real.

El detenido se sorbió de nuevo la nariz y Guasch regresó de sus ensoñaciones.

El secretario retomó su cantinela.

—Yo no he hecho nada.

Riera tenía los ojos entornados y, apoyado en la pared, hacía como que dormitaba. Habían acordado hablar lo mínimo para que el barco se fuera anegando poco a poco, a su ritmo.

El legajo que llevaba Costa en el momento de la detención no contenía ninguna prueba incriminatoria, tan solo escrituras de la notaría. No esperaban tener tanta suerte, pero nunca se sabía. Tampoco habían encontrado nada en su domicilio, que habían registrado a conciencia, ni en la ruina frente a su casa.

Ya era suficiente. A una señal de Guasch, Riera se desperezó y bostezó.

—Nos estamos aburriendo, Josep —dijo—. Pensábamos que en este tiempo habrías comprendido que estás metido en un buen lío y cambiarías de actitud. Tu situación es muy grave. Te tenía por un tipo inteligente, esperaba más colaboración por tu parte.

—¡Pero es la verdad!

—No sé por qué, pero no te creo. —Riera puso los ojos en blanco—. ¡Ah, no! ¡Espera! Sí que lo sé. Es porque has huido como un perro apaleado. Alguien que no ha hecho nada no escapa de esa manera, ¿no crees?

—Pensaba que me acusarían de algo que no he hecho —musitó el detenido.

—¡Oh, vaya! —Esta vez Riera escogió un tono meloso—. ¿Y de qué íbamos a acusarte? ¿De robar unas cebollas en el mercado?

—No, de algo más grande…

—¿Una gallina?

—Vamos Josep —intervino Guasch—. Como ha dicho el subinspector, usted es un hombre cabal y seguro que se hace cargo de las circunstancias. Puedo entender que ha huido porque se ha asustado. Sabemos que está involucrado en lo de Sant Jordi, es inútil que lo niegue. Necesitamos que nos explique qué sucedió.

—Estás encubriendo a unos asesinos, Josep. Lo sabes tú, lo sabemos nosotros y lo sabe el Papa de Roma. Un momento, quizá tú formaste parte de la comitiva. ¿Y si acuchillaste a alguno de ellos? —Riera le dio un codazo a Guasch—. Yo lo veo capaz, ¿y usted?

—Pero ¿qué está diciendo este hombre? ¡Yo no he matado a nadie!

Josep buscó los ojos de Guasch, que no acudió al rescate.

—¿Dónde has ocultado el dinero? —continuó Riera, que decidió hacer una pausa dramática—. Y el cáliz, ¿para qué coño lo querías? ¿Para echar un traguito?

—Josep. Cuéntenos lo que sabe y quizá pueda incluso convencernos de que no es usted tan culpable como parece.

El secretario se miró el dorso tembloroso de las manos, pero Riera no le dejó respirar.

—¿Has estado alguna vez en una cárcel gaditana? Por supuesto que

no, o no estarías de una pieza. Tienes pinta de *figaflor* y eso son pésimas noticias para ti, porque ¿sabes lo que hacen con los escribanos finos y perfumados en las cárceles de ahí abajo? Imagínatelo. Te recibirán con los brazos abiertos.

Josep Costa se llevó las manos a la cara y se echó a llorar. Riera apenas le concedió un instante de falsa tregua, lo justo para que pudiera asimilar las implicaciones de aquella amenaza. Entonces lanzó la última estocada.

—El día que encontremos el dinero y averigüemos hasta qué punto has estado implicado, espero que nos hayas ayudado, porque si no lo has hecho te juro que te meto en el vapor rumbo a Cádiz y que en menos de una semana estás contagiado de sífilis en uno de esos tugurios. Esta prisión es el puto palacio real en comparación con esas pocilgas.

Guasch advirtió cómo el casco del barco crujía y se iniciaba el naufragio.

—Sí —susurró Josep Costa.

—¿Cómo dice?

—Que sí —repitió lacónico. Riera se incorporó dispuesto a echarle otra reprimenda, pero Guasch lo contuvo con un ademán. Josep Costa caviló un momento antes de continuar—. Creo que han sido mis primos.

—¿Cómo que crees? —exclamó Riera ofendido.

—Pues eso, que creo que ellos cometieron el robo.

—¿Cómo que robo? —La indignación de Riera subió otro peldaño—. ¡En Sant Jordi asesinaron a dos personas!

Costa tragó saliva con esfuerzo, como si engullera un puñado de arena.

—¿Puedo beber algo?

—¿Te parece que estamos en la fonda de Guevara?

Guasch lanzó a Riera una mirada de advertencia.

—Vamos a tranquilizarnos todos un poco para que Josep pueda explicarnos desde el principio qué sucedió, ¿le parece, subinspector?

Lo más difícil ya estaba hecho: Costa había cedido. Ahora debían

limitarse a acompañarlo en su declaración, sin interrupciones ni recriminaciones.

—Fue hace un par de meses, un domingo después de Todos los Santos. Visité a mi prima en Forada y coincidió que sus hijos también estaban allí. Hablamos de esto y de aquello, como de costumbre. Entonces alguien se refirió al mossènyer de Sant Jordi y comenté como curiosidad que iba a comprar una *fincassa*. Los chicos se miraron el uno al otro y se mostraron muy interesados. Demasiado. Me preguntaron por el importe de la compra. No se lo dije, pero no les costó comprender que era mucho dinero. Al terminar la comida se acercaron para averiguar más detalles: cuándo se firmaría, quiénes eran los vendedores…

—Y usted les dio la información.

—Les dije que se quitaran de la cabeza las malas intenciones que se les adivinaban y que dejaran a don Joan en paz. Sabía que los chicos eran unas piezas, pero…

—No imaginaba que pudieran llegar hasta este extremo —completó Guasch.

Josep asintió, cabizbajo.

Un clásico. Nadie puede imaginar que el vecino en apariencia bonachón sea capaz de rebanar el cuello a otro vecino igual de bonachón. Y sin embargo, ocurre a diario.

—Cuando me enteré de lo sucedido, me asusté. Fui a visitarlos a Buscastell, pero no estaban. O eso creí, porque me senté a esperarlos en la entrada y al poco escuché ruidos en el interior. Los muy sinvergüenzas estaban encerrados y no me habían respondido. Aporreé la puerta hasta que conseguí que uno asomara el morro. Me aseguró que ellos no habían tenido nada que ver con lo de Sant Jordi y que me olvidara del asunto.

—¿Y nada más?

—Que no volviera por ahí o lo lamentaría.

—¿Qué día fue eso?

Josep Costa levantó los ojos al techo como si este escondiera la respuesta.

—Poco antes de fin de año.

Riera lanzó a Guasch una mirada esperanzada. Seguían en la isla una semana después del crimen.

—¿Sabe si están todavía en Ibiza?

—No tengo la menor idea.

Guasch se levantó y Riera hizo lo propio. El secretario amagó una sonrisa forzada.

—¿Ya se van?

—¿Prefieres que nos quedemos?

—No, bueno, yo… Esto… No me enviarás a Cádiz, ¿verdad?

Riera escrutó a Guasch, que lanzó una manotada al aire. Cada palo que aguante su vela. El subinspector no vaciló.

—Por ahora te quedas, Josep. Estás de enhorabuena.

—¿Puedo irme a casa?

—De enhorabuena… pero sin pasarnos.

25

Puesta al día

Guasch subía a buen ritmo por la calle de Santa Maria para departir con don Eduardo. Hacía varios días que no informaba en persona a la máxima autoridad de la isla y aquel era el momento ideal para hacerlo, con noticias frescas y positivas.

Había quedado con Riera en el baluarte en un par de horas. Tiempo suficiente para que el subinspector organizara, con la ayuda de Molina, el contingente para detener a los Tets. No les convenía ir solos. Desconocía qué podían encontrarse, pero la lógica apuntaba a que el recibimiento no sería cordial. Los chicos tenían mucho que perder. Todo, en realidad. Y quien teme por su vida a menudo siente la tentación de despachar al fulano que se la pretende arrebatar por mucho que se trate, como en ese caso, de un mero intermediario. Pura ley de supervivencia. El primer muerto siempre es el más difícil y, puestos a poner la otra mejilla, mejor que sea la ajena.

¿Tendría luego tiempo para saludar a Lucía? Procuraría encontrarlo aunque solo fuera para una rápida visita de cortesía. Hacía demasiado que no la veía. Se dijo que ni los formalismos del gobernador ni las artimañas de su esposa lo entretendrían más de lo estrictamente necesario. Cogió aire y aceleró el paso.

Entró en la plaza del castillo con una sonrisa que lo acompañó mientras subía las escaleras y se dirigía al vigilante.

El ritmo frenético del taconeo confirmó la presencia de doña Dolores.

—¡Marc Guasch! —exclamó, apresándolo del brazo—. ¡Nos tiene abandonados! Muy mal, Marc, muy mal. No esperaba esto de usted. Estamos comiendo: únase a nosotros.

—Me encantaría, pero no dispongo de mucho…

—¿Tiempo? ¡Por supuesto que sí! Siempre se tiene tiempo para lo que se quiere y, créame, usted hoy quiere comer con nosotros. Es más: lo está deseando.

—¿Cómo podría negarme? —claudicó.

En el breve trayecto hasta el salón, doña Dolores lo puso al día de los dimes y diretes del vecindario, del aguacero que su reuma preveía para aquella tarde y de las excelencias de la carne que estaban degustando. Esta vez la emboscada no le pillaba desprevenido y el torrente de información resbaló por sus pabellones auditivos.

Don Eduardo Suárez y su futuro yerno, el farmacéutico Germán Lang, se pusieron de pie y le tendieron la mano. Elvira inclinó la cabeza. El aroma del cerdo asado, en efecto, le hizo salivar.

—No es mi intención importunarles —dijo Guasch, como exigía el protocolo—. Puedo esperar a que terminen.

—Tonterías —rechazó el gobernador mientras un criado añadía un cubierto a la mesa—. Estamos en familia. Coma con nosotros y nos va poniendo al día.

Guasch les refirió las averiguaciones sobre los Serra y cómo lo que había surgido como un rumor inesperado se había convertido en una pista sólida.

—Costa acaba de confesar el interés de los chicos por robar el dinero del mossènyer.

—¿De verdad? —Lang estaba boquiabierto.

—¿Ya ha descubierto a los culpables? —inquirió don Eduardo, que había escuchado todo el relato sin probar bocado—. ¿Lo he entendido bien?

—Todo apunta a que son ellos.

Doña Dolores aplaudió con frenesí con un palmoteo imperceptible. Una lágrima resbalaba por una de sus mejillas.

—¡Bravo, Marc, bravo! ¿Qué te había dicho, Eduardo? ¡Ya sabía yo que era un héroe!

—Me temo que se equivoca, señora. Mi aportación ha sido mínima y, desde luego, muy poco heroica. El cabo Sardina y el subinspector Riera son los verdaderos responsables de haber identificado a los

sospechosos.

—Las mentes dispersas necesitan una orientación apropiada, y todos sabemos que fue usted quien encaminó a esos hombres en la dirección correcta. No se quite mérito. Antes de su llegada, lo único que había hecho la tropa era comprobar que las lavanderas no limpiaran ropa ensangrentada… y pellizcar algún trasero desprevenido.

—¡Dolores, por favor! —exclamó el gobernador.

—No sea injusta con la dotación, doña Dolores —terció Guasch—. Los muchachos realizaron, con buen criterio, muchas otras pesquisas.

—¡Pues mayor mérito para usted!

Guasch comprendió que esa batalla estaba perdida. Pensó en el poco tiempo del que dispondría para ver a Lucía y optó por reagrupar sus huestes y centrar sus energías en avanzar en la exposición:

—Ahora debemos capturar a los sospechosos y obtener una confesión. Temíamos que hubieran escapado, pero una semana después del crimen todavía seguían aquí.

—Es extraño que no huyeran —meditó don Eduardo.

—La mala mar de las últimas semanas no los ayudó —expuso Guasch —, y quizá después se confiaran. ¿Quién iba a descubrirlos?

—Usted. —Lang alzó una copa en señal de reconocimiento—. ¿Y qué pasaría si al final hubieran conseguido huir?

—Debería resultar relativamente sencillo averiguar quién los ayudó y adónde se dirigieron. Contactaríamos con la Guardia Civil de la zona o, en caso de haber ido a Argelia, con las autoridades francesas. Capturarlos sería solo cuestión de tiempo.

Lang asintió complacido y brindó de nuevo a la salud de Guasch.

—Es curioso —reflexionó el gobernador—. Hace unos días todo apuntaba a que los crímenes estaban relacionados con el sórdido mundo del contrabando y ahora resulta que la trama se originó en una respetable notaría. Esto es de locos.

—Es paradójico —confirmó Guasch—, pero descarto a los contrabandistas, por mucho que Toni Roig colaborara con una de las bandas.

—¿Todavía vigila a Pep des Camp?

—Sospechamos que no estuvo en su casa la noche del crimen. Por supuesto, pudo haber salido por cualquier motivo, pero es llamativo que fuerce a su mujer a mentir. Tenemos un posible testigo, un tipo llamado Pere Fang. Le haremos una visita, aunque como supondrá en estos momentos nuestra prioridad son los Serra.

—Y hablando de visitas —el tono malicioso de doña Dolores hizo que Guasch se pusiera alerta—, me parece que a quien debería visitar con premura es a Lucía Lequerica.

Don Eduardo puso los ojos en blanco. Lang se cubrió la boca con la mano y fingió una tosecita. Elvira soltó una risa comedida.

—¿Por qué lo dice? —vaciló Guasch, desprevenido.

—¡Hombres! ¡Sabrán mucho de sus cosas, pero no tienen ni idea de cómo tratar a una dama! Marc, hágame caso y vaya a verla. Ya me contará.

Doña Dolores le guiñó un ojo y sonrió con picardía.

Guasch alzó la copa y la apuró de un solo trago. De perdidos, al río.

Guasch permanecía cómodamente sentado en el sillón orejero de la biblioteca de los Lequerica contemplando absorto cómo Lucía hurgaba entre los estantes en busca de un libro que, según le había asegurado, le iba a encantar. Llevaba un vestido rojo holgado que se ajustaba a su cintura estrecha con una cinta del mismo tono y que le llegaba hasta los pies descalzos. La temperatura era agradable, al igual que el olor a códices viejos y leña quemada. Guasch realizaba serios esfuerzos para mantener la compostura y no desviar la mirada más allá de lo que sugería el decoro.

Lucía en persona había abierto la puerta y había esbozado una sonrisa enigmática al verlo allí plantado, consultando la hora.

—¿Todavía no ha entrado y ya anda reloj en mano?

—*Tempus fugit, sicut nubes, quasi naves, velut umbra* —proclamó Guasch.

—El tiempo se escapa como una nube, como las naves, como una sombra. —Lucía asintió admirada—. No le hacía versado en latín.

—¿Y si le dijera que lo he aprendido con la única intención de impresionarla?

—Le felicitaría por haberlo empleado de la manera apropiada y reconocería que lo ha conseguido.

—¿El qué?

—Impresionarme. —Lucía se hizo a un lado para franquearle el paso —. Aunque para ser honesta le diré que no lo veo persiguiendo asesinos con un libro de latín bajo el brazo.

—Imagina bien. Confieso que he tomado la frase prestada de un familiar.

Lucía ensanchó su sonrisa perenne, pasó delante de él y lo condujo hasta la biblioteca.

Se oyó un ruido de platos procedente de la cocina y Guasch se preguntó si el doctor estaría también en la casa.

—¿Conoce el significado? —preguntó la joven.

Guasch paseó la vista por las estanterías. Daba la sensación de que los libros se habían multiplicado. Un par de pilas se acumulaban junto al escritorio. Lucía tomó asiento en una butaca y le indicó que se sentara en el sillón.

—Y también su moraleja —confirmó Guasch.

—¿Que es…?

—Que el tiempo pasa rápido y que, en la medida de lo posible, hemos de disfrutar de la vida… y del presente.

—Eso decía Horacio, y yo lo he defendido siempre.

—¿Y lo aprovecha?

Lucía hizo un mohín mientras meditaba la respuesta.

—Procuro ser coherente con lo que pienso y con lo que siento… al menos la mayoría de las veces. ¿Y usted?

Guasch evocó su infancia en el palacete del paseo del Obelisco; los baños en la alberca de la finca de la costa valenciana; las largas conversaciones con Diego y sus hermanos en la adolescencia; la alocada época estudiantil… Visto en perspectiva, más allá de los lujos propios de su familia, había tenido una vida privilegiada, además de haber podido decidir su destino.

—Sí, he disfrutado de mi vida. Y lo sigo haciendo en este preciso instante. —Sonrió con malicia y se dijo que quizá la próxima vez debería aguar un poco el vino—. Aunque debo advertirle que no he venido a verla por iniciativa propia, sino siguiendo órdenes explícitas de doña Dolores Ortiz de Zárate, gobernadora *de facto* de la isla y alcahueta en ciernes.

Guasch le narró el episodio de la comida y Lucía soltó una carcajada cristalina que le recordó a una lluvia fresca de verano.

—Germán Lang me ha propuesto dar un paseo por las Salinas un día de estos —añadió.

—Es una idea excelente —convino Lucía risueña—. ¿Y doña Dolores no ha hecho ninguna sugerencia al respecto?

—El hombre ha sido lo bastante prudente como para hablarme en un aparte.

—Mejor, porque le puedo asegurar que la gobernadora se está tomando muy en serio sus labores de celestina. De hecho, no desaprovecha ninguna oportunidad para hablarme del «intrépido y apuesto» Marc Guasch. Parece que ha quedado prendada de usted.

—Acaba de despedirse de mí augurando que las crónicas alabarán mi gesta y que mi figura eclipsará a la del mismísimo Rodrigo Díaz de Vivar.

La risa de Lucía resonó de nuevo y Guasch decidió que le fascinaba.

—¿Ya ha resuelto el crimen?

Algo detrás del tono excesivamente neutro de la pregunta le hizo sospechar que ocultaba cierto pesar. Evitó mostrarse optimista.

—Parece que vamos bien encaminados.

Lucía guardó silencio, pero enseguida enderezó la mirada.

—Tengo un libro para usted, aunque pongo una condición para prestárselo: tiene que intentar leerlo.

La joven conminó a Guasch a permanecer sentado y se levantó de un salto, agitando el aire a su alrededor y creando, por un instante, una envolvente y suave nube de almizcle y miel. Se acercó a los estantes con dos pasos rápidos.

Guasch evitó consultar el reloj que se desgañitaba en su bolsillo,

chillándole que debía dirigirse con urgencia al encuentro de Riera y sus hombres. Visualizó la expresión de reproche de Molina y apartó aquellos pensamientos para centrarse en las puntas delicadas de los pies de Lucía, que alzaba los talones para alcanzar un ejemplar en el estante más alto.

—¡Aquí está! —exclamó, escondiendo las manos detrás de la espalda.

Guasch se levantó, se colocó frente a ella y sintió, con embriagadora claridad, el dulce aroma de su piel. Se preguntó qué se experimentaría al sumergirse en aquella fragancia deliciosa.

Lucía Lequerica extendió una mano con fingida inocencia. El ejemplar que sostenía era voluminoso y parecía muy antiguo.

Guasch leyó el título, escrito con letras góticas, y estalló en una carcajada.

Cantar de Mio Cid.

26

En busca y captura

Riera tocó a la puerta y esperó. Calavera permanecía junto a él bajo la tosca estructura de madera que hacía de *porxet*, dos barrotes de pino que sostenían en el aire un conjunto de ramas de palmera. Guasch se encontraba detrás de ellos y observaba a través de la lluvia el contraste entre el cuerpo menudo del subinspector y la masa rectangular del guardia. El agua le resbalaba por la cara. El suelo bajo sus pies era una gran charca. A su alrededor, media docena de guardias permanecían de pie, a la expectativa.

—¡Abran la puerta! —gritó el subinspector.

Tampoco esta vez obtuvieron respuesta.

Calavera se agachó y acercó su cabeza a la de Riera para comentarle algo. Este asintió y el guardia extendió una mano grande como una azada y golpeó la puerta con dos mazazos que resonaron como truenos. Fue un milagro que la casa no se viniera abajo.

La fachada de la pequeña edificación estaba desconchada en varios puntos. El esqueleto de piedra corroboraba que un día tuvo una apariencia más lustrosa. Riera había averiguado que se encontraba en estado de abandono antes de que los hermanos la remendaran con el empeño justo para habitarla y protegerse de las inclemencias del tiempo.

Los ánimos de la tropa estaban exaltados mientras se dirigían hacia allí. Quien más, quien menos, lo expresaran o no en voz alta, todos tenían la sensación de que la investigación estaba a punto de concluir: subirían, capturarían a los sospechosos, que confesarían y pedirían clemencia, y regresarían de nuevo, triunfantes. Guasch, aunque prudente, no podía escapar de la ola de optimismo y sonreía distante

ante los divertidos relatos del cabo Sardina, que resultó ser un excelente narrador. Riera no quiso quedarse atrás y contribuyó a amenizar el trayecto con algunas anécdotas hilarantes que los hombres rieron con ganas. El subinspector mostró a Guasch, con el orgullo de un buen padre, el avance de los trabajos de la que sería la primera carretera de la isla o, mejor dicho, el primer camino que permitiría la rodadura de carros y que uniría la ciudad de Ibiza con la villa de Sant Antoni. Un niño, al que Riera llamó cariñosamente Bellet, rellenó sus botas de agua y les contó unos chistes picantes a cambio de unas monedas. Doña Dolores resultó ser, para desgracia de la tropa, una diestra meteoróloga y su pronóstico de lluvias se materializó apenas llegaron a la iglesia de Sant Rafel. En Forada, la llovizna se había transformado en un aguacero. Pese a ello, continuaron el camino: querían acabar la faena cuanto antes. Esquivaron la casa de Miquela, la madre de los Tets, para no desvelar sus intenciones y evitar que alguien se les adelantara y alertara a los sospechosos.

Riera se giró y expresó lo que era obvio para todos.

—Aquí no hay nadie.

El aire que exhalaba formaba una neblina blanca que se disipaba alrededor de su cara de malas pulgas.

Todas las miradas convergieron en Guasch, que no tenía ninguna intención de sentarse a esperar. En el ambiente flotaba la sensación de que el viaje había sido en balde.

—Esta noche dormiremos aquí dentro. Tenemos dos alternativas: usar la llave o derribar la puerta. Vamos a darle una oportunidad.

Guasch inspeccionó la cerradura mientras los guardias buscaban por los alrededores. Conocía a un puñado de sujetos que la hubieran abierto con una algarroba, pero en ese momento se encontraban muy lejos de allí. La mayoría entre rejas. Nunca se había instruido en un arte, el de la ganzúa, al que tarde o temprano debía recurrir en la mayoría de sus investigaciones. Anotó mentalmente que debía poner remedio a eso.

Los guardias hurgaron en los corrales destartalados, en los huecos de los árboles y entre las piedras de los *marges* que rodeaban la casa, sin

resultado. El periodo de gracia había expirado. Guasch miró a Calavera, que no necesitó de mayores instrucciones; el cabo aferró un hacha que cargaba una de las mulas y la incrustó sin contemplaciones al lado de la cerradura. Seis hachazos y menos de un minuto después, la hoja crujió y se partió en dos. ¿Quién necesitaba una ganzúa teniendo a Rodrigo Calavera?

Entraron y, bajo la luz de varias mechas, inspeccionaron el *porxo*, la cocina y las dos habitaciones de la casa. No encontraron nada que incriminara a los Tets en el doble crimen. La humedad y la sensación de vacío recordaban al escondite de contrabandistas y Guasch percibió el mismo efecto de abandono. Los cuchicheos de los guardias daban a entender que habían llegado a la misma conclusión. Fue Riera quien puso voz a sus temores:

—¿Habrán escapado estos malparidos?

Alguien trajo paja seca y ramas de los corrales y encendieron un fuego en la cocina. La tropa se diseminó por el suelo con el ánimo abatido. A Guasch le asignaron el mejor lugar, junto al hogar, pero se lo cedió a Riera aduciendo que tendría calor.

Fuera, la lluvia les había concedido una tregua.

Antes de tumbarse en un rincón del *porxo* sobre una fina esterilla de cañas, Guasch dio unas indicaciones rápidas.

—Señores, hoy ha sido un día largo. Mañana registraremos los alrededores e iremos a hablar con la madre de los sospechosos. Ahora tratemos de descansar.

Contra todo pronóstico, se durmió en el acto.

Guasch se despertó con la imagen de los delicados tobillos de Lucía Lequerica en la cabeza. Aunque su sueño distaba de ser impúdico, se sintió turbado, como si hubiera profanado un recinto sagrado. Sonrió ante la sensación de sentirse igual que un adolescente. Quién lo hubiera dicho. Trató de realizar el siempre difícil ejercicio de calibrar los sentimientos propios y concluyó que la atracción que sentía por Lucía iba mucho más allá del mero aspecto físico, que también: le gustaba la

idea de mantener una simple conversación con ella, de escuchar sus razonamientos sobre cualquier materia y de comprender su visión del mundo. Le encantaba escuchar su risa y reír con ella. Nunca había sentido tal fascinación por ninguna otra mujer.

Tomó conciencia de que esa noche no había sufrido pesadillas. El supuesto espectro de su madre no lo había absorbido hacia el fondo de ningún mar inescrutable; tampoco lo había aferrado por un pie en una alberca repleta de algas ni le había acusado de haber provocado su muerte. No es que la angustia lo atacara todas las noches, pero sí era habitual despertarse con mal sabor de boca y el alma encogida.

Cuando se levantó en la penumbra sintió que le dolía todo el cuerpo. Estiró las piernas y se masajeó los hombros. Todos dormían a su alrededor. La mayoría habían buscado las esquinas del *porxo* y de la cocina, como si estas los protegieran mejor de la humedad o de los espíritus de las sombras. Salió con sigilo y se encontró con Riera, que fumaba con un pie apoyado en la fachada y los ojos en alto. La lluvia había cesado, el velo de nubes se había disuelto y el firmamento mostraba un manto oscuro y estrellado, agrietado por una pincelada ocre en el horizonte lejano. Hacía un frío intenso, pero tolerable.

—¿No puede descansar? —preguntó Riera.

—He dormido en lechos más confortables. ¿Y usted?

—Soy de despertarme temprano. Por cierto, gracias por cederme su sitio junto al fuego.

—No era necesariamente mi sitio. Además, es cierto que no soporto el calor.

Riera lo observó con curiosidad.

—Claro…

Los dos hombres examinaron un buen rato el cielo, pensativos. El humo de pota ondeaba perezoso y los envolvía con su olor pestilente.

—¿Los encontraremos? —preguntó Riera.

—Espero que sí. Sea como sea, el logro ha sido identificarlos.

—¿Cree que son ellos?

—¿Usted no?

—Sí —confirmó el subinspector—. Claro que sí.

Guasch lo miró de soslayo.

—¿Sabe? Como le dije, en el Cuerpo trabajamos siempre en parejas, y le confesaré que los primeros días aquí tuve una cierta sensación de abandono. Me inquietaba tener que enfrentarme a un caso yo solo. Era como si el equipo estuviera incompleto y le faltara destreza y experiencia.

—¿Me está llamando inepto?

Rio.

—En absoluto. Lo digo por mí. Hasta ese momento siempre me había sentido arropado por compañeros más fogueados. Por eso era todo un reto. Usted ha demostrado estar más que a la altura: ha identificado a los hermanos, los ha relacionado con el notario y ha interrogado de manera brillante al principal testigo del caso. Si estamos aquí es gracias a su pericia.

—Si piensa pedirme matrimonio, sepa que me negaré.

Guasch rio de nuevo y extendió la mano. Riera le miró extrañado y le pasó el cigarrillo.

—Pensaba que no fumaba.

Guasch se lo llevó a los labios e inhaló una bocanada de fuego amargo que le abrasó los pulmones y le hizo estallar en un violento ataque de tos. Apoyó las manos en los muslos y se plegó sobre sí mismo para calmar la convulsión. Riera posó divertido una mano en su hombro. Cuando logró serenarse sintió los ojos empañados en lágrimas y le devolvió el cigarrillo a su legítimo propietario. Le quedó en la boca un desagradable regusto a esparto, bacalao y limón amargo.

—Es que no fumo —dijo en un hilo de voz—. No me extraña que la venta de este veneno esté prohibida por ley.

Riera dio otra calada al cigarrillo y dejó que el humo manara sereno por sus orificios nasales.

—Ni comercializar ni sembrar para consumo propio. Quien quiera fumar, que pase por los estancos oficiales y pague religiosamente. ¡El veneno es la Hacienda pública, Guasch, no esta delicia de la naturaleza!

La franja de luz se expandía y ganaba el pulso a la oscuridad, que tocaba en franca retirada clamando venganza en la próxima batalla. El

color ocre se había derretido en una gama infinita de tonos cálidos que abarcaba desde el amarillo pálido al rojo intenso.

Del interior de la casa surgieron las primeras voces.

—Se acabó el romanticismo —suspiró Guasch.

Entre los dos terminaron de despertar a los guardias, que se desperezaron, se asearon con el agua de un pozo y royeron unos mendrugos.

Guasch los mandó dispersarse por la zona con la escasa esperanza de hallar algo de lo sustraído en Sant Jordi. Como imaginaba, no apareció nada.

—La casa de Miquela Serra está a una hora de camino —informó Riera.

—¿Es viuda?

—No, el marido vive con ella, ¿por qué?

—Porque nunca se refiere a él.

—Cuando la conozca, lo comprenderá. Miquela echó a sus hijos de casa aduciendo que no quería vagos ni irresponsables por allí. Con su esposo no es mucho más benévola.

—¿Eso quiere decir que colaborará con nosotros o todo lo contrario?

—Quiere decir que la señora tiene carácter.

Según lo previsto, tardaron poco más de una hora en llegar. No parecía haber nadie en la alquería. Los guardias se apostaron en la entrada y Guasch y Riera se dirigieron a los corrales, en la parte trasera. Miquela Serra daba de comer a unas gallinas famélicas y no se sorprendió al verlos llegar:

—*Emperobonu, Riera, estàs molt vell… i molt lluny de Vila!*

—*Bon dia, Miquela. Tú també estàs fantàstica, gràcies*. Queríamos hablar con tus hijos.

—¿Los Tets? —La mujer mostró una dentadura amarillenta—. ¿En serio esperabas encontrarlos aquí?

—No, pero quizá puedas decirnos dónde están.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio? —inquirió Guasch.

—¿Y usted es…? —La payesa lo miró de arriba abajo.

—Discúlpeme, me llamo Marc Guasch.

—¿Y por qué acompaña a Riera?

—También soy policía. Estamos buscando a sus hijos.

—Sí, eso ya lo he entendido, y casi prefiero no saber por qué. Pues mire, señor Marc Guasch, la última vez que los chicos se dignaron a pasar por aquí fue hace un par de meses.

—¿Cuando coincidieron con su primo Josep?

Miquela puso los brazos en jarras.

—Vaya, está bien informado.

—¿Desde entonces no ha vuelto a verlos?

La mujer cogió un puñado de cebada y lo tiró a los pies de las gallinas, que picotearon con entusiasmo. Un gallo los observaba desde un rincón, quizá valorando si aquellos gigantes suponían una amenaza para su liderazgo en el corral.

—No los veo, *com diu aquell*, con mucha frecuencia. Un par de veces al año.

—Buscastell queda cerca, ¿cómo es que no vienen a verla más a menudo?

—Pregúnteselo a ellos cuando los encuentre, pero imagino que no debe de hacerles mucha gracia que les cante las cuarenta cada vez que vienen. Sea como sea, es muy aventurado decir que viven en Buscastell. Medio arreglaron Ca Na Curta y, por lo que tengo entendido, la emplean de vez en cuando. Ellos son de ir de aquí para allá.

—¿Haciendo qué?

—El tarambana, porque otra cosa…

—¿Y sabe dónde podemos encontrarlos?

—Pregunte a sus amigotes, seguro que ellos pueden decírselo.

Miquela dio media docena de nombres y Riera se llevó el dedo a la sien.

Varios puñados de cebada más tarde la mujer dio por concluida la alimentación animal y la siguieron hacia la parte frontal de la casa, donde descubrió a la tropa.

Miró a Riera con el entrecejo fruncido.

—*Arredecony, i tant de guardia?* Ni es tiempo de *pebrassos*, ni he oído que estallara ninguna guerra. ¿Me cuentan por qué buscan a mis hijos?

Ahora sí quiero saberlo.

Aquel énfasis hacía presagiar una actitud defensiva. ¿Qué madre no se posicionaría a favor de sus hijos, independientemente del tipo de asuntos en los que estuvieran involucrados?

—Tenemos sospechas fundadas para creer que los Tets están implicados en las muertes del mossènyer de Sant Jordi y de su criado. ¿Qué puede decirnos?

Durante un momento Miquela no supo reaccionar y Guasch dio por supuesto que aquello era algo excepcional en aquella mujer.

—Diría que bromean, pero visto el despliegue me temo que hablan en serio. ¿Qué significa exactamente «implicados»?

Guasch decidió arriesgarse.

—Que pueden haber cometido el crimen. ¿Lo cree posible?

Miquela suspiró, separó las piernas y puso de nuevo los brazos en jarras.

—¿Importa algo lo que yo crea?

—Me ayudaría a comprender qué clase de personas son sus hijos.

—Pues si sirve para eso le seré franca y le diré que no. No creo que hayan sido ellos. Una cosa es ser un zángano o un caradura y otra muy diferente un asesino.

—Entonces ¿diría que son inocentes?

—Sí, lo creo, aunque yo no pongo la mano en el fuego por nadie, ¿entiende? Me parece que la mejor manera de resolver la duda es encontrándolos: si no son culpables, ya se lo dirán ellos. Como le decía, hable con sus amigos, suelen moverse entre Cala de Bou y Corona.

—¿Crees que pueden haber abandonado la isla? —preguntó el subinspector.

—Hombre, Riera, pensaba que te había comido la lengua el gato. ¿Quieres decir para siempre? Imagino que habrían pasado a despedirse.

Guasch cayó en la cuenta de algo.

—¿Está su marido en casa? Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿A él? ¿Para qué?

—¿Está aquí sí o no?

—Sí, sí, ¿cómo no? Vayan al corral de los cerdos. Lo reconocerán

porque, de entre todos, es el único que lleva sombrero.

Y, con un gesto seco, se despidió y entró en su casa.

27

Juegos prohibidos

De regreso a Vila hicieron un nuevo alto en el camino. Los hombres estaban cansados después de las caminatas, de la mala noche y de la decepción de no haber capturado a los escurridizos hermanos.

Bellet volvió a suministrarles agua, aunque esta vez, advirtiendo el desánimo entre la soldadesca, optó por entonar unas canciones melancólicas. El chico tenía ojo para adaptarse a las circunstancias. Guasch escapó de su ensoñación para prestar atención a una de las letras, que trataba de unas hermanas pastoras que habían sido capturadas por una barca de moros en Pou des Lleó y que se despedían, con nostalgia, de las tierras alegres por las que solían caminar. La mayoría de los guardias no comprendían el significado de la canción, pero se dejaron hechizar por la tonada lenta y afligida.

Guasch recordó a Pere Fang.

—Vive a una hora de aquí —confirmó Riera—, hacia poniente.

—Parece que estemos siempre a una hora de todo.

—¿Vale la pena ir a verlo?

—No tengo nada mejor que hacer, ¿y usted?

Riera suspiró. De repente parecía agotado.

—¿Por qué no? Vamos, este momento es tan malo como cualquier otro.

—¿Tan malo?

—Es una forma de hablar, no se lo tome todo al pie de la letra.

También parecía estar de mal humor.

Guasch dio un par de monedas a Bellet y se despidieron de los guardias que, con Sardina a la cabeza, retomaron el camino hacia la ciudad.

Guasch y Riera se dirigieron al oeste.

El cielo de mediodía lucía despejado. A lo lejos, una cordillera de nubes esponjosas emergía de unas colinas verdes. La temperatura había subido varios grados. Riera estaba especialmente taciturno y Guasch decidió darle conversación.

—Miquela y usted también se conocían.

—Aquí nos conocemos todos.

—Ya me he dado cuenta. La cuestión es que se conocían bien.

—Somos de la misma quinta y de *véndes* cercanas, eso es todo.

—Debe de resultar extraño no dar un paso sin conocer o ser reconocido por cualquiera.

—Cierto. —El subinspector hizo una mueca difícil de clasificar—. Este es un sitio pequeño y, al final, todo se acaba sabiendo.

Guasch le miró de reojo y no supo descifrar si aquella afirmación iba o no con segundas.

Poco antes de llegar a Can Fang escucharon chillidos y risas de niños jugando. Pere Fang les saludó con una mueca y Riera se le quedó mirando bloqueado, sin saber cómo empezar.

—*Bones tardes,* Pere —se limitó a decir.

Optó por presentarse.

—Marc Guasch —dijo tendiendo una mano que el hombre estrechó con reservas—. Disculpe las molestias. Queríamos hacerle unas preguntas.

—¿Sobre…?

—¿Conocía a Joan des Camp?

—¿El mossènyer?

Guasch asintió y Fang frunció los labios.

—No demasiado, ¿por qué?

—¿Qué puede decirnos de él?

El payés les contó cuatro banalidades y concluyó diciendo que lo habían asesinado hacía un mes, «como ya sabrán».

—Es curioso que no mencione que era hermano de Pep. Son amigos, ¿verdad?

Pere Fang miró a Riera.

—¿A qué viene esto? Sí, claro…

—¿Y él no le hablaba de Joan?

—No tenían relación.

—¿Qué puede decirme de Pep?

—¿De Pep? Ya lo ha dicho usted, somos amigos: un tipo trabajador con una mala fama inmerecida.

—No es eso lo que he oído.

—La gente tiene una idea equivocada de él y de su fondo. Hablan sin saber. Quería a su hija y quiere a su mujer…

—¿A su mujer? —exclamó el subinspector—. La querrá a su manera: *a manegades*.

—¿Ve? —Fang pasó la mirada de Guasch a Riera—. No hagas caso de las habladurías. Eso no lo has visto con tus propios ojos. Yo nunca he presenciado ningún maltrato, más bien al contrario. Mire, Pep es un tipo duro y frío, como tantos otros por aquí. Eso es todo.

—Ya… —dijo Riera.

—Le afectó mucho la muerte de Catalina, su hija.

—¿A Pep o a Maria?

—A Maria seguro que también. Yo me refería a Pep. Pero bueno, díganme en qué puedo ayudarles. Supongo que no habrán venido hasta aquí para hablar de Pep des Camp, ¿no?

Su tono era ahora más distendido. Riera miró a Guasch, Guasch miró a Riera… y decidió tomar la iniciativa.

—Pues mire, casualmente sí.

—¿Me está diciendo que han venido desde Vila hasta mi casa y han hecho cerca de dos horas en mula para, por casualidad, hablar de mi amigo Pep? ¿Y qué quieren saber?

La distensión había durado poco.

—Lo que nos estaba contando: cómo es, cómo lo ve últimamente…

—Pues no lo veo. Antes era solitario, pero desde que murió su hija lo es todavía más.

—¿Y desde que murió Joan? ¿Ha notado algún cambio adicional?

Dos niños llegaron corriendo y se pusieron a dar vueltas a su alrededor entre gritos. Blandían sendas cañas que usaban a modo de

espada y con las que simulaban batirse en duelo. Fang les mandó callar y se marcharon sin dejar de reír, a continuar su lucha en algún escenario menos hostil.

Pere Fang prolongó la pausa antes de responder.

—Fueron dos muertes muy cercanas, imagino que el fallecimiento de un hermano con quien no se trataba no debió de afectarle mucho después de haber perdido a su única hija.

—Entonces ¿diría que su comportamiento se vio alterado por la muerte de Catalina, pero no tras el asesinato de don Joan?

—Sí, eso es lo que diría. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

Guasch pensó en lanzar un tiro al aire.

—Ya sabe por qué estamos aquí y lo que buscamos, Pere. —El payés levantó una ceja y permaneció en silencio—. Pep no pasó la noche en casa.

—¿Cuándo?

Vio su nuez bajar y subir. Sabía algo.

—Ya sabe cuándo: la noche que asesinaron a Joan.

—¿Cómo…? —Fang lanzó una nueva mirada de reproche al subinspector—. *No et pareix que això és anar massa lluny?*

—Sé listo, Pere —advirtió Riera—. Limítate a responder.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Soy su amigo, no su carabina. ¿Por qué no se lo preguntáis a él?

—Ya lo hemos hecho —confirmó Guasch.

—Pues ya saben la respuesta, aunque salta a la vista que no es la que querían escuchar. ¿Qué esperan de mí, que le traicione? —Pere Fang cruzó los brazos sobre el pecho y escupió unas palabras que sonaron como una bofetada—. Váyanse al infierno.

Regresaron a la ciudad sin apenas intercambiar palabra, se despidieron en la plaça de la Constitució y quedaron en verse en la reunión de la mañana siguiente. La oscuridad había conquistado el firmamento, el frío era riguroso y la noche poco apacible. Una más. Guasch se dirigió al hostal para asearse antes de visitar a Lucía.

Al llegar a la plaça de sa Tertúlia oyó un grito y el portazo de una ventana al cerrarse:

—*Silenci, collons! Cada nit es mateix romanço!*

El alarido provenía del callejón al que daba la parte trasera de la fonda. Guasch decidió acercarse. Junto a un portal encontró un bulto que emitía un gemido intermitente.

—*Aigua va!* —gritó alguien por encima de su cabeza, dándole apenas un instante para apartarse y evitar un baño de aguas sucias. El impacto del líquido contra el suelo le salpicó e impregnó el ambiente de un fuerte olor a orín.

Guasch se acuclilló junto al hombre y el hedor a sudor agrio y a alcohol se entremezcló con el de excrementos. El bulto empezó a temblar y a sollozar.

—¿Se encuentra bien? ¿Está herido?

—Váyase —dijo la voz rota de Onofre—. Déjeme en paz.

A Guasch no le habría importado obedecer, pero en vez de eso se oyó decir:

—Vamos, le acompañaré a su habitación.

—¡He dicho que se largue!

Guasch exhaló, se incorporó y, sin añadir una palabra, se dirigió hacia la puerta trasera de la fonda y la aporreó.

Una cabeza asomó de un ventanal alto.

—*Voleu callar-vos d'una puta volta?* —gritó una voz de hombre.

Guasch se estaba empezando a cansar de aquella situación.

—¡O se calla y se mete dentro ahora mismo o hago que lo tiren al puerto!

La ventana se cerró al instante y un Guevara de mirada interrogativa se dejó ver por la rendija de la puerta.

—Ayúdeme con Onofre, por favor.

Obviando las quejas y las amenazas del expatriado lograron colocar sus brazos alrededor del cuello e introducirlo en la fonda medio a rastras. Los contados parroquianos del salón apenas les dirigieron una mirada indiferente mientras lo subían entre tropezones por la escalera.

El cuartucho de Onofre era un agujero sin ventanas ni más espacio

que el necesario para abrir la puerta; entraron de lado, apartando a puntapiés un mar de vasos y botellas dispersos por el suelo. El olor reinante no difería demasiado al del callejón. Guasch le quitó el abrigo y los zapatos y apenas lo tumbaron en el catre se quedó profundamente dormido. Lo tapó con una frazada raída y salió al pasillo con Guevara.

—No comprendo por qué este hombre se autodestruye de esta manera —lamentó.

—No tiene nada ni a nadie —respondió el posadero—, ni motivación ni esperanza alguna. Se ha quedado sin argumentos para vivir.

Guasch lo miró fijamente.

—Eso es imposible: siempre hay algo…

—¿En serio? —Guevara le dio una palmada amistosa en el hombro—. Dígaselo a él.

Y bajó al salón para seguir abrevando a su regimiento de almas en pena.

Guasch entró en su habitación, se quitó la capa y se tumbó en la cama. Estaba rendido.

Recordó el corral de Miquela Serra y lo visualizó repleto de gallinas que picoteaban y cacareaban, primero con un gorjeo distante, después con unos graznidos estridentes que se deformaron hasta convertirse en la risa aguda de doña Dolores: «¿Quiere tomar a Lucía como legítima esposa? Es encantadora y su familia muy respetable. Acompáñeme, ¡el vicario los casará de inmediato!». Las facciones de la gobernadora se transformaron en el retrato de la madre de Lucía, que se fundía y se desparramaba del lienzo mientras le urgía a tratar a su hija con respeto. Fructuosa fregaba apurada con un trapo la pintura que chorreaba por la pared y dos hombres, seguramente los hermanos Serra, le exigían a gritos que frotara con más brío. Riera les mandó callar y comenzó a reír a carcajadas, a aplaudir y a golpear el suelo con los talones metálicos de sus *espardenyes*. Pum, pum, pum. El subinspector se giró hacia Guasch y le susurró al oído: «¿No va a levantarse?».

Guasch abrió los ojos, o eso supuso, pues la negrura seguía adherida

a sus retinas. Estaba embotado y era incapaz de discernir dónde quedaba el suelo y dónde el techo, ni si estaba dormido o despierto. Pum, pum, pum. Los golpes sonaron de nuevo, y lo hicieron en su puerta. Sintió que le faltaba el aire, como si estuviera encerrado en un ataúd. Se puso en pie con lentitud y se dirigió a tientas hacia la entrada, pero algo le hizo trastabillar y cayó al suelo con estruendo. Sintió un pinchazo intenso en las costillas.

—¿Señor Guasch? —dijo la voz preocupada de Guevara al otro lado —. ¿Hola?

Guasch quiso responder, pero solo alcanzó a emitir un sonido gutural.

—¿Se encuentra bien? ¡Voy a entrar!

La puerta se entreabrió y dio paso a la luz temblorosa de un farol, seguida del rostro iluminado del posadero. Dejó la lámpara en el escritorio y se inclinó para ayudarlo. Su tacto era tan real como el dolor que le aguijoneaba el costado. Se sentó en la cama.

—No es nada serio, Miquel. No se preocupe. ¿Qué hace aquí arriba?

—He oído gritos y he subido pensando que se trataba de Onofre, pero era usted: debía de estar soñando. —Agarró el farol—. Le dejo dormir.

Guasch recordó detalles del sueño. Y de los últimos días. Y de ciertas situaciones.

Una idea empezó a abrirse paso en su mente mientras un sabor agrio y pastoso se le enganchaba al paladar.

La voz del sereno anunció fuera las dos de la mañana. Se había levantado un viento animoso y con seguridad el frío sería más contundente que antes. No se le ocurría un mayor desincentivo para salir a la calle y, sin embargo, tenía que hacerlo. Se frotó las sienes.

—Me encantaría, pero debo hacer unas averiguaciones.

—¿Cómo? ¿A estas horas?

Guasch asintió pesaroso.

—No puedo demorarlo más.

La plaça de la Constitució estaba desierta. Guasch y Usechi

serpentearon por la rampa que ascendía hasta el Portal del Mar. El cabo había tardado poco en salir de la cama y prepararse; como buen militar, había obedecido sin hacer preguntas.

Guasch golpeó el portón con decisión. La voz irritada del vigilante se unió al silbido de la ventolera.

—¿Quién va?

—¡Soy Marc Guasch! Necesito entrar, es importante.

—¿No ve que está cerrado? ¡Pase mañana y deje de joder!

—Creo que no sabe quién soy.

—Sí, claro, Marc Guasch. Lo acaba de decir.

Tras la puerta repiqueteó una risa femenina y el vigilante siseó mandándola callar. Guasch sintió cómo una ola de calor le abrasaba por dentro y, cuando Usechi fue a replicar, levantó la mano para detenerlo. Apoyó la frente en la madera y habló sin alzar la voz.

—Me parece que no lo ha entendido. O abre ahora mismo esta puerta o me encargaré personalmente de que pase en prisión los próximos veinte años por obstaculizar una investigación. También su amiguita acabará en galeras, así, si consiguen salir vivos podrán contarse las respectivas experiencias y transmitirse las enfermedades que hayan contraído. ¿Me he explicado?

—¿Cómo…?

—Haga las comprobaciones oportunas. Tiene un minuto.

—Pero oiga, yo no…

—Cincuenta y ocho segundos…

Se oyó el sonido de pasos alejarse y, al poco, regresar a la carrera; la tranca del portón raspó la madera y, con las prisas, cayó al suelo con estruendo. La lama se abrió quejumbrosa y dos soldados se apostaron a un lado en posición de firmes, clavando las miradas en el infinito. No había ni rastro de la compañía femenina. Guasch se apostó frente al más joven.

—¿Nombre?

El hombre pronunció unas palabras embrolladas.

—No le entiendo.

—Diego Torres, señor.

—Míreme, Torres. —El soldado enfocó los ojos con esfuerzo—. Ha tardado dos minutos. ¿Sabe lo que significa eso?

—¿Que… que va a meterme veinte años en prisión?

—Quédese con la idea de que está en deuda conmigo.

—Sí…, sí señor.

Guasch y Usechi se apoderaron de sendos faroles y continuaron la ascensión hasta el ayuntamiento. Guasch tocó al portón sintiendo la mirada interrogativa del cabo en el cogote. Los pasos arrastrados del celador se acercaron hasta la puerta y, tras la aclaración pertinente, la abrió sin demora.

El archivo de la ciudad estaba en el primer piso, al final del pasillo de uno de los dos claustros de tres alturas del antiguo convento dominico. La estancia era un maremágnum de papeles amarillentos y carpetas de color crudo apiladas en estantes, escritorios e incluso en el suelo. Guasch apoyó la lámpara sobre una silla y contempló los legajos.

—¿Qué tenemos aquí?

—Un poco de todo —aclaró Usechi mientras encendía unas lámparas —. Está clasificado por temas. Los guardias que revisan el archivo han buscado cualquier información sobre las víctimas y por lo comprobado hasta ahora no les fueron intervenidas armas prohibidas ni fueron pillados *in fraganti* en partidas de cartas ilegales. No estuvieron involucrados en altercados con intervención de la autoridad; no acudieron al *hospitalet* ni fueron denunciados por robo, estafa o escándalo público, como bañarse desnudos a la vista de la ciudad o colarse en la *Cova de Ses Dones*; tampoco reclamaron sus pasaportes ni solicitaron los documentos sanitarios necesarios para salir de la isla. En definitiva, desde un punto de vista oficial, no existieron.

—Entiendo.

—¿Qué hay que hacer?

Guasch le explicó las sospechas que tenía en mente.

—Eso es un poco vago, ¿no?

—Lo sé, vamos a ciegas. Digamos que me interesa encontrar cualquier vestigio que haga referencia a ese hombre. Estoy convencido de que oculta algo y quiero averiguar qué es.

—Pero quizá no…

—Si no encontramos nada, me quedaré más tranquilo.

Guasch se pellizcó el labio inferior. La cabeza le daba vueltas y le dolía el golpe. Pensó que se había roto alguna costilla y lamentó su torpeza. No tenían tiempo de revisar todos aquellos legajos en unas pocas horas, por lo que tendrían que priorizar. Hizo el ejercicio de clasificar mentalmente los tipos de documentos en base a la mayor o menor probabilidad de obtener información del sujeto en cuestión.

Levantó la mirada hacia el navarro, que esperaba paciente.

—Empecemos por las intervenciones de armas no registradas y por el juego ilegal.

La búsqueda fue más rápida de lo esperado y, por suerte y también por desgracia, muy productiva.

Guasch le pidió al guardia máxima discreción con respecto a los hallazgos, lo dejó ordenando los documentos y salió del archivo dispuesto a enfangarse. El celador le dio unas indicaciones nerviosas y precisas y le aconsejó que no olvidara el farol, aduciendo que la luna cobarde no penetraba en los callejones estrechos.

El viento frío lo envolvió, pero él apenas lo sintió. La rabia lo inmunizaba frente al dolor y le agudizaba los sentidos: vio una sombra moverse tras una cortina y un gato cobijarse en una escalera; apreció el perfume intenso del mar, a brea y sal, y paladeó el sabor de su indignación.

Bajó por las calles del convento y Sa Carrossa y pasada la plaça de Ses Ferreries subió por una escalera de piedra que traspasaba un edificio y desembocaba en un pasadizo silencioso. Torció por una callejuela farol en alto y caminó hasta la última de las casas, de fachada angosta y una sola planta.

Había llegado.

Dio tres golpes rápidos y, apenas unos segundos después, como si le estuvieran esperando, se entreabrió una ranura por la que asomó un ojo que no se sorprendió al verle. La puerta se abrió por completo.

—Pase —lo invitó Riera.

Guasch se encontró en un espacio reducido que hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar. Una mesa y tres sillas ocupaban buena parte de la estancia. El muro de fondo era de piedra viva, un hueco excavado en la montaña. El subinspector vivía en una cueva. En un agujero ardían unos troncos que emitían una luz tibia y un calor moderado. La tos de un niño pequeño les alcanzó desde la pieza contigua.

—¿Quiere agua?

—No. —Guasch dejó caer el legajo de papeles sobre la mesa—. Quiero una explicación.

Riera tomó asiento y lo miró con ojos serenos, sin asomo de la tensión o el mal humor de los que había hecho gala a lo largo de la jornada.

—Los conozco —respondió Riera sin desviar la mirada.

—¿Así, sin revisarlos? ¡Qué habilidad tan portentosa! ¿Y puede decirme qué son?

—Redadas y detenciones en partidas de juegos prohibidos, que suelen ser timbas clandestinas de brisca. La autoridad las persigue porque no pueden sacar tajada en forma de impuestos y tasas. Lo de siempre.

—Ya, pero resulta que esa autoridad era usted. Tenía razón, Riera: al final todo se acaba sabiendo.

Guasch desató el cordel y cogió la hoja con el calendario que acababan de preparar. La tos del niño se convirtió en un llanto que vino acompañado del siseo rítmico de una mujer que lo acunaba.

—Participó en casi medio centenar de detenciones, algunas multitudinarias; luego su ritmo de actuación decayó de manera fulminante en unas pocas semanas: la última fue hace cinco años.

—Quizá falten algunas, pero diría que en general la información es correcta.

—¿Y no tiene nada que explicarme?, ¿algo relacionado con el caso?

Riera se levantó con esfuerzo, cogió dos tazas de loza y las rellenó con el agua de un cántaro. Puso una frente a Guasch, que todavía

permanecía en pie, dio un pequeño sorbo a la suya y se sentó de nuevo.

—Voy a contarle una historia. —Riera bebió otro sorbo, largo, como adelantando que el relato no sería breve—. Antes de ser policía yo trabajaba en el campo. El problema fue que junto con la finca también heredé de mi padre su pasión por los naipes, aunque no su habilidad. Él solía decir que la clave para ser un buen jugador es perder poco cuando se pierde y ganar mucho cuando se gana. Algo tan obvio se traduce en saber presionar en determinados momentos y frenar, incluso abandonar, en otros. Pues bien, yo no supe. Tomé decisiones poco prudentes con buenas manos y perdí. Lo perdí todo o, mejor dicho, más que todo, ya que todavía hoy, varios años después, sigo liquidando deudas pendientes.

Guasch se sentó por fin y cruzó los brazos.

—En definitiva, que yo era un jugador. Y digo «era» sin saber si de verdad, como los alcohólicos, se puede dejar de serlo. Puedo asegurarle que hace años que no toco un naipe. Ni putas ganas. Cuando perdí la finca descarté quedarme como mayoral en mi propia casa. No se me ocurría una humillación mayor. Tenía esta cueva que conseguí mantener y traje a mi familia a vivir aquí. Sabía que el viejo subinspector iba a jubilarse y conseguí el puesto con facilidad. Ya sabe, el conocido de un conocido que trabaja en el sitio apropiado… Lo gracioso es que lo que empezó como una huida hacia adelante me terminó gustando, y tanto me metí en el papel que una noche participé en la redada de una partida clandestina. Yo podía haber estado entre los detenidos, pero el destino quiso que estuviera al otro lado. Como conocía bien la dinámica lideré algunas detenciones: sabía dónde y cuándo eran las timbas y hasta quiénes eran los asistentes.

—Y detuvo por primera vez a Pep des Camp.

—Le arresté en tres ocasiones. La primera, a la que usted se refiere, fue una noche en su casa. Se llevó doble multa: una por participar en la partida y otra más sustanciosa por organizarla. Desde entonces Pep no me tiene en alta estima, como pudo comprobar. No le culpo. Seguí con las redadas un par de años más.

—En las que capturó, entre otros, a Xicu Multons o a Pere Fang.

—Eso fue en Can Fang, y Pere se llevó también un buen garrotazo.

—Usted sabía que el dinero de Multons provenía del juego.

—Lo supuse, claro. ¿De dónde va a sacar un miserable como Xicu dinero si no? Sabía que él no había cometido el crimen y que debió de tener una buena noche. En este caso sí puede hablarse de suerte, porque no es demasiado habilidoso. Hice mis averiguaciones y me confirmaron que había ganado una suma importante en una partida en Morna.

—¿Suficiente para comprar la finca de la vecina?

—Palmo más palmo menos, aunque ahora que tiene el miedo en el cuerpo procurará no mostrar ese dinero en un buen par de años.

—¿Qué más?

—De Multons poca cosa, aparte de…

—De él no, de usted.

—¡Ah! En un momento dado la situación dio un giro inesperado. Se me planteó una encrucijada que no pude… que no supe rechazar. Era demasiado fácil.

—Le ofrecieron dinero a cambio de mirar para otro lado.

Riera lo contempló con cara de resignación.

—Eso no aparece en ningún documento. Un tipo me entregó una cesta con *xereques*… buenísimas, por cierto. ¡Debería probarlas! La mujer las prepara con orégano y matalahúva y las…

—Riera, maldita sea.

—Sí, sí, disculpe… Pues eso, que el fulano ese me dijo que estaría encantado de que esa noche no pasara por su casa de Ses Feixes. Dentro de la cesta, debajo de los higos, había otro detallito para mí. Tuve que decidir si iba a detenerlo o no, y fue sencillo convencerme de que no hacía daño a nadie. La voz corrió entre los jugadores y la situación se fue repitiendo con rapidez.

—Por eso el número de detenciones se redujo de manera drástica.

—Llegó un punto en el que, sin exagerar demasiado, no se jugaba una partida clandestina sin que me hicieran llegar la cortesía de rigor. El número llegó a ser tan grande que me costaba *Déu i ajuda* controlar a los guardias para que no irrumpieran en todas las casas que tenía que

cubrir. ¿Sabe aquello de que quien mucho abarca, poco aprieta? Pues bien, se produjeron redadas en partidas que debían ser seguras y uno de los asistentes llegó a quejarse delante de los guardias. Hubo ciertas sospechas que, para mi fortuna, no fueron a más.

—Y aunque no le descubrieron, perdieron la confianza en usted, o quizá fue usted mismo quien decidió que no valía la pena arriesgarse más.

—Exacto. Me obligué a recordar que como jugador no había sabido parar a tiempo y que por ese motivo lo había perdido todo. No quería cometer de nuevo el mismo error e hice correr la voz de que me retiraba.

—¿Y sus deudas?

—Pagué buena parte de ellas, en un año estaré limpio.

Guasch trató de asimilar las consecuencias de todo aquello.

—¿Es consciente de todo lo que me ha ocultado para evitar que averiguara su involucración en esta trama y su relación con algunos de los sospechosos? ¡Todavía no podemos descartar a Pep des Camp!

—Él es buen…

—¡Déjeme terminar! Si Pep tenía deudas imposibles de saldar, podía haber acudido a su hermano.

—¡Pero si no se hablaban!

—En una situación desesperada, Joan quizá fuera su única opción. ¿Sabe si Pep estaba en deuda con alguien?

—No lo he confirmado, pero lo dudo: es muy bueno.

—¿Y qué más da? ¡Los buenos jugadores también pierden!

El silencio en la habitación contigua era ahora completo. El pequeño debía de haberse dormido pese a sus voces.

—Ha mentido, Riera. Me ha ocultado información que habría permitido orientar la investigación sin perder el tiempo en, por ejemplo, los simulacros de interrogatorios de Multons o Pere Fang. Ahora entiendo por qué tenía tanto interés en liderar la entrevista de Multons, para dirigirlo con sus preguntas capciosas. —Se levantó del asiento—. ¡Está fuera de la investigación! No estoy dispuesto a trabajar con un compañero en quien no puedo confiar.

—Discrepo —repuso sin alterarse.

—¿Cómo? —Guasch no pudo evitar reírse—. ¿No ve lógico que lo aparte de la investigación?

—En absoluto. Creo no haber sobrepasado ciertos límites morales.

—Sus límites morales, Riera. ¡No hay nada más subjetivo que la moralidad!

—Es cierto que no actué estrictamente de acuerdo con la ley, y el Estado dejó de ingresar varios miles de reales por mi culpa. También los deja de ingresar por la pota que fumo. Eso es todo, pero es un mal menor. Puedo dormir por las noches. Reconozco que le oculté algunas cosas, y eso sí lo lamento. Cuando empecé a conocerlo traté de convencerme de que podía confiarle la verdad, pero aun así… no supe hacerlo. Luego me dije que la investigación estaba bien encaminada y que las sospechas sobre Pep des Camp eran irrelevantes. Quiero encontrar a los asesinos tanto o más que usted, aunque no haya actuado con total transparencia. ¿Sabe? Me atrevería a decir que soy en cierto modo como usted.

—¿Como yo qué?

Riera se levantó y sacó de una cesta una botella con un brebaje oscuro que resultó ser vino. Se sirvió un poco en la taza y le ofreció a Guasch, que lo rechazó. El subinspector apuró el contenido de un solo trago para infundirse ánimos.

—Creo que es un buen investigador, Guasch, y además un hombre justo, cualidad poco frecuente no ya en un policía, sino en una persona en general. También creo que desea sinceramente dar con los asesinos… por ser quien es y venir de donde viene.

Guasch sintió cómo se tensaba.

—¿Qué quiere decir con eso?

Riera chasqueó la lengua, como si lamentara tener que dar esas explicaciones.

—Como decía Pep, todos tenemos secretos. Quien más o quien menos, todos ocultamos algo. Los policías deambulamos a diario sobre la fina línea que separa la ley del miserable mundo de la ilegalidad, y muchos acabamos traspasando ese límite. La clave es de qué manera lo

hacemos. Le decía que yo podía dormir por las noches porque mis pecados no impiden que a la hora de la verdad yo sea un buen policía. A mi nivel, por supuesto. ¿Puede decir usted lo mismo? —Guasch fue a replicar, pero el instinto le advirtió de que le convenía callar—. La respuesta es que sí. No tengo ninguna duda, por mucho que sea el hijo legítimo del mayor contrabandista de la isla y haya crecido bajo la tutela del hombre más turbio, rico y poderoso del país.

Guasch sopesó si tenía sentido negarlo y comprendió que no merecía la pena.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Incluso los investigadores menos dotados tenemos alguna virtud. La mía es recordar las caras y las situaciones, y a veces hasta ser capaz de relacionarlas. Al verlo por primera vez me vino a la memoria el joven Formiga; aunque Valentí sea mayor que yo, recuerdo sus años de juventud. Usted es más alto y fuerte, pero eso no evita el parecido. Yo sabía lo del hijo que entregó a Picaflor, por supuesto, y cuando le oí hablar ibicenco, pensé que, por edad, podía ser usted.

—Entonces ¿lo supo desde el primer día?

—Yo no diría tanto. Solo fue una idea peregrina. La confirmación vino a raíz de su visita a Formiga solo, sin carabinas. Después, cuando se hablaba de lo relacionado con los contrabandistas usted estaba intranquilo. O eso me pareció. Sea como sea, se me despejaron las dudas.

Guasch se levantó despacio y se dirigió hacia la puerta con paso dubitativo.

—¿Representa esto un peligro para mi familia o para mí?

—¿Lo ha representado hasta ahora?

—No lo sé, dígamelo usted.

Riera negó lentamente con la cabeza.

Guasch observó al subinspector, plantado en un rincón de su humilde covacha. Parecía un buen hombre, pero había demostrado que no podía confiar en él.

—A partir de mañana quédese en casa, Riera.

—Pero si yo…

—Está fuera. Buenas noches.

Guasch cerró la puerta y se fundió en la oscuridad del callejón desierto.

28

Sangre

Unos golpes en la puerta lo obligaron a abrir los ojos. La claridad de la mañana entraba meliflua por los ventanales abiertos. Se giró dispuesto a seguir durmiendo, pero volvieron a tocar, esta vez con más ímpetu. Los sonidos eran demasiado reales como para formar parte de un sueño. Se puso de pie y el dolor del costado le confirmó que la caída nocturna había sido tan real como la visita al archivo y la conversación con Riera. Le dolían las costillas, le dolía lo ocurrido con su fiel compañero y le dolía haber sido descubierto en cuanto llegó a la isla.

—¡Ya voy!

Siendo honesto debía reconocer que él también le había mentido a Riera, solo que, como suele suceder, había considerado las propias mentiras como reservas o prudencia en lugar de un simple asalto a la verdad. La vara para medir nuestros actos es siempre menos severa que la que empleamos para los demás.

—¿Quién va? —preguntó mientras se aproximaba a la ventana.

Un par de guardias charlaban distendidos frente a la entrada. Si Riera lo hubiera vendido durante la madrugada, la actitud de aquellos hombres sería otra.

—¡Sardina, señor!

Guasch abrió la puerta.

—Le ruego que se vista rápido —dijo el cabo—. El sargento le espera abajo y está de bastante mal humor.

—¡Qué novedad! ¿Y a qué se debe esta vez su estado de ánimo?

—A que no ha asistido usted a la reunión matutina y a que un compañero ha detenido a un tipo que podría estar relacionado con el caso y está impaciente por salir.

—¿Uno de los hermanos?

—Me temo que no.

—Deme dos minutos.

El sargento mayor permanecía en pie en el salón y, a diferencia de los maltrechos militares que hibernaban en la fonda, estaba perfectamente sobrio.

—¿Dónde se había metido? —preguntó Molina.

—Imagino que la pregunta es retórica…

Al de las costillas había que añadir un fuerte dolor de cabeza.

—Ya me entiende, ¿se ha quedado dormido?

—Muy sagaz, sargento. —Se frotó las sienes con fuerza—. Le debo una disculpa por mi ausencia de hoy, pero dígame a qué viene tanta urgencia. ¿Antes no podía verme y ahora no puede vivir sin mí?

—Hemos encontrado a un hombre con las alpargatas manchadas de sangre que, por su tamaño, podrían coincidir con las de Sant Jordi.

—¿No lo han confirmado todavía?

—Le esperaba para subir con usted.

—Se lo agradezco, ¿dónde está?

—En Sant Antoni.

—¡Ah! ¿Sí? —Guasch se pellizcó el labio—. Los amigos de los Tets se mueven por allí. De hecho, nuestra tarea de hoy era tratar de dar con alguno de ellos.

—Pues tendremos que comprobar si este lo es. Por cierto, Riera tampoco ha venido esta mañana. Hemos pasado a recogerlo, pero estaba indispuesto.

—Ya…

—Nos ha dado los nombres de los chicos que listó la madre.

—Perfecto. ¿Han podido comprobar la coartada del detenido?

—Como le decía, le esperábamos para partir. No lo hemos interrogado todavía.

—Pues no esperemos más.

El grupo de guardias seguía de cháchara. Usechi se le acercó apenas puso un pie en la calle.

—Tenemos novedades de Pep des Camp —dijo.

—¿Que recibió ayer al crepúsculo la visita de un hombre de mediana edad, baja estatura y cabello claro?

—Pues sí…

El navarro estaba desconcertado.

—Es Pere Fang. Ayer le visitamos y habrá querido advertir a su amigo de que estamos indagando sobre él. Creo que a estas alturas Pep ya se habrá dado cuenta, ¿no cree? ¿Ha sucedido algo especial?

—No. Han hablado en el *porxet* más de una hora.

—¿Y su mujer?

—Dentro. Ni ha asomado la nariz.

—¡Señor Guasch! —Miquel Guevara salió abanicando un sobre por encima de la cabeza—. Disculpe, no lo había visto salir. Tiene usted una carta.

Una caligrafía elegante mostraba su nombre en el anverso. En el remite constaban dos iniciales solitarias pero reveladoras: L. L.

—Molina, vaya preparando al equipo.

—El equipo está listo hace tiempo.

—Entonces limítense a esperar un momento.

Guasch volvió a entrar y subió a su habitación para leer la misiva lejos de las miradas del equipo. ¿Eran figuraciones suyas o estaba perfumada? Optó por la primera opción. No imaginaba a Lucía empleando semejantes técnicas de flirteo.

El mensaje era claro y conciso: la joven le anunciaba que su padre, el doctor Lequerica, se sentiría «muy honrado» si aceptara unirse a ellos esa noche para cenar en su casa. Una posdata ilusionante rezaba que ella también se sentiría «muy halagada». Sonrió. Un soplo de aire fresco en la frustrante travesía por el desierto de las últimas horas.

Oyó ruido de muebles procedente de otra habitación y se preguntó si sería Onofre. Recordó su estado deplorable la noche anterior y se planteó tocar a su puerta para interesarse por él. Luego pensó que debía de seguir durmiendo y lo descartó.

Cuando se disponía a responder a Lucía, tomó una decisión.

Al bajar entregó dos sobres a Guevara: uno contenía su contestación a Lucía junto con una moneda para que algún chaval se la hiciera

llegar.

—¿Y el otro?

—Me gustaría pedirle que se acerque personalmente a la estafeta para enviar un telegrama a Madrid. —Guasch abrió el sobre y extrajo una hoja de papel pulcramente escrita. Señaló la parte inferior—. Aquí está toda la información para el envío.

El posadero enarcó las cejas.

—Disculpe la osadía, señor Guasch, pero un mensaje tan largo, que además hay que enviar vía Palma, costará una fortuna.

Guasch le entregó un saquito repleto de monedas.

—Tome cuanto necesite y, por favor, cóbrese las molestias. Una cosa más: le agradecería que esto quedara entre nosotros.

Cuando volvió a salir los hombres cargaban morrales y fusiles al hombro, listos para cruzar la isla en dirección noroeste. Le vino a la cabeza la imagen de Riera, que apartó al instante.

—Ahora sí, sargento. Vamos allá. Presiento que hoy será un gran día.

El hombre, bajo, fuerte y rollizo, decía ser *matancer* y Guasch se fijó en el notable parecido físico que guardaba con los mamíferos rosáceos a los que daba matarile. Cargaba un *senalló* repleto de cuchillos, ganchos y herramientas que corroboraban la naturaleza de su oficio.

—¿Y cómo quiere que, dedicándome a degollar y a abrir cerdos en canal, no tenga los *estrivancos* manchados de sangre? El que pisa vino tiene manchurrones de uva y el que labra la tierra, de barro. Pues yo tengo sangre, lo normal ¿no?

Tomeu aseguraba haber trabajado todos los días del mes de diciembre, incluyendo la semana de Navidad, ya que esa era la época del año en la que, *gràcies a Déu*, no le faltaban encargos. La noche de autos juraba y perjuraba haber estado en una finca cercana a Cala de Bou.

El guardia que lo había detenido carraspeó incómodo y se rascó el cogote.

Guasch hizo un aparte con Molina, cuyo entrecejo se había ido

arrugando a medida que el *matancer* iba dando explicaciones y desmontando sus teorías incriminatorias. No le había sentado bien cruzar la isla para dar con una pista muerta.

—Me temo que no vale la pena insistir —sugirió Guasch—. El tipo puede ser diestro con los cuchillos y andar sobrado de fuerza para matar a cualquier ser vivo, animal o humano, pero no parece estar relacionado con lo de Sant Jordi. Organice a la tropa para buscar a los hombres de la lista de Miquela, al menos no habremos hecho el viaje en balde.

Guasch observó las esponjosas nubes sobre el desgastado cielo azul. El mar, apacible, había cambiado su habitual color grisáceo por la gama completa de tonos turquesa. El invierno les concedía un respiro.

—Acompañaré a este hombre hasta la finca en la que afirma haber trabajado esa noche para verificar su coartada. Así lo podremos descartar con la conciencia tranquila.

Quedaron en encontrarse entre las cuatro y media y las cinco en la iglesia del pueblo para regresar a Vila. Aunque anochecería cuando estuvieran a la altura de Sant Rafel, llegarían holgadamente para la cena. Guasch no tenía ninguna intención de perdérsela.

El mal trago de haber estado retenido durante toda la mañana por la Guardia Civil no había hecho mella en el ánimo de Tomeu, que resultó ser un hombre locuaz y una compañía entretenida. Le explicó numerosos detalles sobre las *matances*, que eran, según dijo, el acontecimiento más esperado del año por la *pagesia* y que debía nutrir a una familia de alimento de un invierno al siguiente. La jornada era un evento festivo al que asistían numerosos vecinos, familiares y amigos, y al mismo tiempo un duro día de trabajo. Los invitados colaboraban a cambio de la comida del día y de algo del producto que ayudaban a elaborar. Le contó que algunas casas, por superstición, solo aceptaban sacrificar al animal unos días concretos, que había que sangrar bien al cerdo si se quería obtener la mayor cantidad de sobrasada o que era crítico no dejar de remover la sangre para evitar que esta cuajara. La cola del animal era objeto habitual de burla entre los jóvenes, que solían engancharla al culo de algún *fadrinet*.

—A mí, del cerdo me gusta todo —concluyó Tomeu con guasa—, ¡hasta el olor!

Durante un buen tramo bordearon la costa y Guasch pudo apreciar cómo, en algunos claros de mar cristalino, pasaban bancos de peces de buen tamaño. Vio un pulpo bracear trenzando los brazos y cangrejos peludos que correteaban de lado y se escondían en los agujeros de las rocas que pisaba. El olor a salitre era envolvente y delicioso. El entorno idílico le llevó a pensar en Lucía y en cuánto le habría gustado poder disfrutar de aquel paseo en su compañía.

Cuando llegaron a la finca encontraron a la familia entera en el *porxo* comiendo alrededor de una gran mesa. El patriarca, un hombre de rostro amable, se levantó raudo y dio al *matancer* un abrazo acompañado de unas sonoras palmadas.

—*Acabam d'ensatar es butifarrons i ses sobrassades, Tomeuet, has de tastar-ho!* —Señaló a Guasch—. *Has fet amistats vileres?*

—Este caballero está investigando la muerte del mossènyer de Sant Jordi.

—¡Oh! ¿Y qué le trae tan lejos de Ses Salines?

Guasch explicó que había acudido hasta allí con el único objetivo de verificar la versión de Tomeu. El payés corroboró que, en efecto, el *matancer* había estado toda la jornada trabajando en su casa y que por la noche, después de la faena, se había quedado con ellos de celebración.

—Bien, resuelto esto —dijo el anfitrión dando a Guasch unos toquecitos en el brazo—, le ruego que se una a nosotros para paladear esta delicia, así verá de primera mano en qué estuvo ocupado el gran Tomeuet. Pero antes sígame, quiero enseñarle algo.

Guasch acompañó al hombre a una de las habitaciones de la casa donde le mostró, orgulloso, el resultado de la mutación que había sufrido el cerdo: una serie de ramas de sabina largas y finas colgaban del techo y, de ellas, a su vez, un sinfín de sobrasadas y *butifarrons*. En un lado había cuatro enormes *quarters de xulla* salados que daban fe del tamaño desmesurado que tenía el animal en vida. En unas cestas de mimbre se amontonaban huesos conservados en sal que, en su

momento, se añadirían a caldos y guisos. El olor era, en su conjunto, una explosión de carne fresca y especias. Guasch evitó pensar cuánto habría disfrutado Riera ante semejante espectáculo gastronómico.

En la mesa, aparte del cabeza de familia y de su esposa, comían tres hijos varones y otras tantas muchachas de rostros redondos, además de dos ancianas encorvadas y vestidas de negro que masticaban con parsimonia y engullían sin pausa con sonoro apetito.

Los comensales indagaron sobre sus orígenes, él respondió con las evasivas habituales y le felicitaron por hablar un ibicenco impecable pese a haber crecido en la península. Cuando le preguntaron por la investigación optó por dar respuestas vacuas pero educadas. Entonces se dirigió a Tomeu, con tono desenfadado, de manera que todos pudieran escucharle:

—Lamento mucho las molestias que le hemos causado hoy, el guardia se ha equivocado por completo. ¡Fíjese que hasta nos dijo que era usted uno de los Tets!

Uno de los hijos soltó una carcajada.

—¡Pero si no se parecen en nada! Entre los dos no pesan la mitad de Tomeuet. Sin ofender, ¿eh?

El *matancer* le guiñó un ojo y una de las abuelas asintió divertida. La madre giró la cabeza a un lado y a otro.

—¿Los conoce? —preguntó Guasch aparentando indiferencia.

—¡Claro! No somos de la misma *colla*, pero tenemos amigos comunes.

Guasch recitó con fingida familiaridad un par de nombres que recordaba de la lista y al chico se le iluminó la cara.

—¡Exacto! ¿Y cómo sabe quiénes son siendo usted forastero?

Guasch bebió un poco de vino mientras pensaba la respuesta.

—Conocí a Miquela y a sus hijos en una visita anterior. ¿Qué hacen ahora?

—Van de aquí para allá, como siempre —dijo el hijo.

—Son unos holgazanes —murmuró la madre.

Entonces se inició una discusión sobre si Miquela había hecho bien o no echándolos de casa y sobre la supuesta irresponsabilidad de los

hermanos a la hora de llevar a cabo los diferentes trabajos que desempeñaban. Cuando terminaron, Guasch seguía sin tener ni idea de dónde encontrarlos.

—¿Puede ser que se hayan marchado a la península?

Fue la madre la que respondió.

—Me extrañaría mucho.

—¿Por qué lo dice?

—Porque el domingo pasado en misa me comentó Pepeta des Coix que iban a ayudarlos una temporada.

Guasch temió que el corazón se le fuera a salir por la boca. Casi no pudo formular la pregunta.

—¿Haciendo qué?

—Pues pescando, claro. Joanet des Coix es pescador.

29

Pesca

—Yo no veo nada —susurró Molina sin ocultar su mal humor.

Guasch permanecía sentado a su lado con la espalda apoyada en el muro de la caseta y las piernas extendidas. La luz cremosa de la luna creciente permitía diferenciar formas y sombras grisáceas. El mar se mecía al ritmo pausado de las olas, como si fueran los suaves latidos de un enorme corazón. A lo lejos, detrás de unos matorrales, apareció la sombra negruzca de un guardia que se enderezaba y se volvía a agazapar. Un total de seis hombres se repartían en diferentes puntos de Cala Gració, además de otros dos ocultos en una barca y de Guasch y Molina, que esperaban en la caseta en la que Joanet des Coix guardaba la barca.

—Siéntese, sargento —murmuró Guasch, tratando a su vez de serenarse—. Tenemos un guardia apostado a cada extremo de la cala. No es necesario que se levante cada dos por tres para escudriñar el horizonte. Ya nos avisarán.

Molina respondió con un gruñido.

Joanet des Coix vivía con su mujer cerca de Cap Blanc; el matrimonio no tenía hijos y recurrían a algún joven cuando necesitaban ayuda. Joanet pescaba *rotjes*, *anfosos* y *galls* durante las horas de sol, y calamares en sus salidas nocturnas. Al día siguiente vendía o intercambiaba el pescado con los vecinos que se lo habían encargado. Por esas fechas solía canjearlo por embutidos recién elaborados. Su mujer se quedaba en casa al cuidado de las gallinas y de un pequeño huerto. Entre una cosa y otra el matrimonio lograba subsistir. De los Tets había averiguado que llevaban un par de semanas ayudándolos, que no se alojaban en Can Coix y que no habían

trabajado para ellos con anterioridad. Cuando empezaron a detallarle el árbol genealógico de la pareja dejó de prestar atención y se dedicó a hacer cábalas sobre el mejor modo de llevar a cabo la detención.

Guasch había ido a la iglesia aun a sabiendas de que era demasiado temprano para encontrarse con sus hombres. La villa de Sant Antoni reposaba tranquila a aquellas horas, y supuso que los moradores del casi centenar de viviendas del pueblo estarían trabajando en los campos cercanos o descansando en sus hogares. Varias chimeneas escupían un humo negruzco y ondeante.

Entró en el templo y se sentó dispuesto a esperar, pero apenas aguantó unos minutos antes de salir de nuevo a la plazoleta de la iglesia. Consultaba el reloj de manera sistemática, y después de dar un par de vueltas por el patio se dijo que debía ocupar el tiempo en algo útil. Por eso había tocado a la puerta de la casa rectoral. Al tercer intento le abrió un hombre de barriga incipiente, ojos llorosos y cabello revuelto. Guasch se presentó y le explicó, sin referirse a los Tets, que andaba buscando a Joanet des Coix. El *reptor* lo invitó a entrar y le confirmó que lo averiguado sobre el pescador era correcto. Añadió que tenía fama de salir a pescar a cualquier hora y de regresar «solo cuando Dios le llenaba las redes». Guasch averiguó más tarde, gracias al testimonio del herrero del pueblo, que Joanet iba a faenar aquella tarde y que le acompañarían «los chicos». Cuando Molina llegó, a la hora convenida, Guasch ya tenía una idea precisa de qué debían hacer y que consistía básicamente en echarles el guante apenas pusieran pie en tierra. Sin complicaciones.

Molina sacó un envoltorio con tabaco y, después de soplar por todos los orificios de la pipa, empezó a rellenar el hornillo.

—¿Y no cree que este hombre los haya podido acercar a la península? —preguntó.

—Si le están ayudando estos días de manera regular, quiero pensar que no se habrán ido precisamente hoy.

—Tal vez han averiguado que rondábamos esta mañana por aquí.

—Un cascarón como el que parece que tiene Joanet des Coix no parece apropiado para esos trotes, sargento. Además, hoy podríamos

estar aquí por cualquier otro motivo, no necesariamente buscándolos a ellos.

Otro gruñido vino a darle la razón. O a quitársela.

El guardia terminó de armar la pipa. Su cara se iluminó con los chispazos del pedernal.

—No comprendo qué hacen trabajando con el tal Joanet si acaban de hacerse con una fortuna —continuó Molina meditabundo.

—Yo también me lo he planteado, y no sé qué pensar. Quizá ocultan el crimen bajo una fachada de normalidad y antes de dar el próximo paso pretenden dejar que pase el tiempo.

Se oyó un leve ruido de ramas en la arboleda detrás de la caseta. El sargento se enderezó y contuvo la respiración. Guasch buscó las sombras de los hombres que se suponía que estaban apostados a su alrededor: no vio a ninguno.

Una serie de crujidos y un cuchicheo le confirmaron que alguien se acercaba con sigilo. Se planteó preguntar quién iba, pero en lugar de eso optó por desenfundar la pistola y apuntar hacia las ramas de las sabinas que empezaban a temblar.

Entonces asomó una cara cuyas facciones, pese a la iluminación escasa, reconoció al instante. El hombre alzó los brazos por encima de la cabeza.

—¡No dispare!

—¿Se puede saber qué cojones está haciendo aquí, Riera? —exclamó Guasch bajando el arma—. ¡He estado a punto de meterle una bala en la cabeza!

El subinspector puso cara de asombro.

—¿En serio ha dicho «cojones»?

—Es usted un insensato —increpó Molina.

—¿Qué hace aquí? —repitió Guasch irritado.

—¿De verdad pensaba que me iba a perder la detención?

—¿Ya se encuentra mejor? —preguntó el sargento con la pipa en la boca—. Esta mañana tenía pie y medio en la tumba.

—Tengo la energía de un adolescente en celo, de un novio la noche de bodas, de un…

—Nos ha quedado claro, Riera —cortó Guasch.

Detrás del subinspector aparecieron el cabo Usechi, el enorme Calavera y un puñado más de guardias. El refuerzo que habían solicitado a última hora había llegado a tiempo.

Guasch dio órdenes a Molina para ampliar la zona de cobertura y distribuir a los nuevos hombres según su buen criterio mientras él se ponía al día con Riera. Guasch esperó a quedarse a solas con él antes de tomar la palabra, pero el policía se adelantó.

—Puede meterme en prisión a la vuelta si lo desea, lo acataré, pero de ninguna manera quería perderme el arresto más importante de mi vida —dijo sin respirar—. No puede imaginarse cómo he esperado este momento.

Guasch suspiró y se dijo que no podía enfadarse *in aeternum* con aquel hombre, y buscó las palabras apropiadas, siempre escurridizas a la hora de pedir perdón.

—Le debo una disculpa, Riera. Debería estarle agradecido por su discreción. Pudo delatarme, pero no lo hizo. Lamento haberle hablado de ese modo anoche.

—El que debe disculparse soy yo por no haber sido sincero con usted, incluso habiéndome dado sobradas muestras de que es una persona razonable y que hubiera valorado en su justa medida mi historial de *pequeños deslices*. Lamento haber pervertido la investigación con mi silencio. Sin embargo, para compensar en parte mi error, he hecho averiguaciones respecto a Pep des Camp y, tal y como usted sospechaba…

—Tenía deudas de juego.

—Y sustanciosas. Me siento un imbécil por haber facilitado en cierto modo su coartada y no hacer las comprobaciones oportunas. Ya sabemos cómo es Pep en cuanto a agresividad y malas pulgas, pero daba por sentado que no podía estar involucrado en la muerte de su hermano. Parecía algo demasiado grande incluso para él.

—Es algo muy grande para cualquiera —reconoció Guasch pensativo —. No le dé más vueltas. Esto pone a Pep en una situación comprometida. ¿Con quién tenía la deuda?

—Con un tipo de Morna, un tal Marc.

—¿Está saldada?

—Por lo que he averiguado, no. Al menos no del todo.

—Hay que confirmarlo. La cuestión ahora mismo es si Pep puede estar confabulado con los Tets.

—No veo cómo. Viven en dos mundos diferentes: edad, forma de ser, lugar de residencia, amistades… Nada coincide. No consigo adivinar en qué momento ni de qué manera pueden haberse cruzado sus caminos.

Molina regresó con la respiración agitada acompañado por Calavera.

—Listo. Todos en sus puestos. He decidido que este se queda con nosotros —dijo señalando al guardia. El armario ropero hizo crujir los nudillos y mostró su dentadura torcida—. ¿No están tardando mucho esos cabrones?

—Si eso de allí es lo que imagino, diría que no —respondió Riera con la mano extendida hacia la nada.

En medio del lienzo oscuro de la noche, en un punto muy lejano, se veía el débil resplandor de una llamita moverse arriba y abajo y de derecha a izquierda, como si un músico trazara en el aire un compás de compasillo.

—Es la señal —confirmó Guasch dando voz al pensamiento de todos —. El bote viene del norte. Los hombres cubren todas las posibles vías de escape, ¿verdad?

—Hasta las puertas del infierno —confirmó el sargento.

—Señores, recuerden bien lo que les digo —proclamó Riera, alzando el índice como un pararrayos y bajando la voz—. Solo hay dos tipos de hombres: los que esta noche dormirán en la prisión de Vila y los que no.

Guasch se frotó las manos.

—Pues ahí vienen dos candidatos para engrosar el primer grupo. Ocultémonos y esperemos a que los pajarillos se metan solos en la jaula.

Por fin.

Por fin.

Joanet des Coix divisó la silueta del Cap Blanc. Había sido una jornada larga. Aunque los calamares se habían resistido, al final había caído en sus redes la cantidad que tenía comprometida para la mañana siguiente. Como solía repetir su abuelo, «los frutos del mar son inagotables, tan solo hay que saber dónde y de qué manera recogerlos». Su padre le había mostrado los caladeros y él, con los años, había localizado otros incluso mejores. Conocía bien el oficio y sus secretos. Por eso prefería salir a horas intempestivas, lejos de las miradas curiosas de los demás pescadores.

La noche serena venía marcada por el chapoteo rítmico de los remos al perforar la superficie del mar. La luna se reflejaba en los claros fondos arenosos, que contrastaban con las cabelleras oscuras y ondulantes de las praderas de algas. Los hermanos remaban con una cadencia suave y ligera que a él, a estas alturas de la vida, le resultaría fatigosa, en especial en épocas como aquella en las que el gran número de encargos lo obligaba a faenar a diario. Aunque los chicos no eran hijos del mar habían sabido adaptarse rápido a la vida y a las normas de convivencia del pequeño bote. Después de dos semanas, tras unos inicios titubeantes y algunos vómitos puntuales, se manejaban con destreza.

Siempre había pensado que no había labor más peculiar que la pesca. Con los pies asentados en tierra firme, ser payés, ganadero o carpintero era algo rutinario. Y seguro. Sin embargo, salir a faenar con un mar enrabiado, contra un ser vivo y hostil… ¡eso sí era difícil! Y no había nadie en la costa de poniente más diestro que él. En cualquier caso, una noche apacible de pesca como aquella no era ninguna heroicidad. Había días de todo tipo y, a su modo de ver, todos tenían su atractivo: aventura y sosiego, guerra y paz.

Se adentraron en la grieta profunda en la que se encontraba la cala. Los pinos y los matorrales llegaban hasta la misma arena de la playa, cubierta por montañas de algas secas. El varadero de madera en el que guardaba los aparejos y dormía la barca se levantaba humilde en la vertiente sur.

—Allá vamos —dijo Mateu con voz cansada. ¿O había sido Vicentet? Tenían el mismo registro y unos rasgos, pese a no ser gemelos, inquietantemente parecidos. Con frecuencia los confundía, sobre todo por la noche.

—Hemos terminado tarde hoy —dijo el otro.

¿Había un poso de queja en su voz? Solo faltaría que los chicos se marcharan ahora que los tenía enseñados. Confiaba en que aguantaran el par de semanas que tenían todavía acordadas.

Dieron unas últimas paladas y dejaron que la barca se deslizara indolente hasta la orilla. La proa se clavó apacible en la arena y Joanet lanzó el pie a tierra con un cabo en la mano mientras los hermanos recogían los remos y se disponían a descargar las tinajas con la pesca.

Algo se movió entre los matorrales detrás de la caseta y ese algo se convirtió en la sombra de un ser descomunal de la que emergieron tres espectros de diferentes tamaños. Entonces oyó unos alaridos rabiosos y observó cómo un batallón de espíritus surgía de la nada y corría hacia ellos desde distintos puntos de la costa.

Joanet levantó los brazos y deseó poder desaparecer, hacerse invisible. Notó cómo le arrancaban la soga de las manos. Oyó un chapoteo y se giró para observar, perplejo, cómo uno de los chicos se lanzaba al agua y empujaba el bote hacia el mar mientras el otro presionaba un remo contra el fondo para ayudar en la maniobra. Los gritos se escuchaban más cercanos. El estruendo de unos disparos cuarteó el cielo y una voz se desgañitó por encima de la algarabía reclamando que no dispararan, que los quería vivos. Los Tets, lejos de amilanarse, empujaron la barca con más brío hasta conseguir alejarla unos metros de la arena. El que estaba metido en el agua se las apañó para encaramarse al bote cuando una barca aparecía de la nada y se cruzaba en su camino, bloqueándoles el paso. Varias sombras pasaron volando junto a él y se arrojaron al mar sin remilgos para inmovilizar la embarcación.

Los hermanos Mateu y Vicent Serra levantaron las manos en señal de rendición.

Un hombre alto vestido con un abrigo largo se detuvo junto a él con

los brazos en jarras y la respiración entrecortada. Joanet observó el refulgir de la luna en sus ojos y el blanco resplandeciente de unos dientes desiguales. El hombre se giró hacia él, apoyó una mano en su hombro y dijo con voz calmada:

—La pesca ha terminado.

Un coro de vítores y gritos de júbilo estalló a su alrededor.

30

Pim pam pum

Guasch ordenó trasladar a los Tets a Vila de inmediato y encerrarlos por separado. No quería que interactuaran entre ellos. Aunque ya se habrían puesto de acuerdo en una misma versión, pretendía realizar los interrogatorios de manera individual y aprovechar en la medida de lo posible el efecto sorpresa de la detención.

Guasch, Riera y un par de hombres acompañaron a un todavía tembloroso Joanet des Coix hasta su casa. Poca gente en la isla podía contar que una docena y media de guardias furiosos se habían abalanzado sobre él en plena noche, gritando y disparando al aire.

Guasch aprovechó el trayecto para indagar un poco más sobre los hermanos; el pescador explicó que eran unos chicos introvertidos que podían alternar largos silencios con momentos de chanza, «usando siempre su propio lenguaje y unas bromas muy suyas»; cuando estaban de buen humor no paraban de mofarse el uno del otro: que si esa chica te da calabazas, que si *ets un cap de fava*… Dijo que le entretenían y que se reía con ellos y no se molestó en ocultar que le caían bien; eran irreverentes, como la mayoría de los jóvenes, y no les importaba pasar las noches meciéndose en el mar, que era cuanto necesitaba de ellos.

Al llegar a Can Coix dejaron la pesca donde Joanet les indicó y su mujer, desvelada, les ofreció bebida y unos mendrugos.

—¿Actuaban con normalidad? —preguntó Guasch cuando Joanet tomó asiento.

—¿A qué se refiere?

—Si daban la sensación de estar ocultándose o si parecían sentirse culpables de algo.

—Tanto como huir de alguien yo no diría. Preferían faenar por la

noche y dormir durante el día, eso sí. Y respecto a sentirse culpables, pues no sé cómo interpretar sus silencios, pero diría que tampoco.

—¿Hablaron alguna vez de algo que pudiera relacionarse con un crimen?

—¡Caray, no!

—¿Por qué no vivían aquí con ustedes? —preguntó Riera.

—Dijeron que preferían instalarse en alguna de las casas abandonadas de la zona. No sé dónde exactamente.

—¿No se lo preguntó?

—¿Acaso debía importarme? Mire, hasta hace un rato yo tenía dos ayudantes que me aliviaban en mi faena y ahora, por lo que veo, no los voy a tener más. ¿Ve? Eso sí que me importa.

Joanet apartó el vaso y cruzó los brazos.

Debían regresar. Guasch no se atrevía ni a consultar la hora. Recordó la cena en casa de Lucía a la que no había podido asistir: le debía una disculpa al doctor por su ausencia. Estaba eufórico y al mismo tiempo exhausto por la tensión acumulada y por lo que todavía tenía por delante: era noche cerrada, debían cruzar la isla de punta a punta y a la mañana siguiente le esperaba una dura jornada de interrogatorios.

Se obligó a adoptar una expresión grave al despedirse de Joanet des Coix y guiñó un ojo a Riera antes de ponerse en cabeza para marcar un ritmo vivo.

Mateu Serra Serra lanzó a Guasch una retadora mirada de bienvenida. El joven permanecía sentado en una silla en mitad de la sala con las manos atadas sobre el regazo. Frente a él, siguiendo sus indicaciones, habían colocado un escritorio y dos sillas. Una pareja de guardias de espalda ancha, expresión severa y uniforme impoluto se erigían como dos columnas azules a ambos lados del detenido. Guasch cedió el paso a Riera y cerró la puerta tras de sí.

Apenas había dado una cabezada aquella noche antes de abrir de nuevo los ojos y rendirse ante la evidencia de que su mente, que no paraba de elucubrar sobre los interrogatorios del día siguiente, le

impedía descansar. Al amanecer ya estaba aseado, vestido y listo para salir. Se reunió con Riera en la entrada del castillo y este le confesó con naturalidad que «hacía años que no dormía tan bien». Ver para creer.

Guasch tomó asiento detrás del escritorio y sacó el pliego con todas sus anotaciones. Le gustaba el ritual de consultarlas frente al interrogado de turno e incluso tomar algún apunte adicional. Eso cohibía a algunos prisioneros o, cuando menos, les causaba cierta incomodidad. Revisó unas hojas con aparente interés y cuchicheó unas palabras vacías a Riera, que le siguió el juego señalando alguna frase al azar. No tenían prisa, o eso querían transmitir. El detenido les prestaba atención. Era evidente que tampoco él había pasado la mejor noche de su vida.

—Tú eres Mateu —dijo Guasch, al fin, mientras hacía unos garabatos.

—No sé, ¿no lo ponen sus papeles?

—Te conviene colaborar —intervino Riera—. Ya está. Os hemos capturado, no tiene sentido resistirse.

El prisionero miró al subinspector con altivez y negó con la cabeza, como si respondiera a una voz invisible.

Guasch había decidido no andarse con rodeos.

—Tenemos testigos que han declarado sobre vuestra intención de robar el dinero de don Joan Ferrer.

—No me lo creo.

—Además, fíjate bien en el detalle, Mateu: he dicho testigos, en plural. Quizá no fuisteis todo lo discretos que pensabais. A los jueces les encanta tener muchas pruebas que arrojen a los inculpados a los pies de los caballos. Luego aparecerá Vicent, que está dispuesto a reconocer los hechos, y tú serás el que no colaboró. Te recordarán como un tipo duro, pero estarás vendido. Por lo tanto…

—… te conviene colaborar —remató Riera.

—Vicent no ha dicho ni dirá nada.

—No tienes ni idea de lo que ya ha dicho o dirá tu hermano —dijo Guasch.

—Se equivoca, lo sé perfectamente. No tenemos nada que ver con

esas muertes.

De repente, el detenido estalló en un ataque de tos que casi le hizo caer de la silla. Riera se levantó, le ofreció un vaso de agua y le preguntó si estaba bien.

—Estaría mejor en mi casa —respondió Mateu, que rechazó la bebida con un manotazo y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Cuál de todas? —preguntó Riera con sorna.

—Están abandonadas, las arreglamos un poco y las usamos durante un tiempo. No hacemos mal a nadie y las dejamos mejor de lo que estaban. No pueden recriminarnos nada.

—¿Por qué os escondéis si no sois culpables?

—¿Escondernos nosotros? ¡Qué estupidez!

—Claro, y anoche tampoco tratasteis de huir…

—¿Quién no huiría si una manada de locos se le abalanza en plena noche?

—Joanet des Coix dice que preferíais trabajar de noche y dormir de día.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Vamos, Mateu —insistió Riera—, no tenéis fama de ser muy trabajadores. Así os ocultabais durante las horas de sol.

—¿Y la visita de Josep Costa a Buscastell, el día que no le abristeis la puerta? —preguntó Guasch—. ¿Tampoco os escondíais?

El guiño casi imperceptible le hizo ver que esta vez había acertado.

—¿Qué nos puedes contar de eso? —insistió Riera.

—Sabemos que fue él quien os dijo lo de don Joan. ¿Ves cómo Vicent sí colabora?

Mateu alzó las manos atadas para quitarse una supuesta gota de sudor de la frente. Después se mantuvo en silencio con la cabeza gacha y los labios apretados.

—¿Qué pasa? —siguió Riera—. ¿Sorprendido?

—Mi hermano solo puede haber contado que somos inocentes. Además, tenemos conocidos en el Pla de Vila que pueden atestiguar que pasamos la noche con ellos.

—¿Qué hacían unos chicos de Buscastell tan lejos de su hogar?

—¿Tampoco podemos ir donde nos plazca? ¡Nada de esto nos convierte en culpables!

—¿Podrán confirmar que estuvisteis toda la noche con ellos?

Mateu asintió.

—Excelente, se lo preguntaremos. —Guasch se incorporó—. Aunque primero quiero ver qué opina tu hermano. Seguro que nos sigue ayudando más que tú. Recuerda lo que te hemos dicho, Mateu, a los jueces les encanta que los detenidos colaboren, y si tú nos sigues contando vaguedades acabarás teniendo problemas serios. —Se dirigió a los guardias—. No quiten el ojo de encima al caballero y, si intenta algo, hagan lo que consideren oportuno.

—Mi hermano no dirá nada.

—Ya lo está haciendo —repitió Guasch cuando salía por la puerta.

Riera se situó frente al detenido, se agachó y apoyó las manos en sus hombros en un gesto de confianza, o de cariño, que cogió a Mateu desprevenido.

—*Fill, de veritat, fes-nos cas: col·labora.*

Le dio una palmada y siguió la estela de Guasch.

Vicent Serra los recibió con la misma mirada desafiante que su hermano, con la diferencia de que él lucía un hinchado y vistoso moretón en un párpado que le obligaba a entrecerrar el ojo. A su lado, una sola mole vestida de guardia se bastaba para controlar al prisionero.

—¿Qué le ha sucedido a nuestro huésped, Calavera? —preguntó Guasch mientras colocaba sus papeles sobre el correspondiente escritorio.

—Anoche sufrió un percance regresando de San Antonio —respondió el sevillano de voz rocosa—. El aquí presente trató de escapar y en el lance se cayó.

—Doy por supuesto que no tuvo usted nada que ver con el incidente.

—De ser así, el caballero no tendría tan buen aspecto, señor.

Era cierto.

Tomaron asiento.

—*Com estàs, Vicentet* —preguntó Riera—*, has passat una bona nit?*

—*Collonuda* —respondió el joven alzando el mentón.

Guasch consultó sus notas y Riera se sumó gustoso al simulacro, animándose incluso a coger un par de hojas y a dirigirse al detenido parapetado detrás de una de ellas.

—Imagino que eres consciente de que la habéis cagado —soltó mientras golpeaba el documento con un dedo.

—¿Por qué? ¿Está prohibido pescar calamares?

Riera apartó los papeles.

—Qué decepción, Vicent…

—Tu actitud no es tan positiva como la de tu hermano —añadió Guasch—. Él es más listo que tú y se muestra bastante más colaborador.

—¡Qué bien! Pues si está todo aclarado ya nos podremos marchar, ¿no? —Se giró hacia Calavera y extendió las muñecas atadas—. ¿Puedes quitarme esto, chiquitín?

El guardia apretó la mandíbula y una vena del grosor de una maroma de barco se le tensó en el cuello.

—Celebro que estés de tan buen humor, Vicent —dijo Riera—. Eso nos facilitará mucho las cosas.

El mayor de los Tets estiró las piernas.

—Vamos, Riera, nosotros no hemos matado a nadie. Ya nos conoces. Os equivocáis.

—¿Por qué repetís todos lo mismo? —dijo Guasch.

—Pensaba que Mateu colaboraba muchísimo —les dirigió una mirada desafiante—. Creo que os lo estáis inventando.

—Me importa poco lo que creas, pero me han parecido muy interesantes las explicaciones de Mateu acerca de Josep Costa. —La sonrisa autosuficiente se le heló un instante—. ¿Lo recuerdas? El secretario de Jasso, el primo de tu madre… ¿Vas a simular que tampoco lo conoces?

—¿Por qué se supone que debería ayudaros?

—Porque el juez será más indulgente con vosotros y tal vez así no os pase por el garrote. Os vieron en la fonda de Guevara cuando bajasteis

a ver a Josep. ¿Qué puedes contarme?

—¿No se supone que eso ya os lo ha explicado mi hermano? Me parece que vais a ciegas y que probáis con vaguedades por si muerdo el anzuelo.

—¿Estás negando que fuerais a la fonda?

—¿Tampoco podemos ir a Vila a echar un trago? ¿Hay algo que no esté prohibido en esta puta isla?

Guasch se dio cuenta de que no estaba enfocando bien el interrogatorio.

—¿Por qué no escapasteis con el botín?

—Porque no hay ningún botín. —El Tet respondió con la entonación que un adulto emplearía con un niño pequeño—. Porque no hemos hecho nada.

—Varias personas atestiguarán ante el juez que planeabais robar a don Joan y huir con el dinero.

Vicent Serra se inclinó un poco hacia delante y fijó su ojo morado en Guasch.

—Suponiendo que eso fuera cierto, estaría usted confundiendo el pecado de pensamiento con el de obra, y ese es un error grave. No es lo mismo desear a la mujer del prójimo que yacer con ella.

Riera aplaudió con fingida desgana.

—Excelente homilía, Vicent. Intercederé ante el vicario para que te acoja en el seminario. —Se puso serio—. ¿Acabas de reconocer que queríais cometer el crimen?

—No —corrigió Guasch—. Lo que ha venido a decir es que querían cometer el robo. El crimen seguramente se debió a algún imprevisto.

—Lo que he venido a decir es que no cometimos ni el robo ni el crimen.

Guasch resopló y se levantó decidido. Se le había acabado la paciencia.

—Muchas gracias, Vicent. Creo que tu hermano nos será ahora de gran ayuda.

Era hora de cambiar de estrategia.

Guasch abrió la puerta con brío y Mateu Serra dio un respingo en la silla. El menor de los Tets no daba muestras de haber sufrido lesión alguna durante su ausencia, señal de que los guardias no habían necesitado emplear la violencia como medida disuasoria. Mejor. Riera lo había seguido a duras penas y entró detrás de él sin resuello.

Guasch apartó la mesa y arrastró una silla frente al detenido mientras organizaba el batiburrillo de ideas sueltas que bullían en su cabeza. Mateu se removió incómodo.

—A ver —dijo al fin—. Tú y tu hermano estáis metidos en un buen lío. Imagino que hasta ahí estamos de acuerdo. Si fuerais mañana a juicio, el juez dictaría sentencia antes incluso de tomar asiento y se quedaría tan tranquilo, pan comido y si te he visto no me acuerdo. —Se giró hacia Riera—. ¿Me dejo algo?

—¿Camarón que se duerme se lo lleva la corriente?

—Hum… puede servir. ¿Lo pillas, Mateu? En menos de lo que tardas en pestañear estarás condenado y ajusticiado. ¿Por qué? Porque el juez tiene numerosos testigos que jurarán que queríais robar el dinero; que la noche del crimen paseabais «casualmente» por el Pla de Vila; que las últimas semanas os habéis estado ocultando y que tratasteis de escapar durante la detención.

—Nada de eso implica que nosotros hayamos robado y matado a esos hombres.

—Eso contádselo al juez, pero vais a tener que esforzaros mucho para hacerle creer que todo eso son meras coincidencias. Ya te adelanto que el hombre tiene mucha presión y que puede estar incluso tentado de saltarse algún formalismo para contentar a los gerifaltes mallorquines. Lo más sencillo para él será condenar a una pareja de hermanos con mala fama que según todas las apariencias son culpables. Ahora bien, si llegáis a ese punto será exclusivamente por vuestra culpa, por no explicármelo.

—¿Explicarle el qué?

—Lo que ocultáis. No sé qué ni por qué… y esa es la buena noticia.

—¿Cuál? Yo no veo ninguna buena noticia.

—Que estoy dispuesto a creeros.

Guasch adivinó la expresión de confusión de Riera a su espalda y vio de refilón la mirada rápida que cruzaron los guardias entre sí.

—Me alegra oír eso, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Decirme la verdad, esa que hasta ahora evitáis contar y que seguro que es menos grave que los crímenes. No nos engañemos, aquí el que va a sentaros frente al juez soy yo. Pues bien, estoy dispuesto a escucharos. Es muy lícito, aunque un poco ingenuo, que esperéis que me trague lo de vuestra inocencia así por las buenas. Ayudadme a creeros. En el juzgado tendréis una única oportunidad para demostrar vuestra inocencia y si sale mal, y tenéis muchas posibilidades de que así sea, lamentaréis no haber hecho el esfuerzo de disuadirme a mí primero. Yo soy la antesala al juicio. Piensa en mí como una oportunidad, no como una amenaza. Aprovéchala.

Mateu Serra lo observó absorto y Guasch lo imaginó apilando argumentos a favor y en contra en los platillos de una balanza.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? —preguntó después de un largo silencio.

—¿Espera que me crea esta patraña?

—Sí. ¿Tienes una opción mejor?

El menor de los Tets permaneció abstraído un minuto más.

—Quiero hablar con mi hermano.

—De acuerdo —consintió Guasch.

—¿¡Así, sin más!?

—Desde luego, Riera. ¿Sería tan amable de ir a buscar a Vicent, por favor?

El subinspector farfulló algo entre dientes y salió enfurruñado.

Durante la espera Guasch entrelazó los dedos detrás de la cabeza y tarareó una melodía improvisada. Nunca había cantado bien, pero estaba animado y le daba lo mismo. Mateu permanecía ausente, con la vista clavada en un punto indefinido. No quería sacarlo de su ensoñación. Cualquiera que fuera la decisión que había tomado, no debía verse alterada.

La espera se prolongó más allá del límite de la comodidad, hasta que al fin se escuchó un ruido de pasos y Vicent Serra y su ojo morado

hicieron acto de presencia. Mateu blasfemó al ver el rostro magullado del hermano y miró a Guasch con rencor.

—¿Esto es cosa suya? ¿Es así como va a ayudarnos?

—En absoluto, Mateu. Yo soy más de dialogar que de usar la fuerza.

—Pues hace un momento ha animado a estos matones a zurrarme.

—El mensaje era para ti, no para ellos y, ¿ves?, lo entendiste a la perfección, fuiste buen chico y nadie te puso la mano encima. Como diría el seminarista de tu hermano: no es lo mismo pegar a alguien que amenazar con hacerlo. —Vicent y Mateu iniciaron una protesta, pero Guasch se adelantó con una orden para sus hombres—: ¿Serían tan amables de salir de la habitación?

Los guardias, los Tets y Riera no pudieron disimular su sorpresa.

—Avisadnos cuando terminéis, estamos en el pasillo.

Nada más cerrar la puerta recibió la reprimenda de un exaltado Riera que, curiosamente, se las apañó para gritar y susurrar al mismo tiempo.

—¿Ha perdido la chaveta? *Fa cadufus!*

—Al contrario. No podía seguir con el juego de «tu hermano colabora más que tú, cuéntame algo» porque ni se lo tragaban ni nos llevaba a ningún sitio. Ya ha escuchado a Vicent, tendrá el ojo a la virulé, pero el oído lo tiene muy fino. Además, lo que he dicho es cierto.

—¿Que los cree?

—No. Que estoy dispuesto a escucharlos y que si lo que cuentan tiene sentido quizá pueda creerles. Vamos, cambie esa cara.

—¿Y si ahora están puliendo una coartada?

—Si yo fuera inocente, como ellos no se cansan de repetir, trataría de aprovechar la oportunidad y no me lo jugaría todo a una única carta.

—Entonces, está convencido del sermón que le ha dado a Mateu.

—¿Usted no confesaría?

Riera se tomó un tiempo para contestar.

—Como acaba de decir: si fuera inocente, sí —comentó algo más tranquilo—. ¿Se ha fijado en sus pies?

—Si se refiere a que ambos los tienen igual de pequeños, sí.

—Eso es. No digo que no estuvieran los dos allí, pero sí que, a tenor de las huellas, seguimos echando en falta a alguien que calzara

espardenyes grandes.

—Estoy de acuerdo.

Calavera y los guardias conversaban unos metros más allá y el eco apagado de sus voces rebotaba en las paredes desconchadas del pasillo. Cada tanto los escrutaban antes de sumergirse de nuevo en su conversación. Desde el otro lado de la puerta les llegaba un parloteo ininteligible cuyo volumen subía o bajaba por momentos. Era imposible discernir quién de los dos hablaba ni comprender qué decían.

—No debe de resultar sencillo decidir tu suerte de esta manera —señaló Riera.

—*Alea jacta est*, amigo mío.

—¿Habla usted francés?

—No hombre, esto es…

—Le tomaba el pelo, Guasch.

Dos fuertes golpes en la puerta interrumpieron la clase de latín y les indicaron que el debate había concluido. Se miraron el uno al otro.

—Parece que ha llegado el momento de la verdad —dijo Riera.

Guasch dio indicaciones a los guardias para que esperaran fuera.

—Espero que sea en sentido literal.

Los Tets estaban sentados en medio de la sala con expresión grave. Vicent evitaba mirarlos, tal vez para mostrar su disconformidad con lo que era a todas luces una iniciativa de su hermano. Mientras Riera acercaba una silla para completar el cuarteto, Guasch se aproximó a ellos y les indicó que extendieran los brazos. Con una navaja y algo de dificultad cortó las cuerdas y les liberó las manos. Ya no podía mostrar más buena voluntad.

—Vosotros diréis —dijo tomando asiento.

—¿Qué le ha contado a Mateu para tenerlo tan convencido? —soltó Vicent con recelo—. ¿De verdad está dispuesto a ayudarnos?

—Si sois culpables no os podrá ayudar ni Dios. Si no lo sois, necesito comprender cómo y en qué momento pasáis del «queremos robar a don Joan» al «nosotros no lo hemos matado». Soy todo oídos.

Mateu se acomodó en la silla.

—Es cierto que queríamos llevarnos el dinero y huir de la isla para

empezar de nuevo en otro lugar. ¡Ahora tendremos que pudrirnos aquí eternamente!

—Lo mejor que os puede ocurrir ahora es que no os pasen por el garrote —matizó Riera—. Yo me centraría en sobrevivir.

—Prosigue, por favor —animó Guasch.

—Fuimos a cas mossènyer la noche del robo. Queríamos asegurarnos de encontrar al cura dormido. Lo habíamos vigilado los días anteriores para conocer sus hábitos y llevarnos el dinero a la menor oportunidad. La idea era entrar, cogerlo y escapar. Fácil pero imposible: don Joan estaba todo el día allí, y cuando salía a visitar a algún feligrés, el criado se quedaba al cuidado de la casa. Esa noche nos agazapamos tras los olivos que quedan a *llebeig*, lejos del camino de Vila. Desde ahí veíamos la entrada. Al cabo de un rato escuchamos cómo se acercaba alguien por el *camí* de Es Vedrà. Eran dos mulas con sus correspondientes jinetes. En la oscuridad no pudimos reconocerlos, ni siquiera escucharlos. Lo único que vimos fueron sus figuras recortadas en la claridad de la puerta.

—¿Ahora nos contarás que visteis cómo los mataban y huían con el dinero? —aventuró Riera, incrédulo.

—En absoluto. No vimos nada. Esperamos un rato y, al ver que no se marchaban, decidimos ir a casa de nuestros conocidos y regresar más tarde. Eso era mejor que esperar al relente hasta que se salieran, con el riesgo de que pudieran descubrirnos. Además, teníamos que ir necesariamente…

—Para tener una coartada.

Mateu asintió lacónico. Vicent permanecía de brazos cruzados.

—¿Cuánto tiempo os quedasteis allí?

—Un par de horas, quizá algo más. Cuando regresamos a la parroquia las mulas habían desaparecido y la puerta estaba entreabierta. El silencio era extraño, no se oía nada, solo el sonido de nuestras pisadas al acercarnos. Me temí lo peor o, mejor dicho, lo que en aquel momento consideré que era lo peor: que alguien se hubiera adelantado y el dinero ya no estuviera ahí.

—¿Qué hicisteis?

—Asomarnos y descubrir un charco de sangre bajo la mesa del *porxo*…

—Y un cuerpo tirado en el suelo —aclaró Vicent, que habló por primera vez.

—¿Y os marchasteis sin más? —preguntó el subinspector.

—¡En mi vida había corrido tanto!

Los cuatro hombres permanecieron en silencio.

—¿Visteis u oísteis algo más de esos dos hombres? —preguntó Guasch.

—Cuando estaban dentro oímos voces, pero no se entendía nada.

—¿Cómo eran físicamente?

—No los llegamos a ver bien.

—Algo podréis decir de ellos, ¿no?

—Uno era bastante más grande que el otro.

—¿Nada más?

Vicent negó con la cabeza. Mateu lo secundó.

—Suponiendo que esta historia sea cierta —dijo Guasch abstraído—, ¿no pensasteis en ningún momento que podíais ayudar a dar con los asesinos?

—¿Y que, a falta de un culpable, nos responsabilizaran a nosotros de las muertes? —respondió Vicent con vehemencia.

—¿No nos cree? —preguntó Mateu.

Guasch respiró hondo.

—¿Queréis que os sea sincero?

Mateu y Vicent Serra asintieron a la vez.

—Ni una palabra.

31

Distanciamiento

—¿De verdad no les cree? —preguntó Riera cuando salían al patio del castillo.

Acababan de dejar a unos desconcertados Tets con Calavera para su traslado a la prisión del convento. Guasch se detuvo en mitad de la explanada.

—¿Usted sí?

—Yo he preguntado primero.

—Me parece rocambolesco. Que vayan al lugar del crimen para robar el dinero y vean entrar, precisamente, a dos personas que, precisamente, coinciden con el perfil que creemos que pueden tener los asesinos o, al menos, el tamaño de sus pies y que regresen, precisamente, para descubrir que ya se han cometido los crímenes. Demasiados «precisamente», demasiadas coincidencias.

—Sí, dicho así parece mucha casualidad.

—¿Y usted por qué sí parece creerles?

—Pues no sabría decirle, es solo una sensación. No tuve la impresión de que mintieran.

—Los chicos parecían sinceros —convino Guasch cuando salían a la cortina que unía los baluartes de Sant Jordi y Sant Bernat—, pero la historia chirría.

—¿Y ahora?

Guasch levantó la vista y observó el color azul del mar y cómo, en el horizonte, se bosquejaba la suave silueta de Formentera. Pensó en la hora que era y en que todavía no habían comido, y recordó de nuevo a Lucía y la cena a la que no habían podido asistir la noche anterior. Era sábado, los sospechosos estaban en prisión y los habían interrogado a

conciencia. No quedaba nada por hacer en aquel momento.

—Tal vez haya llegado la hora de relajarnos un poco, Riera. Nos vemos el lunes.

Guasch se encontraba frente a la puerta de los Lequerica con la sensación de que hacía una eternidad que no veía a Lucía. Llamó con una serie de golpes rápidos aunque comedidos; tampoco era necesario derribar la puerta.

La expresión de sorpresa de Lucía al abrir fue sincera.

—Siento presentarme sin avisar. Quería excusarme por no haber venido anoche a cenar y no haber dado señales de vida hasta ahora.

—No tiene de qué disculparse, Marc. El deber somete al placer. Ayer mismo supimos que estaba en plena detención en la bahía de Portmany.

—Vaya, ya veo que aquí todo va despacio menos la propagación de los chismorreos.

Solo cuando Lucía emitió su risa cristalina comprendió cuánto había echado de menos escucharla.

—No se habló de otra cosa en la ciudad. —Lucía titubeó—. ¿Quiere pasar?

—Me encantaría, pero si lo prefiere podemos salir a pasear —sugirió.

Ella se hizo a un lado, esta vez sin vacilar.

—Me refería a si tenía tiempo o iba con prisa. Mejor caminamos otro día.

—¿Está su padre en casa? —preguntó Guasch cuando cruzó el umbral —. Me gustaría disculparme con él.

—Se ha ido a Mallorca en el vapor y Fructuosa está en el Pla de Vila aprendiendo a preparar *flaó*. Estoy sola.

Guasch no sabía si entrar o marcharse.

—Le veo dubitativo. —Lucía parecía divertida—. ¿Hay algún problema?

—No lo sé… ¿Lo hay?

Nuevas risas.

—Si se refiere al hecho de que dos personas adultas estén a solas en un sitio cerrado, imagino que no, especialmente tratándose usted de la autoridad.

—Hablaba en serio, no quisiera que alguien pudiera pensar que…

—Vamos, Marc, no se mortifique; le aseguro que mi reputación está a salvo. —La joven lo agarró del brazo y lo acompañó hasta el despacho, donde tomaron asiento—. Cuénteme, ¿ya tiene a los culpables en prisión?

Guasch resopló en su poltrona.

—No sé si me atrevería a llamarlos todavía así.

—¿Por qué? ¿No tiene claro que sean ellos?

—Todo apunta a que sí, pero tengo dudas. Necesito distanciarme para verlo con un poco de perspectiva.

—«Un paisaje iluminado por una chispa».

—¿Perdón?

—La frase es de un amigo de Chopin, y se refería al cerebro de un artista. Pienso que usted también lo es, a su modo, y que ahora necesita ese destello que le ayude a comprenderlo todo.

Esta vez fue Guasch quien rio.

—Me temo que mi trabajo tiene poco de artístico, Lucía. Por cierto, ¿su padre quería algo? Me refiero a la invitación de ayer.

—Era solo una cena sin segundas intenciones, Marc. No todo son obligaciones.

—Por suerte —suspiró—. ¿Ha ido a Mallorca por asuntos laborales? Me comentó que solía abandonar la isla con relativa frecuencia.

—Esta vez ha unido trabajo y placer. Va a reunirse con unos médicos franceses en Valldemossa.

—Suena muy bien.

—Desde luego. Estoy encantada de que se despeje de vez en cuando.

—¿Por qué lo dice? —Guasch buscó la manera de decirlo con tacto —. ¿Por vivir en una isla o por la ausencia de su madre?

—Por ella… Mi padre está mejor, y sabe que respetaré cualquier decisión que tome.

—¿Se refiere a rehacer su vida con otra mujer? —Lucía hizo un gesto

afirmativo—. En la cena del gobernador, durante el concierto, estaba muy bien acompañado.

—¿Con una joven de vestido azul?

—Y mirada embelesada.

—Soy consciente de que mi padre no deja indiferente a las mujeres.

—Incluso a las jóvenes.

—Oh sí, desde luego. —Hizo una pausa—. A menudo las chicas se sienten atraídas por hombres inteligentes y con carácter, cosas que con frecuencia se adquieren con los años. Será el porte, la experiencia o la seguridad que transmiten, pero en ocasiones la diferencia de edad es un factor secundario. No hay fórmulas en lo relativo al amor. —Lucía esbozó una sonrisa lejana mientras acariciaba el lomo de un libro—. Sé de buena tinta que muchas señoras de la ciudad, por no decir todas, verían con buenos ojos que sus hijas, algunas menores que yo, se desposaran con mi padre. Por supuesto, no sería el primer matrimonio de este estilo… La vida continúa, ¿no cree? No tiene sentido negarse a ser feliz.

Guasch la observó con detenimiento.

—¿Sabe qué me gusta de usted? —Lucía le devolvió una mirada interrogativa—. Que siempre está convencida de lo que dice, que ha reflexionado y tiene una opinión fundada sobre cualquier tema. ¡Es extraordinaria!

También le gustaban otras cosas que por el momento no pensaba compartir con ella.

—¿Usted cree?

—Desde luego. Por no hablar de que lo que dice es siempre coherente. Resulta admirable tanto en las formas como en el fondo.

La joven rio con ganas.

—La teoría es solo eso, Marc: teoría. Es mucho más sencillo hablar de algo que llevarlo a la práctica. En cualquier caso, le estoy muy agradecida por un piropo tan peculiar como halagador. —Lucía se humedeció los labios y golpeó la tapa del libro con la palma de la mano —. Basta ya de hablar de mí. Es su turno.

—Se me da mejor preguntar y escuchar las historias de los demás.

Además, ya le conté muchas cosas el día que comí en su casa, ¿no se acuerda?

—Perfectamente, pero no trate de escabullirse.

—Tendré que llevarla conmigo a los próximos interrogatorios —masculló alzando las manos en señal de rendición—. Bien, si no puedo rehusar, dígame. ¿Qué quiere saber?

Lucía se mordió el pulgar con expresión seria y Guasch reconoció a la mujer resuelta que había irrumpido en la fiesta del gobernador y arrastrado a la tumultuosa anfitriona. La dejó hacer. Le gustaba ser el objeto de estudio de aquella mujer, que su mente estuviera centrada en él. Sin presiones, sin víctimas degolladas ni asesinos sanguinarios. Sin urgencias. Daba gusto vivir de espaldas al reloj, despreciando el tiempo junto a ella. Hubiera podido permanecer allí sentado, en paz, una eternidad y decidió que, fuera cual fuera la pregunta que ella le formulara, dentro de sus posibilidades sería sincero con ella. Quería que Lucía Lequerica lo conociera y supiera qué clase de persona se ocultaba detrás de la fachada de Marc Guasch.

Entre sus labios asomó la punta de la lengua. Alzó la mirada.

—¿Quién ha sido la mujer más importante de su vida?

Una buena pregunta bien merecía una respuesta a la altura; no tuvo que meditarla.

—Mi madre murió durante el parto, mientras me alumbraba. —Lucía se cubrió la boca con la mano—. Sería muy injusto por mi parte no otorgarle ese título, aunque no la haya conocido. Pocos meses después, mi padre me entregó en adopción a su mejor amigo, que fue quien me crio. Su esposa no podía darle hijos y, además de a mí, adoptaron a otros tres varones. Ella no nos prestó nunca demasiada atención, la verdad sea dicha. Tampoco es que nos maltratara, por supuesto, tan solo hacía su vida y nos mantenía al margen. La figura materna en mi vida fue Pepa, la hermana de mi padre o, mejor dicho, siendo purista y aunque me resulte extraño llamarlo así, de mi padre adoptivo. Ella fue quien nos educó, quien nos vio crecer, quien, en definitiva, nos amó. Es decir, que más allá del título honorífico que debo a mi madre, ella ha sido la más importante.

—No sabe cuánto lo siento. No puedo imaginar las consecuencias que habrá tenido para usted esta vivencia.

—Nunca nos mintieron acerca de nuestros orígenes. Mi vida fue y es un privilegio. Sin embargo, a menudo he sentido cierta sensación de vacío, de desarraigo. Se lo debo todo a mi padre y a su hermana. Y a mis hermanos. Ellos son mi verdadera familia, aunque reconozco que en algunos periodos de mi vida me ha costado asimilar que se desprendieran de mí; tampoco he sabido superar del todo el sentimiento de culpa por la muerte de mi madre.

—Encuentro lógico tener remordimientos ante una experiencia traumática, pero no debe culparse por ello. ¿Sabe cuántas mujeres mueren durante el parto? Mi padre habrá asistido a no menos de dos docenas. Lamento mucho lo que le pasó, Marc.

—Gracias… —Guasch entrelazó los dedos y sonrió, dispuesto a hacer otra confesión—. ¿Es esta la respuesta que esperaba?

—Para nada.

—Le diré que en el plano sentimental también hubo una mujer importante en mi vida: Aurora. Estuvimos a punto de comprometernos, hasta que descubrí que mi afecto por ella no era correspondido del mismo modo.

—¿Qué sucedió? —El tono de Lucía dejaba entrever cierto interés.

—Algo tan sencillo como que ella amaba a otro hombre.

—¡Oh! Lo siento…

—¿En serio? Yo no. Al contrario, le estaré siempre agradecido por haberme sabido contar una verdad incómoda. No estábamos hechos el uno para el otro. Nuestras respectivas familias no lo comprendieron. Les dijimos que había sido una decisión de mutuo acuerdo, sin entrar en detalles.

—Y ella, Aurora, ¿se casó con ese hombre?

—Pues sí. Y por lo que sé son muy felices. Me alegro por ella, de verdad. Hizo lo que debía. Ni me engañó a mí ni, sobre todo, se engañó a sí misma. ¿Y usted qué me cuenta? ¿No la espera nadie en París?

Lo preguntó de un modo risueño, desenfadado e inconsciente. Demasiado inconsciente. La expresión de Lucía cambió y comprendió,

tarde y a su pesar, que había dado en el blanco. No sabía bien qué decir ni qué pensar.

—Disculpe, yo… no pretendía ponerla en un compromiso.

Se escuchó el chasquido de la puerta de entrada al cerrarse y un sonido de pasos renqueantes acercarse por el pasillo. El saludo de Fructuosa se quedó a medio articular cuando descubrió a Guasch sentado en la biblioteca.

—¡Oh, qué…!

—Sí, es una sorpresa, Fructuosa —cortó Guasch levantándose—. Me alegro de verla.

—Marc, espere, por favor —dijo Lucía.

—Yo ya me iba. —Hizo una ligera reverencia al ama de llaves y detuvo a Lucía, que hizo ademán de acompañarlo—. No, por favor, no es necesario, conozco el camino.

Hizo un gesto rápido con la barbilla y, sin esperar respuesta, cogió la capa y se encaminó hacia la puerta.

Guasch se apoyó en el muro del baluarte de Santa Llúcia mientras observaba hipnotizado la linterna intermitente del faro. Desde pequeños, él y sus hermanos se habían sentido fascinados por los faros que se erigían en la costa de levante, donde solían veranear. Sus mentes fantasiosas los veían como gigantes espigados de cabezas giratorias que, cual dragones malvados, escupían ráfagas de fuego con el único propósito de achicharrar a los pequeños caballeros. El juego consistía en esquivar las llamaradas haciendo piruetas y cabriolas, y ganaba el que más tardaba en protegerse con un escudo invisible antes de ser barrido por el mortífero haz de luz.

Guasch se giró para admirar el cielo incendiado por encima de las siluetas de la catedral y del castillo. Varias parejas paseaban por el baluarte cogidas del brazo, las de mayor edad en un silencio sosegado, las jóvenes cuchicheándose confidencias al oído, compartiendo intimidades en un lenguaje íntimo.

Pensó en cuánto le habría gustado pasear junto a Lucía bajo aquel

firmamento enardecido y se sintió ridículo y triste por haber malinterpretado la amabilidad y la cercanía de ella y haberse creado falsas esperanzas. ¿Desde cuándo ser cortés significa algo más que eso? Pensó en la complicidad que había creído tener con ella y le asombró su incapacidad para advertir que no había sido real o, al menos, que no había segundas intenciones. Qué sencillo es autoconvencerse de que nos merecemos las cosas buenas que nos suceden, como si tuviéramos algún derecho sobre ellas o como si el destino estuviera obligado a compensarnos por los hechos pasados. ¿Cómo podía ser tan inocente?

Desenmarañar el complejo mundo de los sentimientos era una tarea ardua para él. Muchos crímenes resueltos y ningún corazón descifrado, ni siquiera el de Aurora en su momento. Después de ver su reacción, era evidente que Lucía tenía a alguien en París, pero de ser así, ¿por qué no regresaba para acabar sus estudios y reencontrarse con él? ¿Sería cierto que estaba consagrando aquellos años íntegramente a la felicidad de su padre? La paradoja era que, mientras el doctor rehacía su vida entre jóvenes entusiastas y viajes estimulantes, ella sacrificaba la suya aislada en aquel recóndito pedazo de tierra, entre las cuatro paredes de su nutrida biblioteca.

Una de las parejas se encaminó hacia donde Guasch permanecía pensativo, por lo que no fue del todo consciente de su presencia hasta que llegaron a su altura.

—¡Marc Guasch! —Germán Lang estrechó su mano con efusividad—. Qué bueno encontrarlo aquí. Queríamos darle la enhorabuena.

—Mi padre está deseando felicitarlo —añadió Elvira.

—Gracias, ya habrá tiempo para felicitaciones —respondió Guasch evasivo. Tenía pocas ganas de explicar de nuevo la diferencia entre «culpable» y «muy sospechoso»—. Confío en que terminemos obteniendo una confesión.

—Parece bastante claro que fueron ellos, ¿no? —preguntó Lang.

—Ya veo que están al corriente de todo…

—No se lo diremos a nadie —prometió Elvira en voz baja.

—Se lo agradezco, pero me temo que a estas alturas todo cuanto hemos dicho y hecho a lo largo de la investigación es *vox populi*.

—Al final será cierto que es usted el héroe que auguraba mi madre —apuntó Elvira.

El color anaranjado del cielo se había teñido de rojo sangre.

—¿Quiere que pasemos a buscar a Lucía? —propuso Lang con la mejor de las intenciones—. Podríamos dar un paseo los cuatro.

—Otro día. La noche pasada no pegué ojo y preferiría acostarme temprano hoy.

—Hum… ¿Tiene algún compromiso mañana? —preguntó Lang—. Me comprometí a mostrarle las salinas antes de que se marchara.

—Le encantarán, ya verá —lo animó Elvira.

—Iremos a caballo.

—¿A caballo?

—No es por alardear, pero fui el primero en traer uno a la isla —explicó el farmacéutico con orgullo—. Le pediré otro prestado al doctor Lequerica.

—¿También él tiene uno? Si no me equivoco, creo que ha salido de viaje.

—En ese caso hablaré con Lucía, seguro que no pondrá ninguna objeción. —Lang advirtió el rostro alicaído de Guasch—. Anímese, le sentará bien despejarse un poco.

—Dicen que los funcionarios llegan a Ibiza llorando y se marchan llorando —explicó Elvira con afecto—. Algo tendrá esta isla que termina cautivando a todo el mundo.

—De acuerdo —claudicó Guasch. El plan era mejor que quedarse solo en la habitación.

—¿A las nueve? —El farmacéutico señaló las cuadras.

—Aquí estaré.

Al despedirse, Guasch se quedó observando sus siluetas recortadas sobre el fondo malva y por primera vez desde que estuviera a punto de comprometerse con Aurora sintió nostalgia de no tener una cómplice con quien compartir su vida.

32

Una pintura de Goya

La brisa hacía ondear con suavidad las ramas de los pinos del Puig des Falcó. Marc Guasch y Germán Lang paseaban cerca del acantilado a cuyos pies, un centenar de metros más abajo, rompía el oleaje sereno. El sonido rítmico y remoto de las olas al chocar con las rocas se unía al delicado siseo de la arboleda. Los dos imponentes caballos pacían no lejos de ellos. El día había amanecido despejado y ahora unas pocas nubes se desplazaban perezosas sobre sus cabezas.

Lang señaló los estanques rojizos y verdosos que, delimitados por una estrecha playa de cantos rodados, se extendían en dirección norte.

—Como este invierno ha llovido tanto —continuó el farmacéutico—, en primavera las balsas van a tener que vaciarse por completo para ser rellenadas con agua marina. El agua pasa de los estanques concentradores a otros cristalizadores, que es donde se recoge la sal. Es un proceso tan sencillo como eficiente.

Guasch asintió maravillado e imaginó a los ibicencos de épocas anteriores realizando una explotación similar para extraer la preciada esencia del mar con la que aderezar y conservar sus alimentos.

—¿Cuándo se extrae la sal? —preguntó de camino a las monturas.

—Se empieza a finales de agosto y se puede acabar en noviembre. En diciembre debería estar ya toda retirada y, para ir bien, vendida. La sal ha sido históricamente la principal fuente de riqueza de los ibicencos, que tenían derecho a una cuota personal y la obligación de colaborar en su extracción. Hasta que Felipe V se apropió de las salinas por derecho de conquista y pasaron a ser administradas por la Real Hacienda. Por desgracia, en los últimos tiempos la gestión deja mucho que desear y la producción es cada vez menor. Sería necesaria una

inversión fuerte para recuperar los rendimientos pasados.

Lang era un excelente cicerón, dispuesto a compartir sus conocimientos y orgulloso de exhibir ante un profano como él la exuberancia de la tierra donde había escogido residir.

—Si me permite la indiscreción: ¿dónde vivirán usted y Elvira después de casarse? Don Eduardo tendrá nuevo destino en breve. ¿Se quedarán aquí o se trasladarán?

—Me quedaré aquí hasta poco antes de la boda. Después buscaré la manera de reunirme con ellos allá donde estén. ¿Acaso me cree capaz de separarme de mi madre política? —Lang rio su ocurrencia y Guasch no pudo evitar sumarse a su buen humor—. Venga conmigo, quiero mostrarle algo.

El farmacéutico subió con agilidad a su montura y apenas esperó un instante antes de empezar a galopar por la vertiente este de la colina. Guasch tuvo que apresurarse para no quedarse atrás y se lanzó montaña abajo en su persecución. El sendero era estrecho y escarpado, pero al caballo no parecía importarle. Cuando alcanzaron la planicie incrementaron la marcha todavía más. Guasch espoleaba a su corcel en pos de Lang, que le seguía sacando ventaja. La respiración desbocada del animal se entremezclaba con la suya propia y con el ruido seco de las pezuñas al clavarse en el suelo. Lang zigzagueó para enseguida desembocar en una playa larga, con forma de medialuna y aguas cristalinas y poco profundas. A su izquierda, las sabinas inclinadas por el viento se retorcían sobre las dunas de arena clara. Lang dirigió su animal hacia la orilla y lo hizo volar por el estrecho margen que quedaba entre los montones de algas secas y la piel fina del mar. Sus pisadas poderosas levantaban una espuma blanca que le salpicaba la cara y le obligaba a entrecerrar los ojos. Sintió la necesidad de gritar con todas sus fuerzas. Y gritó con todas sus fuerzas. Lang se giró e insinuó una sonrisa de complicidad. Guasch espoleó su caballo una vez más. Quería alcanzarlo. Quería ganar. Las rocas reemplazaron a la arena y Lang se alejó unos metros de la costa para serpentear por unos desniveles suaves. Entonces el sabinar se agotó y dio paso a un terreno yermo y plano cubierto de polvo y marés. Las piedras formaban

esculturas naturales erosionadas por el efecto del agua, del aire y del tiempo. La costa alternaba zonas rocosas con diminutos remansos de arena blanca. Guasch levantó la mirada y distinguió al final de la explanada una inesperada construcción cilíndrica. Le impresionó encontrar en mitad de aquella naturaleza inmaculada una estructura creada por el hombre. Se agazapó, apretó las rodillas y los dientes y dio un último arreón para, al llegar a la torre, rebasar ligeramente a Lang.

—¡Bienvenido a la Torre de Ses Portes! —resopló el farmacéutico acariciando a su bestia.

Necesitaba recuperar el resuello. Cuando descendió del animal sintió que le dolía todo el cuerpo. Se puso en cuclillas, se levantó de nuevo y estiró las piernas. Pasado un rato, por fin fue capaz de hablar:

—Es impresionante.

—¿Se refiere a la torre, al recorrido o al entorno?

Guasch miró a su alrededor y comprendió que se encontraban en una lengua de tierra que penetraba en el mar. Recordó el mapa de Ibiza y las dos puntas con forma de doble uve que sobresalían en dirección sur al oeste de Vila. La torre se alzaba en el brazo occidental de aquel saliente que recibía el nombre de Punta de Ses Portes. Apenas a una treintena de pasos de la atalaya defensiva se hallaba la costa sinuosa, con entrantes y salientes formados por piedras desprendidas contra las que colisionaba el mar revuelto.

—A todo —respondió.

—Acompáñeme.

A ras de tierra se recortaba el marco de una puerta mal cerrada. La planta inferior, diáfana, tenía dos estrechas ranuras verticales y una caja cilíndrica, junto a la entrada, por la que ascendía una escalera de caracol. Subieron al nivel superior y después al tejado, donde les alcanzó un viento suave y salino. Al este, a lo lejos, divisó la sempiterna silueta de las murallas. Unos peñascos cercanos emergían del mar. Eran los primeros de una ristra de escollos e islotes que se esparcían en Es Freus, el estrecho que separaba las islas de Ibiza y Formentera.

Lang señaló uno de ellos, en el que se erigía un faro solitario.

—Daría todo mi dinero para no tener que trabajar de farero ahí —

dijo Guasch.

—Es la Illa des Penjats.

—¿La isla de los colgados, de los ahorcados?

El farmacéutico mostró una sonrisa con la que parecía pedir disculpas.

—Lamento si mi pronunciación no es del todo correcta.

—Lo ha dicho perfectamente, es solo que me sorprende el nombre.

—Se desconoce el origen, aunque la imaginación popular se ha encargado de darle una pátina escabrosa.

—¿Qué se dice?

—Que el islote se empleaba como cadalso y que los ahorcados se dejaban expuestos, pudriéndose, para que las tripulaciones de los barcos piratas vieran a lo que se exponían de ser capturados.

—Un mensaje contundente.

Emprendieron el viaje de regreso a un ritmo sosegado. Después del divertimento, no tenían prisa. El sol incidía sobre las aguas de los estanques y los destellos irregulares les obligaban a entrecerrar los ojos.

—Me alegra que Lucía no haya puesto objeciones para prestarme el caballo —comentó Guasch.

—¿Por qué debería ponerlas? Ha dicho que le vendría bien despejarse y que esperaba que disfrutase de la jornada.

Guasch sintió una punzada de nostalgia por algo que ni siquiera había llegado a poseer.

Cuando pasaron por la modesta iglesia de Sant Francesc vieron un pequeño grupo de payeses y trabajadores de las salinas congregado frente al portalón de medio arco. Un enjambre de niños bien vestidos revoloteaba a su alrededor. Algunos señalaron los caballos y se alejaron corriendo a horcajadas.

—Qué elegantes van hoy los feligreses —observó Guasch—. También en Sant Jordi vestían de punta en blanco el domingo pasado.

—Dentro de sus numerosas limitaciones, la gente del campo suele tener dos mudas: la de diario, que usan para trabajar, y la buena, que reservan para los domingos y las celebraciones especiales. Es asombroso lo básicos que son los payeses y lo poco que se parecen a

nosotros.

Guasch respondió con la mano al saludo de unos chiquillos y se fijó en sus pies, calzados con unas *espardenyes* diminutas. Hizo memoria. Una imagen le vino a la cabeza. Una imagen que estaba incompleta. Miró a Lang abstraído y este se percató de que sucedía algo.

—¿Va todo bien?

—No estoy seguro. ¿Le importa si nos desviamos un momento?

No quedaba un alma en los alrededores de la iglesia de Sant Jordi. La misa dominical había concluido hacía rato y los feligreses se habían marchado a sus hogares para el descanso semanal. Guasch y Lang ataron los caballos en las argollas junto a la casa del mossènyer. Funolla salió al *porxet* secándose las manos en el delantal y sonrió al reconocer a Guasch, que preguntó por don Ramón. La criada le indicó que lo encontraría en la iglesia.

—Pase conmigo si quiere, solo necesito hacer una comprobación —sugirió Guasch a Lang, que rehusó.

—Vaya a hacer sus cosas, yo aprovecharé para abrevar a los animales. Se lo han ganado.

Guasch entró en el *porxo*, donde percibió de nuevo el olor a limpieza desmedida e intuyó que la criada hacía un lavado suplementario cada vez que le tocaba fregar ese suelo. Se sintió extraño al hallarse de nuevo en el escenario del crimen y tuvo la sensación de que el espacio se había reducido.

Don Ramón se encontraba en la nave principal, sentado en un banco de la primera fila. Tenía los ojos cerrados y movía los labios de manera casi imperceptible. Las cuentas de un rosario rebosaban de sus manos.

Optó por no interrumpirlo y se dirigió con sigilo hacia la parte trasera para darle un poco de tiempo. Un movimiento entre las sombras lo sobresaltó.

—¡Me ha dado un susto de muerte! —susurró Conxita Basora.

Riera no exageraba cuando decía que la feligresa vivía en la parroquia.

—Conxita, no sabe cuánto me alegro de verla. Me gustaría hacerle una pregunta muy sencilla. Estoy seguro de que usted lo sabrá. —Guasch vio refulgir los ojos de la beata—. Es respecto al ajuar de don Joan y de Toni.

—¿Qué quiere saber?

—No recuerdo que hubiera ningunas *espardenyes*.

—Así es.

—¿Está segura?

La mujer asintió pesarosa.

—Nos dimos cuenta cuando los preparábamos para el sepelio. Como no encontramos las *espardenyes de vestir* se nos planteó el dilema de enterrarlos con los *estrivancos*, pero además de viejos, estaban bañados en su propia sangre. No se me ocurrió una manera menos digna de darles sepultura, ¿se imagina? Dos docenas de feligreses ofrecieron sus alpargatas y al final, para que no hubiera disputas, se hizo una colecta para comprar unas nuevas entre todos.

—¿Dónde estarán las *espardenyes*?

Guasch pudo distinguir cómo la figura se encogía de hombros.

—No lo sé.

—Le tengo que pedir un último esfuerzo, Conxita. —La figura se incorporó en el banco, dispuesta a aceptar cualquier reto—. ¿Recuerda haberlas visto después de los asesinatos?

La anciana se tomó su tiempo.

—Estoy segura de que no estaban. Yo misma preparé las cajas con sus pertenencias.

—¿Cuándo recogió usted las cosas?

—El día siguiente a las muertes, cuando se marchó todo el mundo.

—¿A quién se refiere?

—A los guardias, el doctor, el juez…

—¿Se las pudo llevar alguno de ellos?

—No vi que se llevaran nada. Además, no se me ocurre qué podrían hacer con ellas unos señores de Vila.

Guasch se acarició el mentón antes de asentir.

—A mí tampoco.

—Parece preocupado —observó Germán Lang mientras regresaban.

Guasch había tratado de aparentar normalidad, pero el farmacéutico advirtió que estaba menos jovial y que se limitaba a responder con monosílabos y frases cortas.

—Solo pensativo. Lo lamento. Se suponía que iba a ser una jornada de esparcimiento.

—Espero que al menos no sea nada serio.

—Más bien es algo con lo que no había contado. —Guasch dudó, pero consideró que tenía poco sentido ocultar un detalle a alguien que por su relación con el gobernador estaba al corriente de todo—. Estoy casi seguro de que los asesinos se llevaron las *espardenyes* de las víctimas.

Lang puso cara de no comprender.

—¿Eso es importante?

—Probablemente no, pero hasta ahora buscábamos unas *espardenyes* ensangrentadas cuando lo más probable es que los asesinos se deshicieran de las suyas y se calzaran las robadas, que al menos estaban limpias.

—Entonces sería interesante revisar cómo son las que usan los detenidos y comprobar si pudieran ser las de las víctimas.

—Es una idea, sí —convino Guasch.

El farmacéutico sonrió satisfecho, como un alumno recibiendo el elogio de un maestro exigente.

Al llegar al Portal del Camp vieron que había un gran alboroto. Uno de los vigilantes reconoció a Guasch y se marchó corriendo para regresar al momento en compañía de Usechi.

—Ha ocurrido un incidente, señor —anunció el cabo. Por lo visto, era imposible tomarse un respiro—. Han intentado matar al cura de Sant Llorenç.

—¿Có… cómo dice? ¿Quién?

—Pep des Camp.

—¿Perdón? ¿Pep ha intentado matar al cura de Sant Llorenç?

—Eso es. Hace unas horas, después de misa. No sabemos bien qué ha sucedido.

—¿Dónde está Riera?

—Camino de Sant Llorenç junto con un par de guardias y un médico cirujano. —El cabo se fijó en sus caballos—. Han salido hace hora y pico, pero ustedes irán más rápido. Calculo que llegarán casi a la par.

Guasch miró a Lang, que estaba perplejo.

—¿Abusaría de su confianza si le pidiera que me guiara hasta allí?

El día empezaba a complicarse de verdad.

La iglesia parroquial de Sant Llorenç había sido construida en una pequeña colina. En la fachada principal se abría un solitario arco de medio punto custodiado por dos uniformes azules. Frente al templo se extendía una pequeña explanada con vistas a un valle ondulado y un reducido cementerio enclaustrado entre cuatro muros de piedra sin encalar. En la plazoleta se congregaba una pequeña multitud. Los hombres se arremolinaban delante del edificio, mientras las mujeres permanecían en un segundo plano, sentadas sobre un murete o en pequeños corros. Unos y otros hablaban animadamente. De vez en cuando se oía alguna voz masculina lanzar algún improperio contra Pep des Camp. La muchedumbre los miró con una mezcla de curiosidad y admiración al verlos aparecer con sus distinguidas monturas.

Lang se ofreció a esperarle y Guasch le agradeció la predisposición. El mar de barretinas negras y rojas se abrió para cederle el paso. Los guardias se cuadraron y señalaron la casa rectoral.

La escena que presenció era digna de una pintura negra de Goya.

Maria des Camp gimoteaba en un rincón junto a las dos sempiternas primas, que trataban de serenarla cogiéndola de la mano y dándole palmaditas en la espalda. No habían tenido mucho éxito en su cometido si después de no sabía cuántas horas la mujer seguía llorando de aquella guisa. Pep des Camp permanecía retenido en la esquina opuesta, sentado y maniatado. Su rostro presentaba una amplia variedad de cortes, abolladuras y contusiones. El cuello de su camisa

estaba manchado de una sangre seca y oscura. La pareja de guardias que el día anterior vigilaba a Mateu Serra flanqueaba ahora al nuevo detenido. Frente a Pep, hablando en voz baja, se sentaba el subinspector Riera. De una puerta lateral salió un médico cariacontecido.

—¿Está vivo? —se oyó decir Guasch.

El cirujano asintió mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Muy dolorido, pero sí. Ha recibido golpes de gravedad y ha estado inconsciente un buen rato antes de llegar nosotros. Ahora descansa.

—Nos dijeron que había estado a punto de morir —explicó Riera con el gesto torcido. Señaló a Pep—. Y no será porque este *cabotarro* no lo haya intentado.

—¿¡Se ha vuelto loco!? —le regañó Guasch.

El payés no se dignó a levantar la vista.

—La pareja de la entrada podrá explicarle lo que han visto —dijo Riera—. Vigilaban a Pep esta mañana, por suerte. Si no hubieran estado aquí…

Los guardias, un cordobés espigado y un aragonés de ojos tristes, declararon que se encontraban frente a la puerta de la iglesia cuando empezaron a oír voces desde la casa rectoral. Maria des Camp apareció en ese momento pidiendo auxilio y chillando que lo iba a matar. Cuando entraron, vieron que Pep y el sacerdote estaban enzarzados y la mesa y las sillas volcadas; el payés lanzó un puñetazo a la mandíbula del cura, que cayó derribado y se golpeó la nuca contra el suelo. Pep se abalanzó sobre él para rematarlo, pero los guardias lograron reducirlo como buenamente pudieron.

—¿Saben qué originó la agresión?

—No tenemos ni idea —respondió el aragonés—. Es la primera vez que Pep hace algo fuera de lo normal. Hasta ahora se había limitado a trabajar, dormir, comer y cag… bueno, ir de vientre. Esta mañana fueron a la iglesia y asistieron a misa, sin más. Nosotros esperábamos fuera. El altercado empezó al poco de terminar la ceremonia.

—¿No han averiguado nada?

—Pep no se ha mostrado muy colaborativo, que digamos. Ha

recriminado algo a su mujer que no hemos entendido y poco más.

Guasch levantó ambas cejas dando a entender que eso era lo habitual en aquel hombre.

—¿Han notado algo fuera de lo normal esta mañana?

—Cuando salimos de su casa nos advirtió que no le «tocáramos los huevos delante de todo el mundo» y a partir de ahí nos ignoró.

Guasch les agradeció su labor, regresó a la casa del rector e hizo salir a Riera que, pese a la tensión, no había perdido el buen talante.

—¿Qué tal el agradable paseo por las salinas?

—Entre una cosa y otra, se me ha atragantado.

—¿Qué quiere decir?

Guasch le contó su paso por Sant Jordi y resumió su teoría respecto a las alpargatas desaparecidas. Riera se rascó la cabeza.

—Sabía que no estaban, pero no me había ni planteado que se las hubieran llevado los asesinos.

—No se flagele. ¿Ha podido sonsacarle algo a Pep?

—No. Lo que ha visto resume la situación a la perfección: Pep calla y Maria llora.

—¿Ha hablado con ella? Será más sencillo que tirarle a él de la lengua.

—No he conseguido sacarla de su estado de ánimo.

Guasch le dio una palmada afectuosa en la espalda y volvieron a entrar.

—Pep —dijo Guasch sin preámbulos y sin elevar la voz—, hoy será el primero de los muchos días que pasará en prisión. Olvídese de las otras veces, esta será muy diferente. Aproveche el trayecto hasta Vila para mentalizarse, porque esta tarde le haremos una visita y quiero que nos explique muchas cosas, empezando por la muerte de su hermano y terminando por el lamentable espectáculo de hoy. De cura a cura. Le adelanto que aquella noche fue visto fuera de su casa, más que nada para que no siga mintiendo al respecto. Confío en que la celda le ayude a hacer memoria.

Guasch hizo un gesto a los guardias, que lo agarraron por los codos y lo obligaron a ponerse de pie, y se dirigió hacia Maria. El detenido

recuperó el habla por arte de magia:

—¡No se acerque a mi mujer! —amenazó mientras forcejeaba con los guardias, que lo atenazaron con fuerza—. ¡Le prohíbo que hable con ella! —Pep dirigió entonces su ira hacia el subinspector—. Riera, ya me he cansado, voy a contar todo lo tuyo.

—Llegas tarde, Pep. Yo ya he confesado mis pecados, y es muy liberador. Te recomiendo que sigas mi ejemplo.

Pep dio un tirón y se las arregló para medio desprenderse de uno de los guardias, que lo volvió a apresar cuando ya se dirigía hacia ellos.

—Maria no está bien, ¿entienden? —masculló—. Puede inventarse cualquier cosa.

Guasch lo observó con indulgencia.

—Creo que el único que aquí se inventa cosas es usted. —Alzó la vista hacia los guardias—. Llévenselo.

Maria des Camp y sus primas habían seguido la conversación desde la esquina. Aunque desfigurada por el llanto, la esposa de Pep había dejado de sollozar y parecía más serena.

Guasch recordó la ya lejana conversación en Sant Josep y su temor a que las carabinas los vieran juntos. Esta vez todo era diferente.

—¿Les importaría dejarnos solos?

Las primas se levantaron y salieron al *porxet* con las miradas bajas.

—No era necesario —dijo Maria en tono seco cuando cerraron la puerta.

—Pensaba que lo preferiría…

—No tengo nada que ocultar.

Riera le ofreció un tazón con agua que la mujer apuró de un trago.

—¿Sería tan amable de contarnos qué ha sucedido? —preguntó Guasch.

Riera le sirvió una segunda taza que bebió sin prisa hasta la mitad, seguramente para ganar tiempo.

—Al terminar la misa me fui a confesar. Después, don Bartomeu llamó a Pep a la casa rectoral y se pusieron a hablar. La cosa acabó en la riña que ya conocen.

—¿No estaba usted con su marido?

—Me quedé esperando detrás de la puerta, no quería entrometerme en cosas de hombres.

—¿A qué se refiere? ¿Llegó a escuchar de qué hablaban? —preguntó Riera.

—No.

—¿Seguro que no sabe quién ni porqué empezó la discusión?

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza. Guasch recordó la conversación con Pere Fang.

—Sospecho que Pep salió de casa la noche que murió Joan.

—¿Sospecha? Acaba de decirle a Pep que alguien lo vio.

—¿Me equivocaba?

—No, está en lo cierto. —Suspiró—. Esa noche Pep se ausentó varias horas. Vinieron a buscarlo a la puesta de sol.

Guasch hizo sus cálculos y asintió despacio.

—¿Pere Fang?

—No pude verlo, pero poca gente más va a buscar a mi marido. Son muy amigos.

—¿Cuántas personas vio? —preguntó Riera.

—Solo a una, vino en mula.

Guasch decidió probar suerte.

—Maria, ¿cree que Pep mató a Joan?

Los ojos de Maria des Camp se anegaron de lágrimas.

—Yo solo sé que no estuvo en casa.

—¿Cree que sería capaz de hacerlo?

—Eso solo puede saberlo Dios —respondió después de una larga pausa—. Él es el único que conoce nuestros pecados. El demonio no desperdicia ninguna ocasión para sembrar el mal. —Guasch miró a Riera y comprendió que también él estaba desconcertado—. Ya han visto lo que ha sucedido hoy. No parece que un hábito religioso pueda frenarlo.

—Maria, tengo la sensación de que nos está ocultando algo. ¿Está relacionado con su confesión? ¿Reveló algo a don Bartomeu que hizo que hablara con Pep?

Una lágrima resbaló por la mejilla de la mujer al tiempo que negaba

con la cabeza.

—Dios ya sabe lo que necesita saber —musitó.

Guasch se disculpó y se dirigió al cuarto del sacerdote. Don Bartomeu yacía tumbado de costado en un camastro. Tenía los ojos cerrados y el rostro brutalmente dañado. Un olor a sudor rancio inundaba la estancia.

Se presentó.

—He oído hablar de usted —dijo el párroco.

—Necesito que me ayude a comprender qué ha sucedido hoy aquí.

Después de varios resoplidos y gemidos, el sacerdote respondió en un susurro:

—Lamentándolo mucho, eso es algo que no puedo compartir con nadie.

—Don Bartomeu —insistió Guasch serio—, han asesinado a dos hombres, uno de ellos un siervo de Dios con quien sé que le unía una fuerte amistad. Respeto el secreto de confesión, pero me parece que en este caso debería prevalecer la sensatez y, por encima de todo, la verdad. No le estoy pidiendo que revele palabra por palabra lo que le ha dicho Maria, pero necesito averiguar si Pep está relacionado con los crímenes.

—No puedo…

—¡Dele la vuelta! ¡Vamos! ¡Encuentre la manera de decírmelo!

Don Bartomeu apretó los dientes y entreabrió uno de los párpados. Una franja de pupila gris lo examinó. Guasch creyó oír las voces que se debatían en su interior.

—Se lo ruego —añadió para ayudar a inclinar la balanza.

El mossènyer volvió a cerrar el ojo.

Guasch ya lo había dado por perdido cuando los labios del religioso se movieron lo justo para emitir su veredicto.

—Creo que Pep des Camp mató a su hermano y a Toni Roig. No se lo puedo garantizar, pero sí decirle que los motivos que tengo para pensarlo son fundados. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Deseo de todo corazón que el Señor ilumine su camino y le permita descubrir la verdad.

Amén.

33

Pep

El aspecto de Pep des Camp a última hora de la tarde era mucho peor que el que lucía a mediodía: la barba entrecana le había crecido, la hinchazón de los ojos había sido reemplazada por una retahíla de manchas moradas y amarillentas y su indumentaria estaba todavía más sucia y arrugada. Parecía que en aquellas pocas horas el payés hubiera envejecido una década. Su espíritu desafiante, sin embargo, se mantenía inalterable. Calavera había pedido velar al detenido en persona por si era necesario «amansarlo» de nuevo.

Guasch y Riera guardaban silencio en sus respectivas sillas. El subinspector se examinaba las uñas a conciencia y Guasch observaba al detenido desapasionadamente. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaban allí sentados. Pep no había pronunciado palabra desde que habían entrado en la sala, con la salvedad de interesarse por su mujer.

—Está en casa con sus primas.

A partir de ahí se hizo el mutismo.

—Le voy a contar una historia, a ver qué le parece —empezó Guasch cuando se cansó de esperar. Riera salió de su ensoñamiento, Calavera estiró los músculos del cuello, Pep ni pestañeó—: usted tenía unas deudas de juego sustanciosas. Sabía que Joan tenía dinero. Se confabuló con alguien, quizá con los Serra, tal vez con su amigo Pere Fang, que le recogieron al anochecer y fueron a ver a Joan. Pese a que hacía años que no se trataban, lo invitó a entrar e, incluso, a tomar una taza de salsa, y usted le planteó sus problemas económicos y le pidió por las buenas que le ayudara, a lo que él se negó y le dijo que sus ahorros de toda la vida eran para comprar una finca que ya tenía apalabrada. Quizá le recriminó incluso que no fuera capaz de asumir

las consecuencias de sus actos. Entonces decidió ir por la vía fácil. Se habían llevado mal toda la vida, asesinarlo era el final más lógico. También se vio obligado a matar al criado, claro; no podía dejar testigos. Usted y su compinche, o compinches, los acuchillaron a sangre fría, cogieron el dinero y varios objetos, incluidas las *espardenyes* de las víctimas, y se marcharon. Nos consta que ha cancelado parte de su deuda, probablemente porque no ha querido llamar demasiado la atención liquidándola de una vez. Lo habría hecho en las próximas semanas. Fin de la historia.

Pep des Camp se apoyó en el respaldo de la silla, echó la cabeza para atrás y suspiró.

—No ha acertado ni una.

—Luego está lo de esta mañana con don Bartomeu. Él le ha acusado de matar a Joan, usted se ha sentido acorralado y ha tratado de hacerlo callar de cualquier manera. Por suerte, los guardias estaban al quite y lo impidieron.

Pep separó un poco las piernas y sin apartar la vista de él dejó caer un escupitajo negruzco al suelo. Pese a su actitud desafiante, Guasch creyó percibir cómo una sombra de tristeza cruzaba sus ojos magullados.

Se levantó.

—Como quiera —dijo sin alterarse—, acabaremos averiguando la verdad.

Pere Fang advirtió antes de empezar que no pensaba decir nada que comprometiera a su amigo.

—Eso significa que podría contarnos algo, pero que prefiere no hacerlo —dijo Guasch.

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hace. Agradezco su franqueza y, para no ser menos, le expondré cuál es nuestra posición, así no se lleva a engaño. ¿Queda claro?

Fang no llegó a decir nada, pero Guasch tomó su cara de

desconcierto como una invitación a continuar.

—O nos cuenta lo que sabe de la noche de la *mitjana festa de Nadal* o lo encierro en el calabozo por colaborar en el doble crimen de Sant Jordi.

—Pero ¿qué dice?

—Creo que fue a buscar a Pep al anochecer, se acercaron juntos a Sant Jordi, mataron a don Joan y a Toni y se llevaron el botín.

—¡Eso no tiene ni pies ni cabeza!

El detenido buscó el apoyo de Riera con la mirada, pero el subinspector desvió la vista y adoptó una posición distante.

—Es posible, pero hoy por hoy es lo más parecido a la verdad que se me ocurre y no le miento: o me ayuda a cambiar esta opinión «errónea» o le adelanto que pasará muchísimo tiempo antes de que pueda ver de nuevo cómo sus hijos juegan a los espadachines.

—¡Esto es una injusticia!

—No hay nada más injusto que la justicia, Pere. Bienvenido al mundo real.

—Esta vez la cosa no va de cartas o de timbas clandestinas. —Riera compuso un gesto de tristeza—. Tenemos dos cadáveres en el cementerio. No entiendo cómo has podido involucrarte en algo así.

—¡Yo no he hecho nada!

—Habla, entonces. Si comprendemos qué sucedió tal vez descubramos que ni Pep ni tú tenéis nada que ver. Quién sabe si al final podremos liberar a tu amigo gracias a tu testimonio. Ahora mismo es el principal sospechoso, por lo que, si nos ayudas, su situación solo puede ir a mejor.

—Ya ve, a las buenas o a las malas, todos los caminos llevan a Roma —añadió Guasch.

Pere Fang los miró con resentimiento y Guasch pensó que añadiría esa mirada a la larga lista de las que le habían dedicado los últimos días. No paraba de hacer amigos.

—Yo no he hecho nada de todo eso —farfulló Fang—. Menudos investigadores…

—Horrorosos: por eso necesitamos su ayuda.

El payés refunfuñó un rato antes de decidirse a hablar.

—Habíamos quedado para jugar la partidita.

—¿Dónde?

—En mi casa. Pep no había venido desde lo de Catalina, pero esa noche se había comprometido. Y lo hizo, aunque llegó bastante tarde.

—Defina «tarde».

—No sabría decirle bien, llevábamos varias horas jugando.

—¿Cuándo habían quedado?

—Nos íbamos juntando a medida que terminábamos de cenar, después del anochecer.

—¿Y?

—Llegó muy alterado, nunca lo había visto así.

—*Arredecony*, Pere, ¿nunca lo habías visto muy alterado? ¿Estamos hablando de la misma persona?

—No de esa manera, Riera. No puedo decir que estuviera enfadado. Estaba inquieto y era incapaz de centrarse en la partida. Le oí decir que no sabía por qué había venido.

—¿Te fijaste si llevaba algo con él? —preguntó Riera

—¿Algo…?

—Algo como los objetos desaparecidos en Sant Jordi.

—No, hombre, claro que no.

—¿Tenía manchas de sangre en la ropa o las *espardenyes*? —continuó Guasch.

—Tampoco.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Alrededor de una hora

—Pere, hace unos días nos dijo que no había notado ningún cambio en Pep después de la muerte de su hermano.

—Recuerdo habérselo dicho, y es cierto.

—Pero ahora nos está diciendo que esa noche estaba alterado.

—Esa noche sí —se limitó a decir—, es la verdad.

Guasch observó a Riera, que levantó las cejas.

—Gracias Pere —concluyó Guasch—, aunque no lo crea, su testimonio puede sernos de gran ayuda.

Era tarde y tocaba descansar y, con las primeras luces de la mañana, ir a la casa del sospechoso.

Nada había cambiado en Can Pep des Camp, salvo el hecho de que esta vez no había sillas ni ningún tipo malcarado esperándolos en la explanada. Los asientos estaban en el *porxet* y el hombre, encerrado en un calabozo del castillo de Vila.

Guasch y Riera se dirigieron a la casa mientras Sardina y una docena de guardias se repartían por el exterior con órdenes de escudriñar cualquier escondrijo en el que cupiera un alfiler.

La puerta principal estaba entreabierta. Maria des Camp permanecía sentada en un rincón con las manos sobre el regazo y un rosario entre los dedos. Les dirigió una mirada distraída. La casa estaba en penumbra y olía a leche agria, carne socarrada y pota. Sin embargo, todo cuanto veían estaba limpio y ordenado. Se oyeron unos murmullos provenientes de la cocina; una de las primas asomó la cabeza, abrió los ojos y la volvió a esconder.

—*Bon dia tengui, Maria* —saludó Riera, meloso.

—*Bon dia* —respondió la payesa, distante—. *Passin, passin. Que volen un gotet de vi?*

La mujer no dio muestras de haberlos reconocido.

—*Com està?* —se interesó Guasch.

—Muy bien, gracias. Sí, sí, muy bien, ya ven. —Entornó los ojos para aguzar la vista—. ¿Quiénes son ustedes?

Guasch la observó con detenimiento y comprendió que realmente estaba desconcertada.

—Soy Marc Guasch, y este señor es el subinspector Toni Riera.

—¿Guasch y Riera?

—¿Recuerda que estuvimos hablando ayer en Sant Llorenç y que…?

—Sí —respondió, seca—. ¿Qué hacen aquí? ¿Dónde está mi marido?

—Pep se encuentra bien.

—Nos ha mandado para que le llevemos una camisa limpia —improvisó Riera.

—Oh, claro, miren en la habitación.

Fue Guasch quien se levantó.

Un agradable olor a limón le inundó las fosas nasales. La pieza era espaciosa y tenía forma rectangular. Una luz tenue se colaba por un ventanuco protegido por dos ramas de sabina en forma de cruz. Una gran cama de matrimonio ocupaba buena parte de la estancia; dos sencillas mesitas de noche flanqueaban el cabecero y a los pies descansaba un baúl de madera de pino. Una *caixa*. El resto del cuarto, salvo un ropero y una silla, estaba vacío.

Guasch se arrodilló ante el baúl. La parte frontal y los laterales estaban decorados con dibujos romboidales. El contenido apenas ocupaba la mitad del espacio disponible. Eran las pertenencias de una mujer: un par de vestidos negros y otros tantos delantales, *faldellins* y blusas, varios pañuelos con unos bordados coloridos, una prenda de abrigo, un juego de pequeñas alpargatas con puntas metálicas y un sombrero de ala ancha. Nada más. Palpó las paredes y el fondo del baúl, pero no descubrió ningún compartimento oculto. Chasqueó la lengua. Abrió el ropero y revisó su contenido: dos pares de pantalones de hombre, dos camisas, una boina, dos barretinas y unos *estrivancos* grandes y desgastados con las suelas reforzadas con metal. El ajuar de Pep des Camp se completaba con una navaja de hoja mediana, un *catxarrillo* y dos saquitos, uno con pólvora y otro con balines de plomo. El armario tampoco escondía dobles fondos ni otros recovecos.

Fuera se escuchaba el murmullo zalamero de Riera hablando de cualquier trivialidad que ocupara la mente intermitente de Maria des Camp. Guasch sacó la camisa y cerró la puerta procurando no hacer ruido. Fisgoneó debajo de la cama y examinó con esmero las paredes y el suelo de la habitación en busca de algún agujero camuflado que no encontró.

Después registró con minuciosidad la segunda habitación, que había pertenecido a la hija. En su *caixa* encontró infinidad de retales de telas, agujas, hilos y pequeñas herramientas para bordar. Ya con Riera, revisaron la despensa y, de manera menos discreta, la cocina, donde las primas desplumaban y socarraban una gallina. Las mujeres les dejaron

hacer sin prestarles más atención que alguna mirada de reojo. En la casa no encontraron nada de lo que buscaban.

Al salir se dieron de bruces con el cabo Sardina.

—¿Cómo va? —preguntó Guasch.

—No hemos localizado ninguno de los objetos robados, señor, pero la niña que cuida las ovejas estaba en el establo y nos ha contado cosas muy interesantes sobre Pep y su mujer. Debería hablar con ella —sugirió—. Imagino que ha visto a Maria.

—Por supuesto, está dentro rezando el rosario.

—Sobre eso mismo quería hablarle. No hay mucha luz ahí dentro, ¿verdad?

Guasch arqueó una ceja y Sardina comprendió que no estaba para adivinanzas.

—Quiero decir —carraspeó—, ¿está seguro de que es un rosario?

Pep des Camp lo observó con indiferencia. Parecía haber pasado mala noche. Guasch supuso que al menos una recóndita sección de su cerebro se estaría preguntando por qué aquel investigador insistente había entrado en la sala, contraviniendo su costumbre, sin la compañía del subinspector.

—Quisiera plantear una entrevista más íntima —le había dicho Guasch a Riera.

—¿Qué significa eso?

—Que quiero abordar temas personales y creo que Pep se sentirá más cómodo con un único interlocutor.

—¿De verdad? —Riera se cruzó de brazos—. No lo veo necesario.

—Por favor, póngamelo fácil. Ya está decidido.

—Como quiera…

Calavera los dejó a solas después de lanzar una mirada de advertencia al detenido.

—¿A qué debo el honor? —preguntó Pep.

—Quiero que conversemos de tú a tú.

El detenido extendió los brazos.

—¿Desde cuándo las conversaciones de tú a tú se hacen con las manos atadas?

—¿Desde que apaliza sacerdotes?

—Entonces no debe preocuparse, no parece usted un mossènyer.

Guasch se convenció de que no tenía nada que temer, pese a ser incapaz de prever cómo reaccionaría el payés cuando descubriera lo que había traído de su casa. Sacó la navaja y, una vez más, cortó las cuerdas que inmovilizaban las manos de un detenido. Pep se acarició las muñecas, se palpó la cara con cuidado, se atusó el pelo e hizo un gesto de asentimiento que probablemente fuera de gratitud.

—He estado en su casa —empezó Guasch—. Su mujer se muestra poco colaboradora, pero ya sé que…

—Mi mujer puede decir cualquier cosa —interrumpió—, sea real o imaginaria, y precisamente por eso no colaborará, ni siquiera cuando a usted le parezca que sí lo hace. Maria puede confundir más que ayudar. Se lo he dicho muchas veces: ella no está bien y…

—Le creo.

Pep lo miró con expresión seria y Guasch se agachó para alcanzar el morral, del que extrajo una pequeña caja alargada. De ahí, con delicadeza, sacó un objeto de aspecto frágil que situó sobre la mesa que los separaba. Pep des Camp, el payés orgulloso e inflexible, agresivo e intransigente, el hombre capaz de golpear sin compasión a un siervo de Dios o de romper de por vida la relación con toda su familia observó fijamente la larga trenza de cabello claro, amarrada por los extremos con dos lazos de cinta blanca.

—¿Puede explicarme qué es esto, por favor?

Los ojos de Pep centellearon y se llenaron de un líquido transparente que no se molestó en ocultar, como tampoco lo hizo cuando las lágrimas se abrieron paso por sus mejillas amoratadas. Picaflor solía decir que solo un hombre de verdad era capaz de llorar en público sin avergonzarse de ello, y que la debilidad no estaba en verter las lágrimas, sino en esconderlas. Pep venía a corroborar su teoría.

Guasch se levantó y se acercó al ventanal para que el hombre se tomara el tiempo que necesitara. El cielo plomizo de la mañana se

había mutado en un azul tristón y desgastado. Riera había pronosticado que el clima empeoraría en los próximos días y que aquel invierno duro no había terminado todavía. En ese momento no le importó demasiado.

Al cabo de un rato prudencial, se dio la vuelta y observó cómo la trenza, frágil y delicada, sobresalía de entre los gruesos dedos del campesino.

—Pere Fang sostiene que no es usted el monstruo del que todo el mundo habla. Me han contado, por otro lado, que era un buen padre y que es, además, un marido atento con su esposa. Le aseguro que esta imagen difiere mucho de la que me había formado hasta ahora y, me atrevería a decir, de la que tiene toda la isla.

Pep estaba hipnotizado por la tira de pelo trenzado. Guasch ordenó mentalmente lo que les había contado la niña, junto con lo que había confirmado y añadido Conxita Basora cuando la visitaron la noche anterior:

—Esta trenza perteneció a su hija. Se cortó el cabello después de la primera comunión y se la entregó a su tío, el sacerdote que ofició la ceremonia: don Joan Ferrer Ferrer, su hermano. Él la guardaba en la casa rectoral y, según sus propias palabras, era su «tesoro más preciado». No aparecía entre el listado oficial de objetos sustraídos por la sencilla razón de que ninguno de los guardias era consciente de su existencia. Ayer, de manera sorprendente, la encontramos en su casa. La conclusión es obvia, y es que se la llevó usted de Sant Jordi.

Pep des Camp permaneció absorto un rato lo bastante largo como para que Guasch se planteara si le había escuchado. Entonces el payés despegó los ojos de la trenza, sin dejar de acariciarla.

—Supongo que quiere que le cuente lo que ocurrió.

—No sabe cuánto se lo agradecería.

Pep pasó todavía un tiempo más sumido en sus pensamientos, hasta que empezó a relatar su historia:

—Hacía años que no veía a mi hermano. Bueno, lo vi en el funeral de mi hija, aunque no llegamos a hablar. No nos costaba demasiado esquivarnos el uno al otro, era una vieja tradición familiar. Joan me mandó a buscar la noche de la *mitjana festa de Nadal*. Su criado vino a

casa y me hizo saber que quería reunirse conmigo. Le dije que no tenía ningún motivo para salir con él a aquellas horas y me respondió que quería hablarme de Catalina. Con eso me bastó, por supuesto, y le acompañé.

—¿No podía haberle citado cualquier otro día a una hora menos intempestiva?

—Eso mismo pensé yo, pero la cosa fue así.

—¿El criado iba solo?

—Sí.

Al menos eso coincidía con la versión de Maria.

—¿Qué hora sería?

—A la puesta de sol.

Aquello también.

—¿Qué quería contarle Joan?

—Cuando llegué se encontraba en la cocina. Estaba nervioso.

—¿Usted o él?

—Mi hermano. Yo sentía curiosidad, porque era incapaz de comprender qué quería contarme sobre mi hija. Iba de un lado a otro, se detenía, se tocaba la frente y reanudaba la marcha; llegué a preguntarle si me había hecho ir hasta allí para verle pasear. Entonces se detuvo, me miró y me dijo que sabía quién había matado a Catalina.

—¿Perdón?

—Sí, yo también tardé en comprender lo que decía y le pregunté que de qué cojones me hablaba.

—Pero a ver, Pep, para que yo me aclare. ¿Catalina no murió en la cama desangrada?

—Sí.

—¿La vio usted?

—Sí, naturalmente.

—¿Pudo haber sido agredida de algún modo?

Pep negó con la cabeza. Una lágrima rezagada le cruzó la mejilla y resbaló hasta el cuello de la camisa. No se inmutó.

—No la llegué a ver… bueno, ya me entiende…

—¿Desnuda?

El payés asintió una única vez.

—¿Le contó su hermano por qué, según él, la habían matado?

—No. Me pidió que le permitiera solucionarlo «a su manera». ¿Qué le parece? Me informa de que han matado a mi hija, ¡y no me cuenta nada más! Por supuesto, ignoró mis ruegos. Las cosas siempre eran así con Joan, todo debía hacerse como él quería, hasta el último suspiro, y nunca mejor dicho. Era un cabezota.

—¿Y no le explicó qué tenía pensado hacer?

—No me contó nada más, solo que si no era capaz de solucionarlo me contaría lo que sabía para que yo decidiera qué hacer. Le grité y me enfadé con él…

—¿Como ayer con don Bartomeu?

Pep lo fulminó con la mirada.

—No de ese modo, aunque no me faltaron ganas y, visto con perspectiva, habría sido lo mejor, al menos así sabría a qué se refería. Me limité a suplicarle, pero no cedió.

Guasch se pellizcó los labios con los dedos y se rascó el mentón.

—No se le hizo autopsia, ¿verdad?

—¿Autopsia a una campesina por muerte natural? ¿Sabe usted la cantidad de gente que fallece en el campo por cualquier motivo? Nosotros somos unos pobres payeses, no unos *mossons* importantes. La de Catalina fue una muerte más, como tantas otras.

—Aun así, si lo hubiera solicitado…

—Si hubiera sospechado que había algo extraño habría hecho cualquier cosa por averiguarlo, pero en ese momento no vi nada que me hiciera desconfiar. Lo último que me planteé fue que un médico tuviera que abrir a mi hija sin motivo alguno.

—Entiendo. —Guasch recordó la declaración de Pere Fang—. ¿Se quedó mucho más?

—¿En Sant Jordi? No. Estaba conmocionado, no sabía qué más decirle sin llegar a las manos, así que me marché poco después.

—¿Cómo quedaron?

—Que me diría cosas.

—¿Y la trenza?

—Joan me dijo que ahora que Catalina no estaba me correspondía a mí tenerla y me la entregó.

Guasch se acomodó en la silla.

—¿El criado no sabía nada de todo aquello?

—De camino a la parroquia se lo pregunté, pero me juró que no tenía la menor idea.

—Ya, ¿y qué hizo cuando dejó a su hermano?

—Había quedado para una partida de brisca y no tenía ganas de volver a casa y quedarme a solas con mis pensamientos. Me acerqué a la timba. Fue un error.

—¿Por qué?

—Como comprenderá, no estaba por la labor y me fui al cabo de un rato.

El hombre calló y Guasch prefirió no profundizar. Se inclinó hacia delante y sopesó bien las palabras que iba a decir a continuación.

—Pep, ¿es consciente de que las dos únicas personas que podían dar testimonio de lo que acaba de contarme están muertas? Además, esto rompe con cualquier lógica respecto a la mala relación que mantenía con su hermano, a sus deudas, a su carácter irascible…

—Lo sé.

—Entonces, dígame, ¿por qué debería creerle?

El payés hizo una mueca de resignación.

—Luego se sorprenden cuando la *pagesia* no confía en ustedes. ¿De qué sirve contarles la verdad? Crea lo que le venga en gana, inspector. Nunca me ha importado demasiado lo que opinen los demás de mí. —Su tono no era esta vez desafiante ni sarcástico—. Pero llegados a este punto, me gustaría pedirle un favor.

—¿Un favor?

—Averigüe si es cierto que Catalina fue asesinada.

—¿De verdad me está pidiendo que investigue la muerte de su hija?

—¿Y si mi hermano tenía razón?

Guasch estaba desconcertado. Cada vez que parecía acercarse a la solución, esta se escurría entre sus dedos. Miró a Pep y solo se le ocurrió formularle la misma pregunta que había hecho a los Tets dos

días atrás; sintió que no era más que la pataleta de un niño.

—¿Por qué no me lo contó antes para que pudiera reorientar la investigación? ¿Se da cuenta de todo el tiempo que hemos perdido?

Guasch vio cómo, pese al rostro desfigurado y el corazón partido, Pep des Camp esbozaba una sonrisa espontánea y franca. Luego empezó a reír. Cuando, pasado un buen rato, la risa cesó, dirigió sus ojos hinchados y llenos de lágrimas hacia él.

—¿En serio le parezco el tipo de hombre que va a pedir ayuda voluntariamente a la Guardia Civil?

Y estalló en una nueva carcajada.

TERCERA PARTE

34

Vuelta a empezar

Antes y después.

Antes de descubrir los cadáveres de don Joan y de Toni Roig, Jaumet era un niño alegre y optimista, un jovencito valiente y entusiasta; antes, Vicent y Eulària, pese a sus muchas privaciones, eran un matrimonio feliz; antes la vida era dura, como siempre lo es para quien vive de arrancar con sus manos el fruto de la tierra, pero era, en conjunto, llevadera.

Entonces descubrieron los cadáveres y un muro imponente separó el antes del después.

Después, Jaume había dejado de ser Jaumet y su alegría se había transformado en mutismo, su valentía en miedo y su entusiasmo en recogimiento; después, la felicidad de Vicent y Eulària no era más que un recuerdo lejano; después, la dureza de la vida cotidiana se convirtió en un esfuerzo sobrehumano.

Eulària recordó cuando su padre le dijo, al poco de morir su hermana pequeña, que quien visitaba el infierno no podía regresar impune y aquello era exactamente lo que le había sucedido a su hijo: Jaume había mirado al demonio a los ojos y ahora no solo él, sino toda la familia debía pagar el precio.

Aquella mañana el cielo se había despertado azul, pero no el azul altanero de la época primaveral o el radiante del verano, sino un sucedáneo sombrío y apagado.

Eulària dio una voz para advertir a Boira de que una de las ovejas se había rezagado. El perro correteó hasta los pies de un olivo, se colocó junto a la bola de lana y gruñó lo justo para que el ternasco comprendiera que debía reincorporarse al grupo.

Un par de semanas atrás habían decidido que era preferible que Jaume ayudara a su padre en las labores del campo y que dejara de ocuparse de los animales. Permanecer a solas con sus pesadillas no le hacía ningún bien. Por eso Eulària había recuperado sus antiguas tareas y sacaba el pequeño rebaño a pastar. Le gustaba acompañar a las ovejas. Subir y bajar las colinas la ayudaba a sobrellevar el resto del día. El paisaje no había cambiado demasiado estos últimos años, aunque los árboles fueran ahora más recios y frondosos; del mismo modo que su hijo, ellos también habían crecido.

Boira lideraba el rebaño, movía el rabo con alegría y llevaba entre las fauces lo que parecía el pellejo de un conejo. Sonrió. Dudó que su perro hubiera sido capaz de cazar nada, ni siquiera recordaba la última vez que le había visto perseguir y apresar un animal vivo. Jaume solía decir que era «el peor cazador del mundo», y no le faltaba razón. El conejo debía de estar bien muerto cuando lo encontró. En cualquier caso, por humilde que fuera, un botín no dejaba de ser un botín: alguien se daría un festín al llegar a casa.

—¡Si cazaras bien no estarías tan flaco! —sermoneó Eulària en voz alta.

El perro movió la cola como si en lugar de una regañina hubiera recibido un halago.

Las ovejas siguieron avanzando a buen ritmo, mordisqueando hierbajos al tuntún. Conocían el camino mejor que ella. Oteó hacia poniente y vio unos nubarrones lejanos que no ocultaban sus malas intenciones. Se dijo que el frío regresaría pronto y deseó más que nunca que aquel invierno maldito terminara de una vez.

Al gobernador no le convencían las explicaciones de Guasch. El mandamás estaba reclinado en la butaca de su despacho, detrás del escritorio. Un cigarrillo se consumía olvidado en el cementerio de colillas mientras el humo caracoleaba formando nudos imposibles. El rumor discontinuo del vuelo de una mosca quebraba puntualmente la paz del ambiente. Beia dormitaba en su silla junto a la puerta de

entrada envuelto en su traje arrugado. Riera se había tomado la tarde libre, todavía disgustado por su ausencia en el interrogatorio de Pep des Camp.

—Discúlpeme, creo que estoy un poco espeso hoy —se excusó el gobernador, cambiando de posición en su asiento—, ¿sería tan amable de repetirlo, por favor?

Guasch tomó aire. Repasó las ideas que tenía en mente y decidió dar la vuelta a su exposición y empezar por las conclusiones:

—Creo que Pep des Camp no está implicado en los crímenes.

Esta vez el gobernador captó el mensaje.

—¡Coño! Pensaba que era evidente que sí.

—Según los Serra, dos hombres llegaron a la iglesia cuando vigilaban, y su descripción encaja con Pep y Toni Roig y también la hora de llegada.

—Eso ubicaría a Pep en Sant Jordi.

—Como ya le he explicado, él no lo niega, al contrario.

—Si he entendido bien, viene a decir algo así como que «no veo nunca a mi hermano porque tenemos muy mala relación, pero justo la noche de su muerte me invita para explicarme que sospecha que alguien ha matado a mi hija y, sin decirme quién, me entrega la trenza que guardaba como oro en paño desde hace una década; me marcho a jugar a las cartas y como estoy a disgusto me voy a mi casa». ¿A usted le parece verosímil? A mí no.

—Dicho así suena ridículo. La clave para mí está en cómo narró la historia: era creíble. Un hombre como él no llora porque sí.

—Quería a su hija, la recordó, se entristeció… y le relató ese embuste.

—Si fuera así, le aseguro que en mi vida he visto una actuación más convincente. Hay otra cosa, un intangible por llamarlo de alguna manera, y es el trasfondo de Pep. Me parece un tipo auténtico, que es algo muy diferente a ser buena o mala persona. Me da la sensación de que es alguien que si habla es para decir la verdad, con todas sus consecuencias. No lo imagino mintiendo, y menos aún a lágrima viva. Y bastante más tangible es que Pep tiene *espardenyes* con punta de hierro

y las huellas encontradas no tenían ninguna marca de ese estilo. Además, nos sigue faltando una persona de pie pequeño.

El gobernador empezó a liar un nuevo cigarrillo.

—¿Y si las pisadas fueran del criado?

—Don Eduardo, las huellas están hechas con la sangre del criado.

—Uy, es cierto, entonces no. ¿Y de alguno de los Serra? ¿No podrían estar compinchados con Pep? Quizá se han puesto de acuerdo para hacer encajar sus historias.

—Lo hemos pensado. Por eso después del interrogatorio hemos llevado a Pep a la prisión del convento, para que coincidiera con el actual puñado de reclusos y un par de guardias de incógnito vestidos de payeses.

—¿Guardias disfrazados? ¿Estas técnicas las enseñan en el Cuerpo de Investigación?

—Se sorprendería usted.

—Ya veo… ¿Y no los habrán descubierto?

—¿A los guardias? Imposible. No han abierto la boca y por sus vestimentas parecían nativos de Atzaró.

—¿Por qué de allí? ¿Acaso visten diferente?

En efecto, el gobernador parecía estar un poco denso aquella mañana.

—Era un ejemplo, señor.

—Ah, bueno. Y ¿qué ha sucedido?

—Se han ignorado por completo.

Don Eduardo cogió su mechero y, tras varios intentos, logró encender el cigarrillo con el que continuar amarilleando su bigote.

—Pueden haberse evitado adrede.

—No lo creo: no ha habido interacción entre ellos ni muestra de sorpresa o de incomodidad. No se ignoraban de manera forzada, ni los Tets han alterado su comportamiento después de coincidir con Pep. No han fingido: pongo la mano en el fuego a que no se conocen.

—¿Y qué opina de la historia de los Serra?

—Su versión chirría en algunos puntos, pero también creo que son inocentes.

El mandamás bufó, se levantó, se acercó al ventanal y oteó el horizonte.

—Hasta ahora han sido los propios acontecimientos los que han dirigido la investigación —continuó Guasch—. Ha llegado el momento de coger perspectiva y reflexionar, con criterio, sobre los pasos a dar a partir de ahora, valorando una variable con la que no contábamos.

—¿Que es…?

—Catalina des Camp.

—¿Va a darle credibilidad a esa teoría? —Don Eduardo lo miró fijamente antes de dirigir de nuevo la vista al exterior—. Como usted vea… ¿Se ha fijado en las tres docenas de alamedas que se plantaron hace una quincena de años en Sa Tarongeta, a continuación de la segunda estacada? ¿Sabe dónde le digo? El muro que cierra el arrabal por poniente. Las trajeron de Barcelona. Me han contado que un par de ellas cayeron al mar cuando las descargaban y que los estibadores tuvieron que arrastrarlas con sogas hasta la orilla. Media isla se reunió en el puerto para verlo. Fue una fiesta.

—Sí, señor, las he visto.

—Mi esposa lleva varios días diciéndome que la ciudad crecerá en esa dirección.

—Tiene sentido. ¿Por qué lo menciona?

—Porque en su opinión habría que construir jardines, poner bancos de piedra y erigir una estatua en medio de esos árboles para crear «una rambla como Dios manda donde los ibicencos pudieran salir a pasear con orgullo y dignidad».

—Es una idea excelente.

—Insiste en que la ciudadanía debería unirse «en una sola voz» para exigir que esa estatua representase a un prohombre que haya llevado a cabo una labor encomiable por y para la isla.

Guasch respiró hondo.

—No veo adónde quiere llegar, don Eduardo.

—A que mi querida Dolores está haciendo campaña para que ese héroe local sea usted. De hecho, ya ha convencido a una camarilla de cacatúas para promover la iniciativa y está empeñada en que yo

presente, de mi puño y letra, una instancia a Su Majestad la Reina.

Guasch sintió cómo se ruborizaba. El gobernador dio una prolongada calada y expulsó el humo por la nariz.

—Mire, a mí me da lo mismo si quiere investigar a Catalina, a Pep, al vicario capitular o al Papa de Roma, aquí el entendido es usted y yo ni entro ni salgo, pero…

—¿Pero…?

—Pero encuentre a esos asesinos de una puta vez, Guasch. Bastante trabajo tendré yo en quitarle los pájaros de la cabeza a mi mujer.

El sargento mayor Molina puso los ojos en blanco. El equipo de trabajo había vuelto a reunirse después de unos días, demostrando cuánto se equivocaban los que daban el caso por resuelto. Guasch acababa de ponerles al día acerca de los últimos interrogatorios. Ahora tocaba centrar de nuevo a la tropa y planificar los próximos pasos.

—¿De verdad cree que es necesario continuar visitando casas? —Molina no daba crédito.

—Hasta ahora buscábamos los objetos desaparecidos. —Guasch señaló el mapa y varios guardias asintieron—. De hoy en adelante quiero que preguntemos por los Tets, por Pep des Camp y por Pere Fang.

—¿También sospecha de Fang? —preguntó Sardina.

—No, pero no cuesta nada averiguarlo.

—Entonces ¿tenemos que regresar donde ya hemos estado hasta en tres ocasiones? —reprochó Molina.

—¿Ha oído aquello de que no hay dos sin tres, sargento?

—Por supuesto.

—Pues tampoco hay tres sin cuatro.

Maria des Camp permanecía sentada en el borde de la silla, rígida como una vara de sabina. Su espalda no se apoyaba en el respaldo y sostenía, esta vez sí, un rosario entre sus manos huesudas. La mujer, vestida de

luto eterno, estaba cada vez más demacrada y pálida, hasta el punto de parecer un espectro de sí misma.

—¿Por qué me pregunta por mi hija? —dijo con ojos vidriosos—. No quiero hablar de ella.

Riera sacó a relucir una vez más su tono más afectuoso.

—Maria, no queremos hacerle pasar un mal rato, tan solo conocer un poco mejor cómo era Catalina. Quizá podamos descubrir algo que nos permita encontrar a las personas que asesinaron a Joan.

Maria negó repetidamente.

—No veo cómo les puede servir para eso saber cosas de mi hija.

—Nosotros tampoco —reconoció Guasch con franqueza—, pero quizá podamos encontrar algo que relacione ambas muertes.

—¿Podría alguien querer mal a Catalina hasta el punto de provocar su muerte? —preguntó Riera con tiento.

—¡Por supuesto que no! —Los ojos de la mujer se inundaron de lágrimas—. ¿Por qué dice esas cosas tan feas? ¡Es usted muy malo!

—Maria, yo solo quería…

—¡Muy malo! —repitió la mujer antes de echarse a llorar.

Las primas salieron de la cocina y acudieron silenciosas para consolarla, no sin antes lanzar una mirada acusadora al insensible Riera, que se rascaba la coronilla desconcertado.

—Señora —dijo Guasch cuando el reguero de lágrimas se apaciguó —, le ruego que perdone nuestra falta de sensibilidad, pero necesitamos su ayuda. Le agradeceríamos mucho si pudiera explicarnos cómo murió Catalina.

—Nadie le hizo nada a mi hija. Murió en mis brazos desangrada por una coz de la mula. ¡Eso es todo!

—¿Una coz?

—Así es. La encontré tirada en el suelo, en el establo.

—¿Está segura de que fue el animal? —preguntó Riera—. ¿No pudo haber sido golpeada por alguien?

—Había una mula en el establo, tenía marcada la pezuña de una mula y ella misma me dijo que había sido la mula. ¿Qué más hace falta para convencerlos?

—Pep no nos contó nada de eso —continuó Riera, abatido.

—Claro que no —dijo Maria con tranquilidad—. Porque no se lo dije, y espero que ustedes tampoco lo hagan.

—¿Por qué? —preguntó Guasch sin comprender—. Es el padre de Catalina: ¿no cree que tenga derecho a saberlo?

—También el animal tiene derecho a vivir.

—¿Qué pasó la noche de la muerte?

—Mi marido no estaba en casa, pero sí mis primas. Ellas fueron a avisar a Joan y al doctor, a Vila. Cuando Joan llegó, Catalina todavía seguía con vida y pudo administrarle los últimos sacramentos. El médico llegó demasiado tarde.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Guasch.

—Era un caballero muy educado…

—¿Podría ser el doctor Lequerica, Ricardo Lequerica?

La mujer dio unas cabezaditas como si el nombre le resultara familiar y Guasch no recordó que el doctor le hubiera hablado de Catalina. Decidió reorientar la entrevista.

—Su hija era bordadora, ¿verdad?, *feia comissió*.

La mujer asintió lentamente y a su aflicción se añadió una capa de nostalgia.

—Tenía unas manos maravillosas. Media isla le hacía encargos: mossènyers, payeses adinerados y *mussons* de todo tipo. Trabajaba mucho.

—¿Qué tipo de bordados realizaba?

—Pañuelos de mano y de cabeza, tapetes, manteles, filigranas para vestidos… Hacía de todo, y todo bien. Le pedían también iniciales, y ella se inventaba letras con formas que gustaban mucho. Lo suyo era un don.

—¿Tenía algún pretendiente?

—Oh, sí, muchos. Durante un tiempo la cortejó el hijo del vecino, Nicolau Musson. El chico estaba muy enamorado de ella, pero un buen día lo dejaron.

—¿Y amigas?

—Una *colla de fadrinetes* que se juntaban los domingos después de

misa. *Bones al·lotes*.

Riera carraspeó para anunciar que iba a intervenir.

—¿Cree que alguien pudo hacerle daño para vengarse de Pep?

La gélida mirada de la campesina se clavó en los ojos del subinspector.

—Nadie le hizo nada a mi hija. ¿Cómo se lo tengo que decir? Solo Dios conocía sus pecados y el motivo por el que decidió llevársela. Fue Él, y nadie más, quien la llamó a su lado.

—Pero podría ser que… —insistió Riera.

—Eso es todo lo que puedo decirles —cortó la mujer levantándose—, ahora déjenme descansar.

Antes de regresar, Guasch y Riera pasaron por la iglesia de Sant Jordi para saludar a don Ramón. Conxita Basora, fiel a su costumbre, orbitaba por el templo. Guasch se interesó por los trabajos de Catalina des Camp y la beata les enseñó orgullosa los diferentes bordados de ella que poseían en la parroquia. Según explicó, muchos los había pagado don Joan de su propio bolsillo en beneficio de la comunidad.

Guasch entendía poco o nada de tejidos ornamentados, pero eso no le impidió admirar la maña de Catalina, así como su buen gusto para combinar formas y colores: motivos florales y geométricos, objetos sagrados, cruces y corazones de Jesús o iniciales cosidas con tipografías acaracoladas. Cada trabajo era una pequeña obra de arte.

Ya de regreso dejaron las mulas en el baluarte y se acercaron a visitar al doctor, pero el domicilio de los Lequerica estaba vacío. Guasch acompañó a Riera hasta la plaça de Ses Ferreries y quedaron en encontrarse al día siguiente.

Volviendo a la fonda, en la plaza de Armas se dio de bruces con Fructuosa y Lucía, que esbozó una sonrisa radiante. Guasch sintió que el suelo se abría bajo sus pies y se esforzó tanto en no especular sobre el supuesto pretendiente parisino que no se lo pudo quitar de la cabeza.

—Qué alegría verlo —dijo la joven con una familiaridad que le supo a gloria bendita y a amarga derrota a la vez.

—Acabo de pasar por su casa.

—Pues aquí estamos nosotras. Mi padre todavía no ha regresado. Si lo buscaba a él, llegará en el vapor de mañana.

—Mañana iré entonces —dijo Guasch, que se dispuso a continuar su camino.

—¿Ya se marcha? —preguntó Lucía—. ¿No le apetece dar un paseo por el puerto antes de la cena?

¿Podía negarse? Guasch le ofreció el brazo a la joven y percibió una vez más el perfume delicado de su piel. El ama de llaves desapareció sigilosa y, solos, se dirigieron hacia el Portal Principal sin ninguna prisa.

—Le agradezco que me prestara el caballo —comentó Guasch, por decir algo.

—Los caballos deben ejercitarse y al nuestro le vino muy bien que lo sacaran a pasear.

—No creo que pasear sea el verbo más apropiado…

—¿Prefiere «ir a galope desbocado»? —rio—. Me contó Germán que disfrutaron como niños.

—Al principio sí… después la mañana se complicó.

—Supe que tuvo que ir al rescate de un párroco en apuros. ¿Cree que puede estar relacionado con lo de Sant Jordi?

—Quizá sí, aunque, para serle sincero, no sé bien qué pensar. A veces tengo la sensación de que, más que avanzar, retrocedemos. De hecho, diría que volvemos a estar en el punto de partida. Por cierto, ¿conocía usted a una bordadora llamada Catalina des Camp?

Lucía hizo memoria.

—¿No es la chica que murió hace unos meses? Mi padre acudió a su casa para atenderla, aunque cuando llegó ya había fallecido. No me contó demasiado, estaba muy abatido. No es agradable certificar la muerte de alguien tan joven.

—¿La conocía personalmente?

—No creo, supongo que me lo habría mencionado.

—Me refería a usted.

—¡Ah!, pues la verdad es que no. Yo no.

—Lo decía porque hacía labores de bordado para algunas casas de Vila… —Hizo un gesto para restarle importancia—. Olvídelo. Basta de trabajo por hoy.

Llegaron a la plaça de la Constitució, que no estaba desierta pero sí muy tranquila.

El cielo comenzaba a romperse en lo que se preveía un nuevo estallido de color y Guasch recordó cuando, días atrás, se había topado con Germán Lang y Elvira paseando por el baluarte. Aquella tarde había poco menos que huido de casa de Lucía y, abatido y solitario, envidió cómo la silueta de la pareja se recortaba en el cielo inflamado. Pero la vida tiende a burlarse de nosotros y, paradójicamente, aquí estaba él ahora, cogido del brazo de aquella cautivadora mujer que para su desgracia no le podía corresponder.

Pasearon un buen rato sin hablar en un silencio que, pese a todo, no resultaba incómodo.

—Me gustaría comentarle algo… —dijo Lucía al fin.

Dejó la frase a medias y Guasch sintió cómo las palabras, cubiertas de un inesperado sentimiento de culpa, se desvanecían en el aire. Tragó saliva. No estaba seguro de querer escuchar lo que Lucía se disponía a contar.

—No es necesario que me dé ninguna explicación. Fue una indiscreción por mi parte preguntarle aquello. De hecho, no sé ni por qué lo hice, tengo por costumbre pensar antes de hablar, pero esa vez no fue el caso y quiero pedirle disculpas.

Lucía Lequerica esbozó una sonrisa teñida de melancolía.

—Esta vez se equivoca, Marc, usted me habló de Aurora con sinceridad y yo no correspondí. Le debo una aclaración que, además, quiero dar. —Hizo una breve pausa como para coger carrerilla—. Pierre es catedrático en la Facultad de Medicina en París, una eminencia en su género y bastante mayor que yo, aunque no tanto como mi padre, del que, además, es buen amigo. Si fui admitida en la universidad fue gracias a su intercesión ante el decanato. No pudieron negarse, siendo Pierre un referente en la institución, el hombre con el que todo el mundo desea relacionarse… Yo también quedé prendada de

él, de su intelecto y de su carisma. Que iniciáramos una relación era algo casi inevitable. París es otro mundo, no sé si lo conoce. Allí todo parece sencillo, etéreo. Mi vida transcurría como en un sueño. Los franceses son más desinhibidos que nosotros, se preocupan menos por los formalismos y por el qué dirán. La cuestión es que al cabo de un par de años la salud de mi madre se agravó y tuve que regresar a España con urgencia. El desenlace ya lo conoce. Su muerte nos trastocó, por eso decidí quedarme con mi padre una temporada en la que aproveché para reflexionar sobre mi vida. Como suele suceder, el tiempo y la distancia nos permiten coger perspectiva. Fui dándome largas y aplazando la vuelta con cualquier excusa peregrina, hasta que comprendí que en Francia no me sentía plena y que me había equivocado con respecto a Pierre. Sin embargo, no me atreví a dar el paso de contárselo. —Paró y lo miró a la cara—. Así que, ya ve, Marc. Le dije un día que los sentimientos son traicioneros y que pueden ir en nuestra contra. Usted, que me veía tan fuerte y valiente, puede ahora comprobar que no lo soy.

Guasch tardó en asimilar el calado del mensaje de Lucía y las perspectivas que se le ofrecían.

—¿Y no piensa hablar con él? A estas alturas no le sorprenderá su decisión.

—Pierre es uno de los amigos franceses que estos días está con mi padre en Mallorca. Escribí una carta para que se la entregara en mano en la que doy por concluida nuestra relación. Aurora tuvo la valentía de decírselo en persona. Yo no he sabido. Como le dije, procuro vivir de acuerdo con lo que pienso o lo que siento, pero no siempre soy capaz de hacerlo. Disto de ser la persona que usted imaginaba.

—Los ángeles necesitan algún detalle para parecer humanos.

—Me temo que tampoco he sido ni soy un ángel, Marc.

—¡Menos mal! No se me ocurre nada más aburrido.

Lucía rio una vez más.

—¿Cómo puede bromear después de haberle confiado algo así?

—Me gusta escuchar su risa. —Suspiró, antes de ponerse serio de nuevo—. Ha sido muy valiente al tomar esta decisión. Y lo celebro.

Lucía lo miró a los ojos. Estaban junto a la orilla. Habían llegado casi hasta la primera estacada sin darse cuenta. Unas gaviotas sobrevolaban a escasa altura del mar calmado. A lo lejos, unos payeses dispersos se recogían hacia sus hogares. El cielo se teñía de malva y la linterna del faro de Botafoc se encendió diligente al otro lado de la bahía.

—¿Qué es lo que celebra exactamente, señor Marc Guasch?

Él no esquivó el tono travieso y le mantuvo la mirada.

—Lo celebro todo, señorita Lequerica: que haya escrito a ese caballero francés y que me haya hecho partícipe de ello.

—¿Por algún motivo en especial?

Guasch se acercó un poco más y Lucía no lo rehuyó. La respiración de ella era rápida y entrecortada. Sus ojos refulgían, bañados en la luz del firmamento.

—¿Puedo hacerle una confidencia? —preguntó Guasch en voz baja.

—Prometo mantener el secreto.

—Tengo la sensación de que me siento ligeramente atraído por usted.

—¿Cuánto es «ligeramente»?

—Ligeramente mucho.

Él se aproximó tanto que pudo notar el aliento de ella sobre sus labios. Apoyó la mano en su cadera y la atrajo hacia sí con suavidad hasta juntar sus cuerpos. Sintió su torso firme bajo el vestido de algodón, sintió el calor abrasador de su piel aterciopelada y sintió cómo sus corazones bombeaban al mismo ritmo salvaje.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Vamos a tener que comprobarlo.

Y la besó.

35

¿Esto qué es?

—Mejor caminar que permanecer ocioso en el cuartel —respondió Calavera al compañero catalán que se quejaba por tener que visitar de nuevo las alquerías de Sant Jordi.

Aborrecía quedarse de brazos cruzados mientras alguien realizaba un trabajo que él mismo podía hacer. Prefería estar activo y decidir, dentro de los límites de la jerarquía, qué pasos dar, dónde y con quién hablar.

Habían visitado ya media docena de casas aquella mañana y nadie había visto a los sospechosos deambular por la zona, ni con actitud misteriosa ni sin ella. Ahora regresaban a casa de los Ripoll, la familia que había encontrado a los muertos hacía casi un mes. ¡Solo un mes! Tenía la sensación de que había pasado un año. Se preguntó cómo estaría el chiquillo e imaginó cómo le habría afectado a él encontrar, a tan tierna edad, el cadáver de un hombre degollado en mitad de un charco de sangre. Le habría marcado de por vida.

Sardina se encontraba en la finca vecina y habían quedado en encontrarse en el camino.

—*Bon dia tengui!* —saludó Eulària al verlo—. *Un'altra volta per aquí?*

Calavera se encogió de hombros y respondió en un ibicenco torpe.

—Visita rutinaria, señora, ya sabe esto cómo es. —La expresión de la mujer daba a entender que no tenía ni idea, pero que tampoco le importaba demasiado—. Solo queríamos comprobar si antes de las muertes vieron a Pep des Camp, a unos hermanos llamados Mateu y Vicent Serra o a Pere Fang.

Eulària negó repetidamente con la cabeza y anunció que iba a buscar a su marido.

Vicent y su hijo remozaban las paredes de piedra que delimitaban el margen posterior de la finca. Calavera pensó que a la mujer le bastaría con dar un grito y gesticular para hacerse entender, pero ella prefirió acercarse, seguramente para adelantar en privado el motivo de la visita. Una vez hecha la consulta, Vicent miró en su dirección y Calavera advirtió un gesto de negación. Oyó el balido de una oveja solitaria al que se unió, como un coro, el resto del rebaño. El perro de la casa, un saco de huesos blancuzco, dormitaba bajo un almendro ajeno al vocerío de los animales, dando a entender que no estaba en horario laboral. Calavera hincó una rodilla junto al chucho y le acarició el costado. Podía contar sus costillas. El animal levantó un párpado y empezó a repicar la cola contra el suelo, levantando a cada golpe una nubecilla de polvo.

—Tú no comes mucho, ¿eh, bicho?

El perro bostezó hasta casi desencajar la mandíbula. Toda una declaración de intenciones.

Iba a levantarse cuando se fijó en algo que sobresalía de la espalda del animal, un objeto plano recubierto de una pelusilla de color claro y manchas que parecían de barro seco. Oyó pasos a su espalda y la voz de Vicent, pero no le prestó atención. Extendió la mano y tiró. El perro gruñó para advertir que no estaba dispuesto a tolerar nuevas interrupciones. Lo que extrajo era más grueso de lo que había imaginado, duro, áspero, y húmedo por la saliva del animal.

Calavera se levantó y se giró.

—¿Me puede explicar qué es esto, Vicent?

El cabo Manuel Sardina se apoyaba en el tronco retorcido de un algarrobo centenario mientras su compañero orinaba a la vera del camino. La última visita había sido también en balde. Sabía que el desánimo cundía entre la tropa porque muchos compañeros así lo reconocían en los ratos de distensión cuando los galones eran relegados a un segundo plano. Él, en cambio, sí estaba animado. Como siempre.

Era el menor de seis hermanos, todos varones, todos guardias civiles,

alguno desde la misma fundación del cuerpo, veinte años atrás. Había oído tantas batallas que entró en la institución con un bagaje que ya querrían para sí muchos sargentos. Conocía cómo funcionaba el negocio y sabía que la paciencia era el ingrediente imprescindible para que aquel trabajo diera sus frutos.

Le vino a la mente Marc Guasch. Un tipo sensato, buen profesional, exhaustivo y competente. Cierto que había pasado por alto lo de la hija de Guevara, pero fue un descuido comprensible. Sardina tenía la sensación, y así lo hacía saber a unos y otros siempre que tenía ocasión, de que los resultados iban a llegar tarde o temprano. Estaban trabajando bien.

Vio cómo Calavera y el novato catalán se acercaban a paso vivo. El sevillano, al que consideraba a esas alturas un hermano más, llevaba una cesta de paja colgada del hombro. Tardaron poco en alcanzarlos.

—¿Qué llevas ahí, te han regalado unos huevos?

—Bastante mejor.

—*Caralho!* ¿Una sobrasada?

Calavera descolgó un asa y abrió el capazo para que husmeara en el interior. Así lo hizo.

Sardina levantó la mirada de nuevo.

—¿Me puedes explicar qué es esto, Rodrigo?

Guasch contemplaba embelesado el bailoteo sensual de las llamas. Riera regresaría en breve y él apenas había logrado escribir un par de páginas del informe que tenía pendiente. Era incapaz de concentrarse. Se levantó del sillón y bebió de un solo trago un vaso de agua fresca. Tomó asiento de nuevo y trató de no pensar en Lucía. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. No lo consiguió.

Desde que había finalizado su relación con Aurora se había limitado a observar a las mujeres desde el burladero y a interactuar con ellas con cortesía pero relativa indiferencia. Con Lucía todo había discurrido por unos derroteros inesperados; de hecho, no había necesitado más que verla arrastrar a doña Dolores y escuchar dos frases de sus labios

para advertir que era diferente. Y esa diferencia era fascinante.

Le había dado vueltas toda la noche, rememorando una y otra vez su largo paseo al anochecer. Tras cruzar la puerta junto a la Creu Blanca y traspasar el Poble Nou deambularon sin rumbo bajo las famosas alamedas de Sa Tarongeta; finalmente bordearon sin prisa los pies de la muralla hacia la Porta del Camp y estirado el tiempo hasta llegar a casa de Lucía. Ella lo invitó a cenar y él aceptó encantado. A Fructuosa le costó poco comprender que algo había cambiado porque apenas asomó la nariz para servir la comida y retirar los cubiertos con expresión inocente. Que terminaran la velada en el despacho, a puerta cerrada, intimando un poco más de lo que permitía el decoro fue el devenir natural de los hechos.

Unos golpes hicieron crujir los goznes de la puerta y lo arrancaron de su ensoñación.

—¡Adelante!

La puerta se abrió del tirón y Calavera y Sardina irrumpieron en la sala de reuniones. Sin mediar palabra, con la respiración agitada y las miradas expectantes, colocaron un *senalló* de paja sobre la mesa de trabajo. Dentro había un único y solitario objeto de color claro con un lamparón marrón.

—¿Me puede explicar qué es esto, Sardina?

Apenas tocó el esparto, rugoso y áspero, comprendió de qué se trataba.

—Una *espardenya*… manchada de… ¿sangre?

—Vieja y reseca.

—¿Tenemos los moldes a mano? —preguntó Guasch con el corazón encogido.

El gallego había pensado en todo: un joven guardia entró en la sala seguido de Riera. El primero traía los moldes; el segundo, cara de no comprender que sucedía.

—¿Me he perdido algo? —clamó.

—Al contrario —dijo Guasch—, llega justo a tiempo. Por favor, cabo, haga los honores.

Sardina desenrolló y extendió sobre la mesa los cuatro pedazos de

tela. Cogió la *espardenya*, que estaba desgastada, mordida, húmeda y había perdido parte de la capellada; un manchurrón oscuro cubría la parte delantera de la suela. Sardina descartó los moldes pequeños y puso la alpargata con la suela panza arriba junto a la tela que representaba el pie derecho.

—Me jugaría el magro sueldo de un año a que es una de las que estamos buscando —dijo Riera, asomando la nariz.

—No se vuelva loco con las apuestas —sugirió Guasch de buen talante.

—Un perro la ha maltratado —explicó Calavera— y probablemente también haya estado a la intemperie.

El guardia les explicó dónde la había encontrado y cómo, según los Ripoll, habría ido a parar a su casa y, en concreto, bajo el costillar del perro.

Guasch no se molestó en contener su entusiasmo y preguntó, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Les apetece estirar las piernas?

La tropa se agrupaba a un margen del sendero, allí donde Eulària se había fijado por primera vez en el supuesto pellejo que Boira llevaba en la boca. Guasch no la culpó, no le faltaba parecido. Difícilmente podía imaginar lo que era en realidad.

—No vi dónde se metía el perro, pero no debió de alejarse mucho del sendero principal. Me habría dado cuenta.

—En cualquier caso —dijo Molina, con ganas de llevar la iniciativa —, tenemos que buscar de aquí para arriba.

—Este hombre es brillante —susurró Riera a Guasch con fingida admiración.

—Déjele hacer, le gusta liderar las acciones de campo y no lo hace mal. Además, ya hemos consensuado los pasos a seguir, por lo que si no se desvía del plan todo irá bien.

—¡Traigan el perro! —vociferó Molina—. ¡Sardina, la alpargata!

Jaume Ripoll se aproximó al sargento con Boira, que iba dando

saltitos y moviendo el rabo, encantado con el ajetreo. A una orden del niño, el perro se sentó con la boca entreabierta y la lengua, de un palmo, colgando por un lateral. Sardina extrajo la alpargata del morral y se la entregó a Jaume, que la puso frente a su hocico para que la olisqueara.

Su desinterés era más que evidente.

—Quizá la hemos manoseado demasiado y ha perdido el olor —sugirió Riera.

—¡Suéltalo! —ordenó Molina.

Para sorpresa de todos, Boira se puso alerta y corrió hacia una pared de piedra cercana, donde empezó a oler con entusiasmo. Con la pata rascó el lateral de una piedra. Una lagartija de tonos verdosos y cola seccionada salió disparada hacia el tronco de un olivo. Cuando el can quiso reaccionar, el reptil ya llevaba un buen rato a salvo. La exhibición de caza había sido un fiasco y el chucho afrontó el contratiempo tumbándose a descansar.

Guasch carraspeó para indicar al sargento que pusiera en marcha el plan alternativo. Las dos docenas de guardias y carabineros no se habían desplazado hasta allí solo para ver cómo un perro dejaba escapar presas escurridizas y roncaba al raso.

Molina no se hizo de rogar.

—¡Usechi! —clamó—. Coja un par de hombres y acompañe al niño hasta el refugio de pastores. El resto nos distribuiremos del modo convenido: formamos una única fila, nos separamos cinco pasos unos de otros y subimos colina arriba. Seamos rigurosos, no debe quedar nada por registrar. ¡Vayamos lentos y seguros! ¿Queda claro?

La hilera abarcaba un centenar de metros. Guasch se colocó en un extremo junto a Riera, que no podía ocultar su excitación.

Empezaron a buscar en dirección norte: los hombres levantaban piedras, pisoteaban arbustos, apartaban matorrales e incluso se subían a las copas de los árboles: fuera lo que fuera lo que buscaban, si seguía ahí lo encontrarían.

Guasch vio la madriguera de un conejo y una batería de heces, como guisantes negros, alrededor. Se agachó e introdujo la mano. Estaba

caliente, seca y, también, vacía. Removió las piedras de un muro y registró entre las raíces levantadas de un pino derribado. Encontró un puñado de plumas grises de algún pájaro, pero no lo que buscaban.

La primera media hora pasó rápida. Cada uno avanzaba a su ritmo, respetando las distancias y las zonas asignadas. Media hora después decidieron que el perro no podía haberse alejado tanto del sendero y regresaron al punto de partida para reiniciar la búsqueda hacia el oeste. No sabía cuánto tiempo llevaban cuando oyeron el grito de uno de los hombres.

El subinspector mostró la dentadura en todo su esplendor.

—¡O alguien se ha roto una pierna o hemos encontrado algo!

Guasch vio cómo los guardias iban levantando la mano, haciendo una ola que, como la coreografía de un ballet, avanzaba en su dirección. Guasch y Riera llegaron los últimos. Los hombres habían formado un semicírculo alrededor del joven que había gritado. Eulària estaba en lo cierto: el perro no se había alejado demasiado del camino. El guardia había movido una piedra plana de buen tamaño y dejado al descubierto una tela violeta deshilachada, manchada y enmohecida por la lluvia. La punta de una alpargata asomaba por entre los pliegues. A su alrededor se acumulaba un montón de hojarasca y piedras de pequeña dimensión. Guasch sintió galopar el corazón en el pecho.

Se arrodilló junto al escondrijo.

—¿Cómo lo ha encontrado?

—Solo he levantado esta piedra.

—¿Puede volver a ponerla tal y como estaba?

El guardia se agachó, agarró el pedrusco por las puntas y lo colocó de manera que uno de los extremos de la casulla roída sobresalía ligeramente.

—¿Ha tocado algo más?

—No, señor.

—El perro debió de oler la sangre, escarbó y llegó a la alpargata ensangrentada —reflexionó Guasch—. ¿Hemos traído algo para transportar esto?

El diligente Sardina, ¿quién si no?, acercó dos capazos vacíos.

Guasch retiró de nuevo la piedra y palpó la tela, empapada y fría. Se miró las yemas de los dedos, manchados de tierra roja. Apartó los extremos y dejó a la vista el resto de la alpargata y otro par más de una talla menor. Allí estaban, pegadas unas a otras, las alpargatas que tanto habían buscado. Sardina colocó el *senalló* grande a su lado y Guasch las introdujo con cuidado. Abrió la tela y descubrió un cáliz, una bandejita de plata ennegrecida, un crucifijo, un pequeño *raó* y un cuchillo de mediana dimensión con la hoja manchada; entonces tiró de un pliegue de la casulla pensando que saldría con facilidad, pero no lo hizo. Supuso que se habría enganchado en alguna raíz y pidió a Sardina que le ayudara para no resquebrajar más el tejido. Entre los dos consiguieron sacar la abultada casulla sin romperla. Era muy pesada. Una vez fuera, la desenredó y dejó a la vista una elegante pistola valenciana y un saco de tela gruesa de color crudo atado con un cordón de cuero. Oyó un murmullo. Los hombres estrecharon el círculo a su alrededor. Deshizo el lazo, abrió la tela y miró en el interior. No era posible. Entonces metió la mano y sacó, para que todos pudieran verlo, un puñado de pequeñas monedas. El murmullo se transformó en una exclamación de sorpresa. Allí había mucho dinero.

36

Engaño

El rayo estalló en la cima de una colina cercana y el trueno lo acompañó, solícito cual fiel escudero. El cielo había anunciado sus intenciones horas atrás, cuando unas nubes negras habían asomado en el horizonte. El aguacero no se había hecho esperar. Los pies de Guasch chapoteaban en el sendero de regreso a Vila.

—¿Por qué tiene que llover de esta manera justo hoy? —se lamentó Riera.

—Parece usted de mal humor —bromeó Guasch.

El subinspector blasfemó en voz baja antes de contestar.

—Se han reído de nosotros.

—¿A qué se refiere?

—A que es posible que todo el dinero robado esté ahí.

—Es muy probable, no parece que el saco estuviera manipulado.

—¿Usted lo entiende? Porque yo no.

—Llevo todo el camino dándole vueltas, y tengo la sensación de que todo lo que creíamos saber hasta ahora es mentira. —Guasch hizo una pausa y Riera le conminó a proseguir con un gesto nervioso—. Los objetos estaban dejados de cualquier manera, ni siquiera los habían escondido bien. Estoy de acuerdo en que si no hubiera sido por el olor a sangre el perro no se habría acercado, y es probable que ningún ser humano los hubiera descubierto en mucho tiempo, pero para el caso es lo mismo, estaban desprotegidos a la intemperie. Por otro lado, no falta nada de lo sustraído. ¿Se da cuenta? ¿Quién roba todo eso para después dejarlo tirado por ahí? Respecto al dinero, como bien dice, da la sensación de que no han tocado ni un real y eso nos lleva a la gran cuestión: ¿quién asesina a dos hombres para perpetrar un robo y, a

continuación, se desprende del botín?

—Alguien que no quiere lo que ha robado.

—¿Y qué implica eso?

—Que lo de Sant Jordi no fue un robo, sino un asesinato.

—Exacto —convino Guasch—. El dinero fue el señuelo. No rebanas el cuello a dos personas para apropiarte de un dineral y, acto seguido, te deshaces de él. Podría entender que prescindieran de los objetos robados porque son difíciles de vender, pero…

—¿Quién no necesita dinero?

—Esa es una excelente pregunta para la que no tengo respuesta. En esta isla, no nos engañemos, no hay grandes fortunas. Me atrevería a decir que incluso los *mossons* más acomodados, con sus casas medio señoriales y sus propiedades en el campo y pese a vivir mucho más holgados que los payeses, no pueden considerarse propiamente ricos. Cualquiera acogería con los brazos abiertos ese capital.

—¿Y los contrabandistas?

Guasch miró a su alrededor.

—Descartados —se limitó a decir.

Riera asintió y continuó compartiendo lo que se le pasaba por la cabeza:

—¿Qué implicaciones tiene esto para los detenidos?

—Para mí, exonera a los Tets, que querían fugarse e iniciar una nueva vida. Ellos ya se habrían marchado o, al menos, habrían escondido el dinero en algún lugar más seguro. Les sobran alternativas.

—¿Y Pep des Camp?

—Este hallazgo refuerza su idea de que el fin último del crimen no era el robo y, por tanto, que hay que conceder el beneficio de la duda a su versión sobre la muerte de Catalina.

—¿Cree que pueda ser cierta?

—No lo descarto.

—Pero eso no significa que Pep sea inocente.

Guasch meditó un momento antes de responder. Un par de relámpagos rajaron el cielo y descargaron su ira cerca de ellos, haciendo temblar el suelo. La lluvia se enrabietó y Riera dejó escapar

una nueva ristra de palabras malsonantes.

—Digamos que lo hace parecer menos culpable. De hecho, ¿sabe qué haremos cuando lleguemos?

—¿Hacerle una visita?

Guasch chasqueó los dedos en señal de asentimiento y aceleró el paso.

Pep des Camp tenía mejor aspecto: llevaba la camisa limpia, el labio partido estaba en proceso de cicatrización y los moratones, todavía visibles, se habían aclarado. Su mirada, sin embargo, seguía siendo hosca mientras Guasch le explicaba la conversación que había mantenido con su mujer.

—Es la primera vez que escucho lo de la coz —dijo cuando Guasch hubo acabado—. No comprendo a santo de qué cuenta ahora esto: ¡no tiene sentido!

Guasch decidió afrontar el tema que los había llevado hasta allí sin más dilación.

—¿Sabe qué hemos encontrado?

—No.

—¿No puede imaginárselo?

El payés suspiró.

—No sé cuánto tiempo llevo aquí encerrado, alejado de mi casa, de mi mujer y de mis obligaciones y ¿pretende que me ponga a jugar a las adivinanzas? ¿Por qué no me dice de una puta vez lo que sea que me quiera decir?

Guasch le narró el hallazgo del día y, ahora sí, Pep se incorporó en la silla.

—Entonces ya sabemos quién es el culpable, ¿no? ¿Dónde estaba?

Cuando le explicó que habían encontrado el botín en mitad de la nada, el campesino resopló y se golpeó el muslo.

Guasch abrió el *senalló* y extrajo las alpargatas grandes. Las colocó una junto a la otra sobre la mesa. Pep las observó con detenimiento, sin tocarlas.

—¿Sería tan amable de probárselas, por favor? —pidió Guasch.

—¿Yo? ¿Por qué? Joan tenía un pie más menudo que el mío. Me van pequeñas.

—¿Su hermano? Se equivoca, estas *espardenyes* pertenecen a los asesinos. Imagino que si es usted inocente no tendrá inconveniente en demostrarnos que no son suyas.

—¿Uno de los asesinos? —Pep parecía sinceramente sorprendido—. ¿Puedo cogerlas?

Guasch asintió y Pep tomó la alpargata que se encontraba en mejor estado. Miró la suela ensangrentada y el interior, manchado por el uso. Frunció los labios y asintió convencido.

—Se confunde: son de Joan. No tengo ninguna duda.

Riera tomó la palabra y habló con lentitud.

—Eso no es posible, Pep. Estas *espardenyes* las llevaba uno de los asesinos: la sangre que ves en la suela pertenece a Toni Roig. Después de matarlo dejaron un rosario de huellas por toda la casa rectoral. ¿Cómo podría un asesino llevar las alpargatas de tu hermano después de haber matado al criado? No tiene sentido. Ellos llevaban las suyas, después de huir las escondieron con el botín y se pusieron, en su lugar, las de las Toni y Joan, que estaban limpias.

Pep negó con vehemencia.

—Yo no sé lo que sucedió en Sant Jordi y quién hizo o dejó de hacer qué. Solo puedo decir que estas *espardenyes* son las de Joan.

Riera fue a dar otra explicación, pero Guasch lo frenó con un gesto:

—¿Por qué está tan seguro?

—Por el tipo de *espardenya* y por la mancha interior. De pequeño, Joan se dio con una azada en el pie derecho y se hizo una herida profunda en el exterior del pie. —Cogió la *espardenya* y señaló con el dedo—. Por eso tiene esta marca, ¿ven?

—Pero él no cojeaba —dijo Riera, escéptico.

—¿Debería?

Para sacarlos de dudas, Pep se agachó, se quitó su alpargata e intentó ponerse la que tenía en las manos. Como había predicho, le resultaba imposible introducir los dedos en la capellada: le iba pequeña.

—No creo que fuera ningún secreto. Seguro que alguien más conoce lo del pie de mi hermano —dijo Pep, calzándose de nuevo—. Prueben a preguntar a mis hermanas.

Riera resopló y los tres se quedaron mirando las *espardenyes* sin saber qué decir.

Guasch y Riera se apoyaban en el muro bajo que se extendía tras la iglesia del convento. A su alrededor descansaban varios cañones desmontados. Guasch miraba absorto el faro de Botafoc. La lluvia había cesado y las nubes se habían quebrado sobre sus cabezas, formando una herida por la que se derramaba el resplandor oblicuo de los rayos del sol. Guasch calculó que quedaría todavía una hora para el anochecer.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —repitió Riera por enésima vez.

—Estoy de acuerdo: no puede ser que, después de muerto Toni Roig, el mossènyer pisara el charco de sangre, deambulara por el *porxo* y saliera por la puerta para, con las *espardenyes* limpias, aparecer apaleado, maniatado y acuchillado en su habitación. Tampoco había huellas en las escaleras. Por tanto, ¿qué hicieron? ¿Le cambiaron el calzado? Solo se me ocurre que…

Guasch dejó la frase a medias.

—¿Qué? Dígalo —le instó Riera—. Cualquier cosa será mejor que lo anterior.

Guasch suspiró como para infundirse ánimos.

—¿Y si hubieran sido los propios asesinos quienes, después de cometer los crímenes, se pusieran las alpargatas de las víctimas y dejaran el reguero de huellas?

—¿Para…?

—No lo sé. Lo lógico habría sido que, si querían mantener sus *espardenyes* limpias, evitaran el charco de sangre. Eso es más sencillo que cambiárselas, mancharlas y pisotearlo todo. —Guasch buscó con tiento las palabras adecuadas—. Me refiero a que habrían sido muy cuidadosos en cambiarse de calzado para, después, ser extremadamente descuidados al dejarlo todo manchado.

—Les daría ya lo mismo.

Guasch chasqueó los dedos.

—Quizá llevaban zapatos y, para no dejar constancia de ello, se los cambiaron.

—Oiga, eso es interesante… pero como acaba de decir, bastaba con no pisar la sangre. —Riera se rascó el cogote—. Lo cierto es que hasta ahora nos hemos centrado en buscar a los asesinos entre la *pagesia* y hemos obviado la posibilidad de que pudieran proceder de Vila. Lo hemos dado por supuesto, ¿y sabe por qué? ¡Por los prejuicios de los malditos *mossons*!

—Yo diría que más bien por las huellas de las *espardenyes*.

Guasch se pellizcó los labios y, del mismo modo que los rayos del sol se habían abierto paso entre las nubes, una idea empezó a emerger entre el batiburrillo de sus pensamientos.

—Creo que la intención de los asesinos no era mantener limpio su calzado, sino crear pistas falsas para confundirnos. Y de ser así, ¿sabe qué más pienso?

—Sorpréndame.

—Que podría haber sido un único asesino.

—¿Que mata primero a uno y luego al otro?

—Sí. Quizá no se encontraban las dos víctimas en la casa. Podría ser que estuviera con don Joan y, cuando ya lo tenía controlado, llegara Toni. Entonces lo mató a él.

—O al revés.

—No creo, habría pisadas con sangre en la escalera.

—Sí, tiene razón. ¿Y las tazas?

—Un señuelo más, como las sillas. ¿Recuerda cómo nos describieron la casa rectoral cuando hubo la pelea en Sant Llorenç? No había nada en su sitio y hasta la mesa estaba volcada, un contraste total con el orden implacable de Sant Jordi, con la única y llamativa excepción de las huellas. Recuerdo que todos se referían a ellas: Molina, Sardina, Ripoll… hasta usted dio a entender que parecían haberlas hecho a propósito. ¿Y por qué?

—Porque querían asegurarse de que las viéramos.

—Eran la guinda de la representación, y el público, nosotros, nos lo tragamos.

—¡Qué hijos de puta!

—O hijo de puta… Si el montaje pretendía mostrar que había varias personas me decantaré por pensar, visto lo visto, que podía ser solo una. Está todo demasiado manipulado.

Riera llenó los pulmones de aire.

—¿Qué hacemos ahora?

Guasch consultó su reloj.

—Esta noche ceno con el doctor Lequerica. ¿Puedo hacerle un encargo importante? También puede delegarlo, si lo prefiere. Habría que visitar a los padres de Toni Roig para confirmar que las otras alpargatas eran suyas.

La expresión de Riera mostraba su determinación.

—Iré con mucho gusto.

El doctor Ricardo Lequerica no estaba tan locuaz como en los encuentros anteriores y Guasch lo atribuyó a la tormentosa travesía que le habría tocado en suerte malvivir esa mañana, muy parecida a aquella que, dos semanas atrás, lo había arrojado a él a los pies de Beia en el desangelado puerto de Ibiza. El motivo de esa puntual pérdida de elocuencia podía deberse también a que Lucía le había puesto al día de las últimas novedades sobre ellos.

Así se lo había hecho saber ella apenas Guasch había cruzado el umbral de su casa.

—¿Y cómo se lo ha tomado? ¿Va a retarme a duelo?

—¡No digas tonterías! —rio Lucía—. Me ha preguntado si a partir de ahora voy a viajar por España persiguiendo asesinos y criminales.

—Eso equivale a un duelo —susurró Guasch—. No sé si le entusiasma la idea de que empieces una relación conmigo, y no le culpo. ¿Qué has respondido?

—Que nos estamos conociendo, que estoy muy ilusionada contigo y que prefiero no pensar en lo que sucederá mañana.

Guasch colgó la capa en el perchero de la entrada.

—¿Qué te ha dicho de Pierre?

El brillo de sus ojos anticipó el sentido de la respuesta.

—Todo bien, ya te lo explicaré.

Antes de la cena departieron los tres en la biblioteca mientras degustaban un pequeño refrigerio. En un momento dado, el doctor, sin alterarse, afirmó:

—Ya veo que no pierde usted el tiempo en mi ausencia.

A Guasch se le atragantó el bocado y empezó a toser.

—Padre, deja a Marc tranquilo o aún le sentará mal la cena —le pidió Lucía, que tuvo que darle unas palmadas en la espalda.

—Por supuesto —concedió el doctor—, pero el señor Guasch y yo tenemos una conversación pendiente que ya mantendremos a su debido tiempo.

—Estoy a su disposición —acertó a decir Guasch con un hilo de voz.

El doctor relató, apremiado por Lucía, algunas anécdotas del viaje, obviando referirse al catedrático rechazado y Guasch, sin entrar en detalles de la investigación, le consultó por la muerte de Catalina des Camp. Lequerica se mostró, esta vez sí, más predispuesto a hablar.

—Nadie me avisó de que ya había fallecido. Aunque la habitación estaba en penumbra, su rostro parecía iluminado. La madre estaba sentada a su lado, con un rosario en las manos y la mirada perdida. La chica yacía en la cama, inmóvil, pálida como mármol de Carrara. Sus facciones perfectas no mostraban dolor o malestar. Parecía dormida. Solo cuando me acerqué advertí que su pecho no se movía, y entonces su madre me explicó que había muerto hacía un rato; en realidad empleó otras palabras, dijo algo así como que «Dios la había llamado a su lado».

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—No practiqué ninguna autopsia.

—Lo sé, pero ¿pudo inspeccionarla al menos?

—No me lo pidieron y tampoco lo consideré oportuno. Bastante desgracia tenía esa mujer como para además tener que mancillar el cuerpo de su hija.

—¿Le contó su madre por qué había muerto?

—Me habló de la coz desafortunada de una mula. Así lo dijo.

—¿Y cree usted que pudo ser esa la causa de la muerte?

—¿Por qué no debería serlo?

—¿Es posible que alguien la hubiera matado?

—¿Matado? ¿Por qué? Repito que no la examiné, pero por lo que pude ver no presentaba signos de violencia.

—¿No había sangre?

Lequerica se limitó a fruncir los labios y negar con la cabeza. Un tintineo de vasos llegó procedente del comedor.

—Cuando don Joan le visitó por última vez, ¿de qué hablaron exactamente?

—De cataplasmas y preparados varios, ya se lo dije.

—¿Alguno que pudiera llegar a ser mortal?

—Varios, siempre que su uso o consumo sea desmedido o su aplicación errónea.

—Le visitó unas dos semanas antes de su muerte, ¿verdad?

—Correcto.

—Por tanto, Catalina ya había fallecido.

—Sí, hacía unos días. Si no recuerdo mal, también lo habíamos comentado usted y yo…

—¿Cree que su visita podría estar relacionada con la muerte de su sobrina?

—No lo sé, pero si lo estuvo supo disimularlo muy bien.

—¿Estaba don Joan en la casa cuando llegó?

—¿Perdón?

—En casa de Catalina.

—Ah, no. No lo vi.

—¿Sabe si había estado antes allí?

—Maria me contó que su hija había recibido los santos sacramentos, imagino que fue él quien se los suministró.

—¿Y Pep, el padre, estaba presente?

—Me dijeron que no estaba en casa aquella noche.

—¿No lo fueron a buscar? Es extraño.

Fructuosa se personó en la biblioteca.

—Eso tampoco lo sé —respondió don Ricardo, mirando a la sirvienta.

—Cuando quieran, pueden pasar al salón —comunicó la mujer—: la cena está servida.

El doctor Lequerica se levantó, se llevó una mano a la sien y miró a su hija con ojos cansados.

—Si me disculpáis, creo que me acostaré, el viaje me ha dejado exhausto. Por favor, cenad sin mí.

Besó a su hija con ternura y tendió la mano a Guasch, que aproximó la suya temeroso. Esta vez, sin embargo, el apretón careció de intensidad, como si el doctor hubiera perdido toda su vitalidad.

Nada más entrar en su habitación, Guasch encontró en el suelo un sobre que el posadero había deslizado por debajo de la puerta. El vapor de aquella mañana había traído, más rápido de lo esperado, la respuesta al telegrama enviado días atrás.

En el remite reconoció la caligrafía inconfundible de su hermano menor, y le conmovió que hubiera encontrado el tiempo y se hubiera tomado la molestia de escribirle en persona. Por mucho que algún subalterno hubiera realizado las pesquisas y recopilado la documentación, agradeció su compromiso en aquella, para él, nimiedad.

Abrió el sobre sin reprimir su curiosidad.

La misiva contenía varias cuartillas profusamente escritas, un esquema, un árbol genealógico, unos recortes de prensa y un retrato al daguerrotipo de una hermosa niña de mirada alegre sentada en un columpio. Era más y mejor de lo que esperaba, y la imagen era fantástica.

Se quitó la capa y la chaqueta y se arremangó dispuesto a sumergirse en la lectura.

Cuando terminó de analizar los documentos tenía muy claro el mensaje que quería transmitir. Ahora necesitaba encontrar las palabras precisas para que el impacto fuera el deseado. Sacó una pluma y el

frasco de tinta, colocó una hoja sobre el escritorio y empezó a escribir.

37

Cualquier cosa

Nicolau Musson resultó ser un apuesto joven de ojos azules, cabello claro y un hoyuelo en la barbilla que debía de causar estragos entre las chicas de la zona. No tendría mucho más de veinte años. Era atractivo, se mirase por donde se mirase, y además parecía buen chico.

Reconoció sin preámbulos que había cortejado a la hija de Pep.

—Catalina me gustaba mucho y tenía la fortuna de ser correspondido.

—¿Cuánto tiempo fueron novios?

—Quizá novios sea una palabra excesiva. En cualquier caso, estuvimos cuatro meses y dos semanas. Estaba convencido de que nos comprometeríamos.

—¿Qué sucedió?

—Que de repente ella dejó de estar interesada en mí.

—¿Por qué motivo?

—No me dio ninguna explicación.

—¿Se la pidió?

—¿Usted qué cree? —dijo con resignación.

—¿Cuándo lo dejaron? O…, ¿cuándo lo dejó Catalina?

—A mediados de junio, poco antes de Sant Joan. Habíamos quedado en vernos después de misa, pero me dijo que se encontraba mal y se marchó con sus padres. Tuve la sensación de que era una excusa y por desgracia no me equivoqué. Después de eso intenté quedar varias veces con ella, pero no mostró ningún interés.

—¿Sucedió algo entre ustedes que la hubiera podido decepcionar, alguna discusión…?

—Nada. Un día, cuando ella ya me ignoraba, le pregunté si lo que

pretendía era forzarme a que fuera a hablar con su padre para formalizar nuestra relación, pero se limitó a comentar que no podía seguir conmigo. Eso fue todo lo que me dijo. No parecía enfadada, solo…, no sé, desinteresada. Dios mío, ¡estaba más guapa que nunca!

Guasch recordó a Aurora y cómo el corazón de ella se había dejado arrastrar por un amor, o una pasión, que terminó alejándola de él y uniéndola a otro hombre. Viendo el tipo de muchacho que tenía enfrente imaginó que no podía tratarse de otra cosa. Se levantó, puso la mano en el hombro del joven y sintió la necesidad de consolarlo con la manida frase de que tenía «toda la vida por delante».

—Mi madre me lo recuerda a diario, pero ¿sabe? Yo quería vivir mi vida junto a ella.

Guasch no pudo evitar pensar en Lucía.

Sí, claro que lo sabía.

Las habían citado a mediodía en la iglesia de Sant Josep. Eran jóvenes, hermosas, *fadrines* y respondían las tres al nombre de Maria; como la madre de su difunta amiga Catalina; como la mayoría de las mujeres de la isla. Guasch pidió a las acompañantes, madres, tías, hermanas, primas y una abuela marchita, que les concedieran cierta privacidad, a lo que el conciliábulo de carabinas se resistió, prodigando quejas y gestos de desaprobación.

Mossènyer Pallarés calmó los ánimos ofreciendo la casa rectoral para garantizar, aseguró, que «nada inapropiado» pudiera ocurrir. Ya en privado se interesó por el estado de salud de Riera, por el que aseguró haber rezado sin descanso desde que aquel fulminante ataque lo derribara en plena eucaristía. El subinspector certificó que sus plegarias habían culminado en una inmejorable condición física, un apetito voraz y una inesperada vigorosidad marital de la que su señora esposa alardeaba ante sus amistades. El sacerdote dijo sentirse enormemente satisfecho y desapareció por la puerta avisando de que, en caso de necesidad, lo encontrarían en casa del vecino *fent un beuret*.

Dos de las Marias, con los rostros enmarcados por sendos pañuelos de

colores, los miraban con recato mientras que la tercera, sentada en el centro y poseedora de unos cautivadores ojos verdes, los observaba con el mentón levantado e indisimulada curiosidad. Su actitud daba a entender que era la líder del grupo.

Guasch presentó a Catalina como un mero accesorio dentro de la investigación del caso de don Joan y se excusó por su necesidad de comprender si su muerte pudo afectar de manera especial a su tío. Antes de hurgar en temas comprometidos, Guasch preguntó por la relación entre Catalina y Pep. La respuesta dibujó a un padre estricto que, sin embargo, sentía devoción por su hija.

—Nunca la hubiera forzado a casarse con alguien que ella no quisiera —dijo una.

—Una vez le oí decir —confirmó otra— que ya tenían una finca lo bastante grande como para tener que desposar a su hija con cualquiera solo para conseguir un pedazo más de tierra.

—Ella también lo quería mucho y jamás lo hubiera disgustado —añadió la cabecilla.

—Entonces ¿el *festeig* de Catalina y Nicolau Musson no fue un acuerdo entre Pep y el padre del chico? Tengo entendido que sus fincas son colindantes.

—Lo son —dijo la Maria de ojos verdes—, pero ellos estaban juntos porque querían, no por imposición de nadie. Conociéndolos era lo normal.

—¿Por qué?

—Porque los dos eran perfectos —confirmó otra—, y se gustaban mucho.

—¿Y por qué ella lo dejó, entonces?

—No lo sabemos —sentenció la cabecilla lanzando un vistazo fugaz a sus amigas.

—¿De verdad?

Las tres asintieron con vehemencia. Guasch las observó con detenimiento y concluyó que aquel entusiasmo era excesivo.

—Pues yo opino que conoció a alguien. —Los tres pares de ojos se abrieron como platos, confirmando que iba bien encaminado—. Mirad,

es crítico para nosotros saber toda la verdad, y os aseguro que no le hacéis ningún favor a la memoria de vuestra amiga ni a la de su tío si nos la ocultáis.

Después de un silencio incómodo, una de ellas se decidió a hablar.

—Se veía con un hombre —confirmó.

Los ojos verdes le dirigieron una mirada de censura.

—¿Un chico joven o un hombre mayor de que ella? —preguntó Riera.

—Mayor —confirmó la chica obviando a la líder—. Nunca nos dijo su edad, pero sí que era un caballero.

—¿Un caballero? ¿Os dijo su nombre?

—No.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Tampoco, pero nos decía que era diferente de los chicos de aquí.

Guasch pensó en el atractivo aunque inexperto Nicolau e imaginó a una inocente joven de campo fascinada por la sofisticación de un caballero de ciudad.

—¿Dónde se conocieron?

—En Vila, un día que ella fue a entregar unos encargos.

—¿En mayo o junio? —calculó Guasch.

—Pues sí, no mucho antes de dejar a Nicolau.

—¿Cuándo se veían? ¿Y dónde?

—Cuando bajaba a Vila. Siempre iba acompañada de alguna mujer de la familia, pero se las apañaba para quedarse a solas e ir con él. Se encontraban al menos una vez por semana, aunque no nos daba detalles de sus encuentros. Catalina tenía entre sus muchas virtudes la de la discreción. Incluso con nosotras.

—¿Qué más?

—Dijo que «estaba muy enamorada y que haría cualquier cosa por él» —subrayó la líder, como si de repente quisiera no quedar desacreditada.

—¿Qué significa «cualquier cosa»?

—Pues eso, ¿no? Lo que fuera que él le pidiera.

Guasch contempló a Riera, que no pudo disimular una expresión de

estupor que debía de ser un fiel reflejo de la suya.

Guasch y Riera visitaron a Pep des Camp en su casa, donde disfrutaba de su recién recuperada libertad. El payés había dejado de ser sospechoso y don Bartomeu no solo no había formulado denuncia alguna, sino que, por el contrario, se había acercado hasta la prisión para pedirle disculpas. Obviando la desmesurada reacción de Pep, el clérigo había reconocido haberse excedido en sus acusaciones y declarado que habían sido fruto de una interpretación subjetiva de la realidad. El párroco evitó así confirmar que Maria des Camp había vertido sobre él las sospechas mientras recibía el sacramento de la confesión.

En ese momento acababan de fracasar en su último intento por arrojar luz sobre la misteriosa muerte de Catalina. La mente traicionera de Maria no había sido de ayuda tampoco en esta ocasión. Pep la acompañó a su habitación y les pidió salir al *porxo* para no molestarla con su charla.

—¿Qué opinan de la versión de mi mujer? —preguntó Pep cuando tomó asiento.

—Si la versión de la coz y la mula resultara ser cierta —empezó Guasch—, la de Joan sería mentira o, cuando menos, errónea. Así que se lo plantearé de manera muy clara: ¿a quién de los dos cree?

Pep esbozó una sonrisa lejana.

—Joan y yo siempre tuvimos nuestras diferencias. Desde pequeños. Yo decía de él que era un consentido que siempre encontraba una excusa para no ayudar en las labores, y él se aseguraba de hacerme quedar como una persona agresiva y problemática.

—Y no lo eras, claro… —dijo Riera.

—Alguna vez sí, otras muchas no. La cuestión es que Joan consiguió hacer piña con el resto de nuestros hermanos y los bandos en casa quedaron definidos para toda la vida: todos en un lado y yo solo en el otro.

—Luego Joan ingresó en el seminario —continuó Guasch.

—Fue la salida que le convenía, el destino ideal para no deslomarse de sol a sol. Los otros no eran tan finos como él, pero tampoco tenían una especial capacidad de trabajo. Por eso mi padre me dejó la finca, porque sabía que yo era el único capaz de trabajarla como correspondía.

El campesino calló y Guasch imaginó que se habría quedado anclado en alguno de sus recuerdos.

—Perdón, pero esta historia familiar —preguntó Riera—, ¿a qué viene?

—Quería resaltar que Joan y yo nunca nos llevamos bien, pero que al margen de nuestra mala relación creo que era una persona bastante cabal. —Miró a Guasch—. Me pregunta usted acerca de las dos versiones: si tuviera que apostar mi finca sería por la de mi hermano. Mi esposa hace mucho tiempo que no está bien. No es que mienta, sino que, lo que es quizá peor, está convencida de que lo que dice es cierto, aunque al día siguiente pueda defender todo lo contrario.

—*Fa cadufus* —dijo Riera.

Pep asintió con tristeza.

Guasch resumió, con las palabras menos hirientes que encontró, las conclusiones de las entrevistas que habían mantenido con Nicolau Musson y las amigas de su hija.

—¿Un hombre? —preguntó con los puños apretados—. ¿Está seguro?

—Las amigas lo han confirmado.

—Con que esas tenemos…

—No se lo tome a mal, las chicas…

—¿Y cómo quiere que me lo tome? —atajó Pep alzando la voz—. ¿Va usted a decirme cómo tengo que reaccionar al hecho de que mi hija se viera a escondidas con un desconocido, con un *mosson* malparido mayor que ella, y que además… además…?

Se le quebró la voz.

—Discúlpeme —reculó Guasch, que solo pretendía romper una lanza a favor de las jóvenes—. ¿Cree que su mujer podría estar al corriente de esa relación?

—¿Cómo cojones quiere que lo sepa? Mi mujer es inaccesible.

Guasch decidió esperar un tiempo a que el campesino se calmara. Fue Riera quien tomó la palabra al cabo de un rato.

—Hemos preguntado por Vila y muchos recuerdan a Catalina, que trabajó para muchas casas. Nadie la relaciona, sin embargo, con un hombre en concreto.

Pep asintió cabizbajo y Guasch pensó que había llegado el momento de dar un paso adelante. Miró a Riera, que hizo un gesto afirmativo y lo animó a proseguir según lo que habían convenido.

—Mire, Pep, perseguimos un fantasma, y lo que es peor, no sabemos si tiene sentido hacerlo, por eso queríamos explicarle una idea. No quiero dar este paso sin contar con su aprobación.

El payés puso cara de no comprender y Guasch le reveló de forma concisa lo que había pensado, evitando dar detalles innecesarios. Pep lo escuchó con atención, endureciendo el gesto a medida que avanzaba la explicación.

—¿Cuándo lo quiere hacer? —musitó cuando Guasch hubo terminado.

—Si podemos, esta misma noche.

Pep asintió con la mirada vacía, se levantó y entró en su casa cerrando la puerta sin hacer ruido.

38

De entre los muertos

Guasch cerró la puerta de la biblioteca tras de sí. El doctor Lequerica había salido a realizar una visita y Fructuosa, fiel a su costumbre, trajinaba hacendosa en la cocina. Lucía había percibido su inquietud nada más verlo y lo había acompañado directamente al despacho:

—¿Ha sucedido algo?

—Primero necesito que me des la bienvenida como corresponde.

—¿Me está usted pidiendo un beso, señor Guasch?

—¿Solo uno?

Guasch tiró de Lucía y hundió sus labios en los de ella.

—Cuando quiera ya podemos conversar, señorita Lequerica —dijo al cabo de un rato.

Le gustó verla sonreír.

—Parecías preocupado, ¿qué ha ocurrido?

—Todavía nada —dijo suspirando.

—¿Todavía?

—¿Te parece bien si nos sentamos? Es un tema complicado.

Guasch se acomodó en la que ya casi consideraba su butaca y le explicó, sin obviar ningún detalle, el punto en el que se encontraban las pesquisas. Después tomó aliento y repitió el razonamiento y las justificaciones que había expuesto horas antes a Pep des Camp. Una cosa era imaginarlo, otra expresarlo en voz alta y otra muy diferente llevarlo a cabo, pero no tenían otra opción.

—Supongo que no sabrás quién puede ser el hombre o, mejor dicho, el novio que se veía con Catalina…

—No tengo la menor idea —respondió boquiabierta—, aunque más que novio yo lo llamaría amante. Tanto secreto en una joven casadera y

casi comprometida es un poco sospechoso, ¿no? A menos que, sencillamente, Catalina no quisiera bajo ningún concepto defraudar a su padre.

—Según las amigas, Pep habría aceptado una unión por amor.

—Entonces ¿a santo de qué tanto secretismo? Seguro que era él quien quería ocultarlo.

—¿Por qué?

—Porque su posición podía verse comprometida si se hiciera pública su relación con una joven campesina o…

—Porque estuviera casado —concluyó Guasch.

Lucía jugueteaba con un mechón de pelo.

—¿Crees que las muertes de Catalina y de su tío están relacionadas?

—Es una opción cada vez más plausible. —Guasch alzó los antebrazos y mostró las palmas de las manos—. Por eso he venido hoy. Quiero pedirle ayuda a tu padre para salir de dudas de una vez por todas.

—¿A mi padre? —repitió ella, extrañada—. Pero si ya te dijo que no había practicado la autopsia. ¿En qué puede ayudarte?

—Quiero exhumar el cadáver de Catalina y pedirle que lo examine.

Lucía abrió los ojos y permaneció un momento en silencio.

—Murió hace un par de meses. Si la desentierras ¿eres consciente del estado en el que estará el cuerpo?

—Prefiero no imaginarlo, pero supongo que algo podrá averiguarse.

—Tal vez… —dijo Lucía pensativa—. ¿Lo has hablado con alguien más?

—Con Riera y con el propio Pep, que ha dado su consentimiento y es quien realmente me importaba. Aparte de ellos dos no lo sabe nadie. Para la Iglesia sería un sacrilegio y no darían su aprobación bajo ningún concepto, y tampoco puedo contar con el apoyo del gobernador, cuya reputación podría hundirse con algo así.

—¿Entonces?

—Habrá que ir al cementerio por la noche, a escondidas.

—Dios mío, Marc, ¿cuándo piensas hacerlo?

—¿Hoy?

Oyeron la puerta de entrada al abrirse.

—¿Y si no descubrieras nada? —preguntó ella, levantándose de manera precipitada.

—En ese caso, mi crédito se habrá agotado y tendré que regresar a Madrid con las manos vacías —reconoció Guasch, que se puso también de pie—. ¿Qué crees que responderá tu padre?

Lucía apoyó la mano en el pomo y se giró hacia él.

—Nunca ha hecho algo así, eso te lo garantizo, pero quiero pensar que te ayudará en la medida de lo posible. —Insinuó una sonrisa tensa —. Ahora saldremos de dudas, ¿no?

—¡Se ha vuelto loco! —bramó el doctor apenas Guasch empezó a explicarse—. ¡Esto es algo inaudito, una aberración! En los casi treinta años que llevo dedicándome a la medicina nunca, jamás, me habían planteado profanar una tumba en plena noche y de espaldas a la autoridad. ¿De verdad necesita estas artimañas para encauzar su investigación?

—Así es —reconoció Guasch, con el amor propio herido—. Acudo a usted porque es la única persona en quien confío. Como comprenderá, no puedo planteárselo a ningún otro médico de la ciudad.

—Obviamente, ninguno en su sano juicio infringiría nuestro código deontológico de esta manera. Lo que está proponiendo es muy grave, no sé si es consciente de ello. No puede imaginarse cuánto me decepciona descubrir que no tiene usted limitaciones morales. Daba por supuesto que era otra clase de persona…

—Lamento oírle decir eso, pero si he llegado a este punto es porque no tengo alternativa.

—El fin no siempre justifica los medios, Marc. Tendrá que buscar otra vía para avanzar en sus indagaciones.

—¿Y Lang? —preguntó Guasch más para sí que para el doctor.

—¿Ha perdido el juicio? Germán entiende de lo suyo. Si tuviera que diseccionar un cadáver se desmayaría. Además, el cuerpo estará en un estado en el que sería muy difícil, por no decir imposible, obtener

información.

—Pero padre ¿por qué no…? —intercedió Lucía.

—Ni se te ocurra insistir —atajó el doctor levantándose—. Esto es un escándalo. ¿Quieres que pierda mi prestigio? Podría incluso acabar en prisión. Estamos en la vida real, querida, no en una historia de Allan Poe. Esa chica era de carne y hueso.

—Por favor —rogó Lucía, acercándose a su padre—, necesitamos que…

—¿Necesitamos? ¿Ya hablas en primera persona del plural? Esto es ridículo, al final será cierto que te vas a convertir en una investigadora. —Se dirigió de nuevo a Guasch—. Olvídese de esta locura y deje de manipular a mi hija. ¿Me ha entendido?

El médico iba a añadir algo pero se contuvo y, sin más, salió por la puerta dando un portazo. Lucía se quedó boquiabierta y a Guasch le supo peor por ella y por la violencia de la situación que por él mismo y la investigación. La conmoción de la chica, sin embargo, duró poco.

—Yo te ayudaré —dijo.

—No. No quiero que te involucres hasta este punto y que además desobedezcas a tu padre. Quizá tenga razón y esto sea un despropósito.

—No me has entendido, Marc. No te estoy pidiendo permiso ni consejo, te estoy informando de que lo voy a hacer. Puedo entender la posición de mi padre, pero dadas las circunstancias no la comparto. Comprendo lo que ocurre y por eso tomo esta decisión. Ya soy mayor para saber qué está bien o mal y qué es necesario hacer y por qué, más allá de discursos moralistas. ¿Acaso no estudio medicina? Bien, pues que sirva para algo. Yo llevaré todo lo necesario para la autopsia; tú encárgate del resto.

Guasch la contempló estupefacto y comprendió que entre otras cosas se había enamorado de esa vitalidad y de esa actitud valiente ante la vida.

—De acuerdo —aceptó cuando consiguió recuperar el habla—. Avisaré a un par de hombres de confianza para que salgan hacia Sant Josep al anochecer e inspeccionen el terreno antes de nuestra llegada; tú y yo saldremos más tarde.

—¿A las once en los establos?

Guasch la miró sin poder ocultar su admiración. Asintió despacio.

—Sí, claro… Perfecto.

Llegaron a Sant Josep cuando las agujas del reloj pasaban de medianoche. El pequeño cementerio colindaba con la iglesia y Riera, Sardina y Calavera esperaban, según lo convenido, a una distancia prudencial.

Germán Lang había prestado a Lucía su caballo sin pedir explicaciones y habían podido hacer el trayecto en las dos monturas. A Guasch no le habría importado sacrificar su comodidad por estar más cerca de ella, pero se dejó convencer a regañadientes ante el llamamiento a la prudencia de la joven.

—No creerás que voy a separarme de ti y dejarte regresar sola en plena noche —dijo Guasch.

—Conviene que seamos cautelosos, no sabemos qué puede pasar hoy.

Lucía se mostró taciturna el primer tramo del camino, probablemente por la discusión con su padre. Guasch le preguntó al respecto y ella se limitó a contestar que se le pasaría. Y así fue; a la altura de Sant Jordi ya había recuperado su ánimo habitual y pudieron disfrutar, pese a las circunstancias, de un agradable paseo bajo la luz de una luna redonda y resplandeciente.

Al descabalgar, Guasch percibió cierta tensión entre sus hombres.

—¿Qué sucede?

—Tenemos problemas —informó Calavera señalando a Riera.

Guasch se fijó en el subinspector y reparó en su rostro descompuesto.

—No siento especial debilidad por los cementerios —explicó—. Ya ni le cuento si los visito para desenterrar a una de sus inquilinas.

—¿Y por qué no lo dijo antes?

—Pensaba que podría manejarlo… pero si me meten ahí dentro van a tener que cavar un agujero para mí.

Guasch suspiró y miró a Sardina.

—¿Sabemos cuál es la tumba?

—Todavía no dispone de lápida. Riera nos ha explicado más o menos su ubicación.

—¿Más o menos? —replicó el subinspector—. ¡Ya les he dicho dónde está!

—«Cerca del árbol» no es muy preciso —continuó el cabo.

—Riera —insistió Guasch—, va a tener que indicarnos el emplazamiento exacto. No podemos ir a ciegas, imagínese que nos confundimos.

—Entendido —gruñó—, se lo mostraré desde la puerta.

—Ni hablar.

—Desde lo alto del muro.

—Tampoco.

—¿Quiere que lo lleve en brazos? —sugirió Calavera.

—¡Usted calle, que esta noche está en el patio de su casa!

—¿Empezamos ya o seguimos de cháchara hasta el amanecer? —cortó Lucía.

—Tienes razón —aceptó Guasch—. ¿Por dónde entramos?

—Lo mejor será acceder por uno de los laterales —explicó Sardina—. El muro es más bajo y queda fuera de la vista de las casas del pueblo.

—Bien. Una vez aclarado dónde hay que cavar, Riera saldrá a vigilar. Poco movimiento habrá a estas horas, pero preste atención. Si es necesario, avísenos. Nosotros no necesitaremos mucha iluminación adicional teniendo esta luna, al menos hasta que la señorita Lequerica empiece su parte del trabajo. Calavera y yo cavaremos y extraeremos el cadáver, que está amortajado y enterrado directamente en la tierra; mientras Lucía prepara el instrumental, Sardina acondicionará el lugar en el que colocar el cuerpo y practicar la autopsia. Y poco más. Cuando terminemos la enterramos de nuevo y lo dejamos todo de manera que parezca que aquí no ha pasado nada. ¿Está claro? —Todos asintieron a la vez—. Pues andando.

Caminaron hasta la parte trasera del camposanto. La luz de la luna dibujaba charcos sombríos bajo sus pies. Guasch se dispuso a ayudar a Lucía a saltar, pero cuando quiso darse cuenta ya estaba encaramada en lo alto del muro y, recogiéndose las faldas, saltaba al otro lado.

Calavera agarró a Riera, que trató de resistirse, lo levantó sin dificultad y lo colocó sobre la pared. Enseguida los cinco estuvieron dentro.

La superficie del cementerio era casi cuadrada, con una puerta en medio de uno de los muros y un ciprés en el vértice; las tumbas estaban situadas en una cuadrícula casi perfecta, solo rota por la presencia del árbol. La mayoría tenían cruces negras de madera clavadas en la tierra; algunas, lápidas de piedra, y solo unas pocas, por desidia, descuido o ausencia de familiares vivos, estaban desnudas.

Guasch percibió un sonido sutil, apagado e intermitente, como si una cigarra solitaria cantara con sordina. El ruido no parecía lejano.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Lo oyen?

—Sí —confirmó Sardina.

Los demás aguzaron el oído y miraron en todas direcciones.

—So… soy yo —acertó a decir Riera con los brazos cruzados sobre el pecho y agarrándose los antebrazos—. Lo… lo siento.

—Venga, aclaremos esto y salga de aquí —urgió Guasch con un suspiro.

El subinspector serpenteó entre los sepulcros en dirección al árbol, donde se agachó varias veces, comprobó la ubicación respecto de la puerta y, después de señalar una cruz negra, salió a la carrera y saltó con inusitada agilidad por encima del muro. Se oyó un ruido seco y un lamento cuando sus huesos dieron contra el suelo al otro lado.

—¿Se encuentra bien, Riera? —cuchicheó Guasch, preocupado.

—¡Vivo! —gimoteó una vocecilla—. ¡Estoy vivo!

Se acercaron a la tumba. La cruz tenía escrita en cal blanca las iniciales de la finada. Se miraron unos a otros y, sin nada más que decirse, se pusieron manos a la obra.

Guasch retiró la cruz y hundió la pala en el suelo allí donde debía reposar la cabeza. Las lluvias y el frío habían compactado el terreno. Con paciencia y respeto fue amontonando la tierra a un lado hasta que hubo retirado cerca de un palmo. Sentía las gotas de sudor resbalando por la espalda. Calavera cavaba con eficiencia y sin esfuerzo aparente. Había profundizado más que él y le propuso intercambiar las posiciones. Lucía se acercó con un frasco y les pidió que pararan.

—Les sugiero que se pongan este ungüento. —Introdujo el dedo en el recipiente y lo sacó bañado de una sustancia gelatinosa que se aplicó bajo los orificios nasales—. Los ayudará a sortear el hedor.

Los hombres obedecieron diligentes. La pócima era una aromática combinación de menta, eucalipto y limón que les llegó al cerebro y les infundió nuevos ánimos.

Calavera se arrodilló para continuar con una pala más pequeña y extremando las precauciones. Guasch hizo lo propio en el lado opuesto, y no tardó en dar con las puntas de los pies. Le temblaban las manos.

—La he encontrado —anunció.

Su susurro parecía un lamento.

—Déjeme terminar a mí —se ofreció Sardina.

Guasch se negó. Era su responsabilidad cumplir personalmente con el compromiso adquirido con Pep. Continuó la extracción siguiendo el contorno de las piernas y Calavera hizo lo propio con la cabeza y los hombros, que ya quedaban a la vista.

Lucía y Sardina habían terminado los preparativos y los observaban taciturnos.

Se detuvieron al escuchar el canto de una lechuza, pero al no venir acompañado de otro sonido, retomaron la tarea. No había ni rastro de Riera, lo que interpretaron como buena señal.

Por fin consiguieron destapar por completo un bulto de mediana dimensión. El lienzo tenía forma humana y, bajo la luz mortecina de la luna, era de color gris moteado de unas manchas oscuras que Guasch prefirió obviar.

Hizo un gesto a Calavera para mover el cadáver y agarró el lienzo por las piernas. Estaba frío y húmedo, casi pastoso. La sensación era desagradable. No pudo estar más agradecido a Lucía por el ungüento y deseó haber tenido otro que le impidiera notar el tacto. Debería haberse puesto guantes. A la de tres, alzaron el cuerpo y comprobaron, para su sorpresa, que era liviano, como si el alma al deshabitarlo hubiera dejado tras de sí un caparazón hueco. Lo trasladaron al camastro que el cabo había preparado junto al muro. La luna lo iluminaba con una luz oblicua, acompañada por la danza lúgubre de

una docena de velas.

La tela estaba plegada con esmero y Lucía les pidió que alzaran el cuerpo para desenrollarlo con mayor facilidad. Guasch cogió aire y centró la vista en un punto indeterminado, obligándose a no mirar. Lucía retiró la tela, volvieron a posar el cadáver en el suelo y se hicieron a un lado para que la joven pudiera inspeccionarlo con comodidad. Sintió cómo una gota le resbalaba por la mejilla y le llegaba hasta los labios. Era cálida y salada. Una lágrima. Sintió caer otra más y la secó con el antebrazo. Confiaba en no tener que repetir jamás una experiencia como aquella.

Lucía lo llamó. No podía haber echado más que un vistazo superficial.

—Aquí hay un envoltorio —anunció.

Lucía le mostró un pequeño paquete de forma irregular envuelto en la misma tela de la mortaja. El tamaño no sería superior a un palmo.

—Estaba entre los talones.

Lo desenvolvió con cuidado para descubrir un recipiente de vidrio cerrado con un tapón de corcho junto a otro paquetito menor. Alzó el frasco y a la luz de las velas observaron que contenía un ungüento verdoso.

Lucía fue hacia su maletín y extrajo una botella. Luego derramó el contenido en sus manos y frotó con fruición. Se limpió la cara y se quitó el ungüento de la nariz. Agarró de nuevo el envase y retiró el tapón. Lo olió. Tiró la cabeza hacia atrás con una mueca de desagrado y vació sus pulmones. Inspiró de nuevo, muy despacio, y volvió a espirar.

—Es ruda.

—¿Qué es eso? —interrogó Sardina.

—¿Y qué significa? —Guasch comprendió que Lucía había llegado a una conclusión.

—Significa que ya no es necesario hacer ninguna autopsia y que ni siquiera precisaríamos abrir el envoltorio que acompaña al frasco. Es evidente lo que contiene.

Los tres hombres se miraron, contemplaron el paquete y de nuevo a

Lucía con expresión interrogativa. Fue Guasch quien verbalizó la pregunta que se estaban haciendo:

—¿Qué contiene?

—Un feto.

39

Sorpresas

Un gato gordo y negro observaba cómo Lucía y Guasch se aproximaban al muro. Los guardias estaban terminando de acondicionar el túmulo para dejarlo como lo habían encontrado. El silencio de Riera empezaba a ser llamativo.

Después del descubrimiento, Lucía les había explicado algunas particularidades de la ruda, una hierba usada como remedio popular para calmar los nervios y el dolor de estómago, y que debía emplearse con mucha precaución si la mujer estaba embarazada por ser un potente abortivo.

—Su olor es inconfundible —les explicó—, y muy desagradable. Se trata de una planta delicada.

—¿Quieres decir que Catalina la pudo haber tomado y, sin querer, haberse provocado un aborto y a resultas de este morir desangrada?

—Es una opción. La otra es que sí supiera lo que estaba tomando.

—Catalina tenía un amante secreto que la dejó embarazada y ella trató de abortar por su cuenta. Podría ser así. Ni sus amigas estaban al corriente.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de que nos lo habrían contado. Maria des Camp debía saberlo, por lo menos cuando Catalina sufrió el aborto, porque mandó llamar al doctor y ante la gravedad del asunto también a don Joan. A Pep prefirió dejarlo al margen. El cura pudo confesarla de urgencia y darle la extremaunción; tu padre solo pudo acreditar su defunción. Lo más probable es que don Joan llegara a conocer, en la confesión, la causa de la muerte; el doctor, ni eso, porque Maria des Camp le mintió, y cuando preparó el cuerpo para el entierro colocó a escondidas el

paquete con las pruebas que, de este modo, desaparecían para siempre. Maria ocultó a todos el motivo de la muerte, en especial a Pep, y el único que lo llegó a saber, don Joan, no pudo compartirlo con nadie obligado por el secreto de confesión.

Se sumieron en un silencio denso. Cuando Sardina y Calavera concluyeron salieron del cementerio.

—Las campesinas que quieren abortar suelen prepararse infusiones con las hojas de esta planta —les dijo Lucía—, pero lo que hemos encontrado no es una infusión, sino un concentrado que no había visto nunca.

—Entonces no parece un remedio payés, y menos dentro de ese bote de cristal.

—A estos frascos se les da infinidad de usos. Que estuviera ahí dentro no significa nada.

—¿Sabes si tiene algo más aparte de ruda?

—Habría que analizarlo, ¿por qué lo preguntas?

—Por si pudiera contener algún otro componente que resultara mortal. No olvidemos que las palabras de don Joan fueron que alguien «la mató» o «la quiso matar».

—La ruda en sí ya es suficientemente peligrosa, Marc; no se necesita nada más para matar a una persona.

—En ese caso —reflexionó Sardina—, ¿podemos decir que murió envenenada?

Lucía meditó bien la respuesta.

—Está claro que Catalina se excedió al tomar la dosis, pero quizá es aventurado decir que fue envenenada a propósito. Ella misma pudo cometer un error a la hora de tomarlo.

—Quizá don Joan lo malinterpretó —razonó Guasch—. Estoy convencido de que cuando visitó a tu padre le preguntó por la ruda. En cualquier caso, estas cábalas no dejan de ser valoraciones personales. Lo indiscutible es que Maria se lo ocultó a todos, incluido su marido.

—¿Por vergüenza? —propuso Sardina—. ¿Por honor?

—Puede ser.

La noche avanzaba y el peso de las horas, del cansancio y de la

muerte que los rodeaba se acumulaba sobre sus hombros. Optaron por dejar de especular y regresar a Vila.

Guasch se llevó a Lucía aparte y, en la penumbra, la abrazó.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has arriesgado por mí esta noche.

—Alguien debía hacerlo, y me alegra haber sido yo quien por lo menos lo intentara. Al final no ha sido necesario practicar ninguna autopsia.

—Por suerte —añadió Guasch y la besó con rapidez—. Bueno, habrá que ir a buscar a Riera antes de partir, ¿no? Espero que no le haya sucedido nada.

Encontraron al subinspector dormido con la espalda apoyada en la puerta de la casa rectoral. Por fortuna, mossènyer Pallarés no había escuchado los ronquidos ni salido por ningún otro motivo. Al agitarlo, el policía dio un respingo y ahogó un grito de terror.

—*Me cago amb el món, Guasch!* Casi me mata del susto —musitó antes de fijar la vista—. ¿A qué vienen esas caras? ¿Hemos encontrado algo?

Guasch asintió despacio.

—Ni se lo imagina.

Cuando se despidió de Lucía en la puerta de su casa el sol empezaba a despuntar en el horizonte. De camino a la fonda, pensó en las curiosas circunstancias en las que se habían encontrado y cómo se había desarrollado su relación. Sentía que la aventura de aquella noche macabra los había unido más de lo que muchas parejas lo estarían después de toda una vida juntos. Se planteó si su romance con Lucía llegaría a buen puerto. Apartó aquellas reflexiones de su mente y, ya en su habitación, se aseó y se tumbó, exhausto. Dio por sentado que después de aquella experiencia sería incapaz de conciliar el sueño. Se equivocaba.

Lo despertaron unos golpes insistentes. Aquello empezaba a convertirse en una costumbre.

La figura risueña de Riera lo esperaba al otro lado de la puerta. Una gallina se coló por la rendija y entró rauda en la habitación.

—¡Coño, Guasch, parece que le han pasado por encima las doce tribus de Israel!

—Muy animado le veo esta mañana —acertó a responder mientras seguía al ave con los ojos entreabiertos. Sentía la boca pegajosa y le costaba articular—, y muy bíblico. ¿Se puede saber qué demonios hace despierto tan pronto?

—Defina «pronto».

—¿Cómo dice?

—¿Está tan dormido que ni entiende su propio lenguaje?

Guasch se sentó en la silla y cerró los ojos de nuevo.

—Vístase o no nos dará tiempo de nada, ya es casi mediodía.

—¡Mediodía! —Se incorporó—. ¿Adónde teníamos que ir?

—A Ses Feixes, ¿no se acuerda? Lo comentamos al despedirnos en Sant Josep.

La gallina aleteó, subió al escritorio y le miró con interés, como si estuviera ansiosa por conocer la respuesta.

—Cierto, quedamos en visitar a la curandera —recordó Guasch, pasándose las manos por la cara—. Llévese a este bicho de aquí y deme cinco minutos, por favor.

Volvieron a tocar a la puerta cuando estaba terminando de prepararse y abrió del tirón.

—Ya casi es…

Vio el fogonazo de un puño dispararse directo hacia él y se apartó lo justo para que los nudillos apenas le rozaran la mejilla. Sin pensar, cruzó el brazo para cubrirse y, girando la cintura, se agachó y percutió, con dos movimientos ascendentes, el estómago del hombre que se alzaba frente a él. El oponente soltó un gemido agudo y se plegó por la mitad y Guasch aprovechó para agarrarle el pelo y tirar hacia arriba con violencia para golpearle el rostro.

Entonces lo reconoció.

—¿Onofre?

El exiliado se revolvió y, sobreponiéndose al dolor, se incorporó y lo

agarró con fuerza de las solapas. Tenía los ojos rojos, en una mezcla de frustración y rabia, y saliva blanca en las comisuras de los labios.

—¿¡Cómo se atreve!? —gritó—. ¿Quién le ha dado permiso para hurgar en mi vida?

Lo empujó y Guasch levantó las manos en señal de rendición. Optó por no contestar.

—¿Le gusta jugar a ser Dios o solo disfruta husmeando en las miserias de la gente? ¿Cómo ha conseguido ese retrato de mi nieta? ¡Dígamelo!

—No creo que eso importe demasiado…

—¡A mí sí me importa! ¡Quiero saberlo!

—No, Onofre, lo importante es que la niña recuerda perfectamente a su abuelo, que pregunta por él y que lo echa de menos. Eso es lo único que debería preocuparle.

Los ojos del exmilitar se llenaron de lágrimas que consiguió no derramar.

—¿Cómo lo sabe?

—Da la casualidad de que tengo conocidos en el colegio en el que estudia la niña —dijo, mintiendo solo a medias—, y han hablado con ella.

Aquello sí era cierto.

Onofre le liberó la pechera y se cubrió el rostro con las manos. Guasch permaneció un instante sin saber cómo reaccionar. Cuando el hombre rompió a llorar, se acercó a él y lo rodeó con los brazos.

—Ya está —susurró—, ya está…

Maria Ventura era conocida por el poco original *malnom* de María *de ses herbes*. Vivía en las *feixes* del Prat de Ses Monges, en el extremo opuesto de la bahía de Vila, pasada La Barra. Habitaba una pequeña casa rodeada de cañas a la que se accedía cruzando una acequia de agua dulce y traspasando un grueso arco de piedra encalada que hacía de portal.

La mujer, una anciana decrépita, desdentada y jovial, cultivaba en un

pequeño huerto gran parte de las hierbas que después empleaba en sus remedios. Explicó que la historia de los curanderos de la isla se perdía en el tiempo y que un antepasado suyo llamado Melcior, doscientos años atrás, había sido expedientado por el Santo Oficio por ejercer su sabiduría entre las gentes.

—Antes había que andar con mucho ojo para que no te quemaran por brujo.

Los conocimientos de su familia, como los del resto de los sanadores, habían pasado de generación en generación hasta llegar a ella, y su hija y uno de sus nietos ya daban continuidad a la dinastía.

—Tengo soluciones para todas las dolencias, desde el mal de vientre hasta el dolor de muelas, pasando por tratamientos para heridas, dolores de cuello, constipados, verrugas o asma. Díganme, ¿en qué puedo ayudar a unos señores de Vila tan distinguidos? Usted un poco más que Riera, todo sea dicho.

El subinspector rio la ocurrencia y la anciana se le unió mostrando unas encías yermas.

Guasch extrajo el frasco del morral.

—Queríamos preguntarle sobre esto.

La mujer extendió las manos esqueléticas y lo agarró con delicadeza, lo destapó y esperó un tiempo prudencial. Entonces lo colocó a cierta distancia de la nariz y aspiró con suavidad, introdujo una caña fina por la boca del recipiente y la sacó manchada de la sustancia verdosa. Se impregnó las yemas de los dedos y las frotó como si valorara la viscosidad y la textura.

—¿Qué desean saber exactamente? —preguntó al fin.

—Todo lo que sea capaz de contarnos.

La mujer asintió con gravedad.

—Es un remedio a base de ruda que no proviene de la *pagesia*.

—¿Por qué está tan segura?

—Primero, porque contiene algunos ingredientes que no soy capaz de reconocer, y le aseguro que conozco a la perfección los olores, las propiedades y los usos de todas las plantas que tenemos en la isla. Lo que tiene más allá de la ruda, no sé qué es.

—¿Y en segundo lugar?

—Porque ningún curandero ibicenco aconsejaría preparar las hojas de ruda de un modo que no fuera en infusión. También la empleamos para combatir ataques de epilepsia, pero en tal caso su uso es muy diferente.

—¿Qué sucedería si se lo tomara una mujer encinta? —preguntó Riera.

—Incluso si diluyera una pequeña cantidad en un vaso de agua podría tener una reacción muy agresiva. Es demasiado puro. *Déu mos lliure!*

—¿Quién puede haberlo elaborado?

—Alguien versado en medicina y en los usos y los poderes de esta planta. No sé qué cirujano puede haber recetado este preparado, desde luego yo no había visto nada parecido. Hay varios en Dalt Vila a los que preguntar.

Guasch asintió y pensó inevitablemente en un galeno del que le resultaría imposible obtener cualquier tipo de información.

Guasch y Riera rehicieron en sentido inverso el camino de S'Empedrat. Caminaban a buen ritmo mientras trataban de poner orden a unas pistas que apuntaban, como ellos mismos, hacia la ciudad. El coloso amurallado se elevaba sobre la bahía; en su interior debía de cobijarse el asesino que perseguían y del que cada vez, ahora sí, estaban más cerca.

—El amante de Catalina no tiene por qué tener conocimientos de medicina —comentó Guasch—, puede ser una persona cualquiera que acudió a un cirujano en busca de un remedio abortivo. Pensemos qué sabemos del asesino.

—Es un hombre sin problemas económicos y con mucho que perder si su relación con Catalina se hacía pública. Eso es lo básico.

—Es fuerte, meticuloso, astuto, capaz de manejar un arma blanca con soltura y con la sangre fría suficiente como para preparar el lugar del crimen después de matar a dos personas.

—Ha de ser bien parecido.

—En eso no estoy del todo de acuerdo —repuso Guasch.

—¿De qué otro modo podría atraer a una chica como Catalina?

—Estaba deslumbrada con un «caballero» de Vila. Podía ser por su porte, pero también por tener una personalidad carismática o por su posición social. No solo existe el atractivo físico, y belleza ya la tenía en un pretendiente por el que suspiraban todas sus amigas.

—Bien, entonces digamos que poseía el encanto suficiente como para encandilar a una joven bella y virtuosa.

—Así mejor —concedió Guasch—. También sabemos que no vive extramuros.

—¿Por qué?

—¿Cree usted que algún caballero vive en los arrabales? Ningún pescador de La Marina o de Sa Penya puede ser calificado como tal. Además, estoy seguro de que esas gentes, antiguos payeses, acudirían antes a una curandera que les preparara un remedio familiar que a un médico de Vila en busca de un compuesto desconocido.

Riera se detuvo de repente.

—Hay algo que quizá no hemos valorado del todo.

—¿A qué se refiere?

—¿Y si fuera cierto lo que planteó don Joan de que el amante trató de matarla?

Guasch meditó un buen rato.

—No lo veo claro. Sabemos que Catalina habría hecho cualquier cosa por él y que, si le hubiera dicho que callara, habría guardado silencio. Si llegó a tomarse por su propia cuenta ese veneno, imagínese si no hubiera estado dispuesta a mantener el secreto.

—Visto así… —Riera miró la silueta de la ciudad—, ¿qué hacemos? ¿Interrogamos a los cirujanos?

—Y a los farmacéuticos. Quiero hablar en primer lugar con Lang, pero eso será después. Ahora vamos a entrevistar a la persona que mejor conoce las andanzas de los habitantes de Dalt Vila. Tenemos la suerte de que todo el que entra y sale de la ciudad alta está obligado a cruzar las murallas…

—¡Y pasar por alguna de las tres puertas!

Guasch asintió.

—Veamos qué puede contarnos el capitán de llaves.

El capitán de llaves era un malagueño de frente amplia, mirada limpia y cejas frondosas.

—Sé quién es usted, por supuesto —dijo apenas Guasch se hubo presentado—. Dígame en qué puedo servirles.

Guasch no se entretuvo en preámbulos.

—Queremos consultar los movimientos registrados de la noche del pasado 26 de diciembre.

—No llevamos ningún registro de las entradas y salidas de la fortaleza. Durante el día, como podrá suponer, es inviable; y por la noche, innecesario al estar las puertas cerradas.

—Alguien entrará. En las murallas hay tres accesos, si no estoy equivocado.

—En efecto, aunque la Porta de Es Soto es la menos empleada. Por regla general solo la utilizan el gobernador y algunos militares como atajo para llegar al mar. Campesinos y pescadores van siempre por las otras dos.

—¿Por qué?

—Porque Es Soto queda más lejos o, como dicen por aquí, *esquerramà*.

—¿No hay ninguna otra manera de acceder al interior de la ciudad alta?

—Solo trepando la muralla, algo poco recomendable: la fortaleza cumple bien con su función. Los italianos sabían bien lo que hacían.

—¿Qué italianos?

—Los ingenieros que la diseñaron. —El militar hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. A ver, si lo desea podemos acudir a la principal fuente de información.

Una consulta al cuadrante de turnos, una orden y quince minutos después, se presentaron dos hombres en el despacho del capitán: uno

de ellos era paticorto, cabezón y narigudo y solo le faltaban los rasgos de un enano para serlo; el otro resultó ser Diego Torres, el joven soldado que, en un primer momento, se había negado a abrirle la puerta la noche de la visita al archivo; el chico palideció nada más verlo. El vigilante de Es Soto estaba en cama con fiebre.

El soldado paticorto que estaba aquella noche apostado en el Portal del Camp describió el turno como muy tranquilo:

—Hasta que llegó el niñito aquel de Sant Jordi. Después se desató el caos.

—¿Entró alguien durante la noche?

—Nadie.

—¿Y después de la marcha de la comitiva? —inquirió Riera.

El hombre hizo rotar su voluminosa cabeza a un lado y a otro en horizontal.

—Tampoco antes del cierre hubo nada remarcable. Podemos ver a alguien salir, pero no hay manera de saber si duerme fuera o regresa por otra puerta.

—Tiene razón —convino Guasch antes de mirar a Torres—. ¿Y por el Portal del Mar?

—Tampoco hubo mucho movimiento…

El soldado abrió la boca como si quisiera añadir algo antes de cerrarla de nuevo.

—¿Qué iba a decir?

—Nada señor, yo… —Guasch se cruzó de brazos; el joven chasqueó la lengua y exhaló aire por la nariz—. Hubo un pequeño incidente. Un hombre llegó ebrio…

—¿Y?

—Nos exigió que le abriéramos.

—¿Lo hicieron?

—No teníamos alternativa. —El chico se mostró dubitativo, parecía como si de repente se le hubiera secado la garganta. Guasch carraspeó para ayudarle a lubricarla—. Era un superior, señor. Había bebido. Al marcharse nos amenazó diciendo que no habíamos guardado el debido respeto a su rango y que no lo olvidaría.

—¿No estaremos hablando por casualidad del sargento mayor Molina?

El joven vigilante escudriñó las puntas de sus zapatos, como si estos ocultaran la respuesta. Levantó la vista y asintió.

40

Luces y sombras

—A mí no me cuadra —dijo Guasch mientras subía a grandes zancadas por la calle de Santa Maria—. Molina no será un tipo ejemplar, pero dudo que sea un asesino. Riera, ¿puede moverse, por favor?

El subinspector se había parado en mitad de la cuesta y apoyaba ambas manos en un muro. Daba la sensación de estar a punto de vomitar.

—Deme un momento, se lo ruego —masculló—. El sargento no escapará en los próximos minutos cuando ha tenido mil ocasiones para hacerlo.

—¿Cree que es él?

—¿No es obvio? ¿A usted no le daba mala espina cuando ponía objeciones a todo?

—Sí, estoy de acuerdo en que no ha puesto facilidades y que…

Guasch guardó silencio y miró desconcertado el dedo que alzaba el subinspector.

—¿Recuerda lo que le dije una vez? —preguntó Riera, ceremonioso.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a Molina y a que solo hay dos tipos de hombres…

—Ah sí, ¿que daba problemas?

—¡Mucho más que eso! Recuerde bien lo que le digo. Solo hay dos tipos de hombres: los que buscan soluciones a los problemas y los que encuentran problemas a las soluciones. Molina siempre ha estado chapoteando en el fango del segundo grupo. Hágame caso: tantos reparos no son fruto de la casualidad.

—Recuerdo su teoría, Riera, pero no creo que esas trabas sean

motivo suficiente para inculparlo en un doble asesinato.

—Sabemos que Molina llegó tarde la noche del crimen y que ordenó a los vigilantes que lo ocultaran; que por si no lo sabe es un tipo agresivo que se ha excedido con algunos detenidos y que también tiene fama de mujeriego: hay rumores de que con frecuencia busca compañía femenina de moral relajada; es un hombre casado y, ante un embarazo indeseado de una amante, querría salvar su matrimonio y evitar un escándalo del que no saldría indemne.

—¿No es contradictorio que se sepa que va con meretrices con que mate a dos personas para evitar un escándalo de faldas? Lo lamento, pero siento que nada de esto tiene el peso suficiente para justificar los asesinatos. Molina no encaja con las características del asesino que comentábamos antes.

—Quizá Catalina se dejó impresionar por su uniforme y por su personalidad fuerte. Nicolau, en comparación con el sargento, es un *figaflor*, un niñito guapo contra un hombre hecho y derecho acostumbrado a mandar y que, también, no tiene mala planta.

—¿Diría usted que es un caballero?

—Yo no, pero una jovencita de campo tal vez sí. Además, Molina sabe ser encantador cuando le conviene, ¿no ha visto lo meloso que es con el gobernador?

—¿Y el dinero? ¿Cree que hubiera renunciado a esa fortuna, que no se hubiera llevado ni un pellizco o que no lo hubiera escondido mejor para regresar a por él en cuanto las aguas se calmasen? Recuerde que el botín no estaba mal guardado sino abandonado.

El subinspector negó con la cabeza, sin saber qué decir sobre aquel particular.

—Venga, ya ha descansado, continuemos. Quiero hablar con él cuanto antes.

El sargento mayor Molina estaba cómodamente sentado en su imponente butacón de cuero mientras fumaba con deleite un puro habano. No se levantó para darles la bienvenida y les indicó que

tomaran asiento con un gesto. Una montaña de documentos se desparramaba sobre el escritorio. Guasch empezó a apretarlo apenas tomaron asiento.

—¿Qué hizo la noche del 26 de diciembre pasado?

—¿Qué hizo quién?

—Usted, sargento.

Molina paseó la mirada de Guasch a Riera sin comprender.

—¿A qué viene esto?

—Necesito que nos explique qué hizo y con quién estuvo.

—¿Esa no es la noche de los crímenes?

—Ya sabe que sí.

El sargento extrajo el puro de su boca y lo miró con desagrado, como si de repente tuviera un sabor amargo. Lo dejó en el cenicero y se aclaró la voz.

—¿Por qué debería hablar con ustedes de temas personales?

—¿Por qué no nos pone las cosas fáciles por una vez? —inquirió Guasch antes de que Riera soltara algún exabrupto—. Limítese a contarnos lo que le pedimos, nosotros lo comprobamos y aquí paz y después gloria. ¿Está claro?

—¿Y si lo que quiero es precisamente que no lo compruebe nadie?

—¿De verdad quiere manchar un buen expediente por una tontería?

El sargento se rascó el cuello y suspiró con resignación.

—Estuve con Listo y sus hombres realizando una acción contra el contrabando en la costa de levante; él mismo o cualquiera de los carabineros se lo podrá confirmar.

—Sin embargo, no fue derecho a su casa cuando regresaron.

—No —reconoció a regañadientes.

—¿Con quién estuvo?

—Fui a visitar a unas amistades.

—¿Eso es un eufemismo?

—¿A usted qué le parece?

—Preferiría que me lo dijera usted.

—Estuve en casa de una amiga, ¿le gusta más así?

—¿A altas horas de la madrugada?

—Mi amiga es de acostarse tarde.

—Ya veo. ¿Y hasta cuándo disfrutó de su compañía?

—Hasta las cinco o las seis, no lo recuerdo bien.

La franja horaria coincidía con la que les había dado el vigilante.

—¿Podría confirmar esa mujer que estuvieron juntos?

—Es muy discreta.

—Como nosotros. Le explicaremos lo importante que es que nos cuente la verdad, no tiene de qué preocuparse.

Unos toques temerosos resonaron en la puerta y, una vez obtenida la bendición del sargento, vía ladrido, una calva reluciente asomó por la rendija.

—Un hombre pregunta por usted —anunció el militar señalando a Guasch.

Diego Torres le esperaba fuera en posición de firmes.

—¿Ha podido averiguar algo? —preguntó Guasch, que se llevó al chico a un rincón.

—El vigilante del Soto dice que la noche allí fue también tranquila y que solo se vio perturbada en dos ocasiones: un carabinero que regresó de cortejar a una campesina del Pla de Vila y un cirujano al que no pidieron mayores explicaciones.

—¿Conocemos sus nombres?

—El carabinero es Bonet, el catalán, y el doctor… —Puso los ojos en blanco—. No recuerdo el apellido, pero su nombre es Ricardo. Es el que después se marchó con el séquito del juez para certificar las muertes. ¿Sabe a quién me refiero?

Guasch sintió que empezaban a temblarle las piernas.

Guasch envió a Riera a verificar la coartada de Molina y aprovechó para tomarse un respiro y aclarar las ideas. No quería sacar conclusiones precipitadas. Dirigió sus pasos hacia el baluarte de Santa Tecla, adyacente a la colegiata. El disco solar se clavaba como una daga roma en el horizonte ensangrentado. Observó el faro de Botafoc e imaginó que los fareros estarían ya ultimando los preparativos para

ponerlo en marcha.

Su pensamiento regresó a Lequerica, el paradigma del perfecto caballero: elegante y culto, atractivo y carismático. ¿Quién no admiraba a un eminente cirujano? No era ningún secreto el efecto que causaba entre las mujeres, y vio en aquella joven de vestido azul la misma mirada fascinada que le habría podido dirigir Catalina des Camp. Era inteligente, metódico y ordenado, cualidades inherentes a su trabajo… y al asesino. Además, su posición acomodada le permitía prescindir de la suma sustraída en la iglesia sin que ello le causara perjuicio alguno. Él mismo pudo preparar el compuesto de ruda o, en su defecto, mandar a alguno de los farmacéuticos que lo preparara para una clienta anónima. ¿Por eso reaccionó de manera tan exagerada cuando le propuso exhumar el cadáver? Lequerica había entrado en la ciudad por la puerta trasera apenas unas horas antes de que el pequeño Jaumet llegara al Portal del Mar. Si era inocente y no tenía nada que ocultar, ¿por qué no lo había mencionado?

Sus pensamientos pasaban del doctor a Lucía una y otra vez. No conseguía separar al padre de la hija. ¿Cómo se vería afectada su relación si lo señalaba a él como sospechoso de los crímenes? ¿Podría no guardarle rencor? Difícilmente. Nunca se había enfrentado a un caso en el que se entremezclaran los sentimientos con el deber, el amor con la razón. Hasta ahora, la caza del asesino había sido siempre un juego limpio y aséptico, sin matices. No se había encontrado con una verdad incómoda, con un allegado culpable.

Sintió que le invadía una profunda tristeza.

Cruzó la plaça de la Catedral y descendió por el carrer Mayor, pasando por la capilla de Sant Ciriac y el convento de las agustinas. La claridad menguaba y con ella la vitalidad de la ciudad, cuyo corazón bombeaba cada vez más despacio. Pronto se encontraría deambulando a solas en la oscuridad sin haber llegado a ninguna conclusión y sin haber decidido cómo continuar. Esperaba con ansia encontrar alguna traba que le permitiera desviarse de su destino, al menos aquella noche. Justo entonces, a la altura del seminario, una figura conocida lo saludó con cordialidad.

—No hay anochecer en el que no coincidamos —señaló Germán Lang.

—Hace un momento pensaba en usted —expuso Guasch, directo: metió la mano en el bolsillo y extrajo el frasco con la ruda—. Perdone que se lo plantee de manera tan abrupta, pero necesito su opinión sobre este recipiente y su contenido.

El farmacéutico lo tomó con cautela. La expresión amigable había sido reemplazada por la del profesional.

—Es un envase como los que empleamos médicos y farmacéuticos para guardar ingredientes y entregar ungüentos, remedios y medicinas a nuestros pacientes.

—Me han dicho que este contenido ha sido elaborado por alguien de la ciudad entendido en medicina y en remedios curativos.

—Es posible, ¿me permite olerlo?

Guasch accedió y Lang destapó el frasco con precaución. Acercó y alejó la nariz con rapidez, como si el mal olor se hubiera ensañado con su pituitaria.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Eso ahora no importa. ¿Qué puede decirme?

—Es ruda, un remedio local bastante extendido y un abortivo muy delicado —explicó Lang, confirmando las palabras de Lucía y de la curandera. Volvió a olerlo de nuevo—. Sin embargo, permítame discrepar en algo: para elaborar este compuesto no es necesario tener conocimientos médicos; basta con conocer las propiedades de esta hierba, triturar las hojas y diluirlo en agua. Está al alcance de cualquiera.

—¿No contiene nada más que ruda? ¿Está seguro?

Lang observó el frasco.

—Tendría que analizarlo en el laboratorio.

—¿Ha visto este remedio o alguno parecido con anterioridad?

El farmacéutico negó con la cabeza.

—Nunca, la verdad, pero si quiere puedo preguntar entre mis colegas y los cirujanos de la ciudad. Con tacto, por supuesto.

—Se lo agradecería mucho.

—Entonces, cuente con ello.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, Germán? —Lang lo animó a proseguir con un movimiento de cabeza—. Sé que ustedes se conocen bien y le agradecería que fuera lo más objetivo posible. ¿Qué opinión le merece el doctor Lequerica? Honestamente.

—Vaya —sonrió distendido—, no sabía con qué me iba a sorprender. La respuesta es sencilla: don Ricardo es un profesional extraordinario. No exageraba la noche que nos conocimos: posee un talento que lo posiciona, desde mi humilde perspectiva, entre los galenos más brillantes del país, por no decir de Europa.

—¿Y a nivel personal?

—¿A qué se refiere? ¿Tiene esto relación con Lucía? Porque si es así, le aseguro que no tiene de qué preocuparse.

—Me refiero a si cree que es el tipo de persona que puede llevar una doble vida.

El farmacéutico parecía desconcertado.

—Todos tenemos secretos, pero si se refiere a algo grave, le diría que no. Me extrañaría mucho.

—¿Le suena una chica llamada Catalina des Camp?

—Catalina des Camp —repitió Lang despacio; el movimiento de cabeza anticipó su respuesta—. ¿Quién es?

—La hija de Pep, el hermano de don Joan.

—No, lo lamento. ¿Por qué me pregunta por ella?

—Estoy tratando de descartar opciones.

El ocaso empezaba a envolver en tinieblas cuanto les rodeaba. Un vecino se asomó a una ventana antes de correr las cortinas. Se oyeron unas risas distantes.

—¿Cree que don Ricardo tuvo una relación con esa joven? —preguntó, bajando la voz como si alguien pudiera escucharlos.

—No lo sé… Murió unas semanas antes que su tío. Era bordadora y hacía trabajos para numerosas casas de la isla, también en Dalt Vila.

—Definitivamente no —afirmó más convencido—. Con lo de la chica no le puedo ayudar, pero en cambio sí puedo averiguar, como le decía, si alguno de mis compañeros ha preparado algún compuesto de ruda.

Ya encontraré el modo de indagar sin levantar sospechas.

—Gracias de nuevo, Germán.

—¿Qué hará ahora? —preguntó.

—Tengo unos recados pendientes. ¿Por qué?

—Por si le apetecía acercarse a mi casa a cenar.

—En otra ocasión, si no le importa.

—Le informaré en cuanto tenga novedades.

El farmacéutico hizo una breve reverencia y se marchó. Guasch contempló absorto cómo la oscuridad abrazaba la figura de Lang mientras decidía adónde ir a continuación.

Se convenció de que Lequerica todavía podía ser inocente cuando sus nudillos impactaban contra la puerta del gobernador. Aunque todos los indicios lo señalaban, se dejó vencer por el deseo de que el doctor estuviera libre de culpa y por la esperanza de que fuera lo que parecía ser: un hombre íntegro. Cuando el criado abrió la puerta lo encontró dándole vueltas a algo que había dicho Lang y que no sabía bien cómo interpretar.

Encontró a don Eduardo en el gran salón, leyendo junto a la chimenea unos periódicos llegados de la península en el vapor del día anterior. Los ejercicios de Elvira al violín llegaban desde la lejanía. La paz reinante sugería que doña Dolores no se encontraba en casa o que ya reposaba en sus aposentos.

—¡Guasch! No lo esperaba a estas horas.

—Si lo desea puedo regresar mañana —probó.

—No diga tonterías, le aseguro que es más entretenido escuchar sus andanzas que leer cómo moderados y progresistas se despedazan unos a otros. Tengo la sensación de que cada semana leo las mismas noticias. Bien, basta de cháchara. ¡Cuénteme novedades!

Guasch le refirió todo lo relativo al botín y al engaño del que habían sido objeto hasta la fecha; le habló, evitando referirse al origen de las pruebas, de Catalina des Camp, de su embarazo y del tratamiento antiabortivo al que se había sometido, y le explicó sus conclusiones con

respecto al perfil del asesino sin referirse a ningún sospechoso en particular. El gobernador le escuchó con la boca entreabierta, los codos apoyados en los muslos y sentado en el borde de su butaca.

—Me deja de una pieza. ¿Ve cómo es mucho más interesante escucharlo a usted que perder el tiempo con la prensa? ¿Cómo ha averiguado todo eso?

—Los interrogatorios han dado sus frutos y hemos ido atando cabos —respondió esquivo.

—¿Tenemos algún sospechoso?

—Todavía ninguno —mintió—, pero me atrevería a decir que no tardaremos mucho.

Los ejercicios de violín cesaron, se oyó el golpe apagado de una puerta al cerrarse y el sonido de unos pasos cortos y rápidos que se aproximaban. Guasch presintió que se avecinaba tormenta y se levantó para despedirse del mandamás en el preciso momento en que la figura de doña Dolores hacía acto de presencia en el salón.

—¡Eduardo! —exclamó con los brazos en jarras y fulminando a su marido con la mirada—. ¿Se puede saber por qué no me has avisado de que mi Marc estaba en casa? —La expresión de fastidio mutó en pleitesía cuando se giró hacia Guasch—. Oh, Marc, ¡qué bien que haya venido!

—Ya me iba, señora, es tarde y querrán descansar.

—¿Descansar? ¿Con el trabajo que tenemos? No diga majaderías. ¡Eduardo! Haz llamar ahora mismo al dibujante para que haga los bocetos de Marc. —El marido sufrió un súbito ataque de tos y Guasch puso cara de no comprender—. Hemos conseguido la firma de más de media ciudad y hemos recaudado fondos suficientes para hacer el pedestal.

—Dolores, por favor —suplicó el gobernador cuando recuperó el habla—, el señor Guasch está aquí por cuestiones relativas a su trabajo, no por tu dichosa estatua.

La mujer titubeó y Guasch no desaprovechó la ocasión.

—Creo que le gustará saber que, siguiendo sus sabios consejos, he cenado varios días con los Lequerica.

—¡Oh, no me diga! Muy bien, Marc, muy bien. Ya sabía yo que Lucía le miraba de un modo diferente. Nunca la había visto interesada en nadie hasta ahora. Es una chica excelente, ¡y de muy buena familia!

—Sí, don Ricardo es una persona extraordinaria. Todavía no he encontrado a nadie que me haya hablado mal de él.

—¡Ni la encontrará! —vaticinó el gobernador acomodándose en la poltrona—. Delo por seguro.

—Es un hombre encantador —confirmó doña Dolores.

—Pep des Camp, el hermano del cura asesinado… —empezó Guasch, buscando las palabras apropiadas—, me contó que fue él quien subió a tratar a su hija la noche que falleció. Don Ricardo quedó muy afectado. Por cierto, ¿conocía usted a Catalina des Camp?

La mujer hizo un movimiento extraño con el cuello.

—¿La bordadora? Oh sí, naturalmente, ¡qué manos privilegiadas tenía esa chica! Era la mejor de la isla, y no solo eso: ¡de las mejores que he visto! Qué tristeza su muerte.

—¿Sabe para qué familias trabajaba?

—Por supuesto, las mejores casas se la disputaban.

—¿Tiene bordados suyos?

Doña Dolores sonrió ufana en el preciso instante en que su hija hacía acto de presencia en el salón. Elvira sonrió y le saludó con una inclinación de cabeza.

—Por favor, Marc, está usted en la casa del gobernador, ¿cómo no vamos a tenerlos? ¿Quiere verlos?

Guasch intentó responder, pero no pudo articular palabra. Necesitó un momento para reaccionar, un momento en el que ambas mujeres lo miraron sin comprender, un momento en el que la pieza que faltaba en el rompecabezas se materializó de la nada y se acomodó, dócil, en su sitio.

—Me encantaría —dijo cuando recuperó el habla—, así como hacerles unas preguntas muy concretas a las dos. ¿Serían tan amables de tomar asiento, por favor?

41

Ira

La inconfundible figura de Riera se apoyaba en el portal de su casa mientras un halo de humo se arremolinaba sobre su cabeza. El subinspector fumaba despreocupado mientras a Guasch le golpeaba encabritado el corazón en el pecho.

—Ahora entiendo por qué trae esa mala cara —dijo Riera cuando Guasch terminó de ponerle al día.

—¿Cómo estaría usted en mi situación?

—Bien jodido. En alguna ocasión también me vi obligado a detener a amigos y familiares, por lo que sé lo que siente, y no es agradable. En fin, tendremos que capturar a ese malnacido cuanto antes. ¿Cuándo quiere hacerlo?

—Ahora mismo. He apostado un vigilante frente a su casa. Quiero montar un pequeño dispositivo para evitar sorpresas. ¿Puede ir a buscar a los hombres, por favor? Yo me acercaré a los establos para hacer una comprobación y les esperaré junto a la casa.

Riera dejó caer el cadáver del cigarrillo y lo aplastó contra el suelo.

—Vamos allá.

Guasch notaba un sabor agrio en el paladar. Riera y los guardias tardaron poco en llegar. Se ubicaron en un punto desde el que podían observar la fachada sin ser vistos. La calle se encontraba desierta a aquellas horas. Una brisa ligera empujaba hasta ellos el sempiterno aroma del mar.

—¿Está dentro? —preguntó Sardina.

—Su caballo está en el establo y nadie ha entrado ni salido desde que

vigilamos la casa.

—¿Quién le acompaña? —quiso saber Riera.

—¿Ve a ese individuo en aquel portal?

El subinspector asomó la nariz y aguzó la vista.

—¿El harapiento aquel?

—Es Onofre, uno de los exiliados.

—Un borrachín…

—Me consta que ha dejado la bebida —explicó Guasch, evasivo—. Cuando me lo he cruzado esta noche estaba sobrio y me ha hecho el favor. Lleva apostado ahí más de una hora y ha visto movimiento en una de las ventanas.

—¿A nuestro hombre?

—Al ama de llaves.

Guasch prefirió no pensar en el mal trago que se llevaría la pobre mujer. Entonces recordó a Lucía y todas las explicaciones que le debía. Se esforzó por apartarla de su mente y centrarse en lo que tenían entre manos, ya hablaría con ella a su debido tiempo.

—La operación es sencilla —continuó Guasch—: tocamos a la puerta, entramos y lo detenemos. Punto. No quiero un espectáculo callejero. Calavera y yo vamos a la casa, dos de ustedes se quedan aquí y otro va con Onofre para capturarlo en el poco probable caso de que logre escabullirse de nosotros. ¿Tienen sus armas a mano?

Asintieron todos a la vez.

Guasch observó la casa en la penumbra, pobremente iluminada en una de las ventanas. No tenía sentido retrasarlo más, y dio orden de ponerse en marcha.

Dejaron a Sardina y a Riera mientras él y Calavera se dirigían hacia el portal y Usechi se unía al expatriado en el otro extremo de la calle. Guasch sintió la sangre bombeándole en las sienes: por el rabillo del ojo vio cómo una lucecilla se encendía en una casa vecina; un perro ladró a lo lejos; Usechi hizo un gesto para confirmar que estaban listos; Sardina hizo lo propio. La respiración de Calavera era rápida, como la de un toro a punto de embestir.

Guasch inspiró y tocó la puerta con los nudillos.

—Ya abro yo —dijo Lucía levantándose.

Su padre no hizo el más mínimo gesto. Llevaba desde que llegó a última hora de la tarde encerrado en la biblioteca sin dirigirle la palabra. En ningún momento se había interesado por los descubrimientos del cementerio. Lucía se sentía desconcertada, nunca lo había visto así. Después de comer se había unido a él y, sentada en su butaca, leía y le acompañaba en su silencio. Confiaba en que se le pasara el enfado. Le había hecho saber que había sido ella por iniciativa propia quien había decidido socorrer a Marc y que él se había negado. También le recordó que su madre era una mujer valiente y con criterio, cualidades que, junto a otras muchas, habían sido la causa de que se enamorara de ella. Ninguna de aquellas explicaciones, sin embargo, alteró su gesto adusto.

—Por favor —dijo Lucía cuando ya salía del estudio. Su padre despegó con desgana la vista del libro—. Si es Marc quien llama a la puerta, prométeme que hablarás con él. Espero que le sepas perdonar o, mejor aún, que comprendas que en realidad no hay nada que perdonar.

Él le mantuvo la mirada un instante antes de posarla de nuevo en el tomo que tenía entre manos. Tampoco esta vez respondió.

Lucía suspiró y enfiló el pasillo. Los golpes se repitieron, esta vez con mayor energía, exigiendo una reacción inmediata. Agarró el pomo con la ilusión de ver a Marc, entregarse a sus brazos y que le contara, después de besarla y abrazarla, los descubrimientos del día.

Tiró de la puerta con energía y no pudo disimular su sorpresa:

—Elvira, ¿qué haces aquí? ¿Y por qué lloras?

—¡Me ha engañado, Lucía! ¡Nos ha engañado a todos!

El ama de llaves que abrió la puerta esbozó una sonrisa bondadosa y dirigió una mirada interrogativa a Guasch y a Calavera.

—Buenas noches, caballeros, ¿en qué puedo ayudarles?

Del interior de la casa solo llegaba un silencio abismal. A Guasch le

costó despegar los labios, a sabiendas de que la respuesta no le iba a gustar.

—¿Se encuentra el señor Lang en casa? —preguntó.

—Lo lamento, pero don Germán ha tenido que partir de viaje por un asunto de la máxima urgencia. Ha dejado dicho que no sabía cuándo regresaría. ¿Quieren dejarle algún recado?

Guasch cerró los puños y sintió cómo la ira se apoderaba de él.

42

Organización

Guasch reunió a sus hombres en plena calle. Ya no tenía sentido ocultarse: sus peores temores se habían confirmado y había sido él mismo quien había alertado a Lang al mostrarle la ruda.

—Señores… —empezó a disculparse.

—Ni se le pase por la cabeza sugerir que ha huido por su culpa —cortó Sardina.

—Centrémonos en capturar al matacuras —añadió Riera.

—¿Cómo lo hacemos? —suscribió Calavera.

Guasch los miró con orgullo y supo que los iba a echar de menos. Habían formado un buen equipo. De hecho, todavía formaban un buen equipo.

—Tengo algo pensado —dijo, cogiendo aire—, aunque antes de nada tenemos que descartar que Lang haya zarpado esta noche, bien con su pasaporte de manera oficial, bien como polizón.

—Yo me encargo de indagar por el puerto —se ofreció Sardina.

—Por la hora a la que salió de su domicilio, lo más probable es que siga aquí. —Consultó su reloj de bolsillo y organizó mentalmente la agenda de delante hacia atrás—. Son las diez de la noche; necesito que citen al pregonero y a tres guardias jóvenes y atléticos a las… hum… tres y media.

—¿Al pregonero? —preguntó Riera.

—Quiero que despierte a toda la ciudad para informar de que estamos buscando al asesino de Sant Jordi y que convoque a la ciudadanía para que nos ayude a capturarlo.

—Oh, bien… ¿y los corredores?

—Para que suban a informarnos de las novedades. Alguien tiene que

haber visto a Lang saliendo de la ciudad. Consulten también a los vigilantes de las puertas. Nosotros nos encontraremos en la sala de reuniones para organizar la persecución. A las cinco quiero en el baluarte a todos los guardias y carabineros que no estén enfermos.

Onofre miraba a unos y a otros sin perder detalle; Guasch comprendió que hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo.

—¿Y yo cómo puedo ayudar? —preguntó.

—Hable con el resto de expatriados y convénzalos para que nos ayuden: los necesitamos a todos.

Onofre asintió y Guasch sintió la excitación de sus hombres.

—Y usted ¿qué hará ahora? —preguntó Riera, que debió de olerse que se guardaba algo.

—Movilizar a los payeses. Sin ellos estamos perdidos.

Can Formiga parecía más pequeña desde lo alto del caballo de Germán Lang. Guasch había llegado pasada la medianoche, orgulloso de haber sabido encontrar la casa sin ayuda y en plena noche. El telón de nubes se abrió a mitad de camino para revelar un cielo estrellado de luna voluptuosa. Descabalgó de un salto, ató su montura y tocó la puerta. Al no obtener respuesta, repicó más fuerte. El siseo de unos pasos arrastrados se aproximó a la entrada. No había tiempo para el truco de la escopeta y los cuatro pasos, cada minuto contaba:

—Abra, Valentí, soy Marc.

Detrás de la puerta se repitió el ritual de sonidos de la vez anterior.

—¿Tú nunca duermes? —masculló la voz quejumbrosa de su padre al verlo.

—Hemos descubierto al asesino, pero se nos está escapando.

Mientras Formiga prendía la mecha del candil y entornaba la puerta, Guasch le explicó cómo se había desarrollado la última parte de la investigación. El viejo escuchó de brazos cruzados sin interrumpirlo. Al terminar, se rascó el mentón.

—¿Ha huido a caballo?

—Sí, aunque no se llevó el suyo.

—¿A qué te refieres?

—Otro engaño más: cogió el del médico y dejó el suyo para hacernos creer que seguía en la ciudad. Ganó un tiempo precioso para poner tierra de por medio.

—Ese médico es el padre de la chica a la que cortejas, ¿no?

Aquello lo cogió desprevenido.

—Veo que está bien informado.

—Es parte de mi trabajo, pero no pasa nada, por mí puedes ir con quien quieras…

—Eso hago, pero volvamos al tema.

—¿Qué necesitas de nosotros?

—Hombres.

—¿Cuántos, cuándo y para qué?

—Todos e incluso más: muchos más. Quiero que la mayoría cubra los *quartons* de Balansat y de Santa Eulària dentro de aproximadamente… —Consultó el reloj— siete horas. El resto, que se presenten en Dalt Vila para realizar una búsqueda coordinada con guardias, carabineros y demás voluntarios por los *quartons* restantes. Necesito que toda la población esté al corriente de a quién buscamos y cómo tienen que proceder en caso de que lo vean o lo hayan visto ya.

—¿Me estás pidiendo que colaboremos codo con codo con la autoridad?

—Obviamente, los hombres se presentarán en Dalt Vila como meros voluntarios. Espero que más *mossons* se unan a nosotros, por lo que sus hombres se diluirán en la masa. Cuantos más seamos, más rápido avanzaremos y más probabilidades tendremos de encontrarlo.

—No sé si nos conviene hacerlo.

—Esta vez no se trata de conveniencia, Valentí, sino de deber —respondió Guasch sin alterarse—. Yo he hecho mi parte del trabajo y he descubierto al culpable. Ahora necesito que me ayude a capturarlo. Me lo debe a mí, se lo debe a Picaflor y, sobre todo, a Toni Roig y a su familia. La otra vez hablamos de hacer sacrificios. Plantéeselo así.

Formiga hizo una breve pausa antes de asentir.

—Tienes razón, pero aun queriendo, es muy precipitado. Tenemos

muy poco tiempo, estamos en plena noche y las distancias son largas, sobre todo si tenemos que cubrir media isla. Hay que mover a demasiada gente.

—No tenemos opción si queremos evitar que Lang se fugue mañana a primera hora, si no lo ha hecho ya. Para triunfar, Picaflor y usted debieron ser organizados y tener mucha capacidad de improvisación.

Formiga lo observó con ojos cansados y Guasch pensó que estaba mayor.

—No te equivocas.

—Pues esta noche vamos a tener que rememorarlo. —Guasch se golpeó los muslos con las palmas de las manos—. No quiero hacerle salir a estas horas, así que dígame adónde tengo que ir y con quién tengo que hablar; yo me encargaré de organizarlo todo.

—No será necesario ir a ningún lado.

El viejo se levantó, abrió la puerta y se adentró en la noche. Guasch salió tras él sin comprender. La luna contorneaba su silueta y vio cómo se aclaraba la voz, colocaba ambas manos alrededor de la boca y partía en dos la quietud de la noche lanzando un grito corto e intenso al que siguieron un aullido largo y agudo y unas modulaciones que terminaron de forma abrupta. Guasch sintió que la piel se le erizaba. Después de una pequeña pausa, su padre llenó los pulmones y repitió aquel alarido animal antes de que el silencio se compactara de nuevo. Al cabo de un rato se oyó un chillido lejano parecido al de Formiga a modo de respuesta, seguido de otro más débil y así, sucesivamente, hasta llegar a media docena. Guasch había oído hablar del *uc* como medio de comunicación, incluso había visto alguna tímida demostración en un ambiente familiar y festivo en su domicilio, pero todavía no había escuchado ninguno en su entorno natural: el campo de Ibiza.

El contrabandista se giró hacia él.

—¿Y si no lo capturamos?

—Si huye, averiguaremos hacia dónde ha ido y haremos lo que corresponda. Utilizaremos la vía oficial y, en paralelo, la red de Picaflor. Sus tentáculos utilizan unos caminos más directos que los del

Estado.

Formiga asintió y se dirigió hacia la casa.

—Ven, vamos dentro y me cuentas antes de que lleguen los demás cómo has pensado organizar todo este berenjenal.

—Lo tengo claro: qué hacer y cómo distribuirnos y comunicarnos.

—¿Vas a poner a toda la isla a gritar *ucs*? —preguntó su padre con media sonrisa.

—Había pensado en algo más rápido y menos sonoro…

—¿De qué estás hablando?

—Además, parece que mañana el día estará despejado.

—Así es.

—Pues haremos humo.

—¿Humo?

La media sonrisa había desaparecido.

La sala de reuniones era un hervidero: el pregonero acababa de salir con expresión de susto acompañado por los tres corredores; Usechi coordinaba con el capitán de llaves la apertura excepcional de las puertas de las murallas; Sardina daba instrucciones a un puñado de hombres sobre los preparativos del baluarte; Calavera traía sillas y repartía papeles e instrumentos para tomar notas y Riera recibía y acomodaba al gobernador, al alcalde, a los jefes de los carabineros, al sargento mayor Molina y al ingeniero civil de la provincia, el mallorquín don Emili Pou, convocado por petición expresa de Guasch.

A medida que terminaban sus tareas, unos y otros iban tomando asiento. Una docena de mandos intermedios de ambos cuerpos se incorporaron justo antes de empezar y se repartieron alrededor de la sala para seguir la reunión de pie. La estancia estaba presidida por el mapa de la isla que habían empleado durante las pesquisas. Entre los murmullos se distinguían, aquí y allá, frases en las que se destripaba a Lang, que era, como no podía ser de otro modo, el centro de todas las conversaciones.

Guasch terminó de repasar sus notas y, cuando todos los asistentes

estuvieron preparados, se puso en pie, pidió silencio y agradeció su presencia a esas horas intempestivas.

—Buscamos a Germán Lang, un hombre alto, vestido de Vila, que monta a caballo y que salió de la ciudad pasado el anochecer por el Portal del Camp. Desconocemos en qué dirección. Lo que no hizo fue subir al único barco que zarpó anoche del puerto. Lo lógico es pensar que intentará abandonar la isla cuanto antes.

—¿Podría haber escapado ya? —preguntó Listo.

—Podría, siempre y cuando hubiera apalabrado la huida con algún pescador dispuesto a zarpar en plena noche en un bote pequeño. En mi opinión, es posible pero poco probable. La idea de reunirnos tan temprano es procurar que, como tarde a las diez de la mañana, toda la isla se haya movilizado y esté al corriente de la búsqueda de Lang, para que quienquiera que le haya visto lo comunique y podamos organizar una batida alrededor de esa área.

El sargento mayor Molina hizo el comentario esperado:

—La dotación militar de la isla es de un centenar de hombres y ya conoce la velocidad a la que nos movemos. Necesitaríamos una semana para realizar ese despliegue.

—Vamos a colaborar con los civiles. —Guasch advirtió varios cruces de miradas—. Señores, debemos confiar en la población y esperar que ellos lo hagan en nosotros. Estoy convencido de que bastantes están ahora levantándose de sus camas para ayudarnos de buena fe. Además, no es una cuestión de preferencias: nos guste o no, como bien ha apuntado el sargento, los necesitamos. No tenemos opción.

—Estoy de acuerdo con el señor Guasch —aprobó el gobernador—, pero me surgen muchas dudas. ¿Cómo piensa cubrir la totalidad de la isla en tan poco tiempo? ¿Cómo sabremos adónde tenemos que ir?

—Ir casa por casa es la única manera de asegurarnos de que quien lo haya visto pueda dar parte. El objetivo es ir aumentando de manera exponencial el número de implicados en la búsqueda. Lo de abarcar la isla en su totalidad ya está encarrilado, puesto que la mitad oriental, los *quartons* de Balàfia y Santa Eulària, estarán cubiertos por civiles a partir de las siete, que es más o menos cuando empezaremos a movernos

desde aquí; es decir, que nos llevarán incluso ventaja. Concentraremos a la gente gracias a una comunicación instantánea que evitará que perdamos tiempo en desplazamientos innecesarios, y para ayudarnos a organizarla contamos con la valiosa ayuda de don Emili Pou.

El ingeniero miró desconcertado primero a su alrededor y después a Guasch. Esbozó una sonrisa incómoda.

—Me encantaría colaborar con ustedes, caballeros, pero me temo que no sé de qué modo podría hacerlo.

—Creo que el señor Pou está tan perdido como nosotros —observó el gobernador, acomodándose en el asiento y cruzando los brazos—. Explíquese.

—Mi intención es aprovechar la antigua estructura de señalización de la isla.

Riera soltó una risita.

—¿Quiere utilizar las torres costaneras?

—Exactamente —exclamó Guasch, que se levantó y golpeó el mapa con la palma de la mano—. Existen siete antiguas torres de defensa en la costa de Ibiza; a estas hay que sumar las torres de las iglesias de Sant Antoni y del Puig de Missa de Santa Eulària. Podemos decir que forman una elipse en la que cada una de ellas es visible desde la anterior y desde la posterior, de manera que si una emite una señal las dos inmediatamente contiguas la verán, y si estas a su vez la repiten, la señal se propagará de unas a otras hasta dar la vuelta completa a la isla. ¿Es así?

—Correcto —confirmó don Emili—, y las nueve están en disposición de emplearse, incluso la de Campanitx, o Torre d'en Valls, pese a que media torre saltó por los aires hace una veintena de años y todavía no ha sido reparada.

El gobernador negó con la cabeza.

—A ver, Guasch, no vaya tan rápido. Antiguamente esos torreones se empleaban para poner sobre aviso a la población de las incursiones enemigas, pero se limitaban a hacer fuego por las noches o señales de humo durante el día. La población veía la señal y comprendía que debía resguardarse para evitar ser apresados. La cuestión es que el

mensaje que se emitía era único y no admitía interpretaciones: «Si ves fuego o humo, estamos sufriendo un ataque: escóndete». Sin más. Nosotros nos vemos en la necesidad de dar una información interpretable. ¿Cómo sabremos con una simple columna de humo qué debemos hacer?

—Esa es la pregunta clave —confirmó Guasch chasqueando los dedos —. Cada torre tendrá un número asignado y las señales que se emitan comunicarán, inspirándose en el código morse, cuál es ese número. No se trata, como bien ha dicho usted, de emitir una columna constante de humo, sino un mensaje intermitente con contenido. Ese mensaje, compuesto de puntos y rayas, o de señales cortas y largas, será un código. Quizá parezca complicado, pero no lo es en absoluto: ahora definiremos el mecanismo. Quiero a dos hombres que comprendan estas señales apostados en cada una de las atalayas.

—La idea es buena —bendijo el ingeniero—, sin embargo, sería incompleto e ineficiente si se emplearan solamente las torres costaneras. El motivo es doble: por un lado, es necesario comunicar a la gente que se encuentra en el interior de la isla hacia dónde debe dirigirse y, por otro, ¿qué pasaría si el sospechoso se hubiera escondido lejos de la costa? Tanto para lo uno como para lo otro hace falta seleccionar torres prediales que permitan emitir señales y que, a su vez, dispongan de un código propio para convertirse en potenciales puntos de destino. El sistema antiguo de comunicación se apoyaba también en estas torres de interior.

—En efecto, don Emili —confirmó Guasch—, y para determinar la mejor ubicación de estas torres es por lo que me he permitido interrumpir su sueño esta noche. ¿Sería usted tan amable de marcar en el mapa las localizaciones más adecuadas?

Cuando el ingeniero se levantaba tocaron a la puerta y un joven guardia entró con la respiración agitada. Guasch lo reconoció enseguida como uno de los corredores.

—¡Tenemos información, señor! —bramó el recién llegado—. Se han acercado seis personas para advertir que vieron a un hombre a pie con un caballo asido de las bridas alrededor de las nueve de la noche y que

después se marchó al galope por el camino llamado *Empedrat*.

—Se dirigía hacia Santa Eulària —comentó Usechi.

—O eso quería hacernos creer —advirtió Sardina.

—Lo que confirma esta información —siguió Guasch—, es que Lang no zarpó desde el puerto como polizón. Son excelentes noticias. —Se dirigió de nuevo al guardia—. ¿Cómo están reaccionando por allí abajo?

—Hay un gran alboroto, señor.

—Con el debido respeto —intervino el alcalde de Ibiza, don Ignasi Llombart, revolviéndose en su asiento—, me parece precipitada y poco meditada la decisión de abrir las puertas de las murallas a campesinos y pescadores armados y exaltados.

—¿Lo dice porque, visto que el asesino era un miembro de la élite de Dalt Vila, decidan saquear casas y rebanar los cuellos de ciudadanos inocentes? ¿Teme un pogromo?

—Quizá sea un poco exagerado decir eso, pero…

—Ya es tarde, don Ignasi, la decisión está tomada —cortó Guasch.

—Hace años tuvimos varias revueltas campesinas, no sé si lo sabe.

—Lo sé, así como que están desesperados por reparar el puente levadizo o que las estacadas se han erigido para proteger la ciudad no de ataques enemigos, sino de la supuesta barbarie payesa. Desconozco qué puede pasar en un futuro, pero esta vez es diferente: hoy todo el mundo quiere ayudar. Me atrevería a decir que la población es plenamente consciente de que la Guardia Civil y los Carabineros, en esta ocasión, están de su parte.

—Me temo que conozco mejor que usted cómo es esa gente, señor Guasch.

—No lo dudo, pero yo llevo varias semanas sumergido en la realidad que hay al otro lado de las murallas y he comprendido cuáles son sus sentimientos con respecto a estos crímenes.

El alcalde se dispuso a replicar de nuevo.

—Ignasi, por Dios, ¡déjalo de una vez! —terció el gobernador—. Vamos a avanzar.

Don Emili había aprovechado la discusión para señalar y numerar los

emplazamientos de las nueve atalayas costaneras y el mismo número de torres prediales en el interior de la isla.

—Teniendo en cuenta la geografía y la visibilidad entre unas y otras —explicó mientras señalaba varios puntos—, me atrevería a sugerir esta distribución.

Guasch asintió agradecido.

—Caballeros, ya contamos con los puntos de emisión y de destino. Cualquiera que tenga una información fiable sobre el paradero de Lang se acercará a una de estas atalayas para que los torreros comuniquen el número correspondiente; de esta manera, los equipos que estén en la otra punta de la isla podrán abandonar la búsqueda y regresar a sus hogares, y los que estén cerca aproximarse para estrechar el círculo y concentrar la persecución en la zona objetivo.

—Pero puede suceder que alguien lo haya visto a primera hora en un punto determinado y que cuando lo comuniquemos se encuentre en otro muy diferente —puntualizó Sardina.

—En ese caso, tomemos como referencia la ciudad de Ibiza y partamos de la base de que Lang no avanzará para luego retroceder; en otras palabras, que la búsqueda continuará desde ese punto en adelante, alejándonos de Vila.

—Es lo más lógico —aprobó don Emili.

Dividieron la isla en dieciocho secciones o agrupaciones de *véndes*, una para cada torre; escogieron a los torreros y adaptaron el código morse a cada una de ellas.

Guasch envió a Usechi a informar a Formiga de los códigos de comunicación y consultó su reloj. El tiempo se agotaba. Debían bajar al baluarte.

—¡Caballeros! —gritó—. ¡Empieza la caza!

43

Caza mayor

Una veintena de hombres con antorchas aguardaban en el patio del castillo. El resto de la dotación, salvo los vigilantes de las puertas de la muralla y de la casa del gobernador, los esperaba ya en el baluarte. Cuando cruzaron la plaza de la catedral, Riera se separó del grupo para asomarse al mirador e hizo grandes aspavientos a los demás para que se acercaran.

El baluarte estaba lleno a rebosar y, repleto de hogueras, parecía en llamas. Un rumor penetrante envolvía la noche.

—¿Cuántas personas hay ahí? —preguntó Guasch, boquiabierto.

—Apostaría a que más de un millar —estimó un soldado.

—Sin contar con las que siguen llegando —resaltó Sardina señalando el lienzo por el que subía un reguero de nuevos voluntarios.

—Dios mío —exclamó el gobernador—, ¿cómo vamos a movilizar a este gentío?

—Eso es lo que menos debe preocuparle —subrayó don Emili—; estamos bien organizados.

—Vamos —ordenó Guasch—, no perdamos más tiempo.

Bajaron a buen ritmo por el carrer de Santa Maria y por el carrer des Dominics. El resplandor de las antorchas retozaba en las paredes y producía un lúgubre juego de luces y sombras. Al llegar a las escaleras del baluarte el rumor se había convertido en un fragor. Se sumergieron en la turba, compuesta por hombres de todas las edades y de alguna brava mujer; vestían la mayoría al modo de los campesinos y los pescadores, aunque entre ellos había gente ataviada con ropa de Vila y también guardias, carabineros y soldados. Por cada militar había una docena de civiles. Guasch sentía que sus pies no tocaban el suelo, como

si lo llevaran en volandas y, sin saber muy bien cómo, alcanzó un pequeño estrado que habían improvisado en el centro de la extensión y subió, o lo subieron, junto a las fuerzas vivas de la isla: el gobernador, el alcalde y el vicario capitular. Sobre sus cabezas se esparcía una capa de estrellas titilantes.

—¿Se puede saber con quién ha hablado usted esta noche? —preguntó don Eduardo, haciéndose oír por encima del vocerío—. ¿De dónde sale toda esta gente?

—Es su pueblo, gobernador —respondió Guasch, orgulloso.

—A mí no me engaña—dijo el mandamás con sorna—. De murallas para dentro aún hay quien me hace caso, pero los de fuera…

La muchedumbre fue enmudeciendo al percatarse de la presencia de aquellos cuatro hombres en lo alto de la tarima. Las autoridades permanecían rígidas y amedrentadas. Guasch sabía que le correspondía a él romper el silencio, pero no encontraba las palabras apropiadas y el nudo en su garganta sugería que no las podría articular. Decidió que la única solución era lanzarse:

—Una isla negra… —empezó, titubeante.

—¡No se oye! —reprochó una voz lejana.

—¡Más fuerte! —gritó otra.

Guasch vio la cabeza del doctor Lequerica abrirse paso entre el gentío. Junto a él se movía una figura de cabello oscuro que reconocería en cualquier lugar y situación, incluso exhumando un cadáver en un recóndito cementerio ibicenco. Padre e hija se detuvieron frente a una hoguera cercana y le miraron expectantes. El doctor asintió en un gesto que quizá fuera de reconocimiento o tal vez un armisticio. Se fijó en Lucía y recordó lo sencillo que le resultaba confiarle sus sentimientos, y comprendió que le sería mucho más fácil plantear aquella situación como una confesión en la intimidad en lugar de una arenga a una multitud expectante. Se aclaró la garganta e imaginó que se encontraba a solas con Lucía en la quietud de su biblioteca.

—¡Una isla negra! —repitió a voz en grito y, esta vez sí, alcanzó a escuchar el eco de sus palabras al impactar en las murallas—. Esta es la

imagen que me transmitieron de este lugar: una isla negra y violenta cuyos pobladores, siempre listos para la lucha, se acuchillan a traición; una isla negra y sombría en la que la gente se mueve sigilosa las noches de luna nueva; una isla negra y cruel habitada por animales desalmados y sin escrúpulos. Pues bien, ¡mentían! Estas semanas he conocido cómo vivís, cómo sentís y cómo amáis, y he comprendido que este es un lugar duro en el que vuestros antepasados araban los campos con una mano mientras se defendían de las razias piratas con la otra; un lugar en el que, para subsistir, peleáis de sol a sol contra la tierra y los elementos; un lugar de gente valiente y orgullosa que busca algo tan sencillo y noble como asegurar el porvenir de los suyos. Sois un pueblo fuerte y, también, pese a lo que digan quienes no os conocen, un pueblo justo. Por eso hoy estáis aquí.

Hizo una pausa en la que el silencio se veía tan solo truncado por el crepitar aleatorio de las fogatas. Le pareció ver un rostro que le recordó a Pep des Camp y deseó que los hombres de Formiga hubieran tenido tiempo de avisarles tanto a él como al hermano de Toni Roig.

—Hoy no hay un «nosotros» y un «vosotros». No hay diferencias entre civiles y militares, entre *mossons* y *banyaculs* o moderados y progresistas… —Hizo otra pausa, buscó a Riera con la mirada y le guiñó un ojo—. Solo hay dos tipos de personas, recordad bien lo que os digo —levantó el brazo y extendió un dedo al modo del subinspector—: los que viviréis la persecución de Germán Lang y los que la habrán querido vivir. ¡Trabajemos juntos! ¡Hagamos justicia juntos!

La gente rugió puño en alto y se oyeron consignas exaltadas.

Cuando los ánimos se calmaron lo suficiente, Guasch expuso su plan y distribuyó a los voluntarios por grupos. Apenas finalizó alguien hizo un *uc* agudo y prolongado que la multitud jaleó y, al momento, se añadieron varios hombres e incluso una mujer, que empezaron a *ucar* a la vez. El estrépito era ensordecedor.

El gobernador hizo un gesto para que se acercara y pronunció unas palabras que Guasch, pese a la proximidad, no logró entender. Negó con la cabeza para que lo repitiera más alto. Don Eduardo colocó las manos alrededor de la boca y gritó por encima de la algarabía:

—¿De qué altura dice que quiere esa estatua?

Guasch esperaba montado en el caballo de Lang cerca de la torre de Can Montserrat. Emplazada a media altura en una colina baja desde la que dominaba el llano de Morna y de Atzaró, al oeste de la parroquia de Sant Carles, había sido escogida por Emili Pou como parte del entramado de comunicación.

Habían conseguido dos caballos más y Molina, Sardina y él partieron hacia tres parroquias del interior de la isla. La idea era que quien más cerca estuviera se encaminara al punto de encuentro para dirigir la persecución *in situ*. Molina se encontraba en Sant Josep, cubriendo el área de poniente, Sardina en Fruitera como responsable del centro y Guasch en Atzaró para levante.

El cielo seguía despejado y el sol brillaba con timidez. Dedujo que todavía no eran las once de la mañana y se sintió ridículamente orgulloso de ser capaz de acertar la hora cada vez con mayor precisión con un simple vistazo a la posición del sol. El caballo percibió su nerviosismo y relinchó y pateó las pezuñas contra el suelo.

Vio a una pareja de muchachos salir de una vivienda y dirigirse a la carrera hacia la casa vecina, y a una cuadrilla de campesinos armados con arcabuces que rastreaban, no demasiado lejos, una zona boscosa. Imaginó que todo el mundo estaría deseoso de ser quien facilitara la pista que permitiera capturar al fugitivo más buscado de la historia de la isla. Después del despliegue y el esfuerzo los ibicencos se merecían, a modo de premio colectivo, capturar al asesino.

Recordó cómo habían distribuido a los voluntarios en el baluarte por zonas y que gracias a la gran cantidad de voluntarios habían podido reforzar incluso los dos *quartons* de Formiga. Pep des Camp se había acercado a hablar con él y, en otro momento, también lo hizo el hermano de Toni Roig. Ambos se mostraron más ansiosos por encontrar a Lang que agradecidos por haberlo desenmascarado. La venganza no es plato para dejar a medias. Se acordó de la reunión con sus hermanos en Can Formiga y cómo al reparar en el parecido con alguno de ellos

comprendió por qué a Riera le había resultado tan sencillo descubrirlo. En poco menos de una hora habían diseñado el dispositivo de la mitad oriental de la isla y los primeros hombres salían corriendo para despertar a los voluntarios que debían desplazarse a Vila e informar a los de poniente.

Algo pasaba en el tejado de la torre. Aguzó la vista y pudo ver que los vigilantes, un guardia y un soldado, iniciaban una tímida llama. Sintió un cosquilleo en la nuca. Extrajo uno de los planos en los que habían dibujado las torres costaneras y las prediales junto con el nombre, la numeración y su equivalente en código morse. Rezó para que el número que indicaran las señales perteneciera a su zona.

La llama se transformó en una pequeña fogata a la que añadieron leña húmeda para, enseguida, formar una espesa columna de humo. Guasch acarició el lomo al caballo y le cuchicheó unas palabras cariñosas. Los vigilantes extendieron por encima del fuego una tela que bloqueó temporalmente el paso del humo. Habían definido un código de cinco signos, el primero de los cuales indicaba si la torre era costanera, marcada con una raya, o predial, con un punto, y los siguientes cuatro correspondían al número de la torre. La primera señal le pareció bastante larga y dio por sentado que se trataba de una raya. Eso significaba que debían dirigirse hacia el mar. Esperó impaciente a la siguiente indicación, que resultó ser igual de larga. Revisó el plano y comprobó que las cinco torres de poniente quedaban descartadas. Aquello disparaba la probabilidad de que la torre estuviera en su zona. La tercera y la cuarta señales fueron dos rayas más, lo que descartaba las torres des Molar y la de Portmany y confirmaba que Lang era suyo: estaba en poniente. Consultó el plano de nuevo y estudió sus dos posibles destinos: una última raya compondría el número nueve y le obligaría a ir en dirección sur al Puig de Missa de Santa Eulària; de ser un punto sería el ocho y tendría que dirigirse a la Torre de Campanitx, la que había saltado por los aires. Las dos se encontraban a poco más de media hora a galope tendido. Contuvo la respiración.

La señal, esta vez, fue muy corta.

Guasch guardó el mapa, espoleó el caballo y vació sus pulmones en

un grito animal.

Solo media torre permanecía en pie, lo que dejaba a la vista, como una casa de muñecas, las dos plantas del interior y el hueco y las escaleras que accedían al tejado. La otra mitad se amontonaba en un cúmulo de cascotes cubierto de matorrales.

Dos carabineros y un chico joven vestido de payés coronaban la torre y, mientras uno de los militares surtía de leña la hoguera, el otro y el civil, que debía de haberse ofrecido voluntario para dar relevos, emitían las consiguientes señales de humo. Dos docenas de campesinos y un par de guardias vagaban alrededor de la atalaya. Los guardias lo reconocieron y se acercaron a él para informarle de que habían encontrado un caballo en los establos de una casa abandonada en la zona de Sa Cala. Por la descripción no existían dudas de que era el de Lequerica. Lang se había dirigido al otro extremo de la isla, que habría alcanzado no antes de las dos de la mañana. Eso le daba bastantes esperanzas de que no hubiera huido nada más llegar.

—¿Han visto al fugitivo?

—No tenemos constancia, señor.

—¿Se echa en falta a algún pescador de la zona?

Ambos giraron la cabeza en sentido negativo.

—¿Eso qué significa, que no lo saben o que no falta nadie?

—Que no lo sabemos, señor.

—¿Quién ha dado el aviso?

Uno de los guardias señaló a un payés de mediana edad que, a cierta distancia, no les quitaba el ojo de encima. Se acercaron a él.

—¿Es usted Marc Guasch? —preguntó apenas llegaron a su altura.

Si conocía su nombre, trabajaba para Formiga. Asintió.

—Si me ayuda a subir a este bicho le iré dando indicaciones por el camino.

Guasch le tendió una mano y, de un brinco, se aupó al animal.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó uno de los guardias.

—Que uno se quede aquí y dé instrucciones a los que vayan llegando.

El otro, que agrupe a estos hombres y parta raudo hacia allá. Sea lo que sea que organicemos será desde la misma playa. Habrá alguien esperándolos.

—En la Casa des Fil —precisó el hombre a su espalda.

Se pusieron en marcha.

El contrabandista que le acompañaba era parco en palabras y conciso a la hora de señalar la ruta. Bordearon la playa de Es Figueral bajo la mirada indiferente del islote de Tagomago y empezaron a ascender por la costa escarpada. Por el camino encontraron varios grupos que buscaban a Lang, sin que nadie les ofreciera novedades.

—Si hubiera aparecido habríamos oído un coro de *ucs* —informó el guía.

Por fin llegaron a una casa medio derruida cuyos establos disponían todavía de puerta y techumbre. Junto a ella había varios hombres de rostros duros. El que parecía el jefe de la cuadrilla se les acercó.

—*Bon dia*, Marc —saludó—. *Som en Miquel. T'esperavem*.

Lo guio directamente al establo.

El animal de Lequerica estaba en perfecto estado y disponía de alimento y agua en un abrevadero de piedra tallada. El propio fugitivo lo había alimentado.

—Lang llegó muy tarde a la cala —explicó Miquel— y buscó algún pescador que lo llevara a Mallorca o a la península.

—¿En plena noche?

—Así es, y ofrecía una suma considerable. No sé a cuántas puertas llamaría antes de dar con uno de los nuestros que, como es lógico, todavía no estaba al corriente de nada. Cuando hemos hablado con él hace un par de horas, nos lo ha contado todo.

—¿Qué le respondió?

—Que quizá pudiera conseguirle un transporte para la noche siguiente, que regresara al anochecer y se lo confirmaría. ¿Qué te parece? Con la de formas de escapar que hay, ha ido a meterse directamente en la boca del lobo.

—No es tan extraño, habida cuenta de que controlamos la mayoría de los barcos clandestinos que llegan a la isla. Entonces ha pasado la

noche aquí, ¿no?

—Sí, habrá salido poco antes del alba.

—¿Puede haber encontrado una alternativa para huir?

—Todos los pescadores de la Cala están en tierra: nadie ha salido esta mañana, y mucho menos durante la noche.

—¿Dónde se habrá metido?

El contrabandista hizo un gesto para que le siguiera y le fue contando a medida que avanzaban entre arbustos, rocas y pinos:

—Por lo que veo, Lang es un tipo astuto y de hallarse en algún lugar de fácil acceso, por muy escondido que estuviera, ya habríamos dado con él. Es como si se hubiera olido el despliegue que íbamos a montar.

Al cabo de un rato se asomaron por un acantilado; el mar quedaba medio centenar de metros bajo sus pies y Guasch divisó, a su izquierda, parte de una playa de dimensiones notables y forma de medialuna que derivaba en una costa rocosa que era la base de una montaña larga y escarpada al final de la cual se distinguían, con esfuerzo, unos cubículos. Miquel señaló en esa dirección.

—¿Qué es eso?

—Sa Punta Grossa, y la construcción que está a medias, es o, mejor dicho, será un faro. La obra está paralizada mientras buscan una nueva cantera.

—¿Crees que Lang podría estar escondido ahí?

—Hay un buen tramo. Lo habitual es llegar en barca y escalar; el acceso a pie es muy peligroso, aunque no imposible. Para mí es el escondite ideal

—¿Y por la otra vertiente? —preguntó.

—Igual.

Guasch puso la mano a modo de visera y miró la brusca pared de la montaña y las rocas inmensas que se habían desprendido desde los acantilados.

—Tienes razón —confirmó Guasch—, nadie iría a buscarlo allí. Si yo tuviera que esconderme durante un día entero y supiera que está deshabitado, no lo dudaría. —Miró a Miquel—. ¿Puedo contar con vosotros?

El contrabandista torció la sonrisa.

—¿Acaso quieres divertirte tú solo?

En mitad de la playa, junto a la Casa des Fil, encontraron un grupo variopinto de hombres entre los que destacaba el colosal Calavera. Guasch se acercó hasta él y le dio un abrazo que lo cogió por sorpresa. Se sentía afortunado de poder contar con el sevillano en aquella tesitura. El guardia se unió a Miquel y a tres de sus hombres y juntos bordearon la cala y ascendieron por la falda de la montaña. Llevaban todos sus armas de fuego al cinto. Uno de ellos lideraba el grupo con seguridad y rapidez y les explicó que el objetivo era llegar a una altura similar a la del faro para después desplazarse en horizontal. Ya buscarían el mejor paso cuando llegaran al acantilado y encontraran los tramos más peligrosos, en los que la ladera desaparecía bajo sus pies y se transformaba en un precipicio con caídas de varias decenas de metros.

—Es extraño que un *mosson* se arriesgue tanto —comentó uno de los hombres.

—Se arriesga más quedando expuesto —respondió Calavera sin bajar el ritmo.

Se desplazaban en fila india, concentrados, hasta que llegaron a una pared casi vertical. Guasch miró hacia abajo y vio las olas acariciar con ternura la pared rocosa. Una caída sería letal. Descendieron unos pocos metros despacio, con extrema precaución, y agarrándose a las raíces de ginebras y otros arbustos, pegaron el pecho a la roca y avanzaron en horizontal dando la espalda al vacío.

El hombre que abría camino señaló unas ramas partidas. Se agachó, tocó la madera quebrada y se olió las yemas de los dedos.

—Están verdes —dijo. Luego se incorporó y observó la estructura cada vez más cercana del faro a medio construir—. Alguien ha pasado por aquí hace poco: esto no lo rompe un conejo.

El último tramo se les hizo eterno, tanto que Guasch, impaciente, pisó en un descuido una piedra suelta que se desprendió y a punto

estuvo de caer ladera abajo. Calavera lo agarró a tiempo del cuello de la chaqueta y consiguió sostenerlo en el aire.

—Esté atento —advirtió el sevillano—, sería una pena haber hecho todo esto para morir a los pies de ese bastardo.

Por fin alcanzaron un punto en el que la pendiente se suavizaba hasta formar, a medio centenar de metros del edificio, una modesta explanada. Montones de bloques de marés, tablones, poleas, cuerdas y herramientas varias se repartían por el espacio. Las huellas de unas pisadas que se dirigían hacia el faro se dibujaban con claridad en el suelo arenoso. Miquel se llevó el dedo índice a los labios para pedir silencio y desenfundó el arma; Calavera y sus hombres lo imitaron con sigilo y se distribuyeron por la planicie agazapados, buscando puestos desde los que observar la edificación sin ser vistos.

El edificio tenía forma cuadrada y las paredes se encontraban a medio construir: cada uno de los lados contaba con varias ventanas rectangulares que en el futuro corresponderían a las dependencias de los fareros y almacenes para aceite y víveres. En mitad del muro posterior se elevaba, majestuoso pese a su estado inconcluso, el cilindro de lo que sería propiamente el faro. Otra construcción, junto a la estructura principal pero a una altura inferior, quizá una cisterna, también estaba a medias.

La costa, rebosante de pinos y con cortes verticales de piedra provocados por el desgaste del oleaje, se extendía a ambos lados de la punta sobre la que se encontraban.

Guasch se acercó a Calavera y a Miquel y les tendió el arma.

—Esperad aquí y guardadme esto; no creo que lo necesite.

—¿Se ha vuelto loco? —exclamó el guardia.

—Quiero evitar que Lang se sienta amenazado y haga alguna tontería.

—¡La tontería es ir desarmado! —musitó el contrabandista, que cogió la pistola a regañadientes—. ¿Cómo quieres que no se sienta amenazado si tiene a toda la maldita isla tras él? Tengo órdenes de protegerte y no puedo permitir que…

Guasch le dio una palmada cariñosa en el hombro y se irguió.

—Me alegra oír eso, Miquel, pero ya está decidido. —Y añadió a modo de despedida—: Deseadme suerte.

44

Sa Punta Grossa

El hueco de la puerta carecía de dintel. El reguero de pisadas se adentraba en el umbral. Guasch se aproximó con los brazos en alto.

—¡Germán! —gritó—. ¡Soy Marc Guasch!

Hizo una pausa en la que solo percibió el suave sonido de la brisa y los graznidos lejanos de unas gaviotas que planeaban muy por encima de su cabeza. Una de ellas se había posado en el vértice inerte del faro y oteaba el horizonte ajena a la dramática escena que se desarrollaba bajo su cuerpo menudo.

Entró.

Germán Lang estaba sentado en el alféizar de una de las ventanas de tramontana. El farmacéutico contemplaba la alfombra de pinos que moría varios metros por encima del nivel del mar a lo largo de la costa escarpada. Los destellos intermitentes del sol se reflejaban en el agua. Junto a él reposaba una de las pistolas valencianas de Toni Roig. Entre sus dedos asomaba un pañuelo azul confeccionado con una de las telas de Catalina des Camp, el mismo que había empleado después del concierto. Lang se volvió y posó en él una mirada ausente. No se sorprendió al reparar en su presencia, como si siempre hubiera estado allí. O como si esperara su visita.

—¿Qué hace con las manos levantadas? —preguntó.

—No voy armado.

—Yo sí. —Lang señaló el arma y volvió a concentrarse en el exterior —. ¿Sabe? No le mentía cuando le dije que esta isla me tiene cautivado, y es gracias a lugares como este. Hay quien pone en duda que este emplazamiento sea apropiado para un faro y exige a don Emili Pou que lo levante en Tagomago. ¡Qué despropósito! Solo el hecho de sentarse

aquí a disfrutar de este paisaje ya justifica su construcción. La naturaleza por sí sola es maravillosa, pero la mano del hombre dramatiza la escena, le imprime carácter. —El farmacéutico hizo otra pausa que Guasch no osó interrumpir—. Este lugar es uno de mis pequeños grandes secretos, mi paraíso perdido. Solo las vistas desde la Torre des Savinar o las de Es Cubells puedan rivalizar con estas… Usted no ha estado allí, al menos mientras yo lo vigilaba. Cap des Falcó también es impresionante, como recordará. ¡Qué buen día pasamos!

—Germán…

—Sé lo que me quiere pedir —rio—, pero me temo que no podré acompañarle a ninguno de esos sitios.

Lang se giró y por primera vez lo miró a los ojos. Su expresión ahora era seria.

—Me ha impresionado, Marc. Se lo digo de verdad. Nunca pensé que llegara a descubrirme. Nada me relacionaba con las víctimas, nada en absoluto. Era imposible encontrar una conexión y tampoco había testigos.

—Ya ve. —Guasch se apoyó en un bloque de marés, procurando mantener una distancia prudencial—. Hemos tenido suerte.

—Vaya, ¿ahora cree en la suerte, cuando siempre ha sostenido que una investigación debe basarse en una dinámica de trabajo estricta? Dudo que haya cambiado de opinión, sobre todo ahora que los resultados lo avalan. Que aquel perro diera con el botín fue una casualidad, pero que un guardia encontrara la alpargata fue fruto de un trabajo riguroso; que Catalina confesara nuestra relación a su tío en el lecho de muerte y que este se lo contara a su hermano era posible, pero conseguir que un hueso como Pep se lo confiara a usted, ni más ni menos que un policía, es algo casi milagroso; igual que haber sabido descartar a unos sospechosos que cualquiera menos escrupuloso habría imputado sin darle demasiadas vueltas. Usted no lo hizo, y acertó.

—¿En serio me está halagando?

—Solo reconozco una labor bien hecha, a estas alturas es justo. Lo del frasco de ruda no sé ni cómo calificarlo. Todavía no consigo imaginar de dónde lo ha sacado. Dudo que Pep supiera de su existencia,

y su mujer está como una cabra. Le dije a Catalina que lo mantuviera siempre oculto, porque si lo encontraban nos descubrirían. Yo conocía el escondrijo, por supuesto, y fui a buscarlo un domingo a la hora de misa, pero no lo encontré ni allí ni en ningún otro lugar. Cuando me lo mostró ayer no supe reaccionar.

—Le faltó tiempo para huir…

—Lequerica sería sospechoso por poco tiempo. Probablemente tendría una coartada sólida y usted seguiría indagando, así que calculé que tenía un día de margen. Me equivoqué. Hace poco más de doce horas conversábamos en Dalt Vila y no sospechaba de mí. No comprendo cómo me ha descubierto tan rápido, ¿qué lo hizo cambiar de opinión?

Aunque la actitud del farmacéutico era pacífica, Guasch no le quitaba ojo al arma.

—Habló usted en pasado de una hipotética relación entre Catalina y Lequerica sin saber, se suponía, quién era ella ni que hacía poco que había fallecido. Eso fue un lapsus, un detalle menor que me extrañó y que solo entendí más tarde. Lo crítico fue no admitir que conocía a Catalina cuando se lo pregunté. ¿No hubiera sido más sencillo reconocerlo y pasar por encima con cualquier vaguedad?

Lang negó con la cabeza.

—¿Quiere saber algo gracioso? A menudo fantaseaba con cómo respondería en un hipotético interrogatorio. A solas en la tranquilidad de mi cama siempre encontraba las réplicas oportunas, pero una cosa es imaginarlo y otra muy diferente sufrirlo, sobre todo cuando la pregunta te golpea de manera inesperada. No supe reaccionar, es así de simple. No quise verme forzado a hablar de ella y dije lo que menos me comprometía en ese momento. ¿Quién se lo confirmó?

Guasch dudó.

—Vamos, Marc. Nos estamos sincerando, ¿no? Le aseguro que entre mis planes a corto plazo no valoro la posibilidad de regresar a Vila para vengarme de nadie.

—Doña Dolores admitió haber tenido mucha relación con Catalina des Camp y comprendí, conociendo el grado de intimidad que tenía

usted con la familia del gobernador, que era imposible que no estuviera al tanto. —Guasch señaló la tela que sobresalía de su puño y que Lang apretó de manera instintiva—. La animé a que me contara toda la historia y me mostró unos bordados que alguien le había regalado y que fue, además, quien se la presentó: usted.

El farmacéutico apoyó un pie en el alféizar y cruzó los brazos sobre la rodilla.

—¿Cómo me ha encontrado tan pronto?

—Digamos que mucha gente tiene ganas de capturarlo…, toda la isla, en realidad.

Se extendió un silencio espeso y Lang volvió a desviar la mirada al exterior.

—¿Por qué? —preguntó Guasch.

—¿Por qué qué, Marc?

Guasch extendió las palmas de las manos.

—¿Por qué todo esto? ¿Qué necesidad había?

—A veces las cosas suceden sin más. No soy de esos fulanos que van de flor en flor. Conocí a Catalina por la calle, de casualidad. Ella buscaba una dirección, estaba perdida, y yo me ofrecí a acompañarla.

—Me pareció entender que no se relacionaba usted con campesinos «básicos», con los que «tan pocas cosas tiene en común».

—Ella era especial, pero, pese a su belleza y su talento, pertenecíamos a mundos opuestos. Todo sucedió de manera inesperada. Empezó como un juego en el que traté de conquistarla sin mayores pretensiones y en el que, al final, fui yo quien se encaprichó.

—No creo que pueda acusarla de nada después de reconocer que la quería seducir. Catalina quedó fascinada por un «caballero de Vila» y usted no desaprovechó la ocasión.

—Me vi arrastrado a una situación que yo no busqué.

—Y entonces la dejó embarazada y tuvo que cortar la *situación* a las bravas. Todo había ido bien hasta entonces, se había divertido, pero ahora debía deshacerse de ella para no poner en peligro su compromiso con Elvira.

—Las cosas no son tan sencillas, Marc. Yo quería a Elvira de una

forma más…

—¿Interesada? Vamos, Germán, usted solo se quiere a sí mismo.

El farmacéutico encajó el golpe con una sonrisa sutil.

—No le negaré que me atraía el prestigio de estar casado con la hija del gobernador.

—No hace falta que lo jure, el apego que tenía por ese estatus era tan grande que tuvo que matar a Catalina y a su hijo para poder mantenerlo.

—Estrictamente hablando, no puede acusarme de matarla.

—Quizá eso lo ayude a dormir mejor por las noches, pero en el fondo sabe que se engaña. Cuando supo que estaba encinta la persuadió para que se tomara el brebaje, aun a sabiendas de que podía ser mortal. Doña Dolores comentó que cuando Catalina murió usted se encontraba fuera visitando a su padre. Es decir, que le entregó el medicamento, le dio una palmadita en la espalda y la abandonó a su suerte. Debió tranquilizarla diciéndole que ya lo había empleado en otras ocasiones o algo por el estilo y ella no se negó, no solo porque no tuviera alternativa, sino porque confiaba en usted.

—Yo le hablé de la peligrosidad de la ruda, si ella no fue lo bastante hábil para emplearla como debía, ¿qué culpa tengo yo?

—¿Que qué culpa tiene? La envió a una muerte segura y además lo hizo de la manera más cruel y cobarde, ¡sin dar la cara!

—No soy un asesino, Marc.

—Por supuesto que lo es.

—En ese caso, ¿por qué no lo maté a usted en el muelle cuando lo dejé inconsciente en el suelo, o por qué no lo empujé en el acantilado del Puig des Falcó? Se me han presentado otras ocasiones que ni se imagina y, sin embargo, aquí está, sano y salvo.

—No lo hizo porque estaba muy lejos de desenmascararle, perdido en su maraña de engaños. Que no es un asesino, dice… ¿Hace falta recordarle que además de a Catalina y a su futuro hijo ha matado a dos hombres con sus propias manos?

—Lo de Sant Jordi fue diferente —reconoció.

—¿Por qué?

—El ama de llaves me informó de que en mi ausencia el tío de Catalina había preguntado por mí un par de veces y que además lo había visto rondar por mi casa. Ella no le dio mayor importancia…

—Pero usted comprendió que lo había descubierto.

—Naturalmente. ¿A santo de qué aparecía aquel hombre por mi domicilio en ese preciso momento? Yo solo lo conocía de oídas por Catalina, nada más.

—Y decidió hacerle una visita.

—A los pocos días de regresar a Ibiza.

—¿Qué hizo al llegar a Sant Jordi?, ¿tocó a la puerta sin más?

—El cura estaba solo. Al abrir se quedó desconcertado. No me reconoció, pues, como le decía, no nos habíamos visto nunca. Cuando me presenté se puso como loco y me empezó a chillar. Traté de calmarlo para explicarle que la muerte de Catalina había sido un accidente, pero me acusó de haberla utilizado y de aprovecharme de ella. Se equivocaba, Marc; le aseguro que esa chica sabía lo que hacía y que era consciente del juego al que jugaba. No era el ser angelical que todo el mundo piensa.

—Don Joan le dijo a Pep que le dejara solucionarlo «a su manera».

—Quería que se lo confesara a Elvira y a Pep y que renunciara a ejercer mi profesión para «dejar de preparar compuestos letales». En ningún momento habló de denunciarme a la policía e intuí que para él era importante evitar un escándalo que manchara el buen nombre de su sobrina. Ya sabe cómo se toman por estas tierras los temas de honor.

—¿Y qué le respondió?

—Que confiara en mí, que me comprometía a mantener el secreto para no empañar la memoria de Catalina.

—¿De verdad lo provocó de esa manera? No lo imaginaba tan cínico.

—El cura sacó de no sé dónde un cuchillo de un palmo y se abalanzó sobre mí dispuesto a matarme. Ya ve, vestir un hábito no libera a los clérigos de su triste condición humana, y a él le venció el pecado de la ira. Todos acabamos sucumbiendo a nuestros impulsos más salvajes.

Guasch se mordió el labio para contenerse.

—En medio de la pelea conseguí arrancarle el cuchillo, pero él me

asestó un codazo y aprovechó para subir a la planta superior a, supuse, buscar otra arma. No me equivocaba, cuando llegué cargaba una pistola. Estaba fuera de sí. Por fortuna yo llevaba su cuchillo en la mano. Era él o yo.

—¿Con esto pretende decir que lo hizo en defensa propia? Vamos, no me haga reír… ¿Cuándo llegó Toni Roig?

—Cuando bajaba las escaleras él entraba por la puerta y, para mi suerte y su desgracia, estaba ebrio. Pese a ello, reaccionó con rapidez y se abalanzó sobre mí sin pestañear, cuchillo en mano. Debía de llevarlo encima, como toda esta gente. Yo todavía tenía el del párroco… y estaba sobrio.

—Y le rebanó el cuello.

—Fue más complejo que eso, pero sí, logré reducirlo y sobrevivir a su ataque.

—Y ahí empezó el gran montaje: las sillas, las tazas, las manos atadas, el cambio de calzado y las huellas de sangre por toda la planta baja. Se pasó un buen rato caminando con los dos pares de alpargatas y procuró pasar por el charco de sangre varias veces para dejar constancia de la presencia de dos personas. También cortó la cuerda de la silla de la cocina con el cuchillo manchado de sangre y ató las manos del criado. Finalmente recogió los objetos de valor, incluyendo la pequeña fortuna con la que don Joan quería comprar la finca de Can Puig. Tuvo suerte, pues sin pretenderlo encontró una justificación para las muertes y despistó por completo a la autoridad. Entre una cosa y otra estuvo mucho tiempo en la casa rectoral y se tomó muchas molestias para manipularlo todo y confundirnos. Le salió bien hasta que apareció el botín y descubrimos que las *espardenyes* pertenecían a las víctimas. Demostró una serenidad poco común, propia del más avezado asesino.

—¿Serenidad? Cuando terminé con el criado me asomé fuera y comprobé que no hubiera nadie, cerré la puerta, me dejé caer al suelo y lloré como no he hecho en mi vida. Desconozco si los «avezados asesinos» lo hacen. No sé cuánto tiempo permanecí allí, con la espalda apoyada en el portón mientras trataba de asimilar lo que acababa de

ocurrir, hasta que el instinto me dijo que tenía que reaccionar.

—¿Qué hizo después?

—Fui hasta el caballo, que había amarrado lejos, y busqué un lugar aislado para deshacerme de todo.

—¿Por qué no volvió a retirar los objetos para hacerlos desaparecer definitivamente?

—Lo intenté, pero cuando los dejé era noche cerrada y estaba muy confuso. Fui incapaz de dar de nuevo con el escondrijo y me convencí de que los había ocultado tan bien que nadie los encontraría.

—¿Y la muerte y la doncella?

Lang asintió largo rato antes de hablar de nuevo.

—«Al final, la joven doncella aceptó la suerte de su destino y bailó la danza de la muerte» —dijo repitiendo sus propias palabras—. Fue una casualidad, llevábamos semanas ensayando la obra cuando sucedió lo de Catalina. Como es natural, para hacer el discurso me inspiré en ella, pero el concierto no era más que eso, Marc, un sentido homenaje al genio de Schubert.

Guasch negó con la cabeza y no se molestó en ocultar su desprecio:

—Es usted un desalmado, Germán, un señorito ambicioso y egoísta. No sabe cuánto me alegra haberlo descubierto para que todo el mundo vea que detrás de su fachada de honorabilidad no hay más que un ser mezquino y un vulgar asesino sin escrúpulos. Ha fracasado, ya nunca será la persona respetada y admirada que pretendía… No escapará, y en el improbable caso de que lo logre, su vida ya no será más que una huida permanente. Nunca podrá esconderse lo suficiente para vivir tranquilo.

El graznido de una gaviota partió el cielo y Guasch sintió un profundo pesar.

—Qué historia tan triste —musitó.

—¡Cierto! —confirmó el farmacéutico con el ánimo impostado—. Y como toda historia trágica, esta bien merece un final a la altura, ¿no cree?

Lang cogió la pistola de un manotazo y se puso de pie de un salto. Oteó por una de las ventanas, volvió la vista hacia Guasch y lo observó

de un modo que no supo descifrar.

—Veo que no ha venido solo.

Guasch lamentó haberse desprendido del arma. Al final, Miquel y Calavera tenían razón. Apretó los puños de manera instintiva, como si eso sirviera de algo.

Lang se atusó el pelo despacio.

—Soy consciente de mis actos y de lo que me espera si me capturan —dijo.

La actitud de aquel hombre acorralado había cambiado por completo y Guasch detectó una determinación inquietante en sus ojos, parecida a la del intrépido jinete que galopaba en la playa de Ses Salines. En aquella ocasión Guasch había vencido. Ahora la lucha era desigual y tenía todas las de perder.

Lang alzó el arma y apuntó. Guasch levantó las manos desnudas con la ingenua intención de detenerlo.

—No lo haga, por favor, Germán…

—Adiós, Marc.

Un disparo quebró el silencio y el paraíso de Lang se perdió para siempre.

Epílogo

Flores frescas

Lucía Lequerica sostenía un ramillete de flores blancas en la mano. El sol resplandecía con tesón y ganaba el pulso, aquel día, al frío severo de mediados de invierno.

La lápida de la tumba frente a la que se encontraba en el cementerio de Sant Carles estaba parcialmente cubierta por varios manojos de unas flores que, a juzgar por su frescor, llevaban poco tiempo allí. La profusión de corolas, tallos y hojas impedía leer el nombre grabado en la sepultura: MAR… UASCH. Las fechas de nacimiento y defunción, que sí quedaban a la vista, mostraban la mayor crueldad con la que puede ser golpeado un ser humano: una muerte prematura. Lucía pensó que todas las cifras, especialmente aquellas, eran frías e impersonales, incapaces de transmitir los aspectos vitales de la existencia de una persona, tales como el amor que experimentó, sus alegrías, sus ilusiones o incluso sus temores. En la lápida no rezaba epitafio alguno, como si una muerte inesperada hubiera impedido al finado dejar una frase inspiradora a sus seres queridos o a las generaciones venideras. Y tristemente así había sido. Recordó una vez más lo dura que resulta la marcha súbita de una persona irremplazable y el desconsuelo y vacío que deja a aquellos que la sobreviven.

Los rayos solares le cosquilleaban la espalda y proyectaban una sombra alargada que nacía en sus tobillos y terminaba en el muro del camposanto. Junto a su silueta se dibujó otra más alargada y voluminosa de la que emergió una prolongación que la rodeó por la cintura y Lucía sintió cómo un brazo protector, y real, la sujetaba con firmeza. Apoyó la cabeza en el pecho y aspiró aquel aroma que empezaba a serle tan familiar. Le entregó el ramo.

—¿La has encontrado? —preguntó Marc—. ¿Es ella?

—Las fechas coinciden y el nombre también: Maria Guasch. Es tu madre.

Marc la besó en la frente y después de permanecer largo rato en silencio desenlazó el brazo, hincó una rodilla en la tierra y colocó las flores a los pies de la lápida. Lo hizo con delicadeza o, mejor dicho, con veneración. Cuando volvió a incorporarse, fue ella quien lo abrazó.

Marc había pedido permiso para retrasar su partida una semana aduciendo motivos personales y para su sorpresa se lo habían concedido. Durante aquellos días regalados habían rememorado una y otra vez las vivencias de las últimas semanas y los aciagos momentos que habían marcado la investigación: la historia de Catalina, los crímenes de Sant Jordi y el trágico suicidio de Germán Lang, quien culpable, acorralado y sin futuro, había sido incapaz de afrontar las consecuencias de sus actos. Habían disertado sobre la vida y la muerte, el honor y el amor, la virtud y, sobre todo, la miseria humana.

Se habían empapado el uno del otro, sin ocultarse nada, y Marc le había confesado su adopción y la sorprendente identidad de sus dos familias: la biológica y la adoptiva. Lo contó de corrido, sin parar apenas para tomar aire. Era, reveló, la primera vez que se lo confiaba a alguien y le prometió que, en adelante, no quería tener secretos con ella.

—Este es mi origen y esto es lo que soy —concluyó.

Y Lucía sintió ternura por aquel hombre capaz de sobrellevar la muerte de una madre, la renuncia de un progenitor resentido y la frialdad de unos padres adoptivos, pudientes pero distantes; y sintió admiración por aquel hombre capaz de renunciar a un destino privilegiado para buscar su propio pero incierto camino; y sintió amor por aquel hombre justo, sencillo y valiente, capaz de amarla sin fisuras pese a su existencia poco convencional y a sus infinitas limitaciones.

Marc y su padre, el todavía reacio doctor Lequerica, habían limado asperezas y mantenido aquella conversación pendiente, en la que además de formalizar su compromiso habían debatido, ya más serenos, acerca de la moralidad en general y de la necropsia de Catalina en particular. Contar con el consentimiento de Pep ayudó a que su padre,

sin llegar a aprobar la conducta de Marc, al menos, dadas las circunstancias, comprendiera su acción.

Habían planificado su futuro juntos a corto y medio plazo. Marc se reincorporaría al Cuerpo en Madrid y ella regresaría a París para retomar sus estudios. No se imaginaba esperando a su amado en casa cual Penélope y sí, en cambio, manteniendo una conversación madura con Pierre y terminando una carrera para la que estaba predestinada. El momento que tanto había aplazado había llegado, en buena medida inspirado por el coraje de Marc, quien además de comprenderla la animaba con entusiasmo a embarcarse de nuevo en la vida universitaria.

Hablaron de Riera que, tal y como apuntó Lucía, le echaría mucho de menos.

—La añoranza será mutua —confesó Marc—, aunque ahora es un hombre nuevo y goza de gran prestigio entre los ibicencos. ¡Es a él a quien deberían homenajear y no a mí!

El gobernador y su familia habían recibido órdenes de abandonar la isla hacia un nuevo destino y doña Dolores había delegado la coordinación de la celebérrima estatua en doña Clotilde Rubio y Cuvillas, esposa del capitán Vara de Rey y persona de su confianza que se esforzaría al máximo «para que la estatua de mi Marc se erija cuanto antes». Elvira seguía rota de dolor, pero ambos creían que una vez superara el desengaño no le costaría encontrar al hombre adecuado con quien rehacer su vida.

Marc había recomendado al Cuerpo la incorporación inmediata del cabo Manuel Sardina y solicitado a su padre que moviera sus contactos en Madrid para repatriar cuanto antes a Onofre y ayudarlo a recuperar una vida digna. Las informaciones que Guasch había encargado a su hermano mostraban a un hombre íntegro con tendencia a la depresión que, desvencijado y sin el cariño de los suyos, se había abandonado al alcohol y abocado a la autodestrucción. A Guasch no le había costado entender que la nieta era el salvavidas que necesitaba para recuperar el sentido y las riendas de su vida.

La campana de la iglesia rompió el hechizo para anunciar la misa

inminente.

Marc la miró con dulzura y le colocó un mechón rebelde tras la oreja. Le encantaba cuando lo hacía, enredando ligeramente los dedos entre su pelo. Se lo veía emocionado y en paz después de saldar viejas cuentas pendientes.

—Gracias por acompañarme —murmuró él con voz frágil—, necesitaba visitarla antes de marcharme.

—Ahora ya sabes dónde descansa —dijo Lucía, que lo besó de manera fugaz.

—Y dónde están mis raíces.

Lucía recordó la arenga del baluarte.

—¿En la isla negra?

Marc clavó en ella sus profundos ojos marrones, esbozó aquella sonrisa cómplice que tanto le gustaba y asintió.

—En la isla negra.

Ibiza, 22 de enero de 2023

Nota del autor

Los hechos que inspiran esta novela son reales. Isidoro Macabich en su *Historia de Ibiza* hace referencia a los crímenes y a la consternación que estos causaron en la sociedad ibicenca. Don Isidoro describe el estado y la posición en la que se encontraron los cuerpos, que son, naturalmente, los mismos que describo en la historia. La trama de *Isla negra* es, sin embargo, pura fantasía. Nada de lo aquí escrito con relación al caso es verídico, sino fruto de mi imaginación. La forma de ser de los personajes tanto reales como, por supuesto, imaginarios, también es ficticia y ha sido adaptada en todo momento a las necesidades de la narración.

He tratado de ser, eso sí, lo más riguroso posible en lo referente al contexto histórico y a la realidad de la isla y de la época. El reto era documentarme bien para transmitir de una manera visual y fidedigna cómo era Ibiza en un momento en el que, entre penurias, se empezaban a sentar las bases de su realidad futura: la expansión de los arrabales de la ciudad, la creación de la red de señalización marítima, la construcción de la primera carretera o, a nivel religioso, los esfuerzos por recuperar la categoría de diócesis.

Marc Guasch es un personaje de ficción. Me interesaba crear una figura externa que llegara a la isla y narrara lo que descubría desde una mirada virgen, que el lector se nutriera de sus sensaciones y de sus reacciones (muchas de ellas, como explicaré más adelante, basadas en las del archiduque Luis Salvador). También el Cuerpo de Investigación del Crimen es una invención.

Bastantes personajes son reales aunque, repito, tanto su forma de ser como su apariencia física (con alguna excepción) son pura fantasía: Eduardo Suárez; Ignasi Llombart; Rafel Oliver; Emili Pou; Pep des Camp; Miquel Guevara y su hija, de nombre desconocido; Joan Ripoll Cardona, Bellet; Pere Jasso o los hermanos Serra; también los párrocos

que aparecen en la trama son reales: Ramón Gotarredona, Bartomeu Ribes (cura de Sant Llorenç que, según Macabich, fue agredido poco después de la muerte de don Joan) y, muy especialmente, mossènyer Pallarès, rector de Sant Josep, una celebridad de la época y protagonista de infinidad de chistes debido a su personalidad festiva (venía a ser el Jaimito de la época en la isla). El propio archiduque describe cómo tocaba la flauta y el tambor y bailaba en una velada a la que asistió, y hasta lo dibujó en uno de sus grabados.

El resto de los personajes son imaginarios, empezando por Marc Guasch y Toni Riera y continuando por doña Dolores, Ricardo y Lucía Lequerica, Germán Lang, la familia Ripoll, Xicu Multons, Pere Fang, Josep Costa, Miquela Serra y todos los guardias y carabineros. María *de ses herbes* también, aunque no su supuesto antepasado Melcior quien, en efecto, fue amonestado (que no ajusticiado) por la Santa Inquisición a finales del siglo XVII. Can Tanqueta, Can Prats i Sa Fontanella, Can Formiga, Can Cabrit, Can Musson y Can Basora existen (y Can Montserrat, claro), pero no así Valentí Formiga ni Conxita Basora (que yo sepa, no lo pretendía). Tampoco, aunque solo aparezca de manera tangencial en esta historia, Gaspar Tur, el Gran Picaflor.

Unos detalles ridículos (o no) que siento la necesidad de explicar: la luz de los faros, en concreto la de Botafoc que describo como intermitente, era fija en aquella época, pero me gustaba el efecto hipnótico que causaba el parpadeo en Guasch y que no es más que el reflejo del que me produce a mí a diario; también he adaptado a mis intereses los horarios del vapor Rey Don Jaime I (que en realidad iba a Ibiza tan solo dos días por semana); la ubicación del despacho del gobernador militar (que no tenía vistas al puerto) o la misión que envió el vicario capitular para hablar con Isabel II, que partió en 1860 (y que fue infructuosa); he dado por válida la implantación del telégrafo en 1860, tal y como describen el archiduque y Joan Marí Cardona, pese a que alguna entrada de la *Enciclopèdia* habla de fechas posteriores; el capitán Vara de Rey y su familia no vivían en Ibiza en 1864 y su aparición en el epílogo no es más que un guiño a los ibicencos y a todos aquellos que conocen que en el lugar en el que doña Dolores quería

erigir la estatua de Guasch, en mitad de S'Alamera, luce desde 1904 un monumento en honor al hijo de la señora Rubio y Cuvillas, el general Vara de Rey, héroe de Cuba fallecido en 1898 y quien dio nombre oficial al paseo.

Al margen de pensamientos propios sobre la vida y la muerte, lo humano y lo divino, hay una serie de frases que he tomado prestadas de manera literal y que son las siguientes: «No hay nada más injusto que la justicia» es una recurrente frase de mi suegra, Maria Victoria Llano Tarrés, como también aquella que reza que «los funcionarios llegaban a Ibiza llorando y se marchaban llorando»; «solo hay dos tipos de personas: las que te dan problemas y las que te los resuelven» es de don Miquel, exprofesor de lengua castellana y latín; «a mí del cerdo me gusta todo, hasta el olor» es de Josep Maria Oró, amigo y excompañero de piso durante los años universitarios; «de entre todos los cerdos (del corral) mi marido es el único que lleva sombrero» es una aplastante frase de una prima de mi padre (cuyo nombre obviaré, por respeto a su señor esposo); «coger hambre fuera de casa, pero ir a comer allí» es de la secretaria de Javi Pereta, gran jugador de póker y mejor amigo; «uno siempre tiene tiempo para lo que quiere» se la oía decir a mi madre y, por último, «quiero los libros para respirar, para volar, para ser libre» es de Sandra Hernández, del grupo Novela Histórica de Facebook. Al César lo que es del César, y a Guasch lo que es de Guasch.

Para terminar, una breve referencia al título que, salta a la vista, no pretende ser sino la antítesis del calificativo «isla blanca» con el que Ibiza es conocida desde hace décadas. *Isla negra* quería subrayar las diferencias entre la Ibiza actual y la de hace un siglo y medio: violenta, dura y oscura, iletrada, pobre y olvidada. Una isla de emigrantes. Así éramos y por fortuna en muchos aspectos ya no somos. Lo único que quizá no haya cambiado demasiado, por mucho que Ibiza sea una de las marcas geográficas y destinos turísticos más potentes del mundo, es que seguimos siendo una isla olvidada y maltratada desde las diferentes administraciones públicas: ni Madrid ni Mallorca nos hacen caso. Don Eduardo seguiría indignado en pleno siglo XXI.

Y eso es todo. Llegados a este punto Riera diría que «solo hay dos

tipos de personas: las que han leído *Isla negra* y las que no» y tú te encuentras, sorprendente y felizmente, entre los primeros. Estoy tan agradecido como maravillado de que hayas llegado hasta aquí.

Agradecimientos

No habría escrito este libro si Fanny Tur, directora del Arxiu Històric d'Eivissa i Formentera (AHEiF), no hubiera publicado en *Diario de Ibiza* el artículo *Els secrets del festeig a l'Eivissa de 1864*, en el que hacía referencia al doble asesinato de Joan Ferrer y Toni Roig. Nada más leerlo tuve claro que quería hacer mía aquella historia que, además de permitirme escribir sobre un hecho real, me brindaba la oportunidad de sumergirme en la Ibiza del siglo XIX. Gracias a Fanny por su gestión de los fondos históricos de las Pitiusas, por su inspiradora divulgación y por su amabilidad. Gracias también al equipo del AHEiF por su simpatía y disponibilidad en todo momento.

Quiero agradecer con el máximo cariño (y admiración) a don Joan Planells Ripoll, Joan Murtera, antiguo profesor de EGB, sacerdote, historiador y responsable durante muchos años del Arxiu de la Pabòrdia (el archivo de la Iglesia pitiusa). Don Joan es poseedor, a sus ochenta y muchos años, de una memoria prodigiosa y fue capaz de explicarme sin consultar documento alguno los hechos acaecidos y la rumorología ligada al caso, el nombre de la finca que el párroco quería comprar, el importe de la operación, los árboles genealógicos de la familia vendedora y del notario hasta un nivel inverosímil y los nombres de los sospechosos señalados por el pueblo (el notario Jasso y unos hermanos apellidados Serra) cuya culpabilidad nunca pudo ser probada de manera oficial, ya que el doble crimen quedó sin resolver. En la época se rumoreaba que los culpables se repartieron el botín en unos tarayes en platja d'en Bossa en lo que hoy es el Hard Rock Hotel. Don Joan me aclaró cómo era la realidad de los sacerdotes y la organización eclesiástica de la isla, el funcionamiento del seminario y numerosas costumbres de aquellos tiempos. Me contó que por esas fechas su abuelo por parte de madre, Joan Ripoll Cardona (Joan Bellet), siendo apenas un niño, llevaba agua a los obreros que trabajaban en la

construcción de la carretera de Sant Antoni para ganar unas monedas. A modo de modesto homenaje me he permitido dar a su antepasado un pequeño papel en este relato. Espero que me perdone por ponerlo a cantar y contar historias picantonas a la soldadesca. Por cierto, la canción que canta Bellet es «Ses germanes captives», del grupo ibicenco UC.

Gracias a Francesc Xavier Torres Peters, actual responsable del Arxiu de la Pabòrdia, por abrirme las puertas del archivo y mostrarme los censos parroquiales de La Mola y los certificados de defunción de las víctimas. Fue muy emocionante tener en mis manos esos documentos escritos del puño y letra del nuevo ecónomo, Ramón Gotarredona, apenas unos días después de las muertes de su antecesor y su criado.

Gracias a mis lectores cero por su tiempo, sus sugerencias, sus ánimos y su cariño: Maria des Pou, David González, Joan Lluís Cerdà y Toya Marí, mi mujer; y también a Lucas Morán y Ana Mantilla. Gracias por mejorar el relato y ayudarme a llegar hasta el final. Sin ellos no habría sido posible. También quiero agradecer al grupo de amigotes que durante casi seis años no han perdido ocasión para mofarse desde el cariño (creo) del «escritor de *bestsellers*». La publicación de la novela les obligará a renovar los chistes, algo que seguro les costará bien poco. Sin ellos sí hubiera sido posible… aunque el proceso habría sido todavía más largo y, desde luego, mucho más aburrido. *Us estim!*

Gracias a los que siempre habéis tenido una palabra de ánimo.

Gracias a Ana Bolox, por acompañarme a lo largo de la creación y redacción de la historia, por ser mi frontón, mi mentora y correctora. Gracias a Helena Tur por su inestimable ayuda, su aliento constante y su generosidad. Gracias a Javier Moro por su cercanía, su bondad y sus sabios consejos.

Gracias a Gonzalo Albert por acogerme en el seno de Penguin Random House. Gracias a Alberto Marcos, mi editor, por su confianza, su paciencia, su sabiduría y su buen humor, le estaré siempre agradecido por regalarme esta experiencia vital. El manuscrito final es, gracias a sus sugerencias, una historia mucho más rica y dinámica que la inicial. Gracias a Pilar Capel por la extraordinaria revisión técnica y

por su forma de ser. Gracias a las correctoras y a los equipos de marketing y diseño de Plaza & Janés. Con estos compañeros de viaje nada puede ir mal.

Gracias a mi familia por el cariño, el ánimo y, sobre todo, la paciencia: Maria, Mateu, Toni y Toya. El libro me ha robado miles de horas, y ese es un tiempo que en gran medida he dejado de compartir con ellos. Quiero pensar que el esfuerzo ha valido la pena. Gracias a mi padre, Toni Juan Ferrer (Toni Montserrat), como ya adelantaba en la dedicatoria, por haberlo representado siempre todo para mí, en especial desde la muerte de mi madre hace ya demasiados años; y también gracias a ella, mi madre, Maria Juan Guasch que, allá donde esté, espero que pueda sentirse orgullosa. Siempre había pensado que su segundo apellido, original, monosilábico y fuerte, era ideal para una marca. Al final, esa *marca* ha resultado ser el personaje de un libro. Aunque Guasch es un homenaje a ella, querría ir un paso más allá y comprometerme a terminar la segunda novela para poder dedicársela íntegramente. Aquí queda escrito.

Quería destacar la figura del archiduque Luis Salvador, autor de *Las antiguas Pitiusas* a raíz de su visita a Ibiza en el verano de 1867. El libro es una detalladísima y quizá demasiado respetuosa radiografía de la realidad de la isla y de los ibicencos de la época. Para mí ha sido un referente: me he nutrido de sus exposiciones, análisis, estadísticas y, en definitiva, de sus sensaciones a la hora de retratar numerosos escenarios y situaciones. Además de infinidad de detalles, las descripciones que hago del cementerio de la ciudad y de Vila son, de manera literal en algunos puntos, suyas. Mi intención no era plagiarlo vilmente (habría sido sencillo reinterpretar esas frases) sino hacer un guiño a un hombre que, de manera incomprensible desde mi punto de vista, ha sido prácticamente olvidado en nuestra isla, que no en Mallorca, por razones obvias. Este es mi pequeño y por el momento humilde reconocimiento.

Gracias a Joan Maria Cardona por su obra *Els camins i les imatges de l'arxiduc ahir i avui*, en la que analiza la obra del archiduque y realiza infinidad de matices que me han permitido comprender mucho mejor,

y de manera más acertada, su obra.

Gracias a Felip Cirer y a su equipo de colaboradores por el trabajo titánico realizado en la *Enciclopèdia d'Eivissa i Formentera* y que me ha iluminado en infinidad de ocasiones. Me gustaría que los pitiusos fuéramos conscientes de la fortuna que tenemos de que las islas donde vivimos, y que amamos, hayan sido diseccionadas de una manera tan rigurosa y exhaustiva.

Gracias a Pep y Vicent Roigpí, del bar Costa; a Cati y Maribel, del bar del Atlético Jesús; a Juanan y a Marcos, de Sa Barda; y a Sandra, de Can Bufí, por haberme alimentado mientras escribía y corregía buena parte de esta historia. Es extraño que los ejemplares no salgan de imprenta con manchas de aceite y tomate.

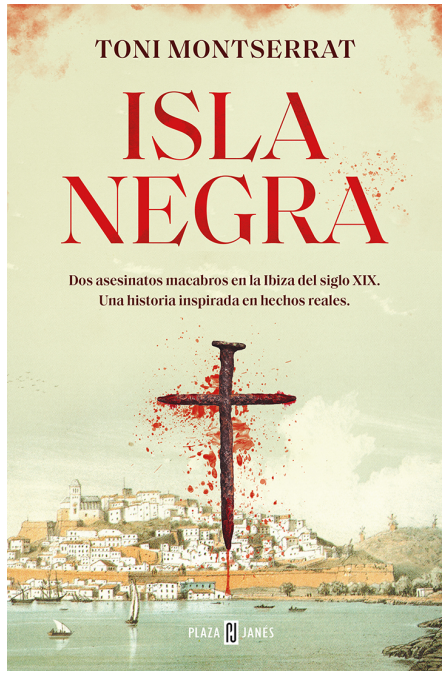
Este relato tiene un poco de todos ellos y desde luego, querido lector, también mucho de ti. Gracias por haber escogido este libro entre el maremágnum de propuestas editoriales que abarrotaban la librería; gracias por recrear esta historia, por hacerla tuya y permitir que los personajes hayan formado durante un tiempo parte de tu propia vida. Gracias por haber llegado hasta estas líneas finales, ha sido un placer recorrer este camino juntos.

Me gustaría pedirte que, si el libro te ha gustado, lo recomiendes para que también otros puedan embarcarse en este viaje a la Ibiza del pasado, a la *Isla negra* de Riera y Guasch.

Y espero que hayas escuchado el primer movimiento de *La muerte y la doncella*. Como decía doña Dolores en su infinita sabiduría, «es desgarradora». Si no lo has hecho, este es un excelente momento para cerrar el libro, apagar la luz, relajarte… y disfrutarla.

Salut!

Inspirada en un terrible crimen real, Isla negra es una novela policiaca única y sorprendente que nos transporta a la Ibiza del siglo XIX.



La noche del 26 de diciembre de 1863 mueren brutalmente asesinados el párroco de la iglesia rural de Sant Jordi, en Ibiza, y su criado. Estos crímenes agitan la vida de los isleños y alarman a las autoridades de la provincia, que claman ante la barbarie y el vandalismo de los ibicencos. Lo extraordinario de las muertes y la falta de avances obligan al Gobierno central a recurrir a Marc Guasch, un investigador que oculta un vínculo con la isla. A medida que progresa en sus pesquisas, Guasch descubre la realidad de una tierra olvidada en la que todo el mundo parece ocultar algo y puede ser culpable de los atroces asesinatos.

En su emocionante ópera prima, Toni Montserrat, nacido y residente en Ibiza, aúna la ambientación rigurosa de un periodo desconocido de la isla con la intriga de la mejor novela negra. El resultado es una adictiva

trama detectivesca que el lector no podrá abandonar hasta su sorprendente final.

Toni Montserrat (Ibiza, 1974) es licenciado y máster en Administración y Dirección de Empresas por ESADE y ha trabajado como consultor de negocios en Barcelona, Ciudad de México, Milán y Turín, donde también ha residido. Apasionado del arte, lector precoz, inquieto, curioso y emprendedor, se inició en la música siendo un niño, ha experimentado con la pintura y diseñado su propia marca de camisas durante 15 años, pero ha sido en la literatura donde ha encontrado su verdadera vocación artística. *Isla negra* es su primera novela.

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Toni Montserrat
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andrea Ferrandis
Fotografías de portada: © litografía de Thomas Ender según dibujo del archiduque Luís Salvador / Dave Wall - Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03199-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Isla Negra

Mapa de l'Illa d'Eivissa
Mapa de la Ciutat d'Eivissa
Prólogo. El grito
Extracto de la carta del gobernador
Primera parte
1. La llegada
2. El gobernador
3. Riera
4. Sant Jordi
5. El enfoque
6. La Guardia Civil
7. La élite
8. La pionera
9. Puesta en marcha
10. El *reptor*
11. Cas Metge
12. Jasso
13. Viento
14. Un domingo diferente
15. Un paseo por el campo
16. Contrabando
17. Un hilo del que tirar
18. Cuatro pasos

Segunda parte
19. Marc Guasch
20. Familia
21. Muchos frentes abiertos
22. *Nit de festeig*
23. Extremaunción
24. Un pobre pajarillo
25. Puesta al día
26. En busca y captura
27. Juegos prohibidos
28. Sangre

29. Pesca
30. Pim pam pum
31. Distanciamiento
32. Una pintura de Goya
33. Pep
Tercera parte
34. Vuelta a empezar
25. ¿Esto qué es?
36. Engaño
37. Cualquier cosa
38. De entre los muertos
39. Sorpresas
40. Luces y sombras
41. Ira
42. Organización
43. Caza mayor
44. Sa Punta Grossa
Epílogo. Flores fresca
Nota de la autora
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Toni Montserrat
Créditos